



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XI, Vol. LXII, Núm. 2 (marzo-abril de 1952).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

2

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-40

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XI

2

MARZO - ABRIL
1952

INDICE
Pág. IX

CIA. MEXICANA DE AVIACION S.A.

A SU ALCANCE **23**

CIUDADES PRINCIPALES DE MEXICO,
LOS ANGELES, CAL. Y LA HABANA, CUBA

Mexicana de Aviación, la primera línea aérea de México le ofrece vuelos diarios entre 23 de las más importantes ciudades de la República; une México con La Habana, Cuba y pone a su disposición el servicio directo más rápido a Los Angeles, Cal.

Para recreo o negocios aproveche los rápidos servicios de Mexicana.

Para boletos y reservaciones comuníquese a la Oficina más cercana de Mexicana de Aviación o consulte a su Agente de Viajes.



Oficinas en México:

BALDERAS Y AVENIDA JUAREZ

Tels. 18-12-60 y 35-81-05





**MEXICANA
DE AVIACION**

Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

M-40A

Nuevos trenes nocturnos

MEXICO URUAPAN



Para trasladar al público con toda comodidad y ahorro de tiempo a la bellísima Región Lacustre Michoacana (Morelia, Pátzcuaro y Uruapan) tenemos ya en servicio los magníficos trenes diarios nocturnos.

JOSE MARIA MORELOS

con coches de 1a., 2a. y Pullman que hemos inaugurado recientemente.

Estos trenes

Salen de México a las 22 horas; llegan a Morelia a las 6:17; a Pátzcuaro a las 7:45 y a Uruapan a las 10:50.

Salen de Uruapan a las 17:40; llegan a Pátzcuaro a las 20:13; a Morelia a las 21:53.

Llegan a México a las 7:00.

Utilice usted este excelente servicio y aproveche la reducción Lecha en los precios de pasajes.



FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO



SIGLO SIRVIENDO A MEXICO

MAS DE MEDIO

ACERO ESTRUCTURAL

ESTRUCTURA DE ACERO
 LEVANTADA EN LA ESQUINA
 DE LAS CALLES DE SAN JUAN
 DE LETRAN Y AVENIDA
 DE INDEPENDENCIA, DE MEXICO,
 D. F. PARA EL EDIFICIO
 DEL SR. MIGUEL E. ABED.
 FUE FABRICADA POR ACERO
 ESTRUCTURAL S. A. CON
 PERFILES ESTRUCTURALES
 PRODUCIDOS EN NUESTRA
 PLANTA DE MONTERREY.
 EL EDIFICIO SE ESTA
 CONSTRUYENDO BAJO LA
 DIRECCION DEL ARO.
 DN. CARLOS REYGADAS P.
 LA ALTURA DE LA AZOTEA
 SUPERIOR ES DE 96 METROS,
 TENIENDO LA ESTRUCTURA 29
 EMPARRILLADOS Y SIENDO
 SU PESO DE 1.650 TONELADAS.



LAS ESTRUCTURAS DE ACERO
 TIENEN LAS VENTAJAS, EN SUELOS COMO EL DE LA
 CIUDAD DE MEXICO, TANTO DE SU SOLIDEZ COMO
 DE SU PESO MENOR QUE EL QUE REQUIEREN
 OTROS TIPOS DE ESTRUCTURAS.

NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA
 SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIONAL Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES
 DE LA A. S. T. M. (SOCIEDAD AMERICANA PARA PRUEBAS DE MATERIALES)

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336

FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206



PETROLEOS MEXICANOS •
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.





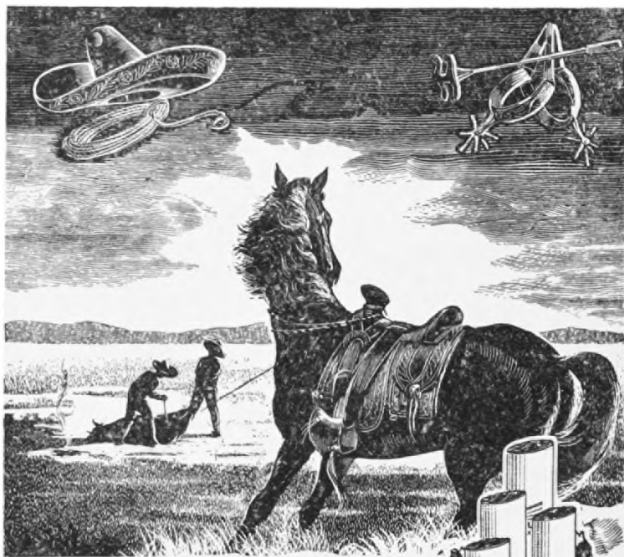
**ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA**



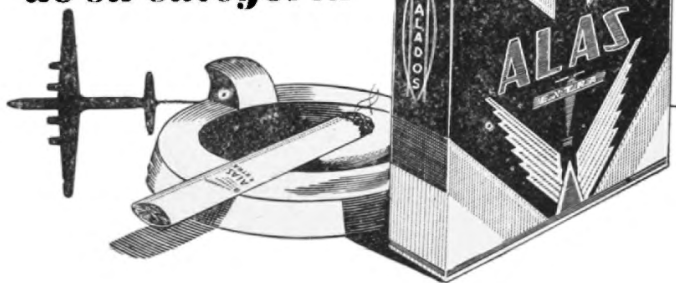
Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

REG. S. S. A. 4598 "A" PROR-B-203

ALAS EXTRA



***se destacan
entre los
de su categoría***





**★ MAS MODERNO Y
COMPLETO que TODOS**

... y más fácil de adquirir que ninguno

Lo que usted acaba de leer es una verdad indiscutible: el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA es más moderno y completo que todos y más fácil de adquirir que ninguno. Y es más moderno y completo que todos, por ser una obra de reciente publicación que recoge en sus páginas lo que no puede aparecer en otros diccionarios; la idea que acaba de surgir a la vida; el invento, en trance diario de perfección, que abre nuevos cauces a la técnica y a la ciencia; el acontecimiento que aun se comenta y se discute, todo lo que es de hoy, de nuestros días, todo lo que sólo puede figurar en una enciclopedia que ofrezca en su contenido, además del repertorio clásico inmutable, la misma actualidad que los propios periódicos. Eso es lo que le brinda a usted este Diccionario. Y por si fuese poco, aun cabe añadir otra ventaja indiscutible: es más fácil de adquirir que ninguno. Tres méritos de un valor tan sobresaliente que confieren al DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA unos característicos difícilmente superables; los mismos que lo convierten, por haberse concebido y publicado dentro de nuestras fronteras, en un auténtico orgullo para México. Véalo usted, compruebe con sus propios ojos cuanto le decimos, pues bien merece la pena conocer esta obra monumental que ha de ser para usted y para sus hijos un elemento cultural de primera fuerza. Con ella en su caso, tendrá motivos sobrados para sentirse satisfecho: sobre todo, por lo que usted y todos los suyos podrán aprender en sus páginas. Esa inquietud que nos domina cuando queremos saber algo que ignoramos; ese deseo de adentrarnos por mundos y países lejanos; ese afán por conocer los acontecimientos históricos o la vida de los grandes hombres, lo sociará usted, y además con creces, cuando tenga al alcance de su mano el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA.

**MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS**

En su contenido, de una extensión muy superior a la de otros diccionarios del mismo o parecido número de volúmenes y comparable a la de diversas enciclopedias mucho mayores, se ofrece la más precisa y extensa información científica, artística, literaria, geográfica... puesta con toda exactitud al día y seleccionada de las fuentes originales de mayor solvencia, en la que se incluye un repertorio excepcional acerca de los diversos aspectos y valores de Hispanoamérica. La belleza y el valor documental de sus millares de ilustraciones y de sus cientos de mapas y láminas, en muchos casos a todo color, constituyen el más sugestivo complemento de esta obra monumental, la más completa y moderna de cuantas existan en su género, que viene a satisfacer las aspiraciones y los deseos más exigentes.

**SOLO
\$35
AL MES**

APROVECHE ESTAS FACILIDADES DE PAGO QUE NO ADMITEN COMPARACION

Unas facilidades que sólo han sido posibles porque el Diccionario Enciclopédico Uteha es obra exclusiva de la industria editorial de México, lo que permite que se pueda vender en unas condiciones jamás igualadas, que usted debe aprovechar en el acto solicitando el folleto que se ofrece gratis y formulando su pedido, para no perder la oportunidad de adquirirlo con una cuota mensual tan reducida que no significa esfuerzo económico alguno.



**DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
UTEHA**

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Aportada 140 Bis México, D. F.

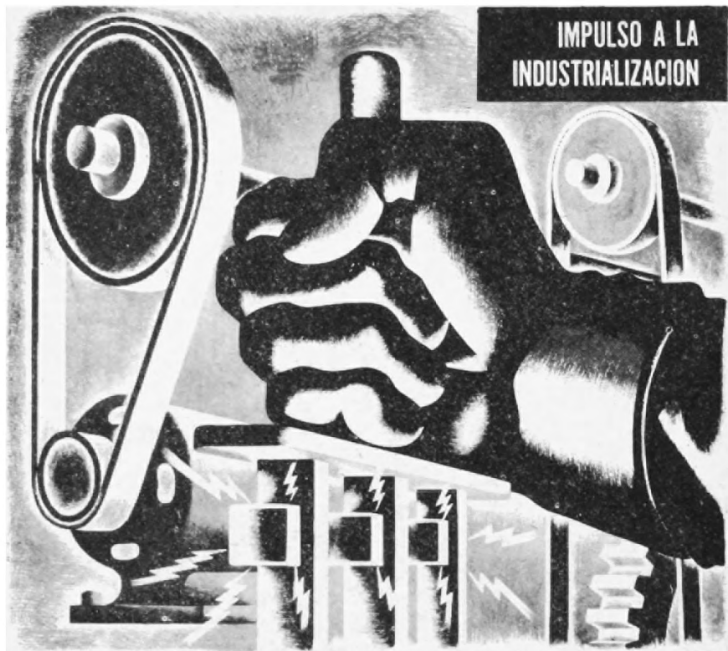
Sirvase remitir el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre
Domicilio
Localidad
Estado

**DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO**

AV. INDEPENDENCIA, 10 - APDO. 140-BIS - TEL. 13-35-83, 13-36-30, 35-58-18 - MEXICO, D. F.

IMPULSO A LA INDUSTRIALIZACION



La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales, adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros, es necesario que la población ahorre e

invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando Certificados de Participación de la Nacional Financiera y entrará usted en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

Nacional Financiera, S. A.

Venustiano Carranza 75

Apartado 353

México, D. F.

(Autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 401/11/7399)

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2

Marzo - Abril de 1952

Vol. LXII

I N D I C E

	Págs.
NUUESTRO TIEMPO	
JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA. La vida académica y la sociedad	7
GERMÁN ARCINIEGAS. América descuadernada	30
JESÚS DE GALÍNDEZ. Puerto Rico en Nueva York	36
<i>Reverso y anverso de la medalla de España</i> , por MARGARITA NELKEN	58
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. El Mirlo Blanco	71
ESTUARDO NÚÑEZ. Proceso y teoría de la traducción literaria	85
ENRIQUE BELTRÁN. El hombre y la naturaleza. El problema de la conservación de los recursos bióticos	96
<i>El Instituto Panamericano de Geografía e Historia</i> , por SILVIO ZAVALA	110
<i>Acotaciones al IV Congreso Internacional de Higiene Mental</i> , por TELMA RECA	124
<i>El Psicoanálisis</i> , por PEDRO RAPELA	131
PRESENCIA DEL PASADO	
IGNACIO BERNAL. Cien años de Arqueología mexicana. (1780-1880)	137
MARIO A. PUGA. La mujer en el Perú	152
JESÚS SILVA HERZOG. La concentración agraria en México	175
<i>La idea del descubrimiento de América</i> , por FERNANDO SALMERÓN	191
<i>Los "chinos" en la historia peruana</i> , por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ	200

DIMENSION IMAGINARIA

Poetisas de España y de Hispanoamérica.

ARGENTINA: ALBA DEFANT DURÁN, Canción profana; SILVINA OCAMPO, En las líneas de una mano; OLGA OROZCO, La cartomancia	215
COSTA RICA: FRESIA BRENES DE HILAROV, Andante; VIC- TORIA URBANO, "Empty"	222
CUBA: RAFAELA CHACÓN NARDI, Apuntes de la lluvia	226
CHILE: OLGA ACEVEDO, Acoged nuestra súplica; CHELA REYES, Ventana ciega; GABRIELA ROEPKE, Presencia in- vernal; MARÍA SILVA OSSA, Tiempo, Tiempo de Invier- no, Entrega	228
ESPAÑA: CARMEN CONDE, Un día, Tácito estado; ANGELA FIGUERA AYMERICH, Exhortación impertinente a mis hermanas poetisas; SUSANA MARDI, Tierra, "Yo"; MONT- SERRAT VEYREDA I TRULLOL, Infancia; PURA VÁZ- QUEZ, Hombre dormido; CONCHA ZARDOYA, Elegía a Rainer María Rilke	234
MEXICO: GUADALUPE AMOR, Fe, esperanza y caridad; MAR- GARITA PAZ PAREDES, Elegía del amor que no muere.	247
PUERTO RICO: MARIGLORIA PALMA, Grandeamor, Misio- nero de estrellas; MARÍA VICTORIA DE SALINAS, Pesadilla de horas, Diametral	254
EL SALVADOR: CLARIBEL ALEGRÍA, Dolor, Canto a la pie- dra; CLAUDIA LARS, Cuando vuelvo a tu nombre; JUA- NITA SORIANO, Naufragio	257
URUGUAY: CLARA SILVA, Descubrimiento de América	264
RAMÓN SENDER. La gestación literaria en Valle Inclán	270
<i>Los pies descalzos</i> , por MARIO MONTEFORTE TOLEDO	282
<i>El teatro de Xavier Villaurrutia</i> , por CELESTINO GOROSTIZA	287
<i>La historia literaria de Brennan</i> , por ESTEBAN SALAZAR CHA- PELA	291
<i>La literatura peruana</i> , por FRANCISCO MONTERDE	297



*Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son
rigurosamente inéditos en todos los idiomas.*

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

La Industria Azucarera es una riqueza que contribuye al progreso de México. Tiene significación humana y social porque contribuye también al bienestar de todos. La producción del azúcar en México ha contribuido al mejoramiento del pueblo mexicano. Es una riqueza agrícola y es también una riqueza industrial. Pero tiene otro gran significado: Demuestra que un recurso natural se transforma en algo de mayor valor. Por esta razón la Industria Azucarera es un factor económico muy importante en el plan nacional de industrialización. Tiene el inmenso valor del ejemplo. Si todas las industrias en México pudieran controlarse como se controla la Industria Azucarera, se obtendría la distribución económica y ordenada en beneficio de los consumidores y el país progresaría sobre bases firmes. Pugnemos todos por la consolidación de esta industria nacional tan mexicana como el azúcar que produce.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

Balderas No. 36 - 1er. piso. México, D. F.

la CERVEZA

La Industria Cervequera Mexicana, productora de la mejor cerveza del mundo, desea que sus consumidores y el público en general, tengan pleno conocimiento del valor de esa bebida y de su verdadera misión social en bien del individuo y de la comunidad.

La CERVEZA es:

Una bebida de temperancia. - Por su baja contenido alcohólico se sabe disfrutado como bebida "en su lenguaje".

Una bebida saludable. - En su elaboración se emplean sólo los más modernos métodos, se obtiene la más sencilla ligereza y frescura y se asegura la combinación de elementos por razones de gran calidad entre los principales: malta, lúpulo y agua.

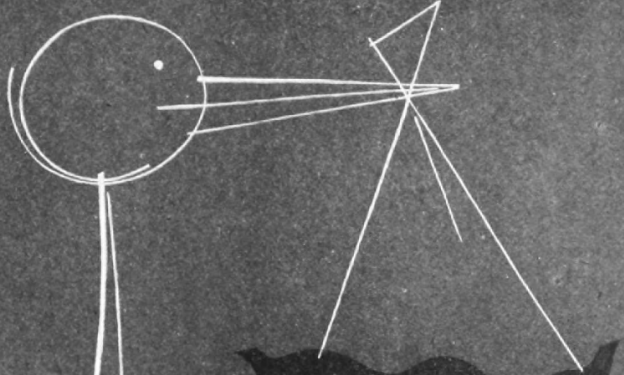
Una bebida agradable. - La máxima pureza que existe en su fabricación asegura a los consumidores el bienestar.

La Asociación Nacional de Fabricantes de Cerveza desea que este tan noble producto sirva a todos como sano deleite y recomienda el uso de esta bebida sola o como complemento de las comidas, no mezclarla con bebidas de alta graduación alcohólica.

En CERVEZA, como en todo,
el uso es benéfico... el abuso, inconveniente.

**ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA**





Feliz 1952

*Quiera
el Año Nuevo
colmar a usted
de felicidades.*

En 1952

RON BATEY

continuará siendo

EL MEJOR RON DEL MUNDO



ALGODONERA FIGUEROA,
S. A.

EDIFICIO "AMERICA", DESP. 104
TORREON, COAH.



REPRESENTANTES EN MEXICO, D. F.:

AGENCIA FIGUEROA, S. A.

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 6, 7º PISO

MEXICO, D. F.

TELS.: 10-48-65 Y 36-12-32, 36-12-33.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Director: **Silvio Zavala.** Secretario: **Javier Malagón Barceló.**

Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé,
Ernesto de la Torre, Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

**José Torre Revello y Sara Sabor Vilel (Argentina).—Guillermo Egui-
no (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José Ma-
ría Chacón y Calvo y Fermín Pérez Sarmaza (Cuba).—Ricardo Do-
noso (Chile).—J. Roberto Páez (Ecuador).—Lewis Hanke y Bert
James Loewenber (Estados Unidos de América).—Itzafael Heliodoro
Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélez Picasso (Perú).—
Emilio Rodríguez Demoritz (República Dominicana).—Juan E. Pivel
Devoto (Uruguay).**

Suscripción anual, 4 dólares o su equivalente en moneda mexicana.
Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigir-
se a: Comisión de Historia (R. H. A.), Instituto Panamericano de
Geografía e Historia, Avenida del Observatorio 192.

Tucubaya, D. F.

República Mexicana.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS.

A las personas que se interesen por completar su colección, les
ofrecemos ejemplares atrasados de la revista, según detalle que apa-
rece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	núms. 2, 3, 4, 5 y 6	30.00	3.50
1944	los seis números	25.00	3.00
1945	" " "	25.00	3.00
1946	" " "	20.00	2.50
1947	núms. 1, 2, 3, 5 y 6	20.00	2.50
1948	" 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.25
1949	" 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.25
1950	" 2, 4, 5 y 6	15.00	2.00
1951	los seis números	12.00	1.50

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado postal 965,
o por teléfono al 12-31-40.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos



VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos.



REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE
Y LITERATURA



Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS
y los libros que edita.



Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

EL COLEGIO DE MEXICO
Y
HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO

Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:

EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Gerente

ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS.

Director

MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS.

Jefe de Redacción

ENRIQUE ALATORRE CHÁVEZ.

Oficinas: Edificio Guardiola 503-3.

5 de Mayo Núm. 1. Tels. 10-39-55 y 36-73-96

Núm. 2, Vol. III

Abril-Junio de 1951

La industrialización de México. Editorial. *La Revolución Industrial en México*, por Sanford A. Mosk. *Comentarios a la Revolución Industrial en México*, por José Domingo Lavín, Jesús Reyes Heróles, Víctor L. Urquidi, Raúl Ortiz Mena, Ricardo Torres Gaytán, Raúl Salinas Lozano, Emilio Alanís Patiño, Josué Sáenz, Eduardo Suárez, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano.

Núm. 3, Vol. III

Julio-Septiembre de 1951

Waldo Soberón. Editorial. *Los Sistemas de Propiedad Rural en México*, por George McCutchen McBride. *El desarrollo económico de México*, Estudio elaborado por el Secretario de la CEPAL, Naciones Unidas.

Núm. 4, Vol. III

Octubre-Diciembre de 1951

Hidalgo. Editorial. *México: La lucha por la paz y por el pan*, por Frank Tannenbaum. Comentarios al estudio de Frank Tannenbaum por Daniel Cosío Villegas, Gilberto Loyo, Leopoldo Zea, Alonso Aguilar, Horacio Quiñones, Eli de Gortari, Pablo González Casanova, Edmundo Flores, Praxedes Reyna Hermosillo, Eduardo Facha, Emilio Uranga, Manuel Mesa Andraca, Jorge Carrión, Germán Parra, Eduardo Bustamante.

DE VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS.

Seis obras fundamentales para la Historia de América

HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Escrita por *Antonio de Herrera*, cronista de su Majestad. Diez volúmenes, con mapas . . . \$350.00

HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Por el Capitán *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*. Catorce volúmenes \$300.00

COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV. Coordinada e ilustrada por *Don Martín Fernández de Navarrete*. Cinco volúmenes \$200.00

PRIMERA PARTE DE LOS VEINTE I VN LIBROS RITUALES Y MONARCHIA INDIANA, CON EL ORIGEN Y GUERRAS DE LOS INDIOS OCCIDENTALES, DE SUS POBLACIONES, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, CONUERSION Y OTRAS COSAS MARAVILLOSAS DE LA MESMA TIERRA DISTRIBUYDOS EN TRES TOMOS. Por *Fray Juan de Torquemada*. Tres volúmenes \$125.00

HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA. Por *Fray Gerónimo de Mendieta*. Cuatro volúmenes \$ 50.00

EPISTOLARIO DE NUEVA ESPAÑA, 1505-1818. Recopilado por *Francisco del Paso y Troncoso*. 16 volúmenes. \$300.00

ADQUIERALAS USTED CON GRANDES
FACILIDADES DE PAGO



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA

APARTADO POSTAL 88-55

TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 30-40-85

MEXICO 1. D. F.

Ultimas Obras Publicadas por el Fondo de Cultura Económica

ECONOMIA

- CHANG, P. K. Agricultura e industrialización.
 HARRIS, S. E. Planeación económica.
 KEYNES, J. M. Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero, 3a. ed.
 LAUFENBURGER. Finanzas comparadas.
 LERNER, A. P. Teoría económica del control.
 PREBISH. Introducción a Keynes, 2a. ed.

SOCIOLOGIA

- VEBLEN, Th. Teoría de la clase ociosa, 2a. ed.

HISTORIA

- RANKE, L. von. Historia de los papas, 2a. ed.

FILOSOFIA

- IMAZ, E. Luz en la caverna. Edición de Homenaje.

BIBLIOTECA AMERICANA

- MACHADO DE ASSIS, J. M. Memorias Póstumas de Blas Cubas.

TEZONTLE

- PAZ, O. ¿Aguila o Sol?
 FERRETIS. El Coronel que asesinó un palomo y otros cuentos.

BREVIARIOS

- TROELTSCH, E. El protestantismo y el mundo moderno.
 LASKI, H. J. Los sindicatos en la nueva sociedad.
 BORGES, J. L. Antiguas literaturas germánicas.
 HADOW. Ricardo Wagner.
 RUSSELL. Religión y Ciencia.
 TORRI, J. La literatura española (en prensa)
 VINOGRADOFF, P. El derecho (,, ,,)
 GIBB, R. A. H. El mahometismo (,, ,,)
 MALE, E. El arte religioso (,, ,,)
 WHITROW, J. G. Estructura del universo (,, ,,)

Pueden pedirse a las buenas librerías o directamente al

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Pánuco 63, México 5, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO XI VOL. LXII

2

MARZO - ABRIL
1952

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1952

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA
Antonio CARRILLO FLORES
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Manuel MARQUEZ
Manuel MARTINEZ BAEZ
Alfonso REYES
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- José Medina Echavarría* La vida académica y la sociedad.
Germán Arciniegas América descuadrada.
Jesús de Galíndez Puerto Rico en Nueva York.

Nota, por Margarita Nelken.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Pablo González Casanova* El Mirlo Blanco.
Estuardo Núñez Proceso y teoría de la traducción literaria.
Enrique Beltrán El hombre y la naturaleza.

Notas, por Silvio Zavala, Telma Reca y Pedro Rapela.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Ignacio Bernal* Cien años de arqueología mexicana.
Mario A. Puga La mujer en el Perú.
Jesús Silva Herzog La concentración agraria en México.

Notas, por Fernando Salmerón y Luis Alberto Sánchez.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Poemas por: Alba Defant Durán, Silvina Ocampo, Olga Orozco, Fresia Brenes de Hilarov, Victoria Urbano, Rafaela Chacón Nardi, Olga Acevedo, Chela Reyes, Gabriela Roepke, María Silva Ossa, Carmen Conde, Angela Figuera Aymerich, Susana Mardi, Montserrat Veyreda I Trullol, Pura Vázquez, Concha Zardoya, Guadalupe Amor, Margarita Paz Paredes, Marigloria Palma, María Victoria de Salinas, Claribel Alegria, Claudia Lars, Juanita Soriano, Clara Silva.

- Ramón Sender* La gestación literaria en Valle Inclán.

Notas, por Mario Monteforte Toledo, Celestino Gorostiza, Esteban Salazar Chapela y Francisco Monterde.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Edificio del Instituto Panamericano de Geografía e Historia	120
Biblioteca del Instituto	”
Galería de historiadores del Instituto	”
Ubicación geográfica de los Organismos del Instituto	121
La diosa del agua tal como se encontró en Teotihuacán	144
Templo del Sol en Palenque hacia 1900	”
El templo superior de la pirámide del sol en Teotihuacán antes de los trabajos de reconstrucción. Grupo de arqueólogos	”
El templo de la serpiente en Xochicalco antes de los trabajos de reconstrucción. Así lo vieron Alzate, Humboldt y todos los visitantes del siglo XIX	”
La pirámide del Tepozteco, Morelos, en la época de Seler	”
El palacio de Sayil, Yucatán. Esta fotografía vieja muestra el edificio probablemente igual que cuando lo vio Stephens	”
La “Iglesia” de Chichén-Itzá a principios del siglo	”
El templo de los guerreros de Chichén-Itzá según un dibujo de Mújica	”
La pirámide del Adivino de Uxmal, según Mújica	”
Uno de los aposentos de los palacios de Mitla. Foto de la época de Holmes	”
Otra foto contemporánea de la anterior, de la fachada interior del palacio Norte de Mitla	”
Monte Albán antes de las exploraciones. De tal manera se había perdido la tradición de la existencia de la gran ciudad, que ni su nombre indígena conocemos	145

Fotografados de
FOTOGRAFADORES Y FOTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli No. 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

LA VIDA ACADEMICA Y LA SOCIEDAD¹

Por José MEDINA ECHAVARRIA

Es hora ya de que al final de toda consideración sobre nuestro tiempo, volvamos la mirada reflexiva sobre nosotros mismos y el sentido de nuestra tarea. ¿Cuál es la situación pedagógica desde la que hemos contemplado las demás situaciones? ¿Cuál es el estado de la actividad educadora y dentro de ella, muy en particular, la nuestra de universitarios? ¿En qué medida hemos actuado universitariamente cuando discurrimos sobre nuestra época y vida?

Si comenzamos buscando una perspectiva muy general no podemos negarnos a la realidad de una experiencia desilusionadora. En este punto tampoco nuestra situación es optimista y contrasta en su tono sentimental con la que formada en los días de la Ilustración llega con escasas alteraciones ideológicas ante los nuestros. Sería prematuro e injusto hablar de una pérdida de fe en la educación, pero sí parece correcto afirmar que esa fe ya no está intacta y que además semejante posición crítica está muy lejos de ser por sí misma peligrosa.

La pérdida de la ingenuidad puede ser beneficiosa al contrario para la tarea educadora. Toda la ilusión del progresismo educativo está contenida en la definición misma de la Ilustración dada por Kant: sacar al hombre de su "minoridad culpable" para conducirlo a la edad adulta de la razón.

Todo el siglo XIX ha vivido empapado de esa convicción, y ella soporta el gigantesco esfuerzo educativo y popularizador emprendido en casi todos los países. De no tener otros méritos, los anteriores bastarían para conceder a ese siglo un lugar de honor en la historia. Poco a poco se van otorgando a todas las capas sociales iguales facilidades educativas, se destruyen uno a uno los privilegios culturales y se espera con la incor-

¹ Trabajo enviado al Congreso Científico Mexicano que tuvo lugar en la ciudad de México del 24 al 30 de septiembre de 1951.

poración de todos a un saber común la mejora moral y espiritual de los pueblos, el incremento de su sentido de responsabilidad social y política y la elevación de la cultura misma, tanto en los grupos creadores como en la capa más extensa de sus beneficiarios. Que el estado de perfección y plenitud soñado no haya llegado todavía no debe extrañarnos, ni nadie pensaba por otra parte en éxitos a corto plazo. Lo desconcertante y desilusionador han sido experiencias de signo radicalmente inverso a las esperadas. Por un lado, la irrupción de la barbarie oculta, por otro, las tendencias al desprestigio de lo espiritual que ofrece la democratización de la cultura. Obtener de inmediato consecuencias reaccionarias de esas realidades es tan injustificado como el negarse a examinarlas. La conmoción mayor que ha podido sufrir nuestra fe "ilustrada", conmoción de la que no es fácil reponerse, la hemos vivido todos ante el espectáculo ofrecido por algunos de los pueblos más cultos de la tierra convertidos de repente y en masa en protagonistas de una barbarie jamás imaginada por sus dimensiones y refinamiento. El nazismo especialmente ha representado la negación radical del ensueño ilustrado por la calidad y elevadísimo estado educativo del pueblo mantenedor. El que lo inimaginable se llevara a cabo tan rápidamente, por encima de una larga tradición de escuelas, museos y bibliotecas, constituye todavía hoy un enigma. Se ha discutido en abundancia y se discutirá más todavía sobre ese hecho, pero cualesquiera que sean las explicaciones que se le encuentren ya no es posible recuperar la inocencia perdida. La fe en que la educación sacaría al hombre de su *minoridad* culpable empezó a desvanecerse cuando, con anulación de todos sus esfuerzos, lo hemos visto retroceder a estados todavía más primitivos. A partir de aquí hemos de contar con lo ocurrido. Y en países más afortunados que han podido escapar al patetismo de la aberración, se ofrecen sin embargo otros síntomas inquietantes. Los resultados obtenidos al cabo de años ya numerosos de actividad en el campo de la educación general no parecen responder a lo gastado en energías y en dinero. La vieja ecuación de analfabetismo y vida incivilizada, apenas nadie se atreve a sostenerla en la forma rotunda de otros tiempos; al contrario, la arraigada cultura tradicional de pueblos analfabetos, capaces de vivir dentro de una concepción del mundo de perfiles definidos, ha sido sustituida por una simple divulgación de los instrumentos de la iec-

tura y la escritura. La capacidad de leer ha podido quedar remansada en el goce de las más bajas producciones literarias, adormecida por el estímulo cotidiano de las tirillas cómicas. En niveles superiores la situación no parece más satisfactoria. Es bien expresivo el hecho de que en los Estados Unidos, el país que más hiciera sin disputa por la educación general, empiezan algunos de sus mejores espíritus a preocuparse por sus resultados y a pedir una revisión de los principios al parecer inmovibles en que se sustentaba. Y en conjunto, por unas y otras partes, parece haber sucedido algo que no se esperaba con la democratización de la cultura, la atenuación de su prestigio. No se trata ya del hecho de la "nivelación" encerrado necesariamente en las exigencias de la divulgación, sino del de la pérdida de atracción de los valores espirituales superiores y la atenuación por tanto de la estimación y el respeto debidos a sus soportes personales. La disminución del prestigio de la inteligencia, o de alguna de sus formas, es la expresión social de una desvaloración de la cultura misma. No importa que el fenómeno se observe por vía de queja si su presencia es real; al fin y al cabo los lamentos de unos cuantos "intelectuales" podrían dejarnos indiferentes si sólo fueran manifestaciones de un eterno descontento. Pero se trata no sólo de una desilusión "histórica", derrumbe quizás de ilusiones excesivas por parte de los sostenes de lo espiritual, sino de una cuestión práctica, de acción: ¿Qué hacer para impedir ese desprestigio y cómo sostenerse en el ideal educativo sin volver la espalda a la realidad? La aminoración de la fuerza atractiva de la cultura en el proceso de su democratización y el desprestigio de las minorías intelectuales, la rebaja actual de su status, puede deberse a causas diversas que no vamos a examinar en este momento y sobre las que está abierta la discusión: anulación por causa de proximidad del prestigio "mágico", exceso de oferta, deterioro en los niveles económicos, diversidad de los orígenes sociales de la inteligencia, situación caótica de la vida espiritual misma, predominio de los ideales materiales, etc. Sea como sea el hecho existe y su presencia pone a prueba una de las aspiraciones humanas, alimentada con más cariño desde los días de la Ilustración.

Por otra parte, la tarea de la educación general es tan inmensa que sólo ahora empiezan a verse claramente algunos de sus obstáculos y no menos algunos de los excesos cometidos.

Las dificultades se dan por sí mismas en lo que es una educación en régimen de masas y en una época de tecnicismo y especialización. Los mayores excesos aludidos quizás también provengan "necesariamente" del proceso general de racionalización a que estamos sometidos. Algunas de estas cuestiones son harto delicadas y sólo cabe formularlas con sumo cuidado. Así, cuando alguien sostiene que todo se debe a un olvido de los límites psicológicos de la educación, límites que se ofrecen en dos aspectos. La apertura de posibilidades iguales, quizás no tuvo en cuenta en su generosidad inicial, que no todos los individuos poseen de hecho capacidades iguales y que constituye un inevitable desperdicio de energías esforzarse porque alguien penetre en dominios a los que, sin culpa por su parte, no puede nunca llegar haga lo que haga; se trata de algo, sin embargo, que la ciencia puede explorar y dominar en su día. El desdén por esos límites de capacidad degrada a la enseñanza a sus niveles más bajos y conduce a la perversión, ocurrida igual en otros terrenos, de confundir la igualdad en el punto de partida con un derecho igual al título. Lo cual sucede en todos los campos de formación pero muy en especial en el universitario. Por otra parte, se plantea en este mismo plano psicológico el problema de los efectos psíquicos de lo enseñado, es decir vuelve a luz pública la vieja distinción entre lo exotérico y lo esotérico, habida cuenta que no todos los individuos pueden recibir sin deterioro y disolución interior la alta presión de estos u otros "saberes". En todo caso esta cuestión afecta en especial a la enseñanza superior y quizás pueda ser rozada más tarde, al paso de otros temas universitarios. No es, sin embargo, en estas limitaciones de tipo psicológico donde se ofrecen las mayores dificultades. Otras dadas por la estructura social son las que originan perplejidades de las que al parecer no hemos salido todavía. Es bien conocida la fundamental y no importa formularla de nuevo: ¿Cuál es el tipo de educación que puede sustituir en nuestro tiempo a la que se realizaba por el humanismo? Ni el volumen de la población escolar, ni la diversidad de sus orígenes sociales, ni la premura del tiempo y las urgencias de rendimiento, permiten hoy aquel tipo de formación despaciosa, apoyada en los textos de la antigüedad, que fué en otras épocas eficaz instrumento modelador de las minorías privilegiadas. La educación se realiza hoy en masa, para beneficio de las grandes mayorías y no de pequeños grupos

minoritarios. Por otra parte, urge la profesionalización rápida por las exigencias de la división del trabajo social y de la misma especialización científica. Ambas, manifestaciones paralelas de una misma necesidad interna de nuestra civilización. La ciencia objeto de la enseñanza no es tal unidad sino una red de ciencias, fragmentadas necesariamente en su positividad, y que siendo válidas cada una de ellas a partir de sus supuestos y dentro de su propia y limitada región, no ofrecen en su conjunto una visión trabada y completa de lo real. Y cada una de las cuales exige, por añadidura, para su dominio un penoso y peculiar aprendizaje. ¿Cómo acudir entonces al mismo tiempo a lo que exige la estructura social y el estado del saber científico, sin abandonar el ideal formativo del hombre en cuanto tal? Pues es el caso que si las técnicas educativas del humanismo clásico no parecen utilizables, queda en pie, y quizás más que nunca, su ideal formador. ¿Cómo crear "hombres" en una sociedad de afanosos obreros de esta o aquella calificación? ¿Cómo transmitir la visión de conjunto, desde cuyo centro pueda el individuo alcanzar la perspectiva y la distancia, la serenidad y la paciencia que hacen del hombre una persona cabal y responsable? ¿Aquella distancia de los hombres y las cosas, aquella amplitud de horizontes que buscaba y conseguía el humanismo al contacto del mundo cerrado y perfecto de la antigüedad, por la experiencia de las vidas paralelas? En la busca de los sustitutos nos encontramos todavía. Así, la esperanza puesta en el llamado "humanismo científico" parece problemática por las mismas razones que hicieron fracasar las ilusiones puestas en la popularización de la ciencia; como modo de mantener viva la conciencia de una época "positivista". Porque apenas empezamos a darnos cuenta que la ciencia en cuanto tal es lo que menos puede trasmitirse en su popularización. Lo cual no significa negarnos a ella por completo pues casi nadie, por no decir nadie, puede hoy poseer el conjunto del saber científico en su forma auténtica u originaria y todos hemos de contentarnos con contactos de segunda o tercera mano. Pero si el que pongamos hoy en duda que pueda realizarse una educación popular sin más instrumento que las ciencias rigurosas y sus métodos, pues son tales rigores y esos métodos lo difícilmente accesible, ¿serán acaso las ciencias sociales? Algún lo han creído así. Pero hay en esto un equivoco, que malogra pronto la validez de la sugestión. Las ciencias sociales, *qua* ciencia,

es decir en la medida en que lo son, están sujetas al mismo principio de positividad que todas las otras. Son también fragmentarias, especializadas y con escasa conexión entre sí. Por tanto, como disciplinas analíticas y teóricas son válidas por sí solas y no componen en su conjunto o adición, visión alguna coherente, unitaria, ni del hombre ni de la sociedad; son en una palabra, conocimientos instrumentales no "formativos". Tal aspecto lo tendrían tan sólo las ciencias sociales si se concibieran o enseñaran como ciencias concretas o históricas. Pero es el caso que apenas se ofrecen hoy con ese carácter y que por otra parte, lo que tuvieran de valor formado se debería entonces a la historia, con lo que aparece otro candidato, mal que nos pese a los cultivadores de la ciencia social. Pero aquí es necesario el punto final, después de haber puesto en duda "nuestros derechos". La cuestión de que partimos, queda sin embargo en pie y como una sin duda de las más importantes de nuestra situación contemporánea.

No estará de más terminar estos brochazos con un recordatorio de los excesos cometidos, antes mencionados y que ya empiezan a ser tomados en debida cuenta. Y llamo excesos a lo que han sido exageraciones de principios sin duda legítimos, pero que han llegado a descoyuntarse como resultado quizás forzoso del proceso general de racionalización. Me refiero, por un lado, al desmenuzamiento metodológico que ha reducido la pedagogía —tarea humana— a la manipulación científica de métodos y más métodos y a la formación del magisterio por un aprendizaje de técnicas más que de doctrinas. El futuro maestro es víctima en muchos sitios de un excesivo entrenamiento en formas de enseñanza que se acompaña de un descuido paralelo de sus contenidos. A la inflación de la metodología corresponde una anemia progresiva de los saberes que han de ser transmitidos y a cuyo servicio están aquellos métodos como instrumento. ¿No estaremos ya en los extremos mismos de un movimiento reactivo? Pues algo parejo ha ocurrido con la escuela moderna en general. El horror ante el viejo adoctrinamiento ha llevado la "libertad de experiencia" hasta el punto de actuar en el vacío. La sola preocupación por desarrollar capacidades, actitudes críticas y valores de espontaneidad ha ido desustancializando la enseñanza, disolviéndola en actividades formales que no pueden operar por sí mismas. Y todo con olvido de una de las gacetas inevitables de la educación,

la de transmitir un "contenido" cultural —mejor o peor— a las nuevas generaciones que sólo a partir de él pueden comenzar su propia tarea. Nada de extraño que las voces de alarma surjan ya de todos los que saben en qué consiste y ha consistido siempre la cohesión de una sociedad. ¿Es posible que subsista este país si sus jóvenes generaciones sólo han sido formadas en una actitud crítica? Así se preguntan, por ejemplo, algunos pensadores norteamericanos.

EL cuadro general, hartamente esquemático, de las cuestiones presentes en nuestra situación pedagógica, no perseguía otra finalidad que la de poder interrogarnos ahora acerca de nuestra propia actividad como universitarios. Pues es natural que en la Universidad se muestren concentrados en su peculiar nivel todos los problemas educativos que acaban de señalarse, aparte de los que le son peculiares. Puede afirmarse, por lo pronto, que la Universidad navega en nuestros días con vientos desfavorables y que casi parece cumplida en su conjunto una entre las varias profecías orteguianas. Superfluo parece aludir al estado de la vida universitaria en los países totalitarios y bien conocida es la desilusión causada en otros por los resultados negativos de un sedicente movimiento revolucionario que despertó en su día encendidas esperanzas. En los países totalitarios la Universidad se convirtió en centro de apologética y de adoctrinamiento, y allí donde dominara por algunos años aquel ilusionado conato revolucionario acabó por mal vivir en permanente situación caótica. Pero aun en los países en donde la Universidad no sufrió semejantes trastornos en sus tradiciones se halla sujeta asimismo a una crisis interna, de dimensiones mayores o menores según sus particulares circunstancias.

Está muy lejos de nuestros actuales propósitos plantear de nuevo el tema de la Universidad. Requeriría apoyarnos en un esquema histórico de su desarrollo y de sus tipos, que nos llevaría por lo que a los tiempos modernos se refiere a presentar unidos el destino de la Universidad y el de la ciencia misma. Y ese destino quizás lo veríamos influido por las condiciones generales de libertad, no sin ciertas sorpresas desde luego, pues no coinciden los momentos más brillantes de la Universidad con los regímenes políticos menos conservadores. Tendría que examinarse a continuación lo que ha significado para la Univer-

sidad la ampliación general de su alumnado, con la apertura de sus aulas a nuevas capas sociales sin ninguna tradición académica familiar, y ávidas por tanto de elevación social más aún que de saber. Ante esa nueva situación se abre a la enseñanza superior el examen de su propia funcionalidad; qué es lo que se propone, para qué educa y cuáles son los tipos de dirigentes que pretende formar. En este punto las cuestiones se desarrollan en continuado encadenamiento, desde aquellas que se refieren a los límites mismos de la enseñanza superior a aquellas otras que atañen a la responsabilidad social de sus diversos centros por la producción excesiva de titulados, con la aparición consiguiente de un proletariado intelectual y en consecuencia de seres humanos frustrados o insatisfechos. Máxima atención reclama en este momento la contradicción bien conocida entre las exigencias de la especialización científica rigurosa y las demandas de lo que se denomina educación general; por no hablar de la necesidad de no dejar en olvido los aspectos formativos que se refieren al carácter y al temple moral. Se trata siempre de los problemas que podemos llamar de la Universidad en "su" mundo, es decir de aquellos que provienen de las condiciones del medio histórico-social dentro del cual se desarrolla y que le penetran por decirlo así desde fuera. Son, por tanto, ineludibles en sus efectos aun antes mismo de haber tomado ante ellos una posición reflexiva.

Vendrían luego todas las cuestiones que se originan en el seno mismo de la Universidad, de su organización, del aprecio y situación económica de sus miembros, y que si alguna vez reflejan condiciones generales contribuyen otras a producirlas o a agravarlas. Todas las cuestiones, por ejemplo, del prestigio profesoral y académico, tan unidas a la estimación social del papel de la inteligencia y a las altas y bajas de su prestigio y *status*.

Se trata de los problemas del "mundo" de la Universidad.

Se dan, por último las cuestiones que derivan del enfrentamiento de la Universidad con ese mundo que le rodea, alterándole las maneras de su existir, y que son consecuencia de su propia misión. Pues se trata ahora de cómo la Universidad puede realizar y realiza el examen intelectual de las circunstancias en que vive. Dicho en una palabra, constituyen los problemas de la Universidad "frente" al mundo. Son éstos a los que queremos dedicar un poco de atención, pues son los que se

engarzan más directamente con la cadena de consideraciones hechas hasta aquí y con la justificación última de este ensayo. En su planteamiento desnudo se trata de algo bien sencillo, a saber: la Universidad de nuestros días vive en un mundo desgarrado por tensiones profundas y por oposiciones ideológicas que no pueden quedar detenidas ante sus muros. Las pasiones políticas encrespan el contorno y antagónicas doctrinas sociales combaten en las calles por el futuro. ¿Cómo puede comportarse la Universidad en tales circunstancias? Una Universidad sobre todo que no renuncie a su vocación auténtica: la investigación de la verdad, la ampliación y conservación del saber. En este punto ningún prurito de originalidad justificaría alteraciones de fondo en la tipología de posibilidades ofrecida por un escritor inglés de nuestros días. Aunque no me crea obligado a compartir punto por punto las opiniones de Nash, pienso con él que a la Universidad sólo se le ofrecen hoy tres caminos. La solución de aislamiento, en primer lugar. La Universidad puede desinteresarse de la realidad en torno, volverle la espalda, encerrarse en sí misma y, amurallada de esta suerte, devanar en su soberbia y lejana "torre de marfil" las "cuestiones eternas". Despreocupados por el momento de averiguar si tales cuestiones existen y si es auténtica una vida contemplativa en semejantes condiciones, la solución de retiro y aislamiento ofrece dos grandes fallas. Ante todo, la dificultad suma, por no decir la imposibilidad, de ese radical enclaustramiento en el mundo de hoy, mundo que no exime de su penetración con la imagen y el sonido los lugares más voluntariamente recoletos. Mundo en que, por otra parte, viven y no han abandonado la mayor parte de los componentes de esa Universidad —alumnos y profesores— y en el que aun no siendo partícipes directos reciben los ramalazos de la pasión y de las opiniones encontradas. Cuando la vida se ha hecho cada vez más pública, hasta invadir los reductos tradicionales de la existencia privada, es sin duda un vano empeño la pretensión de conservar un dominio exento. Pero si por un esfuerzo sostenido y gracias a recursos inimaginables se consiguiera poner en pie ese tipo de Universidad encastillada, los resultados de tan exagerada asepsia serían fatales tanto para la sociedad como para sus educandos. Todos los años se volcarían al teatro del mundo hornadas de seres angélicos, condenados a pasar por una reeducación durísima o arrastrar por el resto de sus días el fracaso y la amar-

gura de un desilusionado y brusco despertar. La solución de aislamiento, de ser hacedera, resultaría funcionalmente inadmisibles. La tendencia ya de por sí implícita en toda vida intelectual y académica a alimentar futuras frustraciones demanda cabalmente medidas muy contrarias a las que llevaría consigo aquel artificioso enclaustramiento.

Ahora bien, la posibilidad examinada es una construcción típico-ideal y sólo podrían mostrarse aquí y allá alguno que otro conato de realización. Más frecuente ha sido la experiencia histórica de la posibilidad contraria, aunque siempre transitoria por las razones que veremos. Esta es la solución de la Universidad "militante". Cabe sostener, en efecto, que no sólo no puede cerrarse la Universidad a las influencias exteriores, negándose a la realidad de los conflictos sociales y políticos del momento, sino que debe admitir el desarrollo en su seno de esas mismas luchas y aceptar para sus miembros un papel militante. Alumnos y profesores no sólo tienen derecho a participar en la vida pública del país, como seguidores de este o el otro movimiento político o ideológico, sino el derecho asimismo de prolongar su combate por claustros y aulas y de defender en ellos sin trabas sus respectivas posiciones.

Toda doctrina, cualquiera ideológica, puede y debe ser mantenida y propagada dentro de la Universidad; y aceptar a las consecuencias de toda lucha por ganar adeptos y simpatizantes. Se concibe a la Universidad de tal suerte como un reflejo o microcosmos del mundo en torno, y a la participación en sus luchas internas como una preparación o aprendizaje para la posterior participación en las luchas nacionales. Las consecuencias de esta tesis pueden ser ya estudiadas en diversos países y conducen de modo necesario a la aniquilación de la vida universitaria o al predominio final de la Universidad totalitaria. El equívoco de esta supuesta concepción liberal se manifiesta en la transmutación del enfrentamiento crítico de las teorías dentro de la esfera intelectual, admisible y necesario como veremos más tarde, en una pugna de personas y agrupaciones. Acarrea necesariamente la interpretación de la libertad de cátedra como libertad de plataforma; el análisis científico toma la figura de propaganda y el mantenimiento razonado de una convicción se convierte en adoctrinamiento sin mesura. De modo también inevitable, los partidos y movimientos combatientes en el ámbito nacional aprovechan sin empacho la

plasticidad juvenil para manejar sin dificultad al estudiantado por medio de personas interpuestas u otras técnicas no menos conocidas. La Universidad acaba por abandonar en su ardor militante su propia tarea. Pintorescas y marginales en tiempos más apacibles, el estado y el público podían contemplar con ojos benévolos las luchas estudiantiles; eran en fin de cuentas miembros de una misma clase social que jugaban a la política con el irresponsable abandono de sus pocos años. Pero desde la aparición de las tensiones clasistas y, sobre todo, de la formación de partidos con una dialéctica de violencia, la concepción de la Universidad militante ha sido un fermento de caos. El problema es grave porque el destino de una sociedad liberal marcha unido al destino de una universidad libre y no puede aceptar el fácil corte al nudo gordiano de una Universidad dogmática, que es la salida totalitaria. Solución que puede defenderse con éxito si se ha pasado por las experiencias de un desorden continuado. Planteemos de nuevo el problema con la mayor claridad posible. Si la solución militante acaba por destruir a la Universidad como centro de cultura y si tampoco es posible la solución de aislamiento. ¿Qué cabe hacer en una sociedad liberal que rechaza por esencia la uniformidad dogmática y quiere mantenerse fiel al espíritu mismo de la Universidad, no otro que el de la libre investigación?

El tercer camino se dibuja de esta suerte como el de la Universidad "partícipe" como tal Universidad. Partícipe en la medida en que no puede volverse de espaldas a la realidad de su tiempo y negarse a ver lo que en ella ocurre, pero partícipe sólo como Universidad, en la medida en que esa su participación consista en el examen riguroso, en el análisis más completo y a fondo posible, en la perforación crítica sin atenuaciones de cuanta idea, doctrina o concepción eleve una pretensión de verdad en su mundo circundante. En ese sentido nada ni nadie puede quedar exento de la criba de la cátedra y del laboratorio, pero siempre dentro de los límites rigurosos de la investigación objetiva. La construcción típico-ideal de esta solución no ofrece dificultades; es la que corresponde a la sociedad liberal, la que traduce la naturaleza misma de la ciencia y en la que adquiere su auténtico sentido la llamada libertad de cátedra. En la Universidad, como congregación de afanosos del saber, todo puede y debe ser examinado, en efecto, sin restric-

ción alguna; lo que en la calle circula como demagogia, como cobertura ideológica, como encuentro de intereses, puede acrisolarse en la cátedra y ser reducido a sus modestas proporciones de verdad limitada, si es que la tiene. La sociedad no pierde sino gana con lo que puede ser excepcional reducto —precario sin duda— de serenidad; de él puede venir, aunque no se escuche, el consejo desapasionado que da el conocimiento de lo objetivamente posible.

Con todo, si la construcción típico-ideal es lógicamente coherente ¿cuáles son las condiciones de su posibilidad? Las condiciones externas parecen tan notorias que nos eximen de su particular examen: cuando en un país se abandona o no se conoce el régimen general de libertad no puede ya ni plantearse el problema que venimos considerando; no existe propiamente. Sin embargo, hay matices en los regímenes de dictadura, hasta llegar a sus formas totalitarias, cuyo estudio pormenorizado no dejaría de tener interés. Las condiciones internas, el mayor objeto de nuestro interés en este momento, dependen de cómo se haga uso de la libertad de investigación y enseñanza. Se trata, en definitiva, de condiciones de responsabilidad ¿cómo se aceptan y cuáles son los límites de aquellas libertades?

Entre ambos tipos de condiciones se ofrece una zona intermedia de cuestiones, en extremo vidriosas, a las que sólo puede mencionarse de pasada. Tenemos en primer lugar, el hecho de que en todas las sociedades y culturas existen temas "tabú", los cuales difieren, de modo considerable de una a otra; la investigación y más aún la enseñanza en cualquiera de sus grados se ve obligada a silenciar o a negar incluso la existencia misma de esas cuestiones. El asunto, poco analizado, ofrece buen número de sorpresas y paradojas, pues lo que cabe estudiar con libertad, sin límites, en cierta sociedad puede ser prohibido en otra mucho más liberal en su conjunto. Es comprensible por eso que los ensayos de exploración sean escasos.

Lo mismo ocurre con otra cuestión que sólo cautamente comienza a ser examinada, pues lleva el peligro de poner al que la plantee desde la libertad, en sospecha de reacción; una entre las varias consecuencias de nuestra confusa situación actual. En términos generales aludimos ya a ella al considerar los límites de la educación. Pues se trata, en efecto, de si todo puede ser enseñado y si todos los educandos pueden resistir la misma dosis de verdad. La vieja distinción, decíamos, entre enseñanza

esotérica y exotérica. Ahora bien, a contrapelo de lo que pudiera ser primera impresión resulta ser en los centros de enseñanza superior donde el problema puede presentarse más agudo. Pues, por esencia, ese nivel de enseñanza es el que parece exigir la exploración ilimitada y a fondo de sus temas, es decir su examen crítico sin impedimento alguno. Es curioso, que la cuestión comenzara a ser estudiada, si bien de modo tangencial, cuando se analizaron los efectos desarraigadores sufridos en algunos países por sus pensionados al extranjero; se ofrecía patente la contradicción entre los resultados beneficiosos a la larga para la sociedad y las repercusiones inmediatamente perniciosas para los intermediarios personales del proceso cuando éstos caían víctimas—no siempre, naturalmente—de una vida desajustada e insatisfecha. Generalizada más tarde la observación a la enseñanza universitaria, pudo preguntarse hasta qué punto puede convenir—social y personalmente—la producción ilimitada de grupos de individuos con una inicial desadaptación respecto a la sociedad en que tienen que vivir; tanto más si se trata de personas que han "entrevisto" más que conocido a fondo sus puntos críticos, y que víctimas de los efectos corrosivos de la "ratio" no han podido llegar a los extremos en que la conciencia clara de los límites estimula de nuevo la serenidad y el equilibrio. Dicho de otra manera ¿las últimas cuestiones de la enseñanza superior pueden ser igualmente asequibles a todo su alumnado? De ahí el que se haya podido subrayar por algún pensador liberal de nuestros días la conveniencia de tamizar a través de seminarios y centros especiales la minoría capaz de resistir sin peligro los efectos inicialmente demoleedores de la auténtica cavilación universitaria. Y dejo tan espinoso tema, no sin anotar cómo la experiencia contemporánea ha sacado la cuestión de la esfera académica para alimentar una preocupación común de agudos observadores: ¿qué es lo que puede decirse y qué es lo que debe callarse en un momento dado? ¿Qué conciencia tengo de la responsabilidad de mis palabras?

Dejemos aquí tan graves interrogantes para volver al examen de las condiciones internas que hacen posible la realización del tipo de Universidad "intelectualmente participe". Y vamos a hacerlo desde un centro en extremo vulnerable, el de la ciencia social, por ser éste donde, a causa de esa misma vulnerabilidad se ofrecen aquéllas en el máximo relieve. Los dramáticos acontecimientos de estos últimos años han puesto de manifiesto,

ción alguna; lo que en la calle circula como demagogia, como cobertura ideológica, como encuentro de intereses, puede acrisolarse en la cátedra y ser reducido a sus modestas proporciones de verdad limitada, si es que la tiene. La sociedad no pierde sino gana con lo que puede ser excepcional reducto —precario sin duda— de serenidad; de él puede venir, aunque no se escuche, el consejo desapasionado que da el conocimiento de lo objetivamente posible.

Con todo, si la construcción típico-ideal es lógicamente coherente ¿cuáles son las condiciones de su posibilidad? Las condiciones externas parecen tan notorias que nos eximen de su particular examen: cuando en un país se abandona o no se conoce el régimen general de libertad no puede ya ni plantearse el problema que venimos considerando; no existe propiamente. Sin embargo, hay matices en los regímenes de dictadura, hasta llegar a sus formas totalitarias, cuyo estudio pormenorizado no dejaría de tener interés. Las condiciones internas, el mayor objeto de nuestro interés en este momento, dependen de cómo se haga uso de la libertad de investigación y enseñanza. Se trata, en definitiva, de condiciones de responsabilidad ¿cómo se aceptan y cuáles son los límites de aquellas libertades?

Entre ambos tipos de condiciones se ofrece una zona intermedia de cuestiones, en extremo vidriosas, a las que sólo puede mencionarse de pasada. Tenemos en primer lugar, el hecho de que en todas las sociedades y culturas existen temas "tabú", los cuales difieren, de modo considerable de una a otra; la investigación y más aún la enseñanza en cualquiera de sus grados se ve obligada a silenciar o a negar incluso la existencia misma de esas cuestiones. El asunto, poco analizado, ofrece buen número de sorpresas y paradojas, pues lo que cabe estudiar con libertad, sin límites, en cierta sociedad puede ser prohibido en otra mucho más liberal en su conjunto. Es comprensible por eso que los ensayos de exploración sean escasos.

Lo mismo ocurre con otra cuestión que sólo cautamente comienza a ser examinada, pues lleva el peligro de poner al que la plantee desde la libertad, en sospecha de reacción; una entre las varias consecuencias de nuestra confusa situación actual. En términos generales aludimos ya a ella al considerar los límites de la educación. Pues se trata, en efecto, de si todo puede ser enseñado y si todos los educandos pueden resistir la misma dosis de verdad. La vieja distinción, decíamos, entre enseñanza

esotérica y exotérica. Ahora bien, a contrapelo de lo que pudiera ser primera impresión resulta ser en los centros de enseñanza superior donde el problema puede presentarse más agudo. Pues, por esencia, ese nivel de enseñanza es el que parece exigir la exploración ilimitada y a fondo de sus temas, es decir su examen crítico sin impedimento alguno. Es curioso, que la cuestión comenzara a ser estudiada, si bien de modo tangencial, cuando se analizaron los efectos desarraigadores sufridos en algunos países por sus pensionados al extranjero; se ofrecía patente la contradicción entre los resultados beneficiosos a la larga para la sociedad y las repercusiones inmediatamente perniciosas para los intermediarios personales del proceso cuando éstos caían víctimas—no siempre, naturalmente—de una vida desajustada e insatisfecha. Generalizada más tarde la observación a la enseñanza universitaria, pudo preguntarse hasta qué punto puede convenir—social y personalmente—la producción ilimitada de grupos de individuos con una inicial desadaptación respecto a la sociedad en que tienen que vivir; tanto más si se trata de personas que han "entrevisto" más que conocido a fondo sus puntos críticos, y que víctimas de los efectos corrosivos de la "ratio" no han podido llegar a los extremos en que la conciencia clara de los límites estimula de nuevo la serenidad y el equilibrio. Dicho de otra manera ¿las últimas cuestiones de la enseñanza superior pueden ser igualmente asequibles a todo su alumnado? De ahí el que se haya podido subrayar por algún pensador liberal de nuestros días la conveniencia de tamizar a través de seminarios y centros especiales la minoría capaz de resistir sin peligro los efectos inicialmente demoleedores de la auténtica cavilación universitaria. Y dejo tan espinoso tema, no sin anotar cómo la experiencia contemporánea ha sacado la cuestión de la esfera académica para alimentar una preocupación común de agudos observadores: ¿qué es lo que puede decirse y qué es lo que debe callarse en un momento dado? ¿Qué conciencia tengo de la responsabilidad de mis palabras?

Dejemos aquí tan graves interrogantes para volver al examen de las condiciones internas que hacen posible la realización del tipo de Universidad "intelectualmente partícipe". Y vamos a hacerlo desde un centro en extremo vulnerable, el de la ciencia social, por ser éste donde, a causa de esa misma vulnerabilidad se ofrecen aquéllas en el máximo relieve. Los dramáticos acontecimientos de estos últimos años han puesto de manifiesto,

sin lugar a dudas, la frágil y peligrosa situación en el mundo contemporáneo de la ciencia social y de sus cultivadores. El análisis de esa circunstancia nos permite descubrir una doble causación que se encierra indivisa en la naturaleza misma de la ciencia; pues una línea casual se origina en el aspecto crítico de esa ciencia, mientras que la otra deriva de su positividad. Examinémosla sucesivamente.

Como es sabido, aunque a veces no se extraigan todas las consecuencias de esta banal afirmación, la ciencia social es una ciencia joven pues no comienza a cultivarse como tal, en sus diversas ramas, hasta la época de estabilización del estado moderno. Pero de esto lo que nos importa ahora es destacar que ese su nacimiento posee al principio un carácter funcional, es decir constituye un saber empírico al servicio precisamente de aquel estado. Más poco a poco, siguiendo la legalidad interna de la ciencia, ese saber se hace autónomo y empieza a admitir dosis cada vez más fuertes de afán desinteresado de conocimiento o por el saber mismo. Ahora bien, cuando los diferentes temas sociales empiezan a estudiarse por sí mismos y el investigador es fiel en proporciones cada vez mayores a la objetividad de sus métodos, los resultados de la ciencia social comienzan a su vez a distanciarse de las creencias y deseos dominantes.

El saber objetivo no coincide con el patrimonio de las creencias tradicionales o de sentido común, ni con las versiones ideológicas de los diversos poderes o intereses. En este sentido, la ciencia social supone por necesidad una crítica de todo lo que no aparece verificado o verificable con arreglo a sus propios principios. Este aspecto crítico, que a temor de su conciencia no puede menos de encarnar el científico social, le atrae la enemiga de todos los afectados. Se constituye así un tipo especial dentro de la "inteligencia" que es el más expuesto de todos a las reacciones de los distintos intereses y que es para todos ellos igualmente sospechoso. Pues todos los intereses y fuerzas sociales quisieran probar que tienen al saber científico de su lado y hacen todo lo posible por conseguirlo; en una época de intensa "politización" el científico social ha sido fatalmente la primera víctima y el silenciado con mayor rigor. Se ha hecho observar con razón que el representante de la ciencia social es el más indefenso entre todos los intelectuales en los momentos de tensión partidista o de persecución totalitaria;

los temas de su investigación se encuentran en el meollo mismo de los antagonismos y ante ellos no tiene puerta de escape ni técnica de disimulo. No disfruta de la neutralidad fácil del científico de la naturaleza, ni puede como el filósofo remontarse a alturas inaccesibles de abstracción, o arrojarse en la magnífica soberbia de un oscuro lenguaje. Las experiencias totalitarias muestran por eso el alto porcentaje con que la ciencia social ha contribuido a las distintas depuraciones universitarias. El cultivador de la ciencia social ha sido y es un depurable nato y esto cualquiera que sea el depurador.

Si su aspecto crítico expone a la ciencia social a las narradas consecuencias, su aspecto positivo no le ha deparado puras bendiciones. Su positividad despertó, por un lado, esperanzas excesivas con los consiguientes desengaños, le creó problemas internos por otro lado, que hasta ahora no ha podido resolver y que quizás no lo sean nunca. La aparición de las ciencias sociales empíricas en una época de cientismo puso una carga de ilusión en su desarrollo, que al no actualizarse según lo sonado llegó a movimientos de reacción negadora no menos excesivos. Se esperaba de ésta o la otra ciencia la receta infalible para la solución de los problemas cotidianos y de esa esperanza fluía a sus cultivadores un halo casi mágico. Desengaños repetidos condujeron a la pérdida de respeto por esas personas y a la negación incluso de toda validez científica a sus tareas. Lo ocurrido con la ciencia económica es en este punto sumamente expresivo, pues ningún otro "experto" disfrutó por más tiempo de mayor reverencia y ningún otro ha sido luego objeto de más despiadadas críticas. Siempre, naturalmente, con igual injusticia y por idéntico desconocimiento de la naturaleza y de los límites de la ciencia social.

Pero la positividad traía, por añadidura, otros problemas y éstos ahora en el seno de la ciencia misma. En efecto, la ciencia social por su carácter positivo ha tenido que obedecer al proceso general de especialización y fragmentación y de esa manera no tenemos hoy una ciencia social sino un conjunto de disciplinas separadas, de campos de investigación cada vez más reducidos e intensivamente explorados, sin más relación entre sí, incluso en sus diversos métodos, que su común referencia a un mismo tipo de realidad y el vago adjetivo que la delata. Ahora bien, dado que esa realidad se vive existencialmente como un todo, su necesaria fragmentación se imputa a

la ciencia social como si fuera un pecado que hace imposible la visión de conjunto, necesaria para poder orientarse vitalmente a través de la maraña de los problemas del día. Esta situación, percibida por los propios científicos sociales, ha dado lugar a los diversos esfuerzos por alcanzar una síntesis, como se decía antes en Europa, o por lograr una integración, como se dice hoy en Norteamérica. El problema de la integración de las ciencias sociales, examinado a veces con cierta superficialidad, lo mismo en sus aspectos de investigación como de enseñanza, se encuentra nada menos que en el origen histórico y lógico de la Sociología, ciencia "sintética", de la que derivan a su vez otras peligrosas ilusiones. Pues la enorme atracción equívoca de esta disciplina, como ha puesto de relieve aguda crítica filosófica—consiste en mantener la creencia de que ofrece un saber total del hombre, es decir no sólo de sus aspectos sociales, empíricamente observables, sino de la existencia humana como tal. Bastaría esto para mostrar las maneras harto mecánicas y de superficie con que se ha pretendido hacer frente en medio de alguna inocencia metodológica a la mencionada tarea de integración de las ciencias sociales.

Las consecuencias de la positividad de la ciencia social pueden también observarse desde otra perspectiva. Alguna crítica ha analizado su actual condición, atribuyendo esa su puesta infecundidad para la vida, a que perdió todo contacto con una concepción unitaria del mundo o mejor dicho, a su abandono de los principios metafísicos que la mantenían en otros momentos históricos como un cuerpo de doctrina coherente y sistemático, tal como se daba en la filosofía griega y cristiana o en la centuria de la ilustración; pero la posterior desecación positivista tenía que desembocar, se declara, en la anárquica fragmentación de nuestros días. La unidad de las ciencias sociales, la interna coherencia de sus soluciones sólo pueden alcanzarse, por la recuperación de principios metafísicos y morales comunes, es decir, desde una concepción del mundo de vigencia general. Esta crítica, certera sin duda desde ciertos ángulos, desatiende sin embargo la legalidad interna en el desarrollo de la ciencia. Merecería de ser posible una consideración más detenida. Nadie puede negar que presenta un problema, el cual suele plantearse por algunos, si bien en forma insuficiente, como el de las relaciones entre ciencia y valor. Pues no se trata de si la ciencia social puede o no poner o

declarar estos y otros valores concretos, sino de si es ella misma posible fuera de la perspectiva de posiciones últimas de valor. Es decir, desconectada de principios e ideas que no sólo articulen sus resultados particulares sino que orienten y guíen la investigación misma, el planteamiento de sus preguntas auténticas; aquellas que "verdaderamente" importan.

El anterior despliegue, relativamente detallado en su rapidez, de la problemática ofrecida por la situación de la ciencia social no tenía otra finalidad, como se recordará, que la de tratar de responder desde un punto neurálgico a nuestra pregunta acerca de las condiciones de probabilidad de una participación de la Universidad en las realidades de su mundo por la única vía de su libre examen. Pues todas las pugnas políticas y los antagonismos sociales constituyen fenómenos que caen en el campo de la ciencia social como sus problemas y sus datos.

Y si las condiciones internas de este tipo de universidad dijimos que eran condiciones de responsabilidad, las vemos ahora en todo su complejo entrelazamiento, luego de proyectadas sobre la tarea de una cátedra de ciencia social. Cátedra en la que sus titulares parecen estar expuestos, por una parte, a demandas excesivas y obligados, por otra, a producirse en forma crítica, aunque se ciñan, o precisamente por eso, a lo que alcanza su saber rigurosamente limitado. La famosa teoría de Max Weber sobre la neutralidad valorativa de la ciencia quizás pudiera interpretarse como una angustiada anticipación de lo que luego aconteció a la vista de todos. La tajante separación entre la esfera de los hechos y la de los valores, del ser y del deber ser, y la limitación de la tarea posible a la investigación de aquellos hechos y al análisis racional de los medios, fines y consecuencias o de la coherencia interna de las doctrinas, lo mismo que el repudio de la utilización propagandista de la cátedra, era una solución dictada por una conciencia de responsabilidad en armonía sin lugar a dudas con lo que debe ser el sentido del espíritu universitario dentro de una sociedad "todavía" liberal. A la doctrina de la neutralidad valorativa de la ciencia se le han atribuido efectos paralizadores en momentos decisivos de lucha, que no están desde luego confirmados ni pueden quizás imputarse a la doctrina misma como muchos en cierto momento creímos. Es posible que el ascetismo heroico a lo Weber sea excesivo y que la clara separación entre lo que

puede decirse como saber científico y lo que tenemos como convicción no pueda llevarse hasta el extremo de silenciar esta última. La crítica de la ciencia social por haberse desconectado de toda concepción unitaria del mundo y de la vida, a que antes aludimos, ofrece aquí un elemento de razón. Entra por eso dentro de la conciencia de responsabilidad con que ha de proceder el universitario la clara explicitación de las convicciones que mantiene como hombre, que dan sentido a su vida y a sus afanes y que quizás sean el resorte personal de su propia tarea científica. Sólo que esa explicitación, exigencia misma de la comunicación entre personas, debe mantenerse limpia y netamente separada de aquello que en su conciencia de científico crea poder afirmar como verificable saber de hecho. Es más, algunos planteamientos y consideraciones como los que se han ofrecido en estas páginas, sólo son lícitos y posibles si se declaran las últimas posiciones de valor que soportan las interrogantes. Los valores en este caso de una civilización liberal trabajosamente tallada a la altura del hombre, que estimamos todavía como válidas y que nos han llevado a preguntarnos por las condiciones de su posibilidad y realización en el mundo actual.

A través de inevitables dudas y vacilaciones volvemos a ver hoy en el postulado weberiano de la neutralidad valorativa, no necesariamente en su literal formulación, el principio inatacable de la Universidad libre en una sociedad igualmente libre. No es otra cosa en definitiva que un aspecto del afán de saber y de verdad que impulsa a la ciencia y que alimenta toda auténtica institución universitaria. En una sociedad todavía libre la única manera de perpetuarla es responder con responsabilidad a los derechos que nos otorga; en una sociedad ya estrangulada por el espasmo de las contraposiciones polares es también la única manera de imponer si no la tolerancia al menos un íntimo respeto, aun en la persecución, al antagonista. Queda, en caso extremo, la propia conciencia ante el enigma del fracaso.

¿CUÁL es la situación actual de la inteligencia académica? Es decir ¿cuáles son las condiciones externas de su trabajo y cuál el alcance de sus modos y medios de expresión? La imagen de los grandes sabios del pasado nos ofrece un modelo que nos

parece hoy inasequible. Los tomos de sus obras se acumulan en los anaqueles como resultado de un esfuerzo que quizás percibimos inverosímil e irrepetible. ¿Qué es lo que supone ese pasmoso triunfo intelectual, vencedor de las prensas? Sin duda, excepcionales cualidades de inteligencia y de energía de trabajo; el planteamiento mismo de la investigación, la hipótesis perseguida, el plan que se traza y desarrolla, suponen claro está, capacidades intelectuales fuera de lo común, mas luego viene la incansable suma del trabajo diario, las lecturas y experiencias metódicas, el amontonamiento lento de las cuartillas. ¿Desesperamos hoy de nuestra inteligencia y de nuestras energías? ¿O más bien nos damos cuenta de la desaparición de ciertos supuestos? ¿Cuáles son éstos? El examen de los momentos de plenitud de la universidad europea, los del siglo XIX muy en particular, quizás nos ponga sobre la pista de lo que buscamos. Dos condiciones parecen desprenderse de ese examen: seguridad personal económica y seguridad de horizontes colectivos. A lo que tendríamos que añadir el elemento de honor. La gran tarea investigadora y erudita se apoya, en efecto, sobre planes a largo plazo; al emprenderla, su autor no está ni puede estar seguro del resultado, sólo sabe que en ella va a consumir su vida o muchos de sus contados años. Huelga insistir además sobre el carácter absorbente y a veces obsesivo de toda actividad intelectual; toda interferencia de preocupaciones cotidianas la dificulta y una súbita alteración de horizonte la suspende o impide. Por consiguiente, tanto una situación personal que obligue a asegurar día a día la primaria necesidad del sustento, como una situación colectiva que impida una razonable previsión del futuro, tienen que afectar de modo adverso el despliegue de un esfuerzo que se mide por años. Asimismo, las estrecheces de una moderada posición económica pueden aceptarse con dignidad y paciencia si se espera o se goza ya la compensación del reconocimiento social; sin un mínimo de honores y de prestigio la tarea requiere calidades heroicas escasamente distribuidas. Por otra parte, se trata de una obra personal, libremente emprendida y que mantiene el puro afán de conocer y saber—el impulso de alcanzar la verdad o de añadir nuevas verdades—o la creencia si se quiere de su utilidad y de su valor de servicio. Pues bien, éstas son las condiciones que encuentra muy deterioradas la inteligencia académica de nuestros días y que quizás se han agravado para las

nuevas generaciones al encontrarse éstas incapacitadas para utilizar las reservas del hábito y la tradición. Hasta donde pueda llegar ese deterioro dependerá de la situación política y económica general.

Dentro de estas concisas alusiones conviene detenerse en dos puntos todavía. En primer lugar, en el hecho de que la propia organización universitaria provoca a veces esas condiciones buscando precisamente lo contrario. Tal ha sido la manía de valorar unilateralmente un solo tipo de profesor y de condicionar al ascenso y el status "intra muros" por la frecuencia y número de las publicaciones. Esta tendencia ha sido funesta. La obsesión por publicar a fecha fija sólo ha podido favorecer a los más aptos en la organización mecánica del trabajo. Por eso, buen número de tales publicaciones son personalmente inauténticas aparte del valor escaso o nulo de su aportación. El segundo punto se refiere a la institucionalización de la tarea científica, aceptada por algunos con entusiasmo como el único medio de mejorar las condiciones de que venimos tratando. La cuestión parece hartamente problemática. Y el espectáculo contemporáneo de los Estados que se han convertido en los únicos patronos de la vida intelectual y científica basta para probarlo o para suscitar al menos grandes dudas. Hace ya muchos años que pudo hablarse de la "expropiación de los medios de investigación" como de una tendencia de nuestro tiempo destinada a convertir lentamente al científico en un "burócrata" de la producción espiritual. Pero la previsión se hacía con disgusto y recelando de sus peligros. Es cierto que en un aspecto semejante proceso es inevitable; nadie puede hoy disponer de los laboratorios y medios de investigación necesarios sin ayuda pública. Pero de eso hay un gran paso a la aceptación sin reservas de la investigación planificada. Nadie puede negar, en efecto, la conveniencia de que el poder público —como hicieron y hacen las grandes empresas— pueda sostener investigaciones planeadas en vista de necesidades colectivas que no podrían hacerse sin su "inspiración" y sus medios y todo el mundo conoce cuáles son los límites y las direcciones de esas investigaciones. Pero cosa muy distinta es la institucionalización de toda la actividad intelectual, so capa de mercenazgo generoso, que en realidad la esteriliza y falsea. Aparte de lo que silencia tiñe aun sus mejores resultados con un tono perturbador de apologetica y consigna que empapa sin remedio hasta las for-

mas de expresión y de estilo. ¿Qué es lo que puede quedar de libertad de investigación y de iniciativa personal en la maraña de unos y otros institutos? En el mejor de los casos, el mantenimiento de las condiciones objetivas de seguridad sucede a costa de acabar con las calidades personales y subjetivas, las que más importan en fin de cuentas. Se trata claro es de manifestaciones totalitarias y tanto menos dañinas cuanto más declaradas y explícitas. Pero las tendencias generales de la época en esa dirección nos obligan a estar advertidos y a no fomentar falsas ilusiones. El apoyo de los poderes públicos a la vida académica y a la investigación debe seguir rumbos diferentes. El aseguramiento de las condiciones de estabilidad material de la vida académica ha de ir mano a mano con la garantía y defensa de su libertad creadora; y el apoyo de la investigación por parte del Estado sólo puede hacerse con éxito a través de instituciones políticamente independientes, autónomas en su orientación, generosamente abiertas por tanto a todo afán personal. Sin embargo, no es este tema, por ser importante, el verdadero eje de estas líneas; me interesa otro aspecto mucho más íntimo pero no menos del momento. Es éste: ¿puede la inteligencia académica limitarse en nuestros días al uso exclusivo de sus medios de expresión típicos y más apropiados?

Las formas expresivas del profesor están dadas por sus tareas de cátedra y por las tradiciones académicas. Su influjo alcanza al estilo mismo. El profesor dicta cursos y escribe tratados o monografías; la conferencia es una lección o un curso concentrado de igual manera que el manual es un tratado en resumen o en proyecto. Es extraño que apenas se haya escrito, si es que algo hay, acerca de la construcción y desarrollo de un curso. Por fortuna o por desgracia la pedagogía suele pararse ante los niveles universitarios y quizá por razones explicables. En el desarrollo de un curso entran con la ecuación personal del profesor dos momentos en extremo importantes que denominaré la situación general colectiva y la situación de aula. Esta última, muy variable, determina, en definitiva, las características más importantes de un curso: la densidad, el ritmo y el entusiasmo. El peso de la situación general colectiva, resultado del medio nacional y el particular universitario, se percibe agudamente por quien profesa o enseña en distintos países, y no menos puede ser captada cuando se trata de diferentes momentos en la vida de un mismo país. En este sentido son en

extremo variables las posibilidades de desarrollo; con todo, un curso lleva consigo limitaciones expresivas que provienen de su necesaria división en lecciones o conferencias y que ponen siempre en peligro la visión del conjunto.

En la monografía se expresa una investigación. Enfoca por eso un tema limitado y porque su público es el especialista necesita aportar toda la prueba. Por lo común se presenta cargada en su aparato científico y no pretende la amenidad. El tratado despliega la exposición sistemática de una disciplina y esto tiende a liberarle en alguna forma de la minuciosidad de la monografía. La tradición no exigía galas literarias, pero sí un estilo severo ceñido y lo más claro posible; el estilo académico alcanzaba así su propia fisonomía. A este respecto bueno será recordar el deterioro que hoy sufre en dos opuestas direcciones; por un lado, la pérdida de todo estilo en las obras dictadas, redactadas a la velocidad de la tecla o forjadas a toda prisa por el simple ensamblaje de papeletas y resúmenes. En otra dirección el estilo académico se pierde de igual modo por el afán de notoriedad o por el deseo de aparecer original a toda costa; los diversos trucos de presentación sólo tienen éxito, sin embargo, caso que los ampare un verdadero talento literario. Plaga más grave es el intento de ofrecer la presentación formal —acuñación más o menos afortunada de nuevos términos— como originalidad de fondo; de tal enfermedad adolecen hoy las disciplinas humanas y las ciencias sociales en particular. En todo caso puede sostenerse que el tradicional estilo académico constituye una limitación y que por romperla luchan las aludidas innovaciones. Ahora bien, lo mismo que la monografía tiene el tratado un público muy restringido.

Las limitaciones de público y de estilo y las condiciones que hacen posibles los medios de expresión antes mencionados, plantean graves dificultades a la inteligencia académica que no quiera eludir sus responsabilidades intelectuales para con el mundo agitado en que vivimos. Todo escritor se pregunta hoy afanosamente por las razones de su actividad, por qué escribe y para quién lo hace. ¿Cuál es mi público? ¿Qué medios de expresión emplear? Es muy posible en efecto que para ciertos momentos y situaciones sólo sea eficaz determinado medio de expresión y no otros. ¿Cuál es el más adecuado en los actuales? ¿Es el panfleto? ¿La sátira? ¿El teatro? ¿La novela? Algunos talentos afortunados ensayan hoy las más diversas posibilidades,

otros peor dotados o menos audaces quedan con la duda de si no se dirigen a fantasmas o si claman de hecho en el desierto.

La inteligencia académica se da cuenta de que no es el tratado precisamente el medio para llegar a un público general. Y que a su vez no puede olvidar o dejar de buscar a ese público si quiere influir en algún modo en la orientación de un destino colectivo que es el suyo propio. Y no puede olvidarlo ni debe hacerlo en la medida en que la inteligencia académica ha sido formada dentro de exigencias de serenidad y de responsabilidad, que son las notas cabalmente ausentes en los conflictos puramente ideológicos o en las apasionadas fluctuaciones de opinión. Mas esa responsabilidad, el conocimiento de los hechos, la escéptica actitud ante las ilusiones desafortunadas, no pueden esperar al tratado para manifestarse; lo más probable es que al término de los años necesarios para escribirlo, haya desaparecido por completo la situación problemática en donde urgía la palabra oportuna y que se esté en otra muy diferente. El tratado por naturaleza es siempre un rezagado.

Quizá por eso vemos hoy aquí y allá un nuevo medio de expresión que llamaré el ensayo académico; pues no es ensayismo literario en el que predomina sobre el contenido la preocupación estética por la forma, sino un esfuerzo por decir en forma abreviada lo que llevaría mucho tiempo para cristalizar en monografía o en tratado y que quedaría por añadidura destinado a un público reducido. El ensayo académico busca un radio más extenso de lectores, pero quiere acercarse a ellos —y esta es su nota esencial— con la mayor responsabilidad posible. Quizá todo esto sean vanos engaños e ilusiones inconfesas de participación que llegan de un tipo humano alejado sin remedio de los centros estratégicos que mueven los acontecimientos del mundo: quizá respondan a una profunda exigencia moral, la de descargar al menos el propio corazón. No sabemos. El hecho es que el ensayo académico, allí donde todavía es posible, constituye un medio de expresión típico del momento y un exponente de libertad intelectual.

AMERICA DESCUADERNADA

De *Germán ARCINIEGAS*
a *Jesús SILVA HERZOG*

HACE diez años, la cosa no iba tan mal. América había recibido con alegría muchas noticias. Había muerto Juan Vicente Gómez! Cinco años hacía que estaba debajo de la tierra, y apenas podían dar crédito los ojos a esa tardía llamada de la Divina Providencia. Había muerto Sánchez Cerro! Siete años hacía que al coronel lo habían montado en un caballito del diablo y con espuelas de candela se había largado del escenario peruano. Se criaban en todas partes esperanzas. Desde los escondrijos en donde los soñadores de democracia luchaban por hablar, por mover a las juventudes, por inculcar alguna fe a los campesinos, a los obreros, se proyectaban redenciones. Llegaría el día en que podríamos coser el gran cuaderno americano, con páginas de colores, para enseñarle al mundo un continente sin capitalistas y con riquezas, sin injusticias y con libertades, con paz y sin miedo. ¡Qué alborozo más grande! El miedo iba a salir de nuestra tierra. Le hablaríamos a los Estados Unidos sencillamente, cordialmente, sin bajar la cabeza, sin doblar la rodilla: con dignidad, sin petulancia. A Europa la veríamos como a un mundo maravilloso, del cual ya no íbamos a ser colonia. Hasta las cosas del Asia tendrían en nosotros un intérprete honesto: no nos envolvería el vaho de una magia mongólica.

Había posibilidades, esperanzas, que entre 1940 y 1950 deberían tirarse al aire como una moneda a la cara o cruz. En la Argentina, rica y confiada, el presidente Ortiz acababa de hablar de sufragio libre: por desgracia, sus ojos comenzaron a nublarse. En el Perú iban aflojando los lazos de la oligarquía: había una tendencia como a permitir que el pueblo se expresara, que hubiera elecciones. En 1945 llegó a ser posible que el aprismo votara, que Víctor Raúl saliera al balcón: alguna vez la mayoría de los peruanos acabaría por ser reconocida ciudadana.

Colombia era una maravilla. El liberalismo había creado un ambiente de convivencia perfecta. El país era respetado en todo el mundo. Se podía viajar de día o de noche, por aldeas, campos, montañas, desiertos, sin riesgo y sin temor. Se respetaban la vida humana, la propiedad, las creencias, los derechos políticos. Crecía la universidad libre y generosa. Y las ciudades y las industrias. Se democratizaba la tierra. El pueblo tenía escuelas, vestía mejor, empezaba a conocer derechos, estrenaba justicia social. En 1945 subía Arévalo en Guatemala: era una esperanza grande en el país de los Ubicos donde hasta entonces no se habían hecho carreteras porque el peón era una bestia de carga ideal: por cinco centavos al día andaba leguas con muchas arrobas a la espalda, el hueso de la frente endurecido como un fierro por la cincha carguera. Venezuela iba subiendo por grados. Había pasado de la república sólidamente analfabeta de Juan Vicente a ser el país en que más se leía. ¡Qué salto tan gigantesco! De la caverna de 1935 a la posesión de Rómulo Gallegos en 1948. Y Cuba sin Machado y El Salvador sin el brujo Martínez. Y México con su revolución triunfante.

Etcétera.

En realidad, dos grandes fuerzas, ambas subterráneas, y opuestas, pugnaban por imprimirle otro rumbo a una nueva América. Una era la radical, o liberal, o socialista, o de izquierda, o revolucionaria o como se la quiera llamar. Era la de los que entendían que nos habíamos librado ya de los embelecos coloniales, que era cierto lo de las guerras de Bolívar, lo del grito de Hidalgo y de Morelos, lo de las batallas de San Martín, lo de la clarinada del cuasi divino José Martí. Era un poco la generación universitaria que dió el grito de 1918 en Córdoba de Argentina, y que en México, en 1921, echó las bases de un movimiento continental que reclamaría y fundaría universidades autónomas, penetradas por el espíritu de nuestro tiempo. Era el aprismo que sentía hacia el campesino que oscurecía la vasta comarca del inca una inclinación de respeto humano, de justicia, ignorada en cuatro siglos de bellaquerías tapadas con cristianismo prestado, con piedad a debe. Era el Ecuador de las tertulias iluminadas por novelistas y poetas que sacaron sus lámparas de barro para alumbrar las miserias que estaban amontonadas en los huasipungos. Eran los bolivianos que se acercaban a la raza de bronce, de un bronce que en cuatro siglos no había servido para hacer una sola campana que tocara a oración

de Cristo, en la tierra de las montañas de plata y de los socavones de estaño. En 1945 se le daba el premio Nobel a un poeta de Chile: a Gabriela Mistral. La canción de la nueva América se extendía por el mundo.

Etcétera.

La otra fuerza subterránea trabajaba al revés. Con cálculo frío, amargura, satánico orgullo, rumiaba. Rumiaba la nostalgia de un poder perdido tal vez por allá en 1810, cuando comenzaron a dibujarse las ilusiones de un pueblo que estaba magullado de soportar el brutal derecho divino de los reyes, el poder absoluto de las veinte familias, la carga de los encomenderos que vivían en casas de piedra, chupaban la sangre del indio y morían envueltos en el hábito del seráfico padre San Francisco. A esta fuerza que crecía a contrapelo de los pueblos, se la ha llamado de mil modos: reaccionaria, falangista, fascista, nazista, conservadora, sinarquista, oligárquica, goda, gótica. . . Es la de los militares que formaron logias para leer el Mein Kampf como su nuevo Evangelio. La de los jóvenes que vestían camisas de hollín para hacer misas negras en memoria de José Antonio y recibir a los apóstoles que enviaba la falange española en viajes de mala voluntad. La de los desfiles por las calles de Santiago o de Bogotá con la mano en alto y en el corazón el grito de ¡Arriba el Diablo! La de las quintas columnas que iban destilando en los periódicos una filosofía de odio a la libertad, al gobierno representativo, y de culto a los regímenes regimentados. Así vinieron los golpes militares. Así se declararon fuera de la ley los partidos populares. Así trepó el clero falangista.

Hace cinco años el cuaderno americano que habíamos soñado comenzó a descoserse. El diablo le había metido tijera por el lomo. La inquisición le arrancaba hojas y las echaba al fuego. Hubo hoguera. Bestias que revolvían con sus pezuñas nuestro jardín. Sin ser expertos en husmear el olor del azufre percibimos que el del rabo de candela se nos estaba metiendo entre el cuerpo. Estaba ya en el cuerpo noble de la América buena. Se nos fué volviendo el Cristo de espaldas. De estas maneras:

Un ejemplo: la primera de las fuerzas subterráneas, la que estaba cargada de promesas de libertad, la que en una clandestinidad de muchos, muchos años había mantenido intacta la fe

en los destinos de América, llegó al poder. Pero se quedó corta en la rapidez y firmeza que exigían las nuevas situaciones. Muchas reformas sociales se hicieron corrigiendo injusticias seculares, pero no todas las del caso, ni con la ambición necesaria. Se anduvo más por el camino cauteloso de los arreglos amistosos que por el de las afirmaciones rotundas y definitivas. Los de la segunda fuerza subterránea tuvieron entonces muchas oportunidades. Un margen de tiempo para saltar de sorpresa y agarrar los timones. O para acercarse con voces melifluas a los obreros que iban por la mitad del camino, y decirles: ¡Ved qué poco os han dado! Militares que se habían pasado los años jugando billar en el casino, resolvieron alzarse con el ejército, con los buenos ejércitos que los había en América, y graduarse de apóstoles. Hubo horas de gran confusión. Los más listos y golosos se robaron muchas banderas. No faltó pueblo bobo que les siguiera.

En otros casos el asalto se consumó sin disfraz. Los macaneadores combinaron dos o tres fuerzas; algunos ricos, algunos generales, algunos clérigos, y prendieron los motores del apetito sensual del poder que ellos llaman el derecho divino de la autoridad constituida. Se fortalecieron en el palacio presidencial poniendo como cinturón de hierro para su protección tanques que les habían regalado los Estados Unidos para defensa de la democracia y soltaron al viento por palomas de paz aviones de la misma procedencia con una consigna muy simple: al que se mueva, plomo. Nadie se movió. Hubo paz. Se cantó Te Deum. Surgieron unas dictaduras bestiales.

Hace cosa de cinco años propusimos desde la Revista de América, de Bogotá, esta cuestión: ¿América se mueve hacia la derecha? Llegaron respuestas de todo el mundo americano. Resultaría un poco irónico publicarlas ahora por segunda vez. La mayor parte de los preguntados lo dudaban. Se reconocía que había algo podrido. Pero nadie alcanzó a hacer un buen pronóstico, ni siquiera un diagnóstico aproximado que nos explicara hasta dónde llegaba la podredumbre. Poco a poco han caído algunos de los mejores países: Argentina, Perú, Venezuela, Colombia. . . El presidente Chaves le ha ofrecido el Paraguay a Perón en bandeja de plata.

Y ahora, mi querido don Jesús Silva Herzog, ¿qué vamos a hacer con el cuaderno? Se lo pregunto a usted, mi querido don Jesús, que está en México, donde siempre hemos puesto

esperanza. ¿Se lo habrá llevado todo el diablo? En Colombia, el doctor Mariano Ospina Pérez dejó tendidos en los campos, o los echaron al río Cauca, o los quemaron en sus chozas, unos cuantos miles de campesinos. A los estudiantes los mataron en la calle real. A los liberales de Cali en su casa. Dice el doctor Alfonso López, persona a quien la dictadura da todo crédito, en un documento que aprobó punto por punto la censura, que los muertos llegaban en Colombia, hasta hace unos seis meses, a cuarenta o cincuenta mil. En dos años. La exactitud de la cifra no podría verificarse. Hace tres años que se suspendió la libertad de prensa en Colombia. Se la cambió por el terror. Se ha creído—Dios sabe si con razón— que para gobernar es más seguro trabajar con el miedo por herramienta que con la libertad por sistema. El doctor Ospina Pérez, de ese modo, salió satisfecho de palacio. Cuando iba a comulgar, se llamaba a los fotógrafos, y al día siguiente salía retratado en el periódico recibiendo la santa hostia. Subió por la escala de esas violencias el doctor Laureano Gómez, y el día en que estuvo arriba le dirigió un parte a la Divina Providencia de agradecimiento por el trabajo electoral que le había hecho. Se le fué la salud en un soplo al doctor Laureano Gómez y subió el doctor Urdaneta Arbelaez que como ministro de guerra había introducido el sistema de bombardear campesinos en las montañas y en los llanos, con excelentes resultados: morían como cucarachas. Al tomar posesión del mando, le dió de todo muchas gracias a Dios, y ofreció que haría lo posible para evitar que derramaran más gotas—no dijo correr chorros— de sangre. Estos personajes del cuaderno son interesantes porque se insertan en la parte de la historia en que las escenas ocurren donde menos se esperaba.

A Somoza lo viven reeligiendo. Lo mismo al general Trujillo. Carías ha lanzado su candidatura. Los conservadores del Ecuador se organizan para el zarpazo. En Chile prepara el general Ibáñez sus viejas brigadas. En la Argentina el general Perón se adueña del periódico ajeno contra la voluntad de su dueño—como reza el catecismo— y se lo ofrece como regalo a los sindicatos que él y su señora han amasado. Los sindicatos le eligen presidente. En Lima el general Odría ha extendido el régimen carcelario a la embajada de Colombia. Es quizás lo más saliente en su programa de reformas sociales. En la nueva cárcel modelo no tiene hasta ahora sino un preso, que por casualidad resulta ser el jefe del partido de mayoría en el país.

En el fondo, al general le da mucha risa tener de guardianes precisamente a los representantes del gobierno que está haciendo la dictadura en Colombia y solicitando extradiciones en Venezuela.

Etcétera.

Los radicales de la Argentina, los liberales de Colombia, los apristas del Perú, los de Acción Democrática en Venezuela, y en esos países y en tantos otros, los estudiantes, los obreros, los campesinos, han vuelto a los subterráneos. A apretarse en una fe silenciosa, más concentrada, más dotada de esa calidad extraordinaria que tienen los explosivos. Los usurpadores del poder, los que asesinan libertades, se han olvidado de un detalle: que el muchacho americano, que el hombre americano, de la América nuestra, no está hecho de barro para esclavos. Hay muchos que piensan rescatar el cuaderno. Y hay una voz humilde que sale de la entraña de la tierra, como una raíz que cantara, y que en la noche alta y callada está diciendo:

¡Encuadréname, encuadrador!

PUERTO RICO EN NUEVA YORK

Por *Jesús DE GALINDEZ*

VI.—GENTIO Y MUSICA EN LAS CALLES

De noche duermen...

EL día comienza temprano en el Barrio. La mayor parte de sus habitantes trabaja lejos; y a prima mañana convergen hacia las bocas de los "subways". De noche duermen.

Sus calles no son recomendables de madrugada. La mayor parte de las fechorías que corren de boca en boca, suceden cuando el Barrio duerme. No hay vida nocturna. Y al curioso que transita a hurtadillas, le parece estar recorriendo una ciudad muerta, de la que se adueñaron los fantasmas. Especialmente en la plazoleta del Mt. Morris Park; o en esa Avenida que no puede ser la Quinta, aunque así lo pretendan sus letreros.

En la oscuridad de la madrugada no es fácil distinguir la suciedad de aquellas casas; sólo se adivinan sus líneas. Son casas señoriales; son casas que requieren un jardín y un coche de caballos a la puerta. Son los fantasmas del mundo de ayer, de aquella barriada de fines de siglo.

Pero acá y allá hay un hueco; un hueco de contorno extraño, porque lo recortan las siluetas de las casas del otro lado. Es un solar; pero no es un solar que espera ser fabricado; es un solar en que falta una casa; que se hundió o que se la llevaron las brujas. De día ese solar es feo, sucio, lleno de latas vacías; de noche ese solar parece un aquelarre fantasmagórico.

En el trópico, de noche se oye el eco de los tambores, que doblan y repiquetean en la selva. En el Barrio, de noche sólo se oye el tronar del ferrocarril Grand Central, que surge por el túnel de la calle 100. Bajo sus arcadas, el curioso se desliza receloso, mirando a derecha e izquierda.

Cuando las primeras luces del nuevo día espantan a fantasmas e indeseables, el Barrio surge descarnado en su pobreza.

Y en su suciedad. El Barrio en general es sucio; lo son sus calles, lo son sus casas, lo son sus solares. Y poca culpa cae sobre los habitantes del Barrio; la desidia es más bien de las autoridades municipales, que no limpian con frecuencia las calles, que no obligan a los propietarios a lavar las fachadas y a cercar sus solares.

En la calle 111, entre Madison y la Quinta Avenida, se alza uno de esos edificios fantasmas. Todavía ostenta su nombre "Laura Franklin Free Hospital for Children"; pero los muchachos sólo lo utilizan para romper a pedradas los pocos cristales que aún se aferran en los marcos ennegrecidos de sus ventanas. A su izquierda, un solar se retuerce hasta la calle 112; y una capa de detritus lo cubre desigualmente; a las veces, un grupo de esos muchachos entretiene sus ocios pegándoles fuego, pero la hojalata perdura. . .

El día comienza temprano en el Barrio. La mayor parte de sus trabajadores se lanza a las calles hacia las 7:30 de la mañana; pero algunos madrugan más, porque han de ir lejos, hasta las fábricas de New Jersey. La segunda oleada, más pausada, converge hacia las 9 de la mañana; cuando ya las calles del Barrio están en movimiento.

Los que trabajan, se dirigen a la ciudad baja por los dos "subways" de la IRT; el que cruza el Harlem negro hacia Broadway, y el que baja por Lexington Av. En sus vagones se apeñuscan los viajeros con otros hispanos que vienen de más lejos, de los sectores del Bronx. Y allá van, a sus talleres y cafeterías, a sus oficinas.

Pero en el Barrio quedan otros. Desde que luce el sol, sus calles son distintas; rebosan de vida y movimiento. Las mujeres van hacia "la marqueta"; los muchachos hacia la escuela; los que trabajan en aquel sector brujulean por doquiera. . . Y los boliteros buscan sus clientes del día.

El Barrio de día es ruidoso. Y más ruidoso al caer la tarde, cuando los trabajadores regresan a sus casas. Al americano, acostumbrado al orden sajón, aquel hormiguero le aturde; pero cualquier hispano reconoce en aquellas calles los barrios populares de todas sus ciudades; más concentrado, concentrado en cuatro Avenidas y un puñado de calles.

Esas Avenidas tienen personalidad; una personalidad distinta a las mismas Avenidas en la ciudad aristocrática del East-side. El corazón del Barrio es Lexington Avenue; y muy cerca

le anda Madison Av. La Quinta es muy irregular; de la calle 96 a la 110 se salva gracias al Parque, y aún conserva un recuerdo de sus pasadas grandezas; más allá, de la 110 a la 116, parece de repente que murió de anemia. Y la plaza de Mt. Morris es un delicioso rincón, que se ha perdido y no encuentra el camino para escapar. Park Avenue se avergüenza de su nombre, y nadie la reconocería con sus arcadas sucísimas y ensordecedoras. En contraste, la Tercera Avenida parece ganar vida y prestigio.

En las calles transversales hay de todo. Bodegas y carnicerías, tiendas de "brujerías", agencias de pasajes, iglesias pentecostales, alguno que otro centro espiritista, restaurantes y bares, profesionales con nombre hispanizado. . . Todo ello con una personalidad inconfundible; donde un "drug-store" perdido choca como algo disonante. Aquello está en Nueva York, pero no es Nueva York. Aunque a lo lejos, por encima del Parque, se siga divisando la silueta del Empire y del Rockefeller. El hispano que vive en el Barrio se siente en su ciudad natal; y por eso soporta la suciedad de las autoridades, y las cosas que a veces suceden de noche, con la esperanza de eliminarlas algún día, "ahorita". . .

A los curiosos norteamericanos, una de las cosas que suele llamarles la atención son los automóviles. Mejor dicho, el contraste entre los magníficos automóviles de último modelo, que a veces consiguen abrirse paso a fuerza de bocinazos, por una calle en que los muchachos juegan a la pelota y las mujeres comadorean; y los esqueletos descoloridos de algo que un día debieron ser automóviles, y hoy una pieza, mañana otra, poco a poco van quedando reducidos a un cascarón difícilmente mantenido sobre unos maderos, bajo los cuales se acumula la porquería callejera, y alguna que otra botella vacía. La etapa intermedia la ofrecen los garages improvisados, a medias entre un cuchitril escondido en algún sótano, y el operario que extiende sus herramientas en la acera y trabaja al aire libre.

Pero a los curiosos hispanos quizás les atraigan más los altavoces que por doquiera le llaman con los compases de melodías tropicales. No creáis que vienen siempre de una tienda de música, no; puede ser una carnicería, o una agencia de viajes, es lo de menos. Porque el comerciante del Barrio necesita la música para él y para sus clientes; y en su generosidad la lanza

hacia las calles. En reñida competencia con los gritos de los muchachos, y los piropos a las mujeres que pasan.

A prima noche, las aceras del Barrio hierven de gente. En las esquinas hay hombres parados, que nadie sabe exactamente lo que esperan; quizás esperan ver esas muchachas que pasan, quizás esperen al bolitero, quizás esperen por rutina. A las veces, por una calleja más oscura, una mujer guiña el ojo al pasar y te llama "Papi". Los bares rebosan de gente que bebe cerveza y ron; o simplemente comentan lo humano, lo divino, y lo intermedio. Lexington y Madison Avenues pudieran ser la calle principal de cualquier pueblo de las Antillas. En las esquinas menos frecuentadas no es raro encontrar un grupo que tira los dados. . .

En verano, el lugar más frecuentado es el lago del Parque Central, en el rincón que forman la Quinta Avenida y la calle 110, al encontrarse cansadas de tan largo viaje por pueblos diversos. Muchachos y muchachas flirtean, acá y acullá resuena el rasguear de una guitarra, en la acera es frecuente el predicador pentecostal, los niños se apiñan ante los carritos de helados y de refrescos.

Hasta que la medianoche se acerca; y los fantasmas vuelven con el tronar del ferrocarril, en aquel pedazo de trópico sin palmeras.

VII.—CARNICERIAS, BODEGAS, Y MOFONGO

Todas conocen la Marqueta. . .

CONOZCO una Señora, una Señora con letra mayúscula, que una mañana subió a un taxi y dió como dirección: Park Avenue y la calle 116; el conductor se la quedó mirando, y se negó rotundamente a llevarla. Porque a un norteamericano no le cabe en la cabeza que a una señora que vive en la calle 86 y la Quinta Avenida, se le pueda ocurrir comprar nada en aquellos parajes. Pero las amas de casa hispanas conocen bien "la Marqueta"; aunque vivan en Broadway, y aunque vivan en el aristocrático Eastside.

"La Marqueta", y lo que no es "la Marqueta". Porque el Barrio entero está lleno de bodegas y carnicerías, donde se pue-

den encontrar comestibles que en ninguna otra parte de Nueva York es posible hallar.

Uno de los espectáculos más gloriosos es la vidriera de una carnicería. Nada de esas exhibiciones de laboratorio que gustan a los norteamericanos, si es que el cliente llega a ver algo más que la báscula con sus jeroglíficos de cálculos algebraicos. No. En las carnicerías hispanas el cliente siente una sensación de realidad; le parece estar en el matadero de su ciudad natal, o en la matanza del puerco familiar. Allí hay de todo; hay pollos y hay carne de verdad; pero hay también lechones, y patas de cerdo, y tripas, y longanizas, y tasajo, y rabos, y desperdicios. . . ; en fin, de todo lo que es bueno.

Esas carnicerías a veces ostentan un letrero bilingüe; pero el idioma inglés jamás alcanza la intensidad palpitante del nombre español. Aquello es una verdadera carnicería. Lo demás, laboratorios; por eso los pollos americanos no saben a nada, a vitaminas. . .

En las bodegas abundan las conservas de aceitunas y otros envases más gratos al paladar hispano; los cascos de guayaba, los dulces de leche. . . Pero su gran novedad, la que atrae los clientes de toda la ciudad, son los vegetales y raíces del trópico. Los aguacates ya es posible hallarlos en otros lugares; aunque los rebauticen con ese equívoco nombre de "avocados", que ya sabe mal, a mamotreto legal y jueces con barba blanca. Pero los cocos de agua, los limoncillos, la yuca y el ñame, la yautía y la ahuyama, el mapuey y los plátanos verdes, en fin, todas las viandas, sólo es posible encontrarlas allí; por lo menos en cantidad suficiente. Sin olvidar que las habichuelas se llaman habichuelas, y las papas se llaman papas. ¿A quién puede aprovecharle un plato de "rice and beans"?; no señor, tiene que ser "arroz con habichuelas", lo demás no sirve.

Carnicerías y bodegas, bodegas y carnicerías, son las tiendas más abundantes del Barrio.

Sin que sea imposible verlas unidas, en híbrida combinación, a una agencia de viajes, un abogado, y un tasador de impuestos. En la calle 103 una de estas bodegas anuncia además: "Se alquila un Cadillac para bodas, entierros, y viajes a los aeropuertos". Pero también las farmacias norteamericanas venden cigarrillos y "sandwiches", y ya nadie se sorprende. Y es que, en el fondo, la bodega del Barrio sigue siendo la tienda general de cualquier pueblecito insular, o sudamericano, donde los habi-

tantes pueden ver resueltos más o menos bien, todos sus problemas domésticos.

Y ya hemos dicho que la fiebre viajera es el gran problema de los puertorriqueños en Nueva York. Por eso las grandes compañías regulares tienen sucursales en el Barrio; y las agencias acreditadas en la ciudad procuran tener sucursales en el Barrio. Pero su competencia es difícil con las innumerables agencias criollas —a los habitantes del Barrio hay que llamarles "criollos neoyorkinos", porque lo son—. Por doquiera las hay; con los letreros llamativos —una de ellas lleva el nombre del pirata Cofresí—; con lucha de precios en las vidrieras; y con música para atraer a los clientes. De paso sus dueños son notarios y hacen declaraciones de impuestos; anuncian a un abogado, que con frecuencia es judío; y en fin, casi, casi son tan universales en sus actividades como lo son los bodegueros. Es la camaradería del "compai"; que los norteamericanos nunca llegarán a saborear.

Lo que va de capa caída en el Barrio son los restaurantes. Los viejos aún recuerdan con nostalgia algunos que hasta hace pocos años atraían clientes de todas partes; como aquellos primeros que se llamaron "Fuentes" y "Santurce". Hoy, para encontrar un buen restorán puertorriqueño hay que ir al Bronx, o a otros lugares distantes. Pero, sin grandes exquisiteces, en cualquier rincón del Barrio es posible comerse un plato típico criollo.

A veces son pequeños mostradores, en los que apenas es posible encontrar un sitio encaramado en la barra; otras, la barra se combina con las mesas en restorán más amplio. Quizás uno de los mayores sea "El Nacional", en la esquina de Madison Avenue y la calle 110. Al curioso casi le gustan más otros intermedios, donde sentado en la barra a solas, es posible saborear un plato de lechón guisado, y escuchar al mismo tiempo los comentarios geniales que otros clientes hacen en alta voz.

Ah, esa sabrosa chismografía popular. . . Entre los puertorriqueños del Barrio hay un tema especialmente obsesionante esta temporada: el aumento de los impuestos. Mucho más importante que el juicio de Collazo, o la ejecución de los "corazones solitarios". Por cierto, la noche siguiente a esta ejecución, sorprendí una conversación en uno de esos restorancitos: "Y ¿tú qué harías si te fueran a poner en la silla eléctrica?", "Yo. . .

Yo pediría un buen plato de arroz con habichuelas, y un pollo frito".

Arroz con habichuelas es el plato imprescindible; no es un plato puertorriqueño, es el plato nacional de todas las Antillas; y los restaurantes del Barrio no suelen molestarse en anunciarlo. Lo que anuncian es el arroz con pollo, o con gallina, el asopao, los garbanzos con chorizo, el lechón asado, el perrito, las rebosadas, el mondongo, y el mofongo. Sin olvidar los cuchifritos, las alcapurrias de yuca, los tostones, los pasteles de hojas, los pastelillos. . . esa variada gama que es posible encontrar en minúsculos lugares que no llegan a restaurantes, y saben todavía más a trópico.

Por las calles, los carritos ambulantes venden salchichas y refrescos embotellados. Y a veces, si la policía no vigila demasiado, la sabrosa "piragua"; es decir, el hielo rayado con un poquito de jarabe, que la Sanidad se empeña en declarar nociva para al salud, con notorio desconocimiento de la tradición.

Pero nada de eso es comparable con el colorido humano y folklórico de "la Marqueta". Sobre todo a primera hora de la mañana, o un sábado a media tarde. Hay dos "marquetas"; y ni qué decir tiene que "marqueta" es la versión puertorriqueña del "market" sajón; en otras ciudades del Caribe lo llamarían más propiamente "el hospedaje". Una "marqueta" es la oficial, bajo las arcadas del ferrocarril, desde la calle 111 a la 116. La otra "marqueta" es callejera, en la acera oeste de Park Avenue.

En la oficial se suceden los pequeños puestos, que cede el ayuntamiento a sus concesionarios por una renta. Predominan las bodegas y carnicerías diminutas; pero no falta negocio alguno de venta al por menor. En un lado están los comestibles y artículos que llamaríamos de consumo; en el otro lado están las ropas y artículos de uso; al final, entre la calle 115 y 116, apenas si hay más que carnes y pescados. Sus precios son bastante baratos; pero es obligado el clásico regateo hispano, en lenguaje pintoresco, en que se mezclan todos los idiomas. Porque esa es la gran queja de los hispanos contra la "marqueta" oficial, que casi todos sus puestos son concedidos a personas de otro origen; no sólo americanos verdaderos, sino también italianos, judíos y muchos otros, pero rara vez a hispanos.

Por eso muchos comerciantes puertorriqueños se refugian en la otra "marqueta", en la "marqueta" popular de la acera oeste. Casi siempre son las mismas tiendecitas de aquel sector,

que desbordan sus productos por la acera para hacer picar al cliente que pasa; otras veces es simplemente el clásico vendedor que monta un cajón sobre unos palos, con la diferencia a su favor de que no tiene que andar escapando como hacen sus colegas de la calle 14.

Mundo bullicioso, en que se escuchan gritos en todos los idiomas, aunque predomine el español en su variante puertorriqueña. En una esquina, un judío de nariz ganchuda, vigila unas máquinas de coser usadas; bajo las arcadas, dos puertorriqueños ofrecen unas flores mustias, "a peseta la boncha"...

Pero al curioso, que camina con los ojos abiertos, lo que más le llama la atención es un turco que en la "marqueta" oficial vende hierbas y oraciones cabalísticas. Porque hace ya días que viene obsesionado con las "brujerías"... Pero de éstas hay que hablar en especial.

VIII.—SUPERSTICIONES, AMULETOS, BRUJERIAS

Lo que algunos creen...

DESDE su entrada, me llamaron la atención: Madre e hija, indudablemente; estaban nerviosas, como avergonzadas. Al fin, la madre arrancó, en voz muy baja; el vendedor, con la indiferencia de la rutina, puso un frasquito en el mostrador y cantó en voz alta: "Agua dominante". La madre consultó con la hija; ésta tenía el ya familiar papelito en la mano, y respondió algo con sonrojo. "Agua vencedora", cantó el vendedor de nuevo; y otro frasquito fué a unirse con el anterior. Cuando el "Agua amansaguapos" completó el pedido, la tragedia familiar se nos mostró palpitante; habrá que ver las palizas masculinas que aquellos embrujos tratan de conjurar...

Porque en el fondo, lo que termina por atraer al curioso no son las "brujerías" en sí, sino los distintos matices humanos que adivina en los compradores que acuden a la tiendecita.

Es pequeña, muy pequeña. Y tiene un aire de intimidad que invita; por eso está siempre llena. En las vidrieras predominan los santos, unos santos muy poco estéticos. Se llama equivocadamente "El Arte Espiritual"; y en el interior sigue habiéndolos; pero están entremezclados con muchachotas mexicanas, y potes de hierbas aromáticas. En un rincón, las cajas de

cartón se amontonan sin orden; más allá, se adivinan unos estantes polvorientos de libros; bajo el mostrador de cristal rayado, se ven rosarios y amuletos; en otro lado hay más cajitas de cartón, que ostentan letreros con su contenido religioso, pero en deliciosa promiscuidad democrática: "Poder Dios-Infinito", "Lázaro-Altigracia", "Remedios-Cayetano-Benito" . . .

La tiendita es pequeña, pero siempre está llena de gente. Casi todos llegan con la seguridad de quien ya conoce el camino; otros vacilan, y hasta tienen vergüenza inicial. Todos sacan diminutos papelitos del bolsillo, en que la "receta" aparece escrita; no falta la carta recibida desde Puerto Rico. A veces, algunos tratan de disimular y afirman: "Yo no creo en brujerías, yo lo quiero para darme un baño"; pero esa misma explicación les denuncia. Casi todos son mujeres, pero de todo hay. . .

Su dueño no quiere que publique su nombre, y yo respetaré con gusto ese deseo; en el fondo me hará sentirme un poco partícipe de secretos, que algún lector vendrá a buscar intrigado. Hace treinta años que vive en Nueva York, y once que se dedica al negocio; es de Ponce, antes vivió en Tampa; sus hijos y dos empleados le ayudan, a veces también su mujer. . . Como ellos dicen con insistencia, son sólo los "farmacéuticos", que sirven las recetas que otros extienden. Y en el fondo, como todo buen farmacéutico, no tienen mucha fe en sus hierbas y menos en sus oraciones, aunque la fe del muchacho en la Virgen de la Milagrosa, tiene matices en que esa fe bordea la superstición; sobre todo cuando sube en avión.

No es la única tienda que se dedica a estos menesteres en el Barrio. Son varias; las más se llaman equívocamente "Botanical Garden"; alguna se refugia en "Gifts, Curious Shop". Y las hay también en el Bronx; una de ellas se llama "El Rastro Cubano". Pero esta tiendecita, de disfraz simplemente religioso, es la que más me atrae por su vida popular.

Cuando yo comento a algunos amigos que aquello es "verdadero", más de uno se me ha quedado mirando, y su pregunta ha brotado espontánea: "Pero ¿tú crees en esas cosas?" . . . No entienden; yo creo en el pueblo; y en aquella tiendita se desborda el folklore popular, se muestran palpitantes todas las creencias y rutinas populares. Supersticiones y brujerías no son puertorriqueñas, ni cubanas, ni españolas, ni de parte alguna; son universales. Y en el Barrio he encontrado la variante local de oraciones "mágicas" que hace una docena de años encontraba

a los emboscados en las montañas de Cataluña durante la guerra. Lo que fascina es descubrir en cada sitio las modalidades más popularizadas.

Por eso me paso horas y más horas viendo entrar y salir a las gentes en aquella tiendita del Barrio; porque en ella palpita ese folklore popular. Algún cliente que otro acude a comprar simplemente una estatuilla o estampa religiosa, con mente desprovista de doble sentido; hay también quien busca el cordón para el hábito prometido. En otros se adivina fácilmente la superstición, dominando a la simple devoción religiosa. Un paso más, y viene la "brujería"; la "brujería" simple, la oración cabalística, el amuleto. . . En esta tiendita es más difícil encontrar la magia propiamente dicha. Pero ¿dónde está el límite entre unos y otros?

Recuerdo la primera mañana. Novato todavía, todo me llamaba la atención; y con curiosidad creciente iba anotando nombres de aguas y oraciones. De repente oí a una mujer hacer un pedido que me sobresaltó: "Dame ahí una docena de velas negras". Nunca hasta entonces las había visto, ni siquiera sabía que existían; pero el vendedor las volcó sobre la mesa con toda naturalidad. "¿Qué más?". "¿Tienes la Oración del muerto?". . . y allí vino. "Ponme tres hojitas de hierbabuena, sólo necesito tres baños; y azogue, ahí un poco, es sólo para tirarlo. . .". La mujer tenía unos cuarenta y cinco años, y aún tenía buena presencia. "Podía pedirlo a Puerto Rico, donde tengo un hijo con su papá, pero. . ." —comentó. Poco después, otra mujer joven la saludaba, y en su parloteo surgió la inevitable tragedia familiar: un matrimonio roto, el marido que se va con otra, ella que quiere divorciarse. . . "Si le ves, se lo dices; ¿para qué quiero yo ese papel en casa?, todavía puedo conseguirme otro hombre; luego dicen que yo le obligué a casarse, porque era muy joven. . .". La mujer salió a la calle, todavía hablando; en una bolsa llevaba incienso y aguas, tres hojitas de hierbabuena, la Oración del muerto, doce velas negras. . . ¿Qué propósito llevaría en la mente?

Hoy ya soy casi experto. Y no me sorprende ver velas negras; las hay de todo color, blancas, amarillas, verdes, coloradas, negras, y de siete colores (rojo, amarillo, morado, rosa, verde, blanco, azul. . . ¿por qué comenzará con los colores de la bandera de la República Española?). La vela verde se utiliza para rezarle a Sta. Marta, y de paso para conseguir dinero; la

vela colorada para rezarle al Sagrado Corazón, o para conseguir el amor de una persona; la vela de los siete colores, para conjurar a los Siete Espíritus Intranquilos, o a las Siete Potencias Africanas, y de una vez conseguir toda clase de deseos; la vela negra se usa para apartar a los espíritus de los muertos, o para llamarlos. . . Hay velas que duran cincuenta horas; las hay que van metidas en un vaso y duran hasta nueve días.

Las aguas dizque sirven para perfumar los baños, y de paso para conseguir algo; no me sorprendería que más de una se utilice como bebedizo, sin que la "víctima" se entere. Las más pedidas son el "Agua Florida", el "Agua Divina", la de "Santa Marta", la del "Gran Poder de Dios". . . ; sin olvidar los pintorescos frasquitos rotulados, por ejemplo: "Sígueme", "Yo Puedo y tú no", "Vente conmigo", "Harás mi voluntad", "Arrasa con todo". . . y, desde luego, "Amansa guapos". Otros frascos mayores contienen líquidos que sirven para fregar el suelo de la casa; a veces se llaman "Baño chino", "Baño mexicano", "Baño congo". La operación casera se corona con los inciensos, que arden en los rincones.

Los están las oraciones. Ah, las oraciones más o menos supersticiosas, más o menos cabalísticas, más o menos mágicas. He conseguido ya muchísimas, y cada día hago nuevos descubrimientos. Tengo, por ejemplo, la "Oración al Espíritu Intranquilo", para conseguir el amor de una persona; y si falla esa, la "Oración al Espíritu del Desespero"; y en último extremo, la "Oración a los Siete Espíritus Intranquilos" (que naturalmente hay que rezar teniendo encendida una vela de siete colores), cuya parte fundamental dice:

"A vosotros que nadie os llama, nadie os quiere, yo los necesito, les quiero y les llamo. Oídme. Oídme bien. Espero que se posesionen de los cinco sentidos de . . . , lo tranquilicen y lo sugestionen y lo dominen y no lo dejen estar tranquilo, que ni en silla pueda sentarse, ni en mesa comer, ni en cama dormir, que ni con blanca ni negra, ni china ni mulata, ni casada ni soltera pueda asociarse ni acostarse. Que corra, corra y corra, y nadie lo socorra hasta que tenga que venir a pedirme perdón a mis pies".

En sentido diametralmente opuesto tengo la "Oración al Espíritu del Odio".

Una de las oraciones más populares es la del "Justo Juez": ". . . que mis enemigos salgan con ojos y no me vean, con ar-

mas y no me ofendan, con justicia y no me prendan. . . que no sea herido ni preso, ni a la vergüenza de la cárcel puesto. . .". La antigüedad de esta oración se remonta tanto en el folklore español, que ya está mencionada en "El Buscón" de Quevedo y en alguna otra novela picaresca menor. Una versión más complicada, pero poco utilizada es la llamada "El Señor del Santo Sudario".

Otra oración popularísima, mezcla de devoción y de superstición, es la de Sta. Marta (a rezar con una vela verde); así como la "Oración del Gran Poder de Dios". Tengo además, la "Oración a la Mano Poderosa" que hace siglos está prohibida expresamente por la Iglesia Católica; la "Oración a San Marcos de León", a "San Juan Trastornado", a "La Santa Camisa", al "Judío errante", a "Los Doce Santos Auxiliares" que en otras versiones son catorce. . .; muchísimas oraciones. Y, claro está, tengo la "Oración al Muerto": "Muerto, tú que te hallas en el cementerio. . ."

Una variante bien distinta son las "Charadas", en su modalidad china, egipcia. . . etc. Todas las cuales interpretan los sueños; y, sobre todo, dan el número para ganar a la bolita al día siguiente. Por cierto, en algún lugar es posible comprar por quince centavos las hojas impresas que prevén los números que matemáticamente "deben" ganar durante la semana.

Y los amuletos. . . El azabache, a veces con formas de mano de dedo extendido, que sirve para conjurar el mal de ojo en los niños; el coral, para que los dientes salgan bien; el ámbar, el azogue, la piedra imán. . . La piedra imán que es preciso "alimentar" con frecuencia, para que se conserve viva, y se alimenta con polvo de acero, o de plata, o de oro. . . El hueso de la buena suerte, el "Juan Conquistador", el mato, el ojo de buey, el ajo morado. . . Sin olvidar los hechos de encargo; cierta vez vi recoger un diminuto vientre de cera cruda, tan diminuto que el cliente se sorprendió "porque los italianos los usan más grandes".

De todos ellos, el más fascinante es la piedra imán; erizada de pelitos metálicos, que se atraen o se repelen al acercarse, dando una escalofriante sensación de vida. Tanto que no es excesivamente increíble la extendida convicción de que hay "piedras macho" y "piedras hembra" que pueden procrear pequeñas piedritas. Una noche, nunca lo olvidaré, escuché a una muchacha advertirle al vendedor, a tiempo que compraba con

bastante recelo una piedra imán: "Si es verdad que pare, como dicen, le traeré todos los hijos; no quiero que se me llene la casa de piedritas". Desde luego se llevó la piedra, y la correspondiente "Oración a María Piedra de Imán", quizás para que pariera mejor.

Lo difícil es saber para qué sirve cada cosa en ese folklore popular. Los dueños de estas tiendas se escudan diciendo que ellos sólo son "farmacéuticos", y es preciso pedir la receta al "médico" o al "brujo", como otros le llaman. Pero ¿dónde encontrarlos? . . .

Son secretos celosamente guardados, sobre todo porque quien más y quien menos, teme a los curiosos indiscretos. Pero en verdad merece la pena el esfuerzo cuando al fin se hallan. Por la psicología natural que todos ellos revelan; rodeada de ese teatro de velas, santos, incienso y vasos para leer la suerte en el agua, con o sin líquidos que ayuden. . . Y sobre todo por los comentarios ingenuos que se escuchan a los clientes que esperan turno, o cuentan fascinados su reciente experiencia; casi todos están convencidos de que alguien les "ha hecho un trabajo" (brujería), o le "tiene puesto un mal pensamiento", que el "brujo" ha de conjurar. Conozco ya varios.

Por cierto, cuando presionaba su búsqueda, al principio, en demanda de una dirección cualquiera, reparé un día en cierta mujer ya mayor, que me miraba con ojos de picardía. Acababa de comprar toda clase de sustancias, y tenía que conocer a la persona que se las aconsejó. "Yo no necesito a nadie, yo me receto a mí sola" —me contestó. Entusiasmado por el hallazgo de mi primer "médico" confeso, traté de que me instruyera "científicamente".

Pero la mujer se me quedó mirando, aún con más sorna, y me dijo simplemente, al mismo tiempo que se me escapaba: "Ah, ahí está el 'ñame' de la cosa".

IX.—LIBROS DE MAGIA, Y TRADICIONES CASERAS

Lo que pocos compran. . .

UNA noche, Germán Arciniegas y yo entramos a curiosear en uno de esos Jardines Botánicos. El contraste con mi tiendecita puertorriqueña era llamativo; y salí indignado porque me falta-

ba el ambiente popular; aquello estaba demasiado ordenado. Pero a Germán Arciniegas le entusiasmó, y hoy creo que tenía razón. Porque aquella tienda revela el otro mundo, el comercial.

En aquella tienda no había clientes puertorriqueños, o hispanos. Los clientes eran negras americanas, que hablaban inglés. El vendedor era un empleado de evidente aspecto judío, que había aprendido el idioma español para trabajar aquella rama. Y en los estantes se exhiben inciensos y aguas, baños y velas, con un orden eficiente que repugna a mi instinto folklórico. Aquello es un negocio. Donde cada brujería tiene su etiqueta.

Esa es la "brujería" en la que no creo, porque es falsa. Como las diminutas brujitas, montadas en su escoba, que he comprado para presumir ante los amigos, pero no he visto comprar jamás a ningún habitante del Barrio. Son brujerías "made in USA", o en México, en el caso de mis brujitas.

Y claro está, la magia se combina con la atracción de los turistas. Allí hay las mismas velas de la tiendita puertorriqueña; pero hay también las velas con figuras rituales, como el demonio de color rojo y de color negro, la calavera negra, la momia verde, el gato negro, el gallo rojo, y la cruz de varios colores con una rama que se retuerce en sus brazos. . .

Eso no es popular. Eso ya es para los "técnicos". Los que estudian los libros de magia, donde lo mismo puede aprenderse el arte de causar el "mal de ojo", como el arte de defenderse contra el mismo "mal de ojo". Un periodista americano me comentaba una vez que ningún espectáculo sería más fascinante como echar a pelear a dos "técnicos" de signos contrarios. Sin que falten divertidas combinaciones; así, en la calle 125 del Harlem americano, he descubierto una "School of Dancing and Magic"; en la que además se enseña contabilidad. Por cierto, un poco más allá hay la versión negra de mi tiendecita, pero los santos y vírgenes que se exhiben en sus vidrieras tienen la cara negra. . . Bueno, volvamos a nuestro Barrio.

Hay libros de magia de todos los colores, como las velas. Yo he conseguido ya *La Magia Blanca*, *La Magia Verde*, *La Magia Negra*, y *La Magia Roja*; esta última, después de asegurarme muy bien que no procedía de Moscú, por si acaso. Tengo el libro titulado *El Embrujamiento*, por el Dr. Papis, que no debe ser abierto "por simple curiosidad". Tengo otros muchos. Por

cierto, ¿a que nadie adivina el libro que encontré en el mismo estante? . . . pues *El Insípido*, del fenecido Dr. Cantala.

Más o menos ya he seguido la pista genealógica de esos libros. Casi todos están impresos en México. Pero, pero, desde el principio hubo algo que me intrigó; y es una de las colecciones "más acreditadas" de oraciones, la titulada "La Santa Cruz de Caravaca", contiene más de media docena de oraciones en catalán. Cuando se lo comenté a Jaume Miravittles daba gritos de alegría, y me hizo repetirle por teléfono:

"Un somni hi he tingut, un somni de veritat.

"Que us havian pres, que us havian lligat, que us havian pujat. . ."

Aquello disonaba en el Barrio; y personalmente me ofendí mucho de que no hubiese, siquiera, una palabrita en vasco; cuando nosotros somos la tierra de los "aquellarres". Pero ya no me extraña; y los catalanes pueden dejar de ser parejeros. Aquella oración no pertenece al Barrio; aquella oración es tan artificial como los gallos rojos de cera. Lo que sucede es que la primera casa editora que inundó el mundo de habla hispana con los libros de magia, brujerías y supersticiones, estaba radicada en Barcelona; era la Casa Maucci, de Mallorca 166; y el franquismo, con su ortodoxia carente de humor, barrió con el negocio; pero sólo consiguió trasplantarlo a México, con oraciones en catalán y todo. En reñida competencia local con una casa editorial norteamericana, la Dorene Publishing Company de Nueva York, que ha publicado, por ejemplo, un librito en que enseña "How to burn candles for every purpose".

Pero ni unas ni otras alcanzarán popularidad. Una sola vez he visto una mujer pedir un libro de oraciones, porque "antes tenía otro, que era blanco, pero me lo rompió el gato". El público que acude a las tienditas puertorriqueñas no quiere libros; ellos llevan su receta y piden las oraciones populares, las que tienen raigambre y tradición local. "La Oración de Santa Marta", "La Oración del Muerto", "La Oración del Espíritu Intranquilo". . . bueno, ya sabéis. Casi todas las ha impreso en Nueva York el dueño de mi tiendita, y las ha copiado de las hojas que edita otra casa "reputada" en La Habana.

Es lo mismo que ocurre con los inciensos. Algunos están muy bien envasados, con letreros que informan en inglés: "Commanding Incense was believed by Orientals to produce commanding power to the person burning it. . ."; y para mayor

fuerza recomiendan decir las palabras mágicas: "Allah aye allah Shimalah". Claro está, ningún hispano compra estos envases; ellos piden el incienso corriente. Aunque una vez vi a una mujer que pidió con cara muy seria: "Yo quiero incienso, del de la Iglesia"; pero venía desde Brooklyn para buscarlo, y . . .

Si se hurga un poco en todas estas creencias populares, surge pronto un profundo conocimiento psicológico; aunque no siempre sea local, y proceda de otras tierras, sobre todo de otros climas.

Me contaron, por ejemplo, el caso de una mujer de color que fué a uno de esos "brujos" difíciles de encontrar, para exponerle su caso: su marido andaba liado con otra mujer. El "brujo" la miró, mejor dicho debió olfatearla, y la recetó una serie de baños con determinadas "aguas maravillosas", "aceites de Santa Marta" y "hojitas de hierbabuena". A los pocos días la mujer volvió entusiasmada; su marido había vuelto a hacer vida marital con ella. Aquella mujer achacará para siempre su conquista a la vela verde y al agua maravillosa; cuando en el fondo todo fué debido a que se había bañado y perfumado.

¿No lo creés? Pues ahí está la "Oración a las Siete Potencias Africanas", que debe rezarse con una vela de siete colores prendidas, pero a tiempo que "frigas el suelo de tu habitación o casa todos los viernes durante nueve semanas, por la mañana, con agua clara y yerbas especiales. . . Quemarás mirra, incienso y benjuí junto con carbón de piedra. . . Procura despejar los rincones de trastos inútiles y echar a la basura ropas y zapatos viejos. . .". La misma oración recomienda, para conseguir la persona amada, darse un baño cabalístico todos los viernes, "los viernes a mediodía". Claro está, esa oración debe fracasar rotundamente en el trópico, si no la modifican en régimen más higiénico que el semanal. Por cierto, al conocerla Mariano Picón Salas, me ha señalado un detalle muy curioso, que puede trazar el origen de esta oración; y es que en el famoso proceso de la Inquisición de Cartagena, en la Colombia colonial, uno de los indicios judaizantes que se investigaban, era si los sospechosos se bañaban o limpiaban sus casas los viernes.

En el fondo muchas de estas yerbas y baños tienen una tradición de experiencia casera. Son pretextos para bañarse, para limpiar la casa, para perfumar. . . El turco instalado en la "marqueta", me asegura que casi todas las yerbas que él vende aquí, las conocía ya en Smirna; salvo tres o cuatro productos

típicamente tropicales. Y tiene que estar acertado. Lo mismo que las oraciones es posible trazarlas hasta Barcelona, y aún más allá, yo nunca olvidaré las variantes, escritas a lápiz, de la "Oración al Justo Juez", que llevaban consigo cuantos emboscados me trajeron presos durante los meses que fui juez militar en Cataluña; la misma que hoy se vende en el Barrio, y la misma que era popular en la picaresca española del siglo XVII y aún antes.

Lo interesante es precisar en cada caso lo que está vivo en el folklore popular de cada pueblo. Y en el Barrio utilizan sobre todo la hierbabuena. Por cierto, una mañana asistí a otro aspecto sumamente interesante de esta costumbre; un hombre entró en mi tiendita, con prisa y cierta elocuencia ruidosa; no hablaba español, hablaba un medio inglés con muchas palabras italianas; era el proveedor de hierbabuena, un vecino italiano; y voy a callarme el precio de la transacción, para no interferir en el negocio de mis amigos.

Porque aún espero pasarme muchas horas junta a su mostrador; escuchando a la gente que entra y sale, y a veces habla.

El otro día vi a un par de viejitos, ya achacosos; no estaban interesados en oraciones ni velas, ellos buscaban hierbas para "sobos". Por ejemplo la tuna, una especie de hoja de higuera tropical, que se abre, se asa, y se aplica en forma de cataplasma para combatir el dolor de riñones. O la sabila, que es "muy buena" contra la tos; mezclada con azúcar, miel y clara de huevo. Y el pepino zacato, adecuado contra las irritaciones digestivas. . . Por cierto, la carestía de la vida ha hecho subir los precios; así, diez centavos de "aceite tranquilo" se venden hoy a quince.

Otros remedios caseros son más complicados. La flor de Jericó (que tiene también su "Oración") debe ponerse en agua a cierta hora, se reza una determinada oración, y, si la flor se abre bien, la mujer tendrá buen parto. El azúcar prieta sirve para mojarla un poco, frotarse las manos con la mezcla, y guardar lo que quede entre los dedos en un pote que debe taparse muy bien. Ultimamente está popularizándose, rodeada de misterio, la llamada mata o rosa de Santa Elena "que se reproduce todas las semanas".

Pero no es cosa de descubrir todos "mis" secretos. Las creencias son muchas; pero en esencia sus finalidades se redu-

cen a dos: a conseguir la buena suerte, y a espantar la mala. En el amor, en los negocios, en la bolita.

En la bolita... La verdad es que la reciente investigación judicial sobre el juego le complica la vida al curioso que investiga estos aspectos de la vida popular. Basta que uno empiece a preguntar, para que todos los habitantes del barrio sospechen el policía y se refugien en el silencio más absoluto. Pero a veces se escucha algo. Y el otro día, alguien me confesó que él hace tres años no trabaja, y se gana la vida jugando a la bolita; en combinación con un ajo morado que siempre lleva en el bolsillo, según me mostró con cierto misterio, y desde luego me recomendó usara.

Son efectos inesperados, hasta de los santos más ortodoxos. Porque las supersticiones también matizan las devociones católicas. San Lázaro ayuda a salir de pobre, y por eso su capilla se ve tan concurrida en el Bronx; Santa Clara "aclara" los negocios que van mal; San Antonio, desde luego, ayuda a conseguir novio, sobre todo si se le cuelga de la puerta con un pedacito de pan; Santa Elena confiere poderes de atracción amorosa; Santa Marta, ¡ah! Santa Marta es la patrona universal, sobre todo si se le enciende su velita verde; San Marcos de León da fuerza y dominio; San Expedito ayuda a conseguir dinero, y a ganar en el juego; San Miguel espanta a los malos espíritus...

Bueno, San Miguel sirve para otras cosas. Porque una tarde se presentó cierta persona a comprar su estampa de gran tamaño, de esas que se cuelgan en la puerta; y en la intimidad aseguró que él no cree en los espíritus, pero necesitaba la estampa... porque se dedica al tráfico de marihuana, y lo que él quiere es que no entre la policía a registrar su casa.

X.—BAILES, ESPECTACULOS, JERGA POPULAR

Cada cual se divierte...

TONGOLELE no es una mujer, ni siquiera una bailarina; Tongolele es un péndulo de reloj señorial, puesto en movimiento... Y claro está, como no todas las mujeres tienen ese péndulo tan disponible, cuando muchas de ellas intentan bailar el mambo, aquello no sale. Aunque sea la moda actual.

Una moda que no ha entrado, sin embargo, en la generalidad de los habitantes del Barrio. No hace muchas semanas realicé una encuesta rápida ante un nutrido grupo de costureras; y cuando llegué al apartado de los bailes, y pregunté si les gustaba el mambo, un "no" ruidoso y casi unánime me contestó. A ellas lo que les gusta son el bolero y el danzón; sin olvidar la rumba y todo eso.

No es raro asistir a una lucha entre las dos tendencias, en alguno de esos grandes salones de baile en que acostumbran reunirse los hispanos. Por ejemplo, recuerdo un día en St. Nicholas Arena, en que la orquesta de Machito se limitaba al mambo; a unos mambos frenéticos, en que sin embargo las parejas parecían oscilar con movimiento de camello en el desierto, más que del presunto botecito. Pero la verdad es que la Orquesta de Xavier Cugat se "comía" a la otra, cada vez que la sucedía con todo su amplio repertorio tropical.

En el Barrio no son muchos ni grandes los salones de baile. El más antiguo dicen que fué el "Laurel Garden"; allí en la calle 116, entre las Avenidas Park y Madison; pero ya no existe. Hoy, es posible bailar de vez en cuando, en el "Park Plaza" del 5 West 110 Street; o en el "Club Obrero Español", de Madison Avenue esquina a la calle 102, que pese a su nombre tiene un público predominantemente puertorriqueño, en el que difícilmente se encuentran españoles ya; en la inmediata "Peñolana"; y en el local de la American Legion, allá en Lenox Avenue y la calle 111. Incidentalmente, quiero jurar ante todos los santos de la corte celestial, que nada tengo que ver con una de las orquestas más conocidas en estos salones, ni llevo la doble vida que mis amigos me achacan cuando leen esos anuncios: "Aprenda a bailar la rumba al ritmo candente de Polito Galindez"; por si acaso.

Los salones de baile más acreditados están fuera del barrio. Como el "Palladium", de Broadway y la calle 52; quizás el local popular más acreditado, y diariamente abierto; que se está especializando en el dichoso mambo. Otro, local, abierto sólo de tarde en tarde para bailes, pero siempre dotado de buenas orquestas, es el de St. Nicholas Arena, en la calle 66 y Columbus Avenue; algo semejante ocurre con el gran Manhattan Center de la calle 34 y Octava Avenida. Y luego están los varios salones locales, abiertos en otras concentraciones puer-

torriqueñas; como el "Antillano Social Club" y el "Hunt's Point Palace", ambos en el Bronx; el "Audubon", en Broadway y la calle 166; y muchos más pequeños.

Por no citar más que los salones populares; a los que de una forma u otra acuden los habitantes del Barrio, cuando quieren gastarse unos pesos oscilando como es debido las caderas. Porque, claro está, la colonia puertorriqueña coparticipa de todos los centros sociales hispanos; como la "Alianza Interamericana", el "Hispano Tennis Club", el "Club Rojo, Blanco y Azul", el "Club Azalea", y otros más abiertos al público escogido. Y desde luego, el que más y el que menos tiene cada semana su fiestecita particular; en que el pretexto puede ser un cumpleaños, o una fiesta patronal cualquiera; pero lo importante es pasar un buen rato, escuchando la música del trópico y bebiendo un trago que otro de ron.

Porque el puertorriqueño, como en general todo hispano, sigue bebiendo ron en Nueva York. En el barrio existe una modalidad; oficialmente prohibida, pero que perdura como recuerdo de los días de la prohibición; es el ron de ínfima calidad, vulgarmente llamado "pitorro" o "matarratas".

Y es que los habitantes del barrio siempre andan mal de dinero; aunque trabajen; y no digamos si tienen que acudir al socorro social del municipio. Por eso el círculo de sus diversiones es bastante reducido. Los más se limitan a ir a los cines de lengua española en la barriada. El mejor, o menos malo, es el "Hispano", de la Quinta Avenida y la calle 116, no muy lejos andan el "Municipal" y el "Azteca", ambos en Madison Avenue, y el rebautizado "Boricua" en Lexington Av. De la calidad de alguno de ellos, y no es cosa de puntualizar, da cumplida idea el nombre vulgar con que se le conoce entre los vecinos; aquello es "el Meadito". Lo que no resulta fácil de explicar, es como cualquiera de esas oraciones mágicas que ya conocemos no haya venido a orear esos locales, con el pretexto de un buen "aseo espiritual". Pero huelga el local a lo que fuere, lo importante es oírle cantar a Jorge Negrete, y si es posible llorar un poquito; hay que oír los comentarios que se escuchan en estos cinemas muy populares. . .

Al igual que sucede con los bailes, los hispanos también van a otros cines de habla española alejados; como el "San Juan" y "Del Mar", en el alto Broadway, que en la actualidad parecen ser los mejores de todos; y a otros muchos. Pero la

verdad es que muchos habitantes del barrio se resisten a dejar su caparazón; quizás porque temen a la ciudad hurañá de más allá. Conozco el caso de uno que contaba, como verdadera hazaña, que el verano anterior había ido un sábado a Coney Island!

El habitante del Barrio vive y se divierte, como puede, en su propia salsa. Son esos muchachos que corretean en patines, y a veces en un solo patín; que juegan a la pelota en los solares, entre montones de latas vacías; que se encaraman en los autos, y de vez en cuando le tiran un desperdicio al viandante que pasa. Son esas mujeres que curiosean por las ventanas; y en el verano se adentran, muy poquito, por su esquina del Parque Central. Son esos hombres que beben cerveza y ron en los bares, que discuten el número que cada día gana en la bolita.

La bolita. . . La bolita que casi todos juegan, aunque esas recientes investigaciones judiciales sellen los labios cada vez que el curioso trata de preguntar. Es más fácil saber detalles en el Village que no en el Barrio. Pero todos saben por igual el número que salió; en cálculo de prestidigitación, en la que quienes saben sumar trepan y brincan por las páginas de los periódicos; es muy fácil, se suma la cantidad pagada por los caballos en las tres primeras carreras. . .; pero no, mejor será que yo también me calle. Y ahí es nada; 400 ó 500 dólares al peso, cien o más dólares a la peseta; tamaña ganga justifica que, si es preciso, se acuda a todos los ajos morados del mundo.

Aunque otros prefieren los cálculos científicos. Como esas "selecciones" que se imprimen semanalmente y se venden por 15 centavos, en que consta el récord de los números salidos en el curso del año precedente, y los números que más probabilidades ofrecen durante la semana. Con una minuciosidad que para sí quisieran las hojas generales, en que se seleccionan los caballos favoritos; aunque agreguen la peculiaridad de sueños, signos del zodiaco, y profecías cabalísticas. Pero estos cálculos "científicos" están impresos en inglés para todos los públicos; y la institución de la "bolita" tiene sabor peculiar en los medios latinos, donde es un secreto a voces.

Porque la bolita desborda el Barrio, y se extiende por las mejores zonas hispanas de la ciudad; al fin y al cabo la lotería es legal en Puerto Rico, en Cuba y muchos otros países. Como es universal el sancocho familiar, que no se encuentra en los restaurantes públicos; y las fiestas familiares.

No he conseguido aún precisar cuáles son las festividades anuales que los puertorriqueños celebran especialmente. Porque los dominicanos tienen su Virgen de la Altagracia y su 27 de febrero; y los mexicanos tienen su Virgen de Guadalupe y su 16 de Septiembre. Pero entre los puertorriqueños parece haber tantas fiestas, como ciudades y pueblos de que proceden los informantes: San Juan, el Carmen, la Candelaria, suelen ser las más nombradas; y alguna que otra efemérides patriótica, como "el grito de Lares", aunque recientes sucesos políticos no facilitan hallar precisiones. Una de las pocas curiosidades folklóricas que he oído mencionar como aún persistente en Nueva York, es el "seis chorreado", allá en las Navidades.

Más adelante me voy a referir de nuevo a la inmigración puertorriqueña, y sus problemas sociales de adaptación a este medio neoyorkino. Problemas sindicales, problemas religiosos, problemas demográficos, problemas políticos, problemas de sanidad. . .

Pero no puedo despedirme del Barrio, aunque sólo sea una despedida pasajera, sin recordar otra de sus deliciosas peculiaridades; que para los gramáticos puede ser desesperación, mas para los filólogos es una mina. Es ese nuevo lenguaje, híbrido de español y americano, que va surgiendo en Nueva York con más potencia explosiva que en parte alguna. Los puristas alzan el grito hasta el cielo, con razón; pero ¿quién será capaz de ponerle el cascabel al gato?, ¿quién podrá introducir el Diccionario de la Academia, aunque sea Real, entre la gente que acude a la Marqueta? El lenguaje es algo vivo, que podrán dirigir los escritores, pero que sólo afirma el pueblo con su uso; sin olvidar que ese lenguaje popular a veces conserva contra viento y marea nombres arcaicos y anacrónicos.

Y en el Barrio existe "la marqueta", y existen "trucas" (camiones) y "rufas" (tejados); en el Barrio la moneda de 25 centavos sigue siendo peseta, y un real la de diez centavos, y un vellón la de cinco; en el Barrio, al "Beth David Hospital", se le ha rebautizado en Hospital "Betti Davis"; en el Barrio se usan verbos nuevos, que ni siquiera tiene todavía el idioma inglés.

Así, hace pocos días un muchacho puertorriqueño le bromaba a otro, aludiendo a sus conquistas callejeras: "Ya te vi el otro día 'vulfeando' por Broadway".

REVERSO Y ANVERSO DE LA MEDALLA DE ESPAÑA

POR principio, desconfiamos de los libros políticos. Su misma condición, de ordinario les impone una parcialidad, y una visión esporádica de los hechos, que limita su alcance al de las circunstancias que les dan origen. Dicho lo cual, queda suficientemente explicado que no es su índole de glosa de determinados acontecimientos de la Historia contemporánea o, más exacto, directa o indirectamente productores de ciertas fases de ésta, lo que nos mueve a comentar, primero el "¿Para qué...?", de Juan Antonio Ansaldo, y, seguidamente, lo que puede considerarse su contrapartida, o en calibre de su categoría ética, el anverso de aquel reverso: el "Veturian", de José Ramón Arana.

Mucho —demasiado— se ha escrito sobre la guerra de España, prolegómeno de la segunda guerra mundial. Y decimos demasiado, porque, salvo contadísimas excepciones, cuanto se ha publicado al respecto, ha salido de plumas, o excesivamente apasionadas, o movidas, demasiado visiblemente, por un afán de explicación, cuando no de justificación, personal, o guiadas, a control excesivamente remoto, por manos que, ni de cerca, ni aun de lejos, tuvieron los debidos contactos con los medios dirigentes de la política nacional española, y de la política internacional de aquellos años siendo así que obras al parecer objetivas, o siquiera serias, no pasan de simples novelones, fárrago de anécdotas recogidas punto menos que al azar, sin discreción, y hasta sin discernimiento.

Ahora bien, en el caso que con el "¿Para qué...?" nos llega de Buenos Aires, nos hallamos frente a un libro, a un librote: quinientas sesenta y tantas páginas In Cuarto, cuyo autor, por los distintos puestos que ha ocupado, y hasta por su formación (no nos atrevemos a decir que espiritual ya que el calificativo aquí resultaría sarcástico por hiperbólico), sí se ha encontrado en lugares, y en ocasiones, y hasta, con frecuencia, en centros neurálgicos decisivos, que dan a su testimonio, por muy unilateral que se nos presente, calidad de aportación de fondo, a la tarea, nada fácil, de desenmarañar, ordenar y aquilatar los hechos, grandes y nimios, que hubieron de causar, primero el derrumbe del régimen monárquico en España, y a la vuelta de escasos años, el de la República instaurada por voluntad popular en sustitución de aquél. El apellido

Ansaldo, a quien quiera que haya vivido en España, en el período que los franceses llaman "de la entre dos guerras"; o a quienquiera que estuviere al tanto de la vida española en las postrimerías de la monarquía y albores de la República, le dice de faustos aeronáuticos: varios hermanos aviadores, en una de esas familias de la alta burguesía, lindante con la aristocracia, con la cual emparentan de vez en cuando, de la cual llegan a creer formar parte, de la que, por instintivo mimetismo, adoptan prejuicios, e incluso hábitos externos, pero sin nunca llegar realmente a ser por ella aceptadas en pie de igualdad con sus más rancios abolengos. Trasunto moderno de los antiguos hidalgos; y hay que reconocer que, muchas veces, apegado, en supervivencia de tradiciones, a ritmos de vida más dignos que los que, por derecho de alcurnia, constituían el círculo íntimo de la última corte borbónica. Prueba del crédito que en este aspecto conviene atribuir a cuanto nos relata el Ansaldo autor de "¿Para qué...?", es el haber sido el libro dado a la estampa por una editorial vasca: o sea, avalado por quienes han sabido mantener altivamente, desde la instauración del régimen franquista, una actitud de oposición, sin efugios ni componendas.

¿Trátase, acaso, de una obra de deliberado propósito antifranquista?

En apariencia, y hasta quizá en intención de su autor, así es. En realidad, por sobre todo, de una obra de despecho de clase; de un exabrupto, en muchos capítulos y disquisiciones, en contra de quien, a la postre, ha defraudado las esperanzas de los que se le habían sumado sin repugnancia cuando creyeron, con ingenuidad de noveles en lides políticas, que un Franco podía sublevarse sin hacerlo en provecho propio; o, dicho de otra suerte, que un perjuro tan notorio como un general adherido a la República en uso de libérrima voluntad, y ya con designio inequívoco de asestarle golpe mortal tan pronto se le brindaran ayudas bastantes para ello, podía ser fiel cumplidor de una palabra empenada a sus cómplices en traición.

A confesión de parte. . .

Lo primero que se destaca de la obra de Juan Antonio Ansaldo—digámoslo ya, y lo deberíamos haber dicho antes: una de las más resonantes en todo país de habla castellana, y en todo ambiente preocupado del futuro inmediato de España, es decir de Europa—es la absoluta, rotunda e inapelable incapacidad de la República española para hacer frente a sus enemigos. Lo segundo, la absoluta y radical falta de escrúpulos de estos enemigos, y no sólo ya para con la República a la que, desde su inicio, quisieron derrocar.

Aquella frase famosa dirigida a don Gumersindo Azcárate, el sociólogo prototipo del liberalismo del siglo XIX, por don Ramón No-

cedal, polemista católico de la más intransigente prosapia: "Don Gomersindo, conmigo llevará usted siempre las de perder: pues, con sus ideas, usted ha de respetar las mías; y yo, con las mías, le puedo tranquilamente mandar a usted reducir a pavesas" aquella frase podía servir de epígrafe a cualquier historia de la Segunda República Española. Y quizá, por extensión natural, a cualquier historia, de cualquiera de los fracasos, ya registrados, o por registrar, de la Democracia en el mundo. En el mismo deje de respeto con que un Ansaldo nos habla, cuando no puede por menos, o le viene a colación para "elevar" alguna de las situaciones en que se ha encontrado, de algunos de los prohombres de esta Segunda República Española, adviértese la conmisericordia que hubo de sentir, por quienes trababan su acción con tal cúmulo de impedimentas, morales y jurídicas, que, de antemano, la condenaban a ineficacia segura. Y en cuanto a la falta de escrúpulos de estos enemigos, no ya sólo emboscados, lo cual, al cabo, desde el ángulo de sus designios posteriores, sería disculpable, sino francamente —¡qué ironía en este término!— adheridos, en clara, y hasta entusiasta colaboración, nada mejor la patentiza que la total inhibición en que se abroquelaron (muchos ya desde el extranjero) cuando se trataba de apuntalar el trono tambaleante. Eran, sí, los Ansaldo y demás círculos cortesanos, monárquicos empedernidos en cada párrafo del libro de referencia, el lector de 1952 se ve sorprendido por una devoción, no sólo a la institución de la realeza, sino a las mismas personas reales; por un acatamiento a éstas, y un voluntario desconocimiento de sus flaquezas y miserias, que le da la sensación de hallarse presa de un hechizo que, por arte de birlibirloque, le retrotrajera a muchos siglos atrás. Y, sin embargo, no ha habido, en la historia de país ninguno, realeza tan abandonada de sus validos, allegados y paniaguados, cual estos reyes e infantes de España, cuyas personas físicas en nada padecieron, cuando hubieron de emprender la ruta del exilio, únicamente porque el pueblo que se la señalaba hizo suya, en aquellos momentos, la hidalguía de que se olvidaban los que de siempre presumían de ser sus paladines.

Pero, ni guillotina en plaza ninguna de ciudad de España, ni riesgo ninguno, ni siquiera para los que llevaban lustros jugándose, al albur de caprichos e intereses personales, los destinos del pueblo. Y, de seguida, desde una sombra cada vez más transparente, las conspiraciones dibujando, en el panorama de esa República envuelta en tan cándidas vestiduras, los siniestros contornos de los pronunciamientos que relegan a un pretérito anacrónico, el decurso de la España de las guerras carlistas, del general Pavía disolviendo con el matonismo de su sable

un Parlamento, y del general Martínez Campos tornándole a su trono la dinastía de "la reina castiza".

Entiéndase bien: esta debilidad del régimen que—sin ser por supuesto ese su propósito—, nos evidencia, en forma incontestable la obra de Ansaldo, no obedecía a falta de asiento, sino a inconsciente exceso de "rousseauismo": el hombre, por naturaleza es bueno, y si lo colocamos en condiciones favorables, etc. . . El título del capítulo primero del libro: "De cómo una monarquía milenaria se transformó súbitamente en república a consecuencia de unas simples elecciones municipales", es una simpleza que sólo una cosa demuestra: la carencia de nexos del autor con la vida real de España, y su paupérrima visión de la misma, limitada a las tertulias de cuartos de banderas, bares elegantes y salones más o menos aristocráticos. Añádase la ausencia de lógica en la especulación, fruto inevitable de la deficiente formación intelectual: a las pocas páginas de haber afirmado que un régimen podía llegar a sazón en el brevísimo lapso de unas elecciones, el autor, textualmente, nos dice: "Entre tanto, la República, al parecer consolidada por las elecciones constituyentes, que le proporcionaron arrollador triunfo en las urnas. . ."

Mayor clarividencia tiene, desde luego, cuando recalca lo que hubo de suponer, para comodidad de conspiradores de toda laya, esa famosa "Ley del Retiro" de militares, que don Manuel Azaña, entonces ministro de la guerra, se había sacado de sus meditaciones de ateneísta, para permitir, a cuantos militares lo desearan, conspirar a sus anchas contra el régimen, sin tener siquiera que preocuparse por la subsistencia cotidiana de los suyos. Que la tal ley—a la cual Ansaldo se acogió, según cuenta, por consejo de un infante—fué el mayor error de quien, seguramente de buena fe, y con toda honestidad de preparación, confundió las riendas de un gobierno, y, más tarde, la jefatura de un Estado, con el timón, al cabo apacible, por muy agitado que en la superficie apareciera el oleaje, de un Ateneo, ya nadie lo discute. Lo trágico fué que, entonces, no lo discutieron los que ya se daban cuenta de los peligros que entrañaba. Y lo peor, que, de las ventajas que para ellos había de acarrear, se percataron de inmediato sus beneficiarios.

Con la perspectiva de cuanto ha ocurrido desde el año 36 hasta el término de la segunda guerra mundial, resulta inverosímil la facilidad de movimientos de estos militares "retirados" por la ley Azaña, y de los ex-privilegiados de la monarquía: unos y otros, cual era natural prever, en espontáneo contubernio para recobrar sus prebendas y privilegios. Sobre el particular, nada tan concluyente se ha escrito todavía cual esta obra de Ansaldo, cuyo capítulo III lleva por título lisa y llanamen-

te: "Se vislumbra en perspectiva el fantasma de un pronunciamiento típico para poner la casa en orden, estableciéndose los primeros contactos con jefes fascistas italianos, en demanda de apoyo". Más adelante, abundan los datos —conocidos unos, inéditos, o poco divulgados otros— acerca de ese "apoyo", que el fascismo primero, el nazi-fascismo después, no le habían de escatimar al conglomerado de conservadores resentidos, decidido a hipotecar sin condiciones la independencia patria a cambio de una recuperación de sus prerrogativas seculares. Y, por supuesto, fuere cual fuere el precio de sangre y de ignominia que hubiere que abonar.

"Se trataba de llegar a Roma lo antes posible, al objeto de entrevistarse con determinadas personalidades —el mariscal Balbo, entre ellas— para obtener su apoyo, en previsión de una posibilidad inmediata en el alzamiento militar proyectado": estamos en los comienzos de la Segunda República; cuando los generales, en su inmensa mayoría, con Franco a la cabeza, reiteraban las aseveraciones de lealtad al régimen. Cuando los Ansaldo podían, sin cortapisas, volar de un punto a otro del territorio nacional, y de España a Francia, o a Italia, para coordinar las instrucciones recibidas, o que se trataba de transmitir, desde las placenteras residencias de algunos desterrados, voluntarios o involuntarios, al frente de los cuales, huelga decirlo, hallábanse los Borbones, echados por el pueblo sin que un puñado siquiera de palaciegos formara el cuadro en torno a ellos. "En la guerra civil 1936-1939 cristalizó en importante cooperación y ayuda este primer contacto, perfeccionado y ampliado posteriormente" (p. 35). "El rey don Alfonso XIII recibe en París a los reorganizadores del averiado dispositivo del alzamiento. Plan inicial del mismo y sus contactos con Franco, Calvo Sotelo y Primo de Rivera" (p. 46). La monarquía ya está en acción. Ya sólo falta aceitar los engranajes, para que la máquina de la sublevación, en el más puro estilo de los pronunciamientos que han asolado a España desde "los mal llamados años" fernandinos, una vez más dé al traste con los pujos de progreso de un pueblo, amputado de su derecho a la evolución a compás del resto de Europa, por la paradoja de una gesta sin par —la guerra de Independencia que señaló el ocaso napoleónico— cuyos resultados inmediatos fueron el alejamiento de los puestos rectores de la nación, de los espíritus más ampliamente progresistas, tachados de "afrancesados".

Y empieza en la obra de Ansaldo, la embestida contra Franco, simplemente, y sin disimulo, por no haber correspondido éste, en la medida que los sublevados lo esperaban, a esa ilusión de recuperación de exenciones, de una oligarquía dispuesta a perdonárselo todo a la

república, inclusive el cadalso de un rey, todo, salvo la merma de prerrogativas de mando y de fortuna tenidos por ella por indiscutibles derechos. Para Juan Antonio Ansaldo, militar de casta mimada por la monarquía, Franco no es más que un truhán, encaramado sobre la cobardía de los que todavía no se han decidido a enfrentársele. "Sus constantes afirmaciones de adhesión al régimen republicano", es frase textual (p. 51), que ha de asentar una doblez por igual reprobable desde el ángulo republicano, que desde el monárquico. Mas, hay sobre el particular unas líneas incomparablemente contundentes. Cuenta el autor, de la oposición de José Antonio Primo de Rivera a la participación en el golpe militar de quienes, a la postre, habían de aprovecharlo en proporciones inmensamente superiores a las descontadas en los cálculos más eufóricos: "Es inútil contar con los generales en activo. Son unos 'gallinas'; y Franco, el 'gallina' mayor". Y, para prevenir cualquier conato de refutación, este complemento: "No creemos cometer indiscreción alguna al consignar la anterior afirmación del 'Fundador', por existir centenares de personas que la escucharon de sus labios" (p. 121).

De la participación de las huestes de Mussolini en la victoria franquista, sobra ya hablar: ninguno de los lances relatados por Ansaldo aporta nada nuevo a la abundantísima información difundida sobre esto, y que únicamente los creadores y mantenedores de la "No intervención" quisieron ignorar. Esa "No intervención", de la cual dice Ansaldo que "la diferente interpretación que de ella tenían los países totalitarios y democráticos pesó decisivamente en el resultado de la contienda"; y también que "el acuerdo de 'No intervención'", cumplido escrupulosamente por Inglaterra, parcialmente vulnerado por Francia, y totalmente infringido, *con publicidad escandalosa en algunos casos*, por los restantes firmantes del mismo, contribuyó en proporción preponderante a la derrota del Gobierno republicano, que a la larga, infaliblemente tendría que encontrarse en condiciones de abrumadora inferioridad, en lo que a armamentos se refiere, con respecto al bando nacional, aliado de países por entonces en pleno resurgimiento industrial, *con miras a la guerra*. El resentimiento de Madrid hacia Inglaterra, principalmente causado por su abandono del *gobierno legalmente constituido*, a quien se le negaba el *derecho elemental* de adquirir armas para defenderse de la rebelión, se manifestó a lo largo de toda la campaña. Al final de la misma, e independientemente de especulaciones sobre el futuro, vencedores y vencidos poseían un cuaderno de agravios bien cargado contra aquel país, *a nuestro juicio, realmente más funda-*

*mentados desde el punto de vista republicano que con respecto al nacional*¹ (p. 219).

Y entramos ahora en lo que, en nuestra opinión, constituye el meollo de la obra, por la ejemplaridad que reviste, no ya con relación a la desesperada defensa de la República, sino a los momentos actuales, y al papel que en ellos le quieren asignar, al régimen franquista, unas democracias, aunque parezca imposible, más ciegas todavía que en los días de la No intervención unilateral.

A esa Inglaterra, tan desenfadadamente enjuiciada por el autor de "¿Para qué...?", éste, en su calidad de su agregado aéreo en París, Vichy y Londres, hubo de hacer frecuentes y detenidas visitas, para complacer lo que él mismo llama "el especial interés" de los alemanes en averiguar ciertos extremos. No olvidemos que estamos en plena guerra mundial; en el período álgido de los bombardeos de Inglaterra; cuando, "alegre y jubilosa, la prensa de Franco comentaba, en morbosos relatos, fotografías e informaciones, la satisfacción que en el público habría de producir la 'coventrización' de toda aglomeración urbana enclavada en las Islas Británicas" (p. 216). Ansaldo, invitado por la embajada inglesa en Madrid, iba a Inglaterra a darse cuenta, "de visu", de los estragos de los bombardeos nazis. Antes de salir de Madrid, había memorizado cuidadosamente las preguntas a que habría de responder a su regreso, y que abarcaban desde la cantidad del material aeronáutico americano y la existencia de bauxita, hasta la localización de aviones, los dispositivos de puntería de "Spitfires" y "Hurricanes", y la moral de la población. Y de veras sentimos no nos permita la falta de espacio reproducir aquí íntegras esas páginas, en que el "invitado" de la embajada inglesa en España narra, con la más cínica vanagloria, como el propio almirante Canaris, jefe supremo del Servicio de Información alemán, se había molestado en trasladarse a Madrid, para recibir directamente las informaciones logradas durante esos viajes, en que el mundo oficial británico, y los jefes de la R.A.F., disputábanse el honor de agasajar a tan distinguido huésped (p. 217 a 233). Verdad es que, en el almuerzo con que Sir Samuel Hoare (el entonces embajador británico en Madrid) obsequió a Ansaldo a su regreso de Londres, este último "creyó percibir cierto matiz interrogante". Lo cual le dió a pensar si algo no habría trascendido de su misión. Pero no: ¿por qué preocuparse? No era sólo el gobierno inglés el que había hecho suya la filosofía de los tres changuitos chinos; también Estados Unidos cerraba ojos, oídos y boca a toda evidencia susceptible de perturbar el equilibrio, de una vez para siempre impuesto a sus reac-

1 Los subrayados, son de la autora de estas líneas.

ciones internacionales: en España, República equivale a riesgo para nuestros intereses; totalitarismo, equivale a seguridad. Que no son ya sospechosos comentarios "rojos", sino párrafos del propio Ansaldo, los que cuentan de la "gratitud sincera" que "los españoles del bando vencedor" le profesaban a mister Reaber, presidente de la Texas Oil, quien, "durante la guerra civil había, con su gesto generoso, concedido toda suerte de facilidades para nuestro aprovisionamiento de combustible", y así "contribuido eficientemente a su victoria" (p. 203).

¿Cinismo? ¿Inconsciencia? ¿Jactancia de quien, precisamente por sentirse menoscabado en sus aspiraciones, quiere proclamar a gritos la importancia que otrora tuvo?

Diríamos nosotros mejor: señoritismo. Toda la obra que aquí nos ocupa tiene ese regusto inconfundible, que salpica todas y cada una de las páginas de la historia de España, a partir de las conspiraciones o, para hablar su lenguaje, de las conspiratas, del hijo de Carlos IV y de María Luisa, hasta los conocidos desparpajos de Alfonso XIII como rúbrica al saldo sangriento de los desastres marroquíes, con donaires de plazuela y de majeza. Disputas entre copa y copa en los bares "de postín"; interjecciones y calificativos asestados "para hacer una gracia"; desde ese increíble "el cochino de tu padre" dicho por Alfonso XIII al hijo del dictador Primo de Rivera, y aquí trasladado por la bobalicona reverencia del autor hacia todo lo palatino, hasta la definición de un Lequerica, "más alemán que los alemanes", pasando por juegos de palabras destinados a demostrarle al lector que, en la Francia de Vichy, el autor podía hacer gala de "esprit" hasta con el propio Petain, todo, pormenores baladíes y hechos trascendentales, en esta narración por pluma de señorito madrileño, requeriría el ácido genial de un capricho goyesco o de un "esperpento" valleinclanesco para quedar convenientemente disecado en su dramática desnudez. Porque, pese a su origen vasco, Ansaldo, por su formación y condición, es, en esencia, un señorito del Madrid borbónico y, pese a su trasnochado antifranquismo, del Madrid franquista. Hay dos palabras que lo retratan de cuerpo entero, y lo sentencian inapelablemente: "manoseado asunto" le llama, con desenfado señoritil, a aquel asesinato, desde un auto ocupado por capostotes —de ambos sexos— de la Falange, de Juanita Rico; una muchacha socialista que regresaba tranquilamente del campo con sus hermanos en un atardecer dominguero. Ese "manoseado asunto", uno de los crímenes más odiosos del Madrid que iba ya incubando el fascismo, y que, por desgracia, no fué un asunto manoseado cual la República debía haberlo hecho.

Y ahora, el anverso de esa medalla, tan representativa de un período histórico y de la clase que, quiéralo o no, habrá de cargar ante la Historia con la responsabilidad de sus desafueros. El drama, en un acto y cuatro cuadros que acaba de publicar José Ramón Arana, bajo el título de "Veturian", tiene, en sus breves dimensiones, una densidad que automáticamente nos lleva a contraponer su significación a la del copiosísimo libro del ex-epígono de Franco. Tampoco es Arana, por su formación, un intelectual profesional; pero esta formación suya, ya de por sí, le erige en contraste máximo del señorito Ansaldo. Este último, elevado, por sus condiciones de fortuna y de seguridad social, por encima de todo convencionalismo que no sea de casta. Aquél, situado, a priori, más allá de todos los convencionalismos sociales por la dura urgencia de ganarse el sustento cotidiano con la labor de sus manos de obrero metalista. Eje o contertulio de mundillos cortezanos, el uno; crecido a la sombra de esas piedras zaragozanas, que parecen despedir, con la quemadura del resol, efluvios incommovibles de coraje y entereza; resabios ancestrales del Aragón encarándose al poder real en trance de desorbitarse, y a la avalancha napoleónica en vísperas de agonía.

Apenas oído el primer disparo de la sublevación fraguada por la casta de los Ansaldo, José Ramón Arana se escapa de la Zaragoza de que ya se han adueñado los rebeldes, y se une a una columna defensora espontánea de la República. Cuando las columnas de milicianos se convierten en ejército regular, Arana pasa a formar parte de la 44 División, y con ella firma la epopeya del cruce del Ebro. Y a todo esto lecturas a troche y moche; duro aprendizaje de escritor autodidacta que ha de volver a descubrir por sí mismo lo que a otros se les ofrece descubierto en la escuela. En la Barcelona en la cual los amigos italianos y alemanes de los Ansaldo hacen sus ensayos de "coventricación", Arana pergeña sus primeras páginas: cuentos de guerra. Pero no se hará de veras escritor sino más tarde: en ese campo de concentración de Gurs en que la inconsciencia de las democracias que, al Ansaldo espía de Hitler le abrían de par en par sus salas de banquetes y sus secretos bélicos, permitió padecieran a estilo típicamente nazi, los quijotes supervivientes de la guerra librada en su honor.

"Veturian" es un drama del Aragón de hoy; es decir, de la esencia más representativa de la España indómita. Al personaje que encarna a la Falange, y que le reprocha el traicionar a España, la hombría de Veturian le contesta: "Con estas manos, la hi defendido contra el moro; l'i dao mi sangre, mi sudor, cuarenta años de trebajar a lomo caliente, y usté es un señorito, menos que esto. . . (escupe)". Y el mismo Veturian, a su mujer traspasada por los siete puñales que, desde el simbolis-

mo evangélico, desgarran la carne de las madres a quienes les han matado un hijo, le para en seco el llanto, diciéndole: "Déjate de chemicos: en esta tierra todo es fuerte, y tú también has de selo".

Esta mujer de Veturian—del Veturian-símbolo de la resistencia a la opresión de dentro y de fuera— a su manera, tosca y directa, es la vox populi, el coro de la tragedia clásica, trasladado al drama popular: "No te haces cargo de que ahora aprovecha poco la hombría... El hombre s'ha vuelto una cosa pequeña a lao de esas máquinas de matar; que una vida no vale nada, y que cualquier cobarde pué mandar al hombre más hombre al cementerio". Pero, por encima de esta verdad, perdura otra: la de ese coraje, la de esa entereza que el autor utiliza con toda naturalidad para armar a sus personajes-símbolos porque, con toda naturalidad, le han llegado de muy atrás y de cuanto ha respirado en el aire que le ha alentado desde que abrió los ojos a la luz cruda, inexorable de su pétrea patria chica. Y esta otra verdad es la que suena a pleno pulmón, en la copla de la ronda que ha salido a recorrer el pueblo de "Veturian", pese a la drástica prohibición falangista, temerosa de esas explosiones de gallardía con que Aragón, sin necesidad de más arma que sus cantares, ha afirmado la continuidad de sus fueros duramente conquistados frente a cuantos han pretendido hollarlos:

"En el cielo manda Dios,
en la justicia el Alcalde,
en la calle mandan todos,
pero en mí no manda naide".

Con riesgo de vida, han salido los mozos del pueblo de "Veturian" a lanzar al aire la afirmación de su copla; ya sabiendo que tiene la vida perdida, afirma "Veturian": "Al fin y al cabo... lo prencipal es tener razón y alma pa mantenerla".

¡Razón, y alma para mantenerla! Es la fe inquebrantable, grandiosamente ingenua, en el imperio, temprano o tardío, de la razón frente a las razones de la sinrazón. Frente a los alegatos tan complaciente y profusamente expendidos en la obra de Ansaldo, en justificación de traiciones y cinismos de señoritos, las cortas frases pronunciadas, en su peculiar lenguaje aldeano, por el héroe-símbolo de José Ramón Arana, se alzan, a manera de timbre de gloria de todo un pueblo, y de la confianza en sus destinos de todos los pueblos.

Margarita NELKEN.

Aventura del Pensamiento

EL MIRLO BLANCO¹

ENSAYOS DE FILOSOFIA PROVINCIANA

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

EL mirlo es un pájaro burlón que imita al ruiseñor, al gallo y a la gallina. Su existencia ha sido comprobada a lo largo de varios siglos. Pero supongamos que ni en los 26 libros de Albertus Magnus, intitulados *De Animalibus*, ni en la obra de Caius *De rariorum animalium atque styrpium historia*, ni en la *Histoire de la Nature des Oyseaux* de Pierre Belon, ni en los tratados más recientes de ornitología, se diga que haya existido nunca un mirlo blanco. Supongamos incluso que en la lengua inglesa el mirlo se llame pájaro negro, *blackbird*. ¿A quién entonces pudo ocurrírsele hablar de un mirlo blanco?

Alfred de Musset, poeta de frívolos aciertos, escribió la *Historia de un Mirlo Blanco*, historia que se vende con la de Mimí Pinsón, en los estanquillos del Sena. Es sencillamente encantadora. En una buena familia de mirlos nace uno que es blanco. Cuando le empiezan a salir las plumas el padre se irrita, lo maltrata, lo desconoce. El mirlo no sabe exactamente por qué; no tiene un espejo para mirarse. Su padre le revela la razón. Lo acusa de ser blanco y de cantar muy feo, muy mal. Su madre no es capaz de emitir la menor protesta. La situación llega a ser desesperante. El mirlo decide abandonar la casa paterna, decide viajar para encontrarse, para saber quién es, qué es. Primero se mira en un estanque y comprueba que, en efecto, es distinto de toda su familia; pero sólo comprueba que es distinto y no sabe qué clase de pájaro es, y eso es lo que desea saber. En sus andanzas encuentra a una paloma mensajera y piensa que quizás él sea paloma; pero imitando a la paloma se sofoca, se cansa, y la paloma lo desconoce. Encuentra así a muchos pájaros, a una picaza, a una tórtola, a un perico, a un

¹ Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras el 6 de febrero de 1952.

pájaro cualquiera, y descubre que no es igual a ninguno de ellos, descubre que es fundamentalmente distinto, característico, típico, excepcional. . .

Cuando leí el cuento del mirlo blanco, hace algunos años, pensé de inmediato en esa corriente tan actual de estudios y consideraciones sobre el mexicano, sobre lo mexicano, y no digo sobre México y los mexicanos, sino sobre el mexicano, sobre ese mexicano que se escribe en singular, y sobre la esencia de su carácter, de su estilo. El cuento del mirlo blanco planteaba dos problemas: el de un ser único que desea conocerse y el de un poeta que afirma la existencia de ese ser. Y volviendo los ojos a las consideraciones sobre el mexicano me dí cuenta cómo los eran aplicables esas dos cuestiones. Porque día a día los estudios sobre el mexicano tienden a hablarnos de su singularidad, de sus características, de sus condiciones particulares, de sus entrañas. Y porque en segundo lugar no sólo es de poetas sino de filósofos imaginar la existencia de seres inexistentes, y cabe preguntarse en el caso del mexicano, más aún que en el caso del mirlo blanco, si es hecho de fantasía o de realidad. Y vuelvo a insistir que no hablo de los mexicanos —que esos seguramente existimos, de carne y hueso, y mis dudas no son tan ambiciosas como para dudar de nuestra existencia. Hablo del mexicano, en singular, y desde ahora, con el propósito de ser claro y de que mis ideas no se presten a confusión, hago un distingo terminológico entre los mexicanos —sean chamulas, zokes, tzotziles, tzentales, yucatecos, capitalinos— y el mexicano, obra y fruto de una reflexión filosófica, que puede o no corresponder a la realidad.

Y paso a considerar el primer punto de estos dos en que voy a dividir, a grandes rasgos, mi exposición. El punto que se refiere a la búsqueda de las singularidades, de las características, de las condiciones particulares de un ser, en nuestro caso, el mexicano.

Es evidente que esta búsqueda de uno mismo, de lo que concretamente se es, es una búsqueda universal. Desde el "cónocete a ti mismo", hasta las diatribas de Rousseau en sus *Rêveries d'un promeneur solitaire*, contra los que estudiaban la naturaleza humana para poder hablar con sapiencia y para instruir a los demás, pero no para esclarecer su interior, pasando por el "Je cognois tout fors que moi même", de François Villon, el anhelo de autoconocimiento, es un hecho histórico que en medio de sus profundas variantes ha llegado a nuestra huma-

nidad. En México se ha sentido ese deseo desde que prendió la idea de una independencia regional, primero, y después nacional. Se ha sentido en la medida en que se ha deseado saber qué es nuestro país, qué tiene, qué vale, qué necesita. Y el deseo ha sido en la historia de nuestra filosofía no un deseo de conocer el yo individual, sino el yo regional, el yo nacional. Y el deseo ha llegado a ser en nuestra filosofía no el deseo de conocer lo que no se conoce en el conocerse, lo que no se es y lo que se debe ser, sino un deseo de conocer la conciencia nacional, la conciencia regional, lo que caracteriza e incluso constituye esa conciencia, lo que la distingue, lo que le es privativo. Y así se ha llegado a una descripción de las características de la conciencia del mexicano.

De estos tres objetivos que representan las consideraciones sobre el mexicano: sus características, su conciencia, y su condición de ser mexicano se buscan las entrañas. Se buscan las entrañas de lo que distingue, se buscan las entrañas de lo que distingue a una conciencia, se buscan las entrañas de lo que distingue a la conciencia del mexicano. Pero —y este hecho es el que pretendo resaltar— en el interior mismo de nuestras entrañas hay entrañas, en el interior mismo de las entrañas de lo típico hay entrañas, en el interior mismo de las entrañas de la conciencia hay entrañas, en el interior mismo de las entrañas de ese concepto que es el mexicano hay entrañas, y en el interior mismo de las entrañas de los mexicanos hay entrañas. El hombre es el extraño a sí mismo, a sus entrañas, el extraño a su conocimiento y el extraño a su ideal; por eso se encuentra a sí mismo, se conoce a sí mismo y lucha por ser lo que no es, por poseer lo que no posee, por conocer lo que no conoce. Todo es extraño y extraño en él; si se mira la conciencia se descubre algo más hondo: las cosas; y si se miran las cosas se descubre algo más hondo: la conciencia.

El mexicano no puede hacer excepción. Al analizar el conocimiento, la aprehensión, la intuición del mexicano es necesario, es menester, analizar las entrañas de ese conocimiento; al analizar su ser, el ser de su conciencia, es necesario analizar las entrañas de la conciencia, y al analizar el ser del mexicano es necesario analizar el ser de los mexicanos que no son el mexicano, y el ser que todavía no son los mexicanos, que deben ser los mexicanos. "El que se mete en su concha —dice Unamuno— ni se conoce ni se posee".

¿DE dónde nos viene este deseo de conocernos? Nos viene de nosotros mismos, ya lo dijimos, de nuestra condición humana. Pero también nos viene de los demás.

Para el hombre ha sido siempre un problema la Creación y la Salvación, un problema fundamental que se alimenta en la historia total del hombre; en la historia de sus necesidades, de sus ideales, de sus conocimientos. Y nosotros hemos ido pensando en ese problema. Los grupos más destacados en la cultura mexicana le han dado sus características superiores. Cuando la creación se ha profanizado, cuando la Salvación se ha vuelto más y más inmanente, entre los mexicanos que han adquirido una conciencia más o menos clara de la evolución histórica y social, ha aparecido la idea de crear una nación y de salvar su condición nacional. Desde antes, cuando el problema fundamental de los pensadores de México era la Creación Divina y la salvación del alma, ya se habían preocupado por resaltar ciertas virtudes de su temperamento y de su tierra, de la provincia en que les había tocado vivir *esta vida*. Pero no fué sino hasta el momento en que pensaron crear un estado y salvarlo de la ruina, cuando se lanzaron por el camino de elogiar a los creadores del estado, de decir que tenían los méritos y virtudes suficientes para apoderarse del estado, para crear un estado nuevo y para mantenerlo. En ese momento fué cuando el regionalismo, el nacionalismo, llegaron a su cúspide. Todo lo anterior no habían sido sino preparativos. En la Independencia de México se inició la gran búsqueda de los valores mexicanos, de la realidad mexicana. Pero en ese momento francamente creador, en que una revolución estaba rindiendo sus frutos, no se echó mano tan sólo de la tradición, de las características, de las costumbres de los mexicanos, sino que se habló de la necesidad en que se encontraban los mexicanos de apoderarse de las nuevas ideas europeas para salvarse, de la necesidad en que se hallaban de poseer lo que hasta entonces les era extraño: en la política, en la educación, en las costumbres, en la ciencia, etc. Fué una búsqueda de lo que eran capaces los mexicanos y de lo que necesitaban. Se habló de las entrañas y de las extrañas, y se habló porque de las entrañas mismas de la vida mexicana —de la vida de criollos, indios y mestizos— surgió la necesidad de rebelarse y de afirmarse frente a lo extranjero. Pero no se negó lo extranjero, en acto meramente provinciano, sino que se depuró lo extranjero y se aceptó lo que podía servir al nativo. Con poste-

rioridad se desvió el nacionalismo. Cuando los grupos conservadores de México presentaron una muy seria batalla a los liberales, aprovecharon esa racha de nacionalismo en su favor: declararon que eran "exóticas", "ultramarinas", "utópicas" y "científicas" las teorías de sus opositores. Es decir declararon que iban contra lo nativo, original, característico, tradicional del pueblo, las teorías que no querían aceptar. Su idea de lo característico surgió de las entrañas mismas de sus ideales, de sus necesidades, de sus conocimientos. En los albores de la Revolución mexicana, y con posterioridad, hubo una crítica de lo europeizante, de lo científico, de lo universal. El sentido de esa crítica era de nuevo distinto. Criticaban los revolucionarios en lo europeizante el descuido de nuestra realidad, el desentendimiento en que se hallaba la *ciencia* de los problemas concretos del México de entonces. La crítica a las abstracciones de la ciencia salía también de nuestras entrañas mismas. Más tarde el sentido humanista de esa crítica fué paulatinamente desapareciendo. Del indigenismo se fué pasando al mexicanismo, de la negación de las injusticias que se hacían a los indios se fué pasando al elogio de los indios, hasta llegar a la negación de injusticias históricas, esqueléticas. Del nacionalismo antiimperialista se fué pasando a un nacionalismo tradicionalista o bien descriptivo, a un nacionalismo que pontifica sobre lo que es extranjero y lo rechaza *a priori*, o bien que se fija sólo en las características de una conciencia del mexicano, de una conciencia que le es dada. Y estas búsquedas salieron de las entrañas mismas de nuestra evolución y de nuestras luchas, de nuestros múltiples deseos de crear nuestro mundo y de salvarlo, o de un intento de contemplación, es decir, de una nueva actitud frente a la Creación y la Salvación, de la actitud de un simple espectador. En fin en esa búsqueda de nosotros mismos había un fondo de luchas interiores y de luchas con el exterior, pero un fondo que era nuestro, que es nuestro en el sentido de que surgió del impulso mismo de los hombres de la independencia, de los conservadores de antaño, de los revolucionarios del 10, de los pensadores y publicistas de hoy. Y si cada teoría, cada idea, tuvo múltiples contradictores, hoy los siguen teniendo, y hoy hay indigenistas apasionados de la realidad contemporánea, y nacionalistas que vuelven preocupados los ojos al exterior, con el deseo de apoderarse de aquello que nos puede ser útil, que no sea nuestro, que nos sea extraño, y que sin embargo sea neces-

rio tener, poseer: "Sólo puede ser feliz en el interior de su cuarto —escribía Holderling, asustado del nacionalismo vulgar que envolvía a la Alemania de su tiempo— quien vive en la libertad de los campos; en términos generales —añadía— puede decirse también que sin una visión global, sin la mirada abierta sobre el mundo, lo individual, la vida de cada uno, no podrían existir. . ." E invitaba a sus amigos a abreviar en la filosofía de Schelling y de Goethe, amantes también de lo universal.

Esto por lo que respecta a nuestras entrañas, a esas entrañas que es menester analizar, en su propia extrañeza, en sus luchas internas; pero totales, con sus características ideales, materiales, culturales.

En cuanto a nuestras entrañas en el conocernos hay mucho que decir. ¿De dónde nos viene este considerarnos como seres típicos, característicos, distintos, originales? Hay un extranjero en nosotros mismos, un viajero de los siglos pasados, muchos de nuestros días. Imposible hablar de todos en una exposición tan breve.

El más antiguo extranjero que existe en nosotros es Platón. Desde sus tiempos se habla de los antípodas, de los hombres al revés, y desde que América fué descubierta se pensó que América era un mundo al revés, un mundo especial, distinto, típico, y que sus hombres eran también distintos, especiales, originales. Fué necesario que un papa declarara hombres también a los americanos. Pero aun así las voces no se acallaron y América fué la sede del "buen salvaje", del europeo al revés, de la negación poemática y filosófica del europeo. "El salvaje —dice Gonnard— se define sobre todo por negaciones, por lo que no tiene, y por lo que tiene por el contrario el civilizado. En relación con el civilizado surge la noción del salvaje".

El americano llega a ser para el europeo una de dos: o la negación de lo malo que encuentra en sí mismo y entonces es el buen salvaje, o la negación de lo bueno que encuentra en sí mismo y entonces es el salvaje a secas, el salvaje en sentido peyorativo. En todo caso el americano, la idea de un americano, surge en la mente europea, es idea más que relativa, desechada por la antropología contemporánea. Cuando el americano es buen salvaje adquiere el carácter de ser utópico, metafísico, y es la metafísica del buen salvaje la que en ciertos casos domina la antigua historia de América. Es de ver así, cómo en la historia de América hay lo que en otra ocasión hemos denominado

zonas utópicas. Al llegar el historiador a esas zonas todos los datos de la realidad se ajustan violentamente a la idea metafísica de los autores: cesa la historia, el tiempo se detiene. Se llega al fondo mismo de la naturaleza humana, al ser verdadero de la humanidad, que no se piensa histórico. El americano ha desempeñado esa función de naturaleza humana otrora, esa idea que nacía del fondo mismo de las ciudades europeas, de donde partían los viajeros ahitos de paraísos y de liberaciones imaginarias. Y así el americano —la idea— ha sido un símbolo de protesta filosófica, un símbolo surgido entre los conquistadores pobres, entre los humanistas.

Pero también ha sido la caja de Pandora, el infeliz, el decrepito, el incapaz. El extranjero ha declarado al americano de buena y mala fe, menor de edad, incapacitado constitucionalmente para grandes cosas, para hacer lo que él es capaz de hacer. Ha puesto en duda su humanidad, desde que lo descubrió, ha declarado su incapacidad racial en el momento en que las teorías de las razas han estado de moda. Y así el americano —una idea negativa de lo malo y lo bueno europeo— ha andado a la deriva, sin timón, expuesto a las ideas del bien y del mal de los viajeros, a la metafísica de los viajeros, a las ambiciones de los viajeros, al conocimiento de los viajeros. A lo largo del tiempo ha sufrido los cambios y los choques ideológicos que han surgido en torno a la naturaleza humana y es de ver cómo hasta nuestros días estos cambios hacen mella en la idea de su ser, como desde los tiempos en que la naturaleza humana era la perfección misma, estaba en su edad de oro —el racionalismo—, hasta estos tiempos en que se halla maltrecha por el irracionalismo, por los filósofos y poetas malditos, ha sufrido las variantes del pensamiento europeo, ya para ajustarse al bien general de la naturaleza humana, ya para ajustarse al mal originario, ya para negar el bien y el mal reales de las sociedades europeas.

La importancia que el viajero ha tenido en las ideas del americano y en las ideas que los americanos se han hecho de sí mismos es enorme. El impacto original a que hemos hecho referencia no es único. En términos generales se manifiesta en ese afán de encontrar lo típico, lo característico de una región, que hay en todo viajero. Se manifiesta también en ese generalizar las experiencias personales, las intuiciones más falaces, que es otro hecho propio de los viajeros, y característico de los estu-

dios filosóficos sobre los americanos. Y así encontramos al extranjero desde el nacimiento de América hasta nuestros días. Y lo encontramos en las pequeñas observaciones caracterológicas —extranjero fué el primero que habló de la soledad de los americanos, el conde Keyserling; extranjero el que habló del "mañana" mexicano; extranjero el que habló del fatalismo mexicano—, etc. Y lo encontramos en la base misma de nuestras investigaciones, pues extranjero es el tema del espíritu de los pueblos, y extranjera la búsqueda del alma de los pueblos, y extranjera la metafísica toda. ¿Y qué sentido puede tener esto de que encontremos nuestra originalidad, nuestra regionalidad, en el pensamiento mismo de los extranjeros? ¿Que el problema haya sido planteado antes por los viajeros que por los sedentarios? ¿Qué las metafísicas hayan sido de transeúntes y no de sedentes? Pues quiere decir que entre el transeúnte y el sedente hay una comunión, original en aquél en muchos aspectos, y secundaria o heredada en éste, y que el sedente —los americanos todos en nuestro caso— está obligado a coger al viajero, y a pedirle que le diga de dónde sacó esas ideas y a discutir con él, y consigo mismo las fuentes de esas ideas, para que una vez establecida esa discusión entre sus entrañas y sus extrañas, no se ponga a generalizar como viajero frívolo, ni se ponga a arrancar los frutos de un árbol metafísico que no sea suyo. Los americanos necesitan apoderarse del árbol de la metafísica también para que incurriendo en el pecado original, se encuentren a sí mismos, encontrándose hombres. Su obligación es la de cualquier ser humano: apoderarse de todo lo extranjero, del conocimiento, de las ideas, para cortarlas en sus raíces o para plantarlas. Y voy a citar a un extranjero más —en este afán que tengo hoy de citar extranjeros— para que se vea que este problema de ir al fondo mismo de las cosas es por otra parte tan nuestro como de los demás. En su diario íntimo escribió Kafka angustiado: "Todas las cosas que me vienen al espíritu, no me vienen de la raíz, me vienen a mitad de su crecimiento". Y con esto dejamos las entrañas y las extrañas del conocimiento.

PERO podría darse el caso que teniendo entrañas y extrañas en nuestro conocimiento, que no habiendo ciencias nacionales ni exclusivas de una región, que siendo la ciencia y la filosofía universales, de lo uno y lo vario a la vez, se diera un ser dis-

tinto, especial, típico, característico, un ser que se distinguiera por su ser mismo de los demás. Me refiero a la conciencia.

Al estudiar al mexicano la filosofía estudia su conciencia. Al estudiar las características del mexicano estudia las características de su conciencia. Al estudiar lo típico del mexicano estudia el carácter —un carácter que declara psicológico o constitutivo—. ¿Pero no es el carácter la tradición de la conciencia, lo que trae la conciencia? ¿Y no es la conciencia algo más, ajeno a la tradición? ¿No es el carácter desde el punto de vista etimológico lo que distingue? ¿Y fuera de lo que distingue no hay algo que semeja? ¿Y por lo demás el carácter de hoy es el mismo de mañana y de ayer? ¿No es el carácter un fenómeno histórico, individual y social? ¿Y si el carácter es un fenómeno histórico individual y social a la vez, no hay que estudiarlo con un método histórico y sociológico y ligarlo a la vida toda del hombre? Pero la vida del hombre no es sólo carácter; fuera del carácter están los ideales del hombre y sus necesidades, y sus conocimientos, todos cambiantes, variables, pasajeros. Y los ideales, y las necesidades, y la cultura y los conocimientos cuentan más para descubrir la profundidad de los pueblos que su carácter. Por eso son pobres las novelas costumbristas. Porque hacen pedazos al hombre. Porque lo fijan, lo tipifican; porque lo deshumanizan. También está destinada a ser pobre, muy pobre, toda filosofía que se fije en las costumbres de la mente al analizar al hombre. Y filosofía costumbrista será la que no busque las extrañas del carácter: las caudas de ideales, de necesidades, de conocimientos contradictorios, de los hombres de una región, de una provincia, o del mundo todo. Hablar sólo del carácter de un pueblo, de lo que trae en la mente, para decir lo que un pueblo es, corresponde exactamente en lo mental, a lo que en lo material se ha hecho al declarar que una raza es inferior o superior. Por eso el análisis de los mexicanos no puede partir solamente de lo que los distingue, de lo que es *tradición* en su mente, sino de lo que los semeja a otros grupos humanos, de sus ideales y necesidades, de sus luchas creadoras, de su mundo histórico.

Y llegamos al tercer punto de esta primera parte: las extrañas del ser del mexicano. Cuando no se hace hincapié en que el mexicano puede ser lo que cualquier otro hombre puede ser, se comete una torpeza. De nuevo aparece un racismo metafísico, tan proscrito hoy como el racismo biológico. Por eso

estamos obligados —no sólo desde un punto de vista ético sino epistemológico— a hablar siempre que hablemos de los mexicanos, de lo que no son, pero de lo que pueden ser, de lo que deben ser. Por una parte se puede elaborar una tesis deprimente de lo que el mexicano es. Contra esa tesis he visto, verdaderamente conmovido, que se empieza a reaccionar, pues hasta hace poco las teorías más deprimentes sobre el hombre, de la filosofía europea contemporánea, se habían infiltrado en forma tal, en esta construcción del mexicano que, ya nos veíamos seres minúsculos e infelices, de haberla aceptado. Hay otra corriente más poderosa todavía, a la que empieza a obedecer la anterior, en forma indiscutible, una corriente más popular, arraigada entre los tinterillos, escribanos, voceadores y falsos sentimentales, que pretende hacer el mimo del mexicano, que mantiene y fomenta el mimo de un mexicano perfecto, de que lo mexicano es lo sublime, lo insuperable. Una y otra corrientes en un sentido ayer opuesto, hoy a lo que se ve fraternal, desconocen de buena o mala fe, por influencias filosóficas insospechables, o por sentimentalismos cursis, lo que todavía no son los mexicanos, lo que pueden ser, lo que deben ser los mexicanos, lo que deben conocer del extranjero, lo que deben apreciar del mundo griego, de la vieja Europa, del mundo todo, y de un mundo mucho mejor que nuestro mundo actual, que nuestro México actual. "Quien bien te quiera te hará llorar", dice el vulgo con razón, o "Quien bien te quiere te aporrea". ¿Por qué no hablamos al hablar del mexicano de lo que *todavía* no tenemos? ¿De lo que *todavía* no somos? Porque hablar de lo que no se tiene o no se es en la actualidad, es un principio de protesta, de inconformidad, y nosotros pretendemos estar en una actitud de curiosos contemplativos, o de hartos conformes con nuestra suerte, nuestro ser y nuestro México. Claro está que al decir que somos esto o aquello —de una manera constitucional o histórica— negamos ser lo otro, lo demás allá; pero nuestra negación es supuesta, es una simple implicación y debe ser una explicación, una explicación de nuestro ser todo: de los ideales que tenemos y de los que nos faltan, de los bienes que poseemos y de los que carecemos, de nuestra cultura y de nuestra incultura, de nuestra moral y de nuestra inmoralidad, en resumen, de nuestra situación histórica total, y en lo total está nuestra parte, y en la parte de los mexicanos que no son nosotros, está lo que somos y no somos. Están también nuestras entrañas y nuestras extrañas.

Y ahora para terminar quiero hablar del poeta. ¿Se acuerdan ustedes? Del poeta que imaginó un mirlo blanco. La verdad del poeta es el teatro del mundo; la del filósofo pretende ser o corresponder al mundo mismo. Por mucho que se discuta la verdad del poeta se discutirá siempre una verdad teatral y la forma del teatro, la armazón, el estilo, siempre podrán salvarlo. Al filósofo no. Por muy hermosa que sea la forma de sus verdades, sus verdades son del mundo y lo que más interesa es saber si son verdades del mundo. El filósofo es, como *El Amigo de la Familia*, de Dostoiewsky, el que decide cuál es la esencia de los seres que lo rodean. Y si acaso, como el amigo de la familia, es bufón en un principio, acaba convirtiéndose en personaje trágico, porque maneja la verdad de los hombres, decide o descubre, según, lo que los hombres son. Y las ideas sobre el hombre —es más que evidente— son un principio de dominio y de liberación, de creación y de salvación. Sobre todo las ideas que dicen ser verdades, que se plantan en el mundo en esa forma categórica, apodíctica incluso, que nunca tiene la poesía.

Pues bien, vamos a procurar abordar el problema de la verdad del mexicano. Vamos a ver al mexicano como creación del filósofo o como verdad. En la proposición "El mexicano es" hay dos elementos, el sujeto y el predicado. El primero depende del segundo, es decir, de una teoría del ser, de la idea que se tenga del ser. Antes de que intervenga un tercer elemento, por ejemplo en la proposición: "El mexicano es irreflexivo", estamos en la obligación de descubrir cuáles son los supuestos de esa idea: el mexicano.

Porque evidentemente el mexicano —me refiero a esa idea de un mexicano genérico en singular— no existe. Casi resulta pueril decir que existen los mexicanos —los tzotziles, tzentales, totonacos, etc.—. Y resulta obvio que esos mexicanos existen en un lugar y un tiempo dados, y que caben bajo las categorías sociales que aplica el hombre de ciencia al estudiar los conglomerados humanos. Por lo tanto no vamos a suponer que el filósofo habla del mexicano cometiendo el grueso error de confundirlo con los mexicanos de carne y hueso, tan distintos, tan variados, tan opuestos, en un país que ni siquiera es castizo sino mestizo, y que incluso si fuera castizo, como lo ha probado ya Unamuno al hablar del casticismo, sería variado, distinto, variable, tornadizo. No, no vamos a suponer un error semejante; pero si el filósofo no confunde al mexicano de que habla con

los variadísimos y variantes tipos de mexicanos, es que distingue al uno de los otros. Y allí es a donde queríamos venir: si el filósofo distingue al mexicano de los mexicanos está en la obligación —en tanto que filósofo, amante de la verdad— de probar que tiene derecho a hacer semejante distinción, que tiene razón de hablar por encima del tiempo regional, del espacio regional, de las categorías sociales, de un mexicano. Y si hace esto, si es consecuente hasta el final con su proposición: “el mexicano es”, tiene que plantear el problema del ser del mexicano, como otrora se ha planteado el problema de Dios, del alma, de la naturaleza humana y de todo ser trascendente. Mientras no haga eso o es un filósofo despreocupado o no es filósofo, y no vale la pena seguir oyendo sus cantigas, que por muy buenas que sean nunca serán mejores que las del poeta.

Al afirmarse el *mexicano es* se está proponiendo —una vez desechada por obvia la primera posibilidad— un sujeto transexistente y una esencia a la que sólo después se va a atribuir un modo de ser constitutivo o accidental: un modo de ser también intemporal o sujeto a lo intemporal, también inespacial o considerado en un espacio general indiviso —la República Mexicana— y también libre de las categorías sociales o a ellas trascendente. Ahora bien, de este segundo aspecto de la proposición no se puede hablar mientras no se haya fundamentado el primero; del modo de ser intemporal o temporal indefinido, inespacial o espacial indefinido, y ajeno a las categorías sociales, no se puede decir nada antes de haber demostrado que por encima de ser de los hombres históricos, sociales y distribuidos en un espacio geográfico humano, variable y distinto, que son los mexicanos, hay un mexicano, una especie de síntesis de todos ellos, de trasfondo, de tipo, un ser denominado el mexicano, del que se va a decir qué es, y qué es de una manera determinada.

Y lo que resulta todavía menos legítimo, todavía más escandaloso, es el que partiendo de la idea de un mexicano que es constitutivamente así o asado —fuera de las categorías espaciales, temporales y sociales— se haga la historia, la sociología, la antropología de los mexicanos que están en su tiempo, en sus tierras, en sus labores y sus luchas. Esto, que todavía no ocurre, sería funesto de tener alguna influencia en las investigaciones científicas, la corriente filosófica que venimos analizando, lo cual no parece creíble por fortuna.

Todo lo anterior no implica para nada que al estudiar a los mexicanos de carne y hueso no se les vayan a aplicar categorías generales —es decir, una idea de los hombres—. Pero eso no prueba, una vez más, sino la necesidad en que se hallan los pensadores e investigadores de México de discutir radicalmente, de analizar profundamente las categorías con que son juzgados los hombres de aquí y de ahora, de allá y de antes. En cambio qué difícil será demostrar que *el mexicano* es una categoría para el estudio de los mexicanos. Como sería difícil demostrar en nuestros días que una supuesta naturaleza humana debería ser la base para el estudio de las sociedades humanas concretas e históricas.

Por el contrario, parece posible, fácil, comprobar que el mexicano intemporal e inespacial, ajeno a las categorías sociales, de que se ha venido hablando, transpira cuando la proposición es completa (es decir, cuando se afirma por ejemplo: "El mexicano es fanático") a intuiciones pasajeras que han sido erigidas en doctrina, a datos aislados tomados de una realidad temporal, histórica y social, con instrumentos intelectuales — más o menos débiles— que tienen también un carácter histórico y social, y que caben dentro de las categorías del tiempo y del espacio, hecho este último que hemos tratado de probar al ver por qué se ha llegado en nuestra historia a considerarnos como mirlos blancos y por qué nuestras filosofías antiguas y de moda han llegado a crear —si se me permite abusar de la palabra— un enteico, el enteico del mexicano, que en nada corresponde a la realidad de los mexicanos, que a ratos corresponde y ratos no, según el arbitrio y los descuidos del creador.

El filósofo debe estar atento a su historia y el historiador a su filosofía —esto es fundamental— y un olvido mínimo, una separación minúscula pueden ser motivo de desviaciones y de pérdidas cuantiosas de ingenios. ¡Pero, por favor, que el filósofo esté alerta y atento a su filosofía! Y si los filósofos mexicanos —interesados en este problema— desean ser tales, deben como cualquier filósofo, analizar las bases y los presupuestos de sus proposiciones y al analizar el ser o el modo de ser de cualquier cosa, deben analizar el ser de cualquier cosa, antes de decir que cualquier cosa es esto o aquello o lo demás allá.

No podemos hablar de nuestras entrañas y de nuestras extrañas arbitrariamente. El peregrino es el que habla en forma peregrina, el que viaja por el mundo con frivolidad. Y pere-

grino es decir de paso mal o bien de una provincia del ser. Peregrino es decir mal y bien así como así. Pero el mal y el bien, el ser integrado a la totalidad humana, y el no ser también integrado, no los descubre sino el espectador apasionado, amante, el que se siente en un lugar de la historia, y aspira el olor de la historia total, cercana y lejana, y se siente integrado a ella. La situación histórica, con el tiempo, que es de la entraña del ser, con la vida toda hecha de ideales, de cultura, de luchas y de necesidades, de caracteres y creaciones, es la que dice cómo andan las cosas y los hombres.

Y nosotros al hablar de los mexicanos debemos hablar de su andar luchando, ideando, deseando, conociendo. Porque su andar —así entendido— es su ser; porque se es andando y nada más andando. Porque si se habla de un ser que no anda se habla de una entelequia. Y no hay que hacerse ilusiones de que sea posible detener un momento y en un sitio el andar para analizarlo. Estos andadores no se detienen ni un minuto. Por eso al hacer un análisis de los mexicanos, cualquier análisis, hay que ver hacia dónde andan, cuáles son los sentidos diversos de su andar, y cómo reaccionan, cómo piensan, cómo quieren unidos y separados y opuestos en sus andares, en los momentos precisos, unidos y separados en el interior mismo del seno mexicano, y en el exterior, con los demás hombres, en un momento dado, en una situación determinada y cambiante. Para aprisionar ese mirlo blanco que ha alzado el vuelo en la literatura filológica, es menester hacer historia total, gran historia, historia en el más noble sentido de la palabra, y volver los ojos a aquel bello pensamiento de Antonio Caso: "La historia se compenetra, acoge, al arrastrarse, la misma realidad; en tanto que las ciencias no hacen sino volar y ver por encima de ella. El águila, en su cima, no lo distingue todo; la serpiente, en cambio, al limitar su horizonte, palpa con su cuerpo reptante la tierra. La filosofía es águila; la historia, serpiente. Ambas son seres sagrados". Ambas deben estar siempre unidas —diríamos nosotros—: el águila y la serpiente.

PROCESO Y TEORIA DE LA TRADUCCION LITERARIA

Por Estuardo NUÑEZ

LA traducción es el vehículo más conspicuo para la intercomunicación espiritual y cultural entre los pueblos de lenguas diferentes y, por lo tanto, la literatura comparada tiene en ella una fuente de estudio y un instrumento de trabajo muy valioso.

Las traducciones literarias han contribuído en forma invaluable, desde el siglo XVI, al estudio del fenómeno literario con criterio ecuménico, y desde luego, han proporcionado los elementos más valiosos para la realización plena del concepto goethiano de la "Weltliteratur". Con la enunciación de este concepto del gran poeta alemán, coincide justamente la plenitud y el auge de las traducciones literarias y filológicas en la época del Romanticismo, o sea en los comienzos del siglo XIX.

Del traslado literal al traslado libre

NO fué menospreciada la traducción en la Antigüedad ni en la Edad Media. Pero tuvo, antes que un carácter propiamente literario, una orientación erudita. La traducción fué principalmente ocupación de retóricos y de gramáticos, a veces sin originalidad, donaire ni vuelo creador. A partir del año 1085, en que Alfonso VI conquistó Toledo, se estableció en dicha ciudad un núcleo de traductores que adquirieron importancia europea, posiblemente la empresa de traducciones más importante antes del Renacimiento. Esa llamada escuela de traductores de Toledo ofreció versiones de los textos árabes al latín y al romance castellano, principalmente de Avicena y Averroes, quienes a su vez habían traducido o parafraseado al árabe los antiguos textos griegos de los filósofos y principalmente Aristóteles. La cultura árabe fué así revelada a Europa entera, y a través de sus

versiones toledanas, fueron conocidas muchas fases del pensamiento greco-latino, al cual ya cubría la niebla del tiempo. Fué éste el prólogo del Renacimiento y el estímulo para investigaciones y descubrimientos mayores de las fuentes antiguas. El mayor auge de la escuela de traductores de Toledo fué en la época de Alfonso X, El Sabio, o sea en el siglo XIII. Pero entonces no estaba afirmada la traducción propiamente literaria. Aquellos traductores medievales fueron practicantes severos del "literalismo" y muy ceñidos al original, dentro de su formalismo retoricista.

El esplendor de la traducción coincide con el Renacimiento español en el siglo XVI. Boscán vierte con maestría inigualada a los italianos. Fray Luis de León traduce a Horacio, Virgilio y varios poemas y fragmentos bíblicos. El genio poético de Fray Luis soslaya el traslado literal, y sin traicionar a los traducidos, produce sus notables paráfrasis, más allá de la traducción libre. Uno de sus inmortales poemas —Qué descansada vida. . . — la Oda a la vida retirada, es nada menos que una paráfrasis genial de Horacio —*Beatus ille*. . . — y tal vez superior al original. La libertad con que traduce "El Cantar de los Cantares" le cuesta nada menos que el procesamiento inquisitorial, pues su actitud libérrima es poco habitual en lo ideológico y en lo literario. Se abren así nuevos horizontes que suenan un tanto a rebeldía y otro tanto a libre creación poética. Si las versiones eran antes alabadas por fieles, ahora lo empiezan a ser por prodigiosas obras de re-creación. Mencionaremos, además de Fray Luis, a don Francisco de Quevedo, traductor magnífico de Séneca y de San Francisco de Sales.

A partir del Renacimiento empieza la traducción a ser cultivada intensamente por los grandes autores. Sus creaciones de este tipo a veces empañan su propia obra original. Los retóricos y gramáticos quedan exonerados de tan magna tarea.

Pero el esplendor renacentista se ahoga en el siglo de las academias y de las cortes mecénicas. El siglo XVIII señala el retorno a la traducción formalista y literal, sobre todo en Francia. En tanto, en Inglaterra y en Alemania se gesta el romanticismo y el criterio de libertad empieza a invadir el terreno de la creación literaria. Surgen entonces las traducciones más perdurables y más logradas. Aparecen las traducciones monumentales de Homero por Voss, de Cellini por Goethe, de Shakespeare por Schlegel, de Cervantes y Calderón por Tieck, para enunciar las principales alemanas. Al francés, sobresa¹ las de Goethe por

Gerardo de Nerval, calificadas por el propio Goethe como "un verdadero prodigio", las de Heine por el mismo Nerval, las de Poe por Baudelaire, las de Homero por Leconte de Lisle. En castellano, se producen las de Goethe por Mor de Fuentes, las de Homero por Hermosilla (en verso límpido) y las de Segalá Estalella en prosa magnífica.

América en el proceso

LA traducción literaria lució siempre en América con auge y prestancia singulares, desde los mismos albores de la colonización hispánica. Un cronista insigne de la conquista del Perú, Garcilaso Inca de la Vega, en 1590, se inicia en las letras con una donosa versión de los *Diálogos de Amor* de León El Hebreo, la tercera y mejor traducción de este famoso libro platónico, escrito originariamente en toscano. Rival de Garcilaso el Inca, por la misma época, pudo serlo en este menester de traslados, el humanista mexicano Francisco Cervantes de Salazar, insigne traductor de Luis Vives. Un poco más adelante, en los comienzos del XVII, Diego Mexía de Fernangil publica en su *Parnaso Antártico*, una versión suya muy cuidada de las epístolas heroicas de Ovidio, notable y duradera empresa muy apreciada hasta hoy, emprendida y realizada en un memorable y tormentoso viaje entre el Perú y México, concluida en tierra azteca y pulida en peruanas latitudes. Mexía aprovechaba ocios de viajero o esperas imperiosas como trabajador empedernido con el pensamiento y con las manos, catador de clásicos y cateador de minas.

En el setecientos destacan en la parte austral del continente, preclaras figuras de traductores del italiano, del francés y del latín como Pedro de Peralta y Pablo de Olavide. En el norte, el padre Francisco Javier Alegre, traductor de Boileau y de la *Iliada* de Homero, señala en México una misma inquietud, igual que los clérigos Agustín Castro (autor de versiones de Horacio y Virgilio, Milton y Ossiani, obras magistrales) y Anastasio de Ochoa, traductor de las *Heroidas* de Ovidio y de Racine y Boileau. Las versiones de los *Salmos* de David debidas a la pluma del peruano Olavide sólo tienen parangón en las de su conacional José Manuel Valdés y en las del contemporáneo mexicano don José Joaquín Pesado, en la primera mitad del siglo XIX. Entonces puede advertirse el paso gradual de la tendencia

literalista a la traducción *libre*. Se aflojan los cánones retóricos y se afirman las personalidades literarias en las que ya apunta algún rasgo romántico. El tránsito del XVIII al XIX, es el paso del formalismo academicista y preceptista a la desenvuelta inquietud renovadora que coincide con la liberación política. Hagamos la salvedad, no obstante, de que en pleno siglo XIX van a subsistir o sobrevivir todavía traductores de clásica estirpe como los mexicanos José Gómez de la Cortina o el Obispo Montes de Oca, muy ajustados a la letra y no por ello menos valiosos. Podríamos mencionar congéneres de lo mismo en otras latitudes americanas. Sin embargo, más interesa ya señalar el nuevo rumbo que toma entonces la traducción, en pleno romanticismo. Los grandes autores de que se ufana hoy el continente rindieron noble culto a las versiones de modernos autores europeos. Se revelan autores ingleses y alemanes en libre y espléndido juego de adaptación a la lengua hispano-americana. En la producción literaria europea que entonces se traduce con esmero se halla un nuevo fermento espiritual. Se multiplican traductores de calidad en todos los sectores de la tierra americana. El público y la juventud bebe de manos de grandes escritores de América, la nueva inspiración europea de las corrientes del XIX, o la desconocida savia de autores anteriores nunca revelados. Los venezolanos Andrés Bello (traductor de autores latinos, italianos e ingleses), Juan B. Calcaño (de Heine y Leopardi) y Juan Antonio Pérez Bonalde (de Heine y Poe); los colombianos Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo y Guillermo Valencia; mexicanos como José María Vigil (de Petrarca y Schiller) y Francisco A. de Icaza (de poetas románticos alemanes); los peruanos Juan de Arona (de Virgilio y poetas alemanes románticos), José Arnaldo Márquez (de Shakespeare) y Manuel González Prada (de Lessing, Goethe y otros románticos alemanes y franceses); el argentino Bartolomé Mitre, el chileno Eugenio Orrego Vicuña (de Shakespeare), los cubanos Rafael María Mendive y Francisco Sellén (de Goethe, Heine y Byron); llenarían las páginas, con muchos más, de una investigación preciosa en el campo de las versiones literarias producidas en esta América. En años recientes, poetas de las nuevas generaciones han emprendido empresas tan esforzadas como la traducción de Paul Valéry, William Blake o Saint John Perse, cuyo *Anabasis* lo han vertido Octavio Barreda en México, y Jorge Zalamea en Colombia, ofreciendo contribución de la mejor estirpe literaria que deberá valorarse en indagación ex-

quisita y acuciosa, que justiprecie la alta calidad interpretativa, libre de retórica y de preceptismo insulso, y llena de afán creador y fina y cultivada voluntad de revelación poética.

Literalismo "versus" librismo

MIENTRAS el siglo XVI español había producido a Fray Luis, en Francia se había dado la presencia magistral de un Jacobo Amyot, traductor de Plutarco y Longo, y en Inglaterra, un Ben Johnson traducía a Horacio y un Chapman vertía a Homero, con no menos libérrimo ímpetu de gran creador. John Keats, en pleno fervor romántico, dedicaba en 1818 un soneto magistral en elogio de la portentosa versión de Homero por George Chapman, cuya *Iliada* apareció en 1611 y su *Odisea* en 1614. Ninguno de los posteriores traductores ingleses de Homero —Dryden, 1695; Pope, 1724; Cowper, 1791— pudo superarlo en su magnífico aliento de creador, que sienta las bases de la traducción literaria moderna. Chapman fué un adelantado que pedía y practicó "mayor licencia en las palabras, a fin de lograr entera comprensión y mayor claridad en el autor", propiciando además el uso de "necesarias perífrasis", para mantener el verdadero pensamiento del poeta que puede perderse en una versión literal. Agrega un comentarista que Chapman dotó a sus traducciones de "la libre gracia del dialecto natural en que traducía", y al efecto se valía de figuras y juegos de palabras para adornar su versión, usando un lenguaje coloquial y utilizando palabras que eran anacronismos con respecto a Homero, interpolando en el texto homérico muchas palabras que no se encuentran en el original, convirtiendo el estilo indirecto en directo, utilizando efectos sonoros y transformando sentencias afirmativas en interrogativas. (V. P. Brooks Bartlett, "Stilistic devices in Chapman's Iliads", en PMLA, Vol. LVII, 1942, No. 3).

Chapman dejó planteado el debate entre "librismo" y "literalismo". En pleno Renacimiento español, siguiendo la estela de Fray Luis de León, también abanderado del "librismo", Cervantes se aventuró a calificar la traducción literal como un "tapiz vuelto al revés", que contrasta la firmeza de color y de trazo del anverso con la difusión de la trama y lo impreciso del dibujo y lo descolorido del aspecto en el reverso. En ese debate de posiciones extremas, George Moore, poeta y ensayista irlandés de

fines del XIX, disintiendo del libérrimo espíritu del Romanticismo, pretendió volver por los fueros de la fidelidad al modelo. "En la traducción debe emplearse —dice Moore— una lengua perfectamente clásica; no hay que usar palabras del argot, y ni siquiera palabras de origen muy moderno. El objeto del traductor debe ser el no quitar a la obra su sabor extranjero". Tal posición incompatible con el progreso literario, ha merecido de Alfonso Reyes una réplica que demuestra las limitaciones de ese enunciado dogmático: "el que todo proverbio o frase coloquial deba respetarse textualmente parece menos aceptable, y más bien la traducción literal podría relegarse a la nota y no al discurso principal". No por respetar el original el traductor puede o debe traicionar el sentido literario de su propia época. La libertad creadora dicta al traductor un modo personal que se aúna y eclosiona en su interpretación y en su penetración en el territorio del autor traducido. El arte de traducir es una empresa de conquista estética benévola, en que el conquistado —el traducido— debe procurar la convivencia con el conquistador —el traductor, o a la inversa.

Grandezas y miserias del "librismo"

NATURALMENTE el "librismo" tiene sus limitaciones y sus peligros. Habría que determinar en qué medida la gracia, el gusto o el capricho del traductor puede avanzar al extremo de desnaturalizar al texto traducido. Es verdad que la traducción perifrástica ayuda "a perder el miedo a los clásicos" o procura hacer accesibles a los modernos, como es el caso de la multilingüe tarea traductora que emprendió Valéry Larbaud y su equipo memorable para volcar en francés, y más aún, en lenguaje universal, el imponderable *Ulisses* de James Joyce. Pero un justo límite sabiamente mantenido es la esencial condición del traductor acertado. Pasada esa frontera del buen gusto, esa zona de tensión extrema, traspuesto ese hito en que se desarticula el fondo y la forma de la obra, entramos en un territorio de arbitrariedad y de convencional dictadura inadmisibles. El culto y la veneración del autor traducido —esencial en el que traduce— no permitirán jamás en el traductor la "traición" que a veces, y con razón, se le atribuye.

Otros factores deben asimismo conjugarse. Y son, en primer término, las específicas dificultades de traducir poesía y de

traducir prosa. En la poesía, la dificultad latente que deriva de conservar la musicalidad y el ritmo, o de sustituirlas adecuadamente, por ser casi intraducibles. En la prosa, principalmente en la obra de creación imaginativa, la dificultad de respetar los giros costumbristas o ciertas locuciones típicas de una lengua, que requieran adaptación o sustitución adecuada en la otra lengua. Se ha anotado asimismo, cómo resultan más llenas de tropiezos las versiones de lenguas vivas que las de lenguas muertas, por la circunstancia de que en éstas, los modismos y giros se encuentran ya fijados y estáticos, mientras que en las lenguas vivas se observa un cambio y evolución continuos, y un brote incesante de formas nuevas, que no bien se han interpretado, son susceptibles de modificarse haciendo insólita o absurda la interpretación, en cada caso.

Reyes aboga por una *lengua neutra* en las traducciones, esparanzado en poner atajo a los alardes castizos "que adulteren el sabor del original". Receta muy recomendable desde luego, pero difícil de alcanzar, como no sea asumiendo el riesgo de ofrecer una versión descolorida y artificiosa, sin aliento vital ni palpitación de ser viviente. Fórmula programática y como toda receta en terreno artístico, inoperante a la postre. (V. Alfonso Reyes, *La experiencia literaria*, Ed. Losada, S. A., Buenos Aires, 1942).

Para un lector verdaderamente artista, una traducción que se esfuerza en ofrecer el sabor original del autor traducido, será superior no obstante sus defectos o imperfecciones o contrasentidos, a una traducción incolora pero fiel. Las infidelidades si son artísticas, se justifican plenamente. En todo caso, la traducción debe ser una obra de estilo, ya que la traducción literal es siempre una ilusión. Las equivalencias entre uno y otro idioma son siempre aproximaciones. Las palabras de una lengua antigua por lo general no corresponden a las palabras de las lenguas modernas. Los significados han variado con el tiempo transcurrido. El mismo problema surge con los idiomas modernos entre sí, y ya Ortega ha demostrado cómo el valor semántico de las palabras de uno u otro idioma actual es distinto. Filológicamente, la literalidad es imposible, y más aún tratándose de poesía, función literaria que supone una originalidad de expresión que, además de la idea, radica en la palabra misma. Por eso, quien traduce poesía debe ser poeta ineludiblemente.

Acerca de la traducción hay un párrafo fundamental de Schleiermacher, el gran teólogo y filósofo alemán del siglo XVIII,

que ha sido acertadamente glosado por Ortega y Gasset. "Según él, la versión es un movimiento que puede intentarse en dos direcciones opuestas: o se trae el autor al lenguaje del lector o se lleva el lector al lenguaje del autor. En el primer caso, traducimos en un sentido impropio de la palabra: hacemos en rigor, una imitación o una paráfrasis al texto original. Sólo cuando arrancamos al lector de sus hábitos lingüísticos y le obligamos a moverse dentro de los del autor, hay propiamente traducción. Hasta ahora no se ha hecho más que pseudo-traducciones". Y luego agrega Ortega: "La traducción ni siquiera pertenece al mismo género literario que lo traducido. . . La traducción es un género literario aparte, distinto de los demás, con sus normas y finalidades propias. Por la sencilla razón de que la traducción no es la obra, sino un camino hacia la obra. Si ésta es una obra poética, la traducción no lo es, sino más bien un aparato, un artificio técnico que nos acerca a aquélla sin pretender jamás repetirla o sustituirla" (José Ortega y Gasset, "Miseria y esplendor de la traducción", en *Obras*, tomo II, 3a. ed., Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1943). Recordamos al paso las múltiples y pretendidas "versiones" de "El Cementerio Marino" de Paul Valéry, distintas entre sí, y meros pretextos para más de una creación original de los grandes poetas pseudo-traductores.

Metáfrasis y paráfrasis

EN los tratados de preceptiva se suele acordar las expresiones "metáfrasis" para denominar a la traducción literal y "paráfrasis" para designar a la traducción libre. Estos vocablos dan lugar a algunas confusiones. De un lado, se define la metáfrasis como una "traducción que expresa el sentido de una obra más que las bellezas de la misma". El hecho de que dicho tipo de versión prescinda "de las bellezas" o las posponga no significa necesariamente que constituye un traslado literal. Sucede justamente a la inversa: los traductores literales atienden más a la letra que al espíritu. De donde en cierto modo, "metáfrasis" con la definición ofrecida por los diccionarios entrañaría justamente un traslado libre. Por otra parte, a la expresión "paráfrasis" se asigna dos significados: a) explicación o ampliación o interpretación amplificativa de un texto; y b) traducción libre en verso. Ejemplificando, con dichas definiciones, podría-

mos denominar *paráfrasis* tanto a la versión que hizo Fray Luis de León del *Cantar de los Cantares*, en que además del texto incluyó comentarios, digresiones y deducciones sabias y eruditas, como asimismo la versión que de *El Cementerio Marino* de Valéry hizo Marichalar, Mariano Brull o algún otro poeta de este tiempo. Si se ahonda en el significado de estos ejemplos. Veremos, claro, que se trata de cosas muy distintas. De un lado, en Fray Luis, junto al texto escrupulosamente volcado, la glosa poética y a la vez erudita. De otro lado, en el Valéry de Marichalar, la versión que interpreta el sentido íntimo de la poesía, sin atenerse escrupulosamente al texto, en afán de re-creación. Empresa que es más de sensibilidad que de cerebración o sabiduría. No cabría así asimilar estrictamente lo que hizo Fray Luis con lo que hizo Marichalar, pues son intenciones y resultados muy distintos. El vocablo "paráfrasis" resulta insuficiente para su designación, e induce a vacilaciones y errores.

Además, si analizamos lingüísticamente los prefijos "meta" y "para", hemos de convenir que muestran hasta disímiles y contradictorias significaciones. "Meta" designa el *cambio o paso* de una situación en otra (como en metamorfosis, metáfora), designa también *superación* en el tiempo o en el espacio (como en metafísica y metatarso), en lo material o lo espiritual. En ambas significaciones su designación es vaga en cuanto a la expresión del traslado literal de un idioma a otro. Como mero cambio o paso podría expresar tal cosa pero en el significado de superación bien puede comprenderse también la traducción libre. Se aprecia así la insuficiencia y cortedad del vocablo *metáfrasis* atendiendo a su raíz y estructura.

"Para" designa como prefijo asimismo varias ideas: la de *divergencia* u oposición (como en paradoja: opinión contraria); la posición igual, "al lado de" (como en paralelo); la de *semejanza* (como en parábola, paralogismo), etc. Según ello, *paráfrasis* puede ser el fraseo que diverge o el fraseo que se asemeja. Traducción *parafrástica* sería así, atendiendo estrictamente a la lingüística, tanto la versión literal como la libre.

Se deduce de todo esta disquisición semántica la inconveniencia de las mencionadas denominaciones y la insuficiencia y hasta la impropiedad de los términos *metáfrasis* y *paráfrasis* para basar en ellos una apreciación técnica o una clasificación de las traducciones.

Con otros recursos, con más sobriedad de vocabulario, sin usar tecnicismos como aquellos de los nombres que se han asignado, casi siempre con arbitrariedad o con pedantería, a las peculiaridades de la forma literaria, y que para todo escolar hace ingrato o abominable el estudio literario, podemos ensayar una clasificación justa: a) el grupo de las *traducciones "literales"*, que comprende desde las versiones estrictamente literales, ajustadas a la letra, meramente eruditas, generalmente con finalidad didáctica, hasta las versiones literales pero con sentido literario. b) el grupo de las *traducciones "libres"*, que comprende desde las versiones que en cierto modo respetan la letra de la obra traducida, agregando no obstante el elemento interpretativo o amplificativo, hasta las que respetando meramente el espíritu general de la obra traducida, realizan verdadera obra de re-creación.

c) las *imitaciones* poéticas, en que se toma del autor originario un punto de partida, pero variando su forma y sentido, al punto de apartarse sensiblemente de su intención creadora. De esta suerte, resulta el autor originario un simple pretexto, y no un objetivo como en la traducción normal.

La virtud formativa

LAS traducciones tienen una importancia fundamental dentro de la vida literaria y en el complejo de los fenómenos de la cultura. De un lado, constituye un medio de comunicación, de información y de comparación del producto intelectual entre núcleos culturales de diferente lengua, incitando a la inter-influencia, la relación directa y el descubrimiento de nuevas fuentes de creación y de investigación. Es así vehículo traslativo de específica validez en el planteamiento y solución de los problemas de la historia literaria, y además fuente preciosa para desentrañar e iluminar en los dominios de la literatura comparada.

De otro lado, practicada como oficio, emerge su utilidad como instrumento donoso para conseguir la gracia del lenguaje, el dominio expresivo en la propia lengua y el fácil desplazamiento en los recursos expresivos.

La traducción adquiere así un valor formativo para el profesional de la cultura y para el propio artista creador de la palabra. Y siendo instrumento de perfeccionamiento artístico-

literario, adquiere, por contera, el rango de fuente de otro tipo de estudios. La investigación estilística halla en las traducciones, materia rica en variantes, contrastes, ajustes o desajustes entre una y otra lengua, flujos y reflujos de inventiva, de aptitud creadora o interpretativa, que unas veces se ciñe incitante al original y otras veces, con capricho divorcista, lo remodela o lo decora.

En una u otra forma, ya como traslado literal, ya como traslado libre, a las traducciones literarias deben casi todos los grandes creadores de la literatura de todas las épocas y de todas las latitudes, el dominio del instrumento de su arte: el lenguaje. Ya Boileau, desde el siglo XVIII, aconsejaba realizar el trabajo de traducciones "para aprender a escribir bien". La actividad del traductor supone el esfuerzo de vencer las dificultades más sutiles de la expresión, la búsqueda de vocablos y significados justos, el desentrañamiento del genio de las lenguas en el afán de adaptar la una a la otra expresión. La experiencia proporcionada por la tarea a veces penosa y lenta de las traducciones difícilmente puede ofrecerla otro ejercicio similar de dominio instrumental. Los casos son elocuentes y aleccionadores en nuestra propia América: Garcilaso Inca de la Vega, Andrés Bello, Ricardo Palma, Manuel González Prada, entre muchos más. En todos los tiempos, los mejores traductores no han sido los gramáticos ni los retóricos, sino los artistas y los poetas. Los creadores han tenido, sobre los eruditos, la ventaja de valerse de la intuición artística para coronar su obra. La traducción no consiste solamente en trasponer el sentido de las expresiones de una lengua en otra, sino en reproducir en lo posible las peculiaridades del estilo, el juego a veces sorpresivo y recóndito de las palabras y el relieve sugerente de la expresión.

A veces, el traductor torció el cuello a su propia obra de creador en un ejemplar impulso de consagrarse a la tarea humilde y oscura de resaltar la gloria extraña. He aquí un fenómeno de renunciamiento y ascetismo artístico. Otras veces, del traductor surgió formado el gran creador. La obra propia de estos últimos está proclamando un resultado edificante: la traducción es insustituible maestra en el arte de decir y de escribir.

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA. EL PROBLEMA DE LA CONSERVACION DE LOS RECURSOS BIOTICOS¹

Por *Enrique BELTRAN*

INFINIDAD de seres de toda índole pueblan nuestro planeta. Las tierras emergidas de todas las latitudes, lo mismo al nivel de los mares que en las altas montañas, sirven de morada a infinidad de organismos. Y las aguas continentales así como las marinas, igual en la superficie que en las grandes profundidades, están también pobladas de seres vivientes.

Desde las diminutas bacterias a las enormes secuías o los gigantescos ahuehuetes; desde los pequeños protozoarios a las grandes ballenas, millones de formas animadas diversas pueblan hoy la Tierra. Y los restos fósiles que encontramos en el seno de las rocas de edades pretéritas, muestran que las faunas y floras actuales fueron precedidas por otras de características distintas.

Todos estos seres vivientes necesitan forzosamente un medio ambiente en que desarrollarse, y para subsistir, requieren cierto ajuste con el mismo. Organismos y ambiente constituyen complejo inseparable, cuyos dos componentes actúan constantemente en forma recíproca, originando modificaciones de más o menos cuantía.

Cualquier cambio de consideración en el ambiente crea condiciones que, por diversos mecanismos, provocan variaciones en las especies animales y vegetales. Si los cambios son demasiado grandes, o se producen con desusada brusquedad, pueden originar la muerte de los organismos.

El hecho pues de que una especie animal o vegetal exista en un ambiente determinado, indica cierto grado de ajuste entre ambos factores. O como decimos empleando otra palabra, en

¹ Leído en el Ateneo de México, el 5 de noviembre de 1951.

cuya exacta definición aún no logramos ponernos de acuerdo, los organismos están "adaptados" a su medio.

A primera vista esa adaptación parece perfecta. Sin embargo, si observamos con mayor cuidado, comprobaremos que bajo esa aparente armonía existe una marcada desarmonía. Efectivamente, las fluctuaciones normales en las condiciones ambientales, si bien es cierto que generalmente no logran extinguir las especies, originan no obstante la muerte de infinidad de sus individuos, incapaces de sobrevivir los cambios extremos que, sin embargo deben considerarse todavía dentro de las condiciones normales. Armonía y desarmonía de los organismos y el ambiente son siempre coexistentes, y el aspecto que la Naturaleza nos presenta es la resultante del juego de esos factores.

Además, experimentos de laboratorio han mostrado que las condiciones naturales en que existe una especie, no siempre son las óptimas para la misma, pues en algunas artificiales que el experimentador le proporciona, su vida puede ser más vigorosa.

Pero el ambiente en que los seres vivos se desarrollan no está sólo constituido por el medio inorgánico que los rodea. Los demás organismos, de su misma especie o de especies distintas que coexisten con ellos en una localidad determinada, forman parte de ese ambiente.

Aquí también las relaciones recíprocas pueden ser favorables, desfavorables o indiferentes. Pero generalmente se establece con el correr de los siglos un cierto equilibrio, de tal manera que ninguna de las especies de una asociación elimina total y definitivamente a otra u otras de la misma.

Aun en el caso de los animales herbívoros y las hierbas de que se alimentan, o de los predadores y los animales que les sirven de presa, el hecho de que podamos observar hoy en día las mismas asociaciones que existieron hace miles de años, nos demuestra que sus dos términos lograron alcanzar un determinado ajuste, cuyos factores deben buscarse en las leyes referentes al poder de crecimiento de la materia viva y a las causas limitantes de ese poder.

Esas condiciones de relativo equilibrio se mantuvieron durante millones de años, a pesar de esporádicos cataclismos que las alteraban localmente, sin llegar a perturbarlas en forma general.

Al correr de las edades geológicas fueron apareciendo nuevas especies orgánicas: la flora de algas calcáreas del Ordovi-

ciano cedió su sitio a las coníferas del Triásico, y continuó evolucionando hasta llegar a las asociaciones que en la actualidad conocemos.

Lo mismo en el reino animal, los trilobites del Cámbrico, procedieron a los insectos del Silúrico; y por fin se desarrollaron los mamíferos superiores a partir del Oligoceno.

Pero en el drama interminable de la vida, se había venido gestando un acontecimiento de sin igual importancia, que culminaría a fines del Terciario con la aparición de ciertos primates de sistema nervioso central extraordinariamente desarrollado. Y por fin, como resultado de nuevos procesos evolutivos, surgirían a comienzos del Cuaternario los primeros representantes de la especie que los zoólogos conocen con el nombre de *Homo sapiens*.

En el conjunto de millones de especies animales que existen sobre la Tierra, la aparición de una más no es motivo suficiente para señalarse como algo extraordinario. Máxime cuando esa especie, comparada con sus congéneres no presenta, en la mayoría de sus caracteres anatómicos, ninguna especialización extrema digna de llamar la atención. El hombre muestra en su anatomía un tipo más primitivo y generalizado de mamífero que el que tiene una jirafa con su largo cuello, un rumiante con su complicado aparato digestivo o una foca, y más aún una ballena, con sus curiosas modificaciones para adaptarse secundariamente al medio acuático en el que prosperaron sus antecesores remotos, pero del cual se habían independizado sus ascendientes más cercanos.

Sin embargo, ese animal en apariencia insignificante, que descendió de los árboles en que vivieron sus antepasados, posiblemente en los bosques de zonas cálidas, tenía tres características de sin igual importancia: una posición bípeda perfecta que le permitió independizar sus manos de la locomoción para destinarlas a otros usos; un pulgar oponible en sus extremidades anteriores que lo capacitaba para tomar los objetos con mayor seguridad y precisión que quienes carecían de esa adaptación; y un encéfalo enormemente desarrollado no sólo en su tamaño, superior al de las otras especies, sino con una corteza mucho más esculpida, con complejas circunvoluciones de las que otros organismos carecen.

Había aparecido el hombre, y si su advenimiento paulatino pudo pasar inadvertido para los otros seres que lo rodeaban,

poco a poco comenzó a tener una influencia tal en el ambiente, que lo convirtió en especie dominante, a pesar de que no aventajaba en tamaño y fuerza a animales como el oso o el toro, para no mencionar al gigantesco elefante; ni tenía el olfato de un lobo; ni podía saltar con la agilidad de una pantera.

Como todas las demás especies animales, se encontró integrado en un ambiente especial cuyas modificaciones resentía, y ligado a otras especies animales y vegetales íntimamente relacionadas con su propia existencia. Su primera necesidad, la de alimentarse, la pudo satisfacer gracias a sus características omnívoras, con los más diversos materiales procedentes tanto del reino animal como del vegetal; pero el extraordinario desarrollo de su cerebro le permitió utilizar primero útiles naturales, y fabricar después otros artificiales, que le facilitaban la tarea de buscar el diario sustento. El garrote, o la cachiporra primero, el hacha de piedra y la honda después, le permitieron luchar con éxito contra animales mucho mayores o mejor armados que él, como el terrible *Smylodon*, conocido generalmente como tigre dientes de sable, o los gigantes mamuths que poblaban la Tierra por aquel entonces.

Posteriormente hizo el descubrimiento quizá más importante de toda su historia: la manera de producir y conservar fuego, con el cual podía iluminarse durante las noches oscuras; le servía para hacer hogueras que le brindaban calor, le permitían cocer sus alimentos y le ayudaban para alejar de sus cuevas a las fieras capaces de atacarlo. Pero para hacer sus hogueras necesitaba combustible, que en sus primeras etapas obtuvo seguramente de las varas muertas que encontraba al pie de los árboles, o trozando con sus manos desnudas las ramas más delgadas y bajas. Posteriormente el hacha de piedra, a pesar de su carácter primitivo, le permitió atacar los troncos y labrar la madera, no sólo para usarla como combustible, sino también para emplearla en la construcción de sus moradas o en la manufactura de útiles e instrumentos diversos.

Y poco a poco, en etapas sucesivas que no podríamos mencionar siquiera para no extendernos más allá de los razonables límites de esta exposición, el hombre que era simple recolector de productos naturales se convirtió en cazador y pescador primero, en pastor después, y por último en agricultor y ganadero.

Cada una de esas etapas representa un escalón en la marcha ascendente de lo que llamamos Civilización; pero al mismo

tiempo, significó también la destrucción de otros organismos y la modificación más o menos profunda del ambiente.

El hombre, para afirmar su propio carácter humano, inició una lucha contra la Naturaleza. Para defender a sus ganados de las acometidas de osos y de lobos, puso todo su ingenio y toda su energía en la destrucción de estos carnívoros. Para tener tierras en las cuales sembrar los cereales que constituyeron la base de su alimentación, necesitó destruir, con el hacha o el fuego, los bosques o matorrales que originalmente cubrían el suelo.

Sólo al realizar con éxito esas actividades fué cuando pudo considerarse realmente humano. Y como ese dominio original de la Naturaleza le permitió crear condiciones de vida sedentaria, en comunidades más o menos grandes, y con mayores condiciones de seguridad que otros animales, tuvo el tiempo y el estímulo necesarios para dedicarse a la meditación y al estudio, elaborando cada día nuevos útiles y nuevos procedimientos que lo hacían progresivamente de mayor peligrosidad para los seres que lo rodeaban y el ambiente en que se movía.

Decíamos al comienzo, que en las condiciones naturales la armonía de la Naturaleza es sólo aparente, y que en realidad se combina con una marcada desarmonía, siendo el juego de estas dos fuerzas lo que mantiene ese equilibrio inestable que caracteriza la existencia de las faunas y las floras.

Pero decíamos también, que en condiciones naturales el juego de los diversos factores acaba por establecer una cierta estabilidad, donde las pérdidas se compensan con las ganancias y los retrocesos con los adelantos.

Sin embargo la acción del hombre sobre el ambiente es de tal magnitud, que cuando interviene logra modificarlo profundamente, y con frecuencia en forma permanente. Especialmente en el último siglo y medio, el adelanto formidable de la ciencia, y el consiguiente desarrollo de la técnica, le han permitido llevar su acción a niveles antes insospechados.

Se ha creado así aparente dilema. El hombre necesita para subsistir de los productos naturales de toda índole; pero al mismo tiempo, los procedimientos a que recurre para obtener esos recursos se traducen en progresiva disminución de los mismos, en escala tan alarmante que realmente obliga a mirar con aprensión hacia el porvenir.

Los bosques han sido siempre factor de inapreciable valor para proporcionar al hombre los elementos necesarios a su vida y al adelanto de la civilización. Y todavía en la actualidad dependemos de los bosques y de sus productos en forma que no todos comprenden en su gran magnitud.

La extensión de superficies boscosas sobre la faz de nuestro planeta ha disminuído considerablemente a través de las edades, y sigue disminuyendo día a día con ritmo cada vez más acelerado.

Para la obtención de buenas cosechas, el hombre ha dependido de tierras abundantes y fértiles. Pero el cultivo milenario de los mismos lugares ha ido agotando paulatinamente su fertilidad, haciendo que los rendimientos sean cada día más y más escasos. Y en otros sitios el cultivo de suelos en declive, o la denudación de superficies sujetas a la acción de vientos intensos, ha dejado extensiones inmensas expuestas a la erosión, con el resultado no sólo de que la fertilidad de las tierras agrícolas haya disminuído notablemente, sino que además, los suelos acarreados por las aguas que bajan de las laderas montañosas, que el hombre dedicó locamente al cultivo, convierten en lodosas torrenceras los que antaño eran ríos cristalinos; y azolvando sus cauces, provocan terroríficas inundaciones.

Los animales silvestres, acuáticos o terrestres, le han brindado también su carne y otros productos alimenticios, así como pieles y materiales diversos para sus manufacturas; pero precisamente el aliciente de obtener tales riquezas ha hecho que el hombre los persiga en forma inmisericorde, cada vez con armas más potentes y mayores elementos de destrucción, hasta el punto de que su número se ha reducido grandemente en casi todos los sitios, y en algunos han llegado a extinguirse casi por completo.

Si en los comienzos de su vida como especie, el hombre se vió obligado a hacer sentir su impacto sobre la Naturaleza para afirmar su propia calidad humana, el desarrollo de técnicas cada vez más destructoras ha hecho que, sin darse cuenta de ello, empobrezca cada vez más el ambiente que lo rodea.

Gracias a procedimientos privilegiados, el hombre ha logrado una abundancia de alimentos y otros productos que es incomparablemente mayor que la que puede obtener cualquier otra especie animal. Pero al mismo tiempo, con ese desmesurado tomar del cofre de la Naturaleza, ha ido empobreciendo sus

reservas haciendo surgir para el mañana el fantasma pavoroso de la miseria.

Una miseria tanto más amenazadora, cuanto que con los adelantos alcanzados en el campo de la medicina y de la higiene, la humanidad aumenta incesantemente en número, a pesar de la acción destructora de guerras y otras calamidades colectivas.

Nos encontramos pues frente a una situación que debe preocuparnos. El aumento incesante en la población hace que la unidad de superficie de la Tierra destinada a sostenerla, sea cada vez proporcionalmente menor.

Cierto que la apertura de nuevas áreas de cultivo, o la explotación cada día mayor de los mares compensa en cierto modo esa disminución, y alivia la situación momentáneamente. Pero como el proceso sigue siempre en el mismo sentido, llegará un momento en que no haya nuevas tierras vírgenes que dedicar al cultivo, y en que la explotación de las aguas llegue a un extremo que haga imposible ir más allá.

Y que tal situación pueda presentarse en términos de décadas, de siglos, o de milenios, no cambia el aspecto básico del problema, ni la necesidad imprescindible de encararlo con la atención que se merece, y encontrar soluciones permanentes.

En efecto, en todo el mundo el hombre ha luchado por la posesión de la tierra. Y en nuestro país ese factor, alma motora de la Revolución, ensangrentó el suelo de la Patria para lograr que el bello anhelo, bandera enarbolada por Zapata, de que la tierra sea de quienes la trabajen, se convirtiera en realidad.

Y sin embargo, casi nadie se ha puesto a meditar que de nada sirve dar la tierra a los campesinos, si la riqueza que la misma constituye les va a ser arrebatada, lenta pero seguramente, por el empobrecimiento y la erosión. Enemigos implacables que lo mismo atacan el suelo del ejido, que el de la pequeña propiedad o el de los latifundios que, más o menos encubiertos, han logrado sobrevivir hasta la fecha.

Por eso es indispensable que, en la conciencia de todos, esté vivo el conocimiento de este grave problema, y el anhelo de trabajar, cada quien en su esfera de acción, para resolverlo.

En su interesantísimo y reciente libro "La crisis de la tierra en México" (1951), el gran forestal norteamericano Tom Gill expresa toda la agudeza del problema cuando escribe:

"En este drama de la destrucción y del mal uso de la tierra, el hombre, con sus diversas costumbres económicas y sociales, es el factor determinante para el bien o para el mal, y esto es cierto particularmente para México, donde el modo de vivir de casi las tres cuartas partes de su población económicamente activa está íntimamente ligado al suelo y a los productos de la tierra; y donde toda su existencia está fuertemente condicionada por la necesidad de tierras, elemento indispensable para el cual no existe sustituto".

"Si México fuera una nación industrial, o si su población fuera disminuyendo en lugar de estar aumentando, o si sus prácticas agrícolas fueran modernas y económicas, o si sus ciudadanos fueran tan ahorrativos y respetuosos de sus bosques, sus suelos y el agua como lo son las gentes del norte de Europa —si cualquiera o todos estos factores existieran— el actual y el último destino de los recursos de México y su habilidad para alimentar a su población probablemente sería mucho muy diferente".

"Pero aunque desde el punto de vista de sus suelos México no es un país agrícola, desde el punto de vista de su economía sí lo es, y tiene que continuar siendo un país esencialmente agrícola. No le queda otro camino que seguir".

"Entonces, no solamente para su bienestar futuro sino para su misma supervivencia México depende de sus recursos renovables de agua y suelo, y sus productos: alimentos, bosques y pastos. Estos recursos no pueden ser separados y tratados como unidades aisladas, ya que cada uno de ellos no es sino un ingrediente indispensable de un todo indivisible".

El hombre, junto con sus técnicas destructoras ha elaborado también los métodos adecuados de conservación; de tal manera, que puede obtener cada vez mayores productos naturales, sin por ello poner en peligro la conservación indefinida de los mismos.

Lo único que se requiere es crear las condiciones culturales y sociales necesarias para ponerlos en acción. Por una parte, haciendo comprender la índole y magnitud del problema, para que la destrucción no se realice por simple ignorancia. Y por otra, elaborando los necesarios controles sociales y métodos de convivencia adecuados, que impidan que la codicia y el afán de lucro de unos cuantos privilegiados, pongan en peligro la

conservación de riquezas de las que depende la vida de la colectividad toda.

También es menester que el hombre, valientemente, enfoque, al problema que significa el crecimiento cada día mayor, y siempre incontrolado de la población humana. Para ello no será necesario resucitar las clásicas fórmulas maltusianas, que la ciencia ha sobrepasado, pero sí considerar el problema a la luz de los conocimientos actuales, y buscar el camino que permita su adecuada solución en el futuro.

El hombre, después de todo, y a pesar del enorme desarrollo de su inteligencia que le ha permitido ocupar un lugar dominante por excelencia, no es más que otra especie animal en el conjunto inmenso de las demás que existen. Y en consecuencia, deberá aprovechar esa inteligencia, estudiando las relaciones de los organismos entre sí, y con el medio que los rodea, para elaborar una pauta que le permita subsistir indefinidamente, cada día con mayores elementos, y no con el fantasma de un mundo empobrecido cada vez más, como es el que actualmente ensombrece nuestro futuro colectivo.

Desgraciadamente la educación en el campo del manejo y conservación de los recursos naturales es aún insuficiente y el hombre no percibe el peligro a que sus actos pueden conducirlo individual y colectivamente. Por otra parte, muchos de los complejos problemas que con estas cosas se refieren no han sido todavía suficientemente investigados con métodos científicos, para poder señalar las soluciones más adecuadas de los mismos.

Y sin embargo ambos aspectos, la investigación básica y la educación más extendida en lo que a los problemas de la conservación se refieren, son la garantía misma de nuestra supervivencia futura. Sin la ayuda de esos factores estamos irremisiblemente condenados a muerte pues, en la forma absurda en que hemos venido manejando nuestro ambiente por siglos y siglos, aumentando cada día nuestras capacidades técnicas pero sin ahondar al mismo tiempo nuestra verdadera comprensión de la raíz de los problemas ligados a la destrucción de los recursos naturales, estamos cometiendo un lento pero seguro suicidio colectivo.

William Vogt, uno de los conservacionistas más preparado, sincero y valiente que he conocido, escribió hace pocos años un libro de enorme profundidad en sus conceptos, al cual puso adecuadamente por título "Road to Survival" (1948),

puesto que en él, después de analizar el problema desde todos sus ángulos señalaba, en un sano entendimiento de las relaciones ecológicas del hombre con su medio, el camino para la supervivencia de nuestra especie, en peligro de extinción como resultado de sus propios actos.

En alguna de las páginas de ese libro, lleno de ideas profundas y que despertó apasionados comentarios y críticas de los más opuestos sectores—conservadores y liberales, católicos y comunistas—que interpretaron en forma muy diversa las opiniones del autor, Vogt mirando hacia el futuro, hace un dramático cuadro del porvenir que nos espera si seguimos actuando tan locamente como lo hicimos en el pasado y lo hacemos aún actualmente.

"La historia de nuestro futuro está ya escrita, a lo menos por algunas décadas. Apiñados sobre la superficie cada vez menor de la Tierra, dos mil quinientos millones de seres humanos hemos puesto en movimiento fuerzas históricas, dirigidas por nuestro ambiente total".

"Podemos simbolizar estas fuerzas por medio de gráficas. Una es la curva de las poblaciones humanas que, luego de centurias de relativo equilibrio, ha comenzado a aumentar súbitamente, y en los últimos cincuenta años lo ha hecho en forma vertiginosa".

"La otra gráfica, es la de nuestros recursos. Representa el área y la profundidad de nuestros suelos agrícolas, la abundancia de bosques, las aguas disponibles, las praderas productoras de vida, y la malla biofísica que mantiene a todos juntos. Esta curva, exceptuando depresiones locales, también mantuvo un alto grado de regularidad por muchas centurias. Pero su dirección ha cambiado también abruptamente, especialmente durante los últimos ciento cincuenta años, y en la actualidad se despeña como una catarata".

"Estas dos curvas—de la población y de los medios de subsistencia—se cruzaron desde hace tiempo. Y hoy se separan rápidamente una de otra. Cuanto más se aparten, más difícil será hacer que se reúnan de nuevo".

Para quienes tenemos una mentalidad ecológica, las palabras de Vogt parecen evidentes. Continuamente vemos a los países enorgullecerse de que sus curvas demográficas siguen una marcha ascendente, sin mirar si la producción permanente de medios de subsistencia ofrece la misma tendencia.

Y he dicho "producción permanente", y no sólo "producción", porque el aumento de ésta se registra también con frecuencia en las estadísticas agrícolas. Continuamente se reporta que miles y miles de hectáreas han sido abiertas al cultivo, y que gracias a ello la producción de maíz, de trigo, o de cualquier otro renglón indispensable, ha aumentado en tantas más cuantas toneladas. Pero nunca, o casi nunca, se dice si las nuevas tierras agrícolas reúnen las condiciones necesarias para continuar produciendo indefinidamente; o si privadas de los bosques o las hierbas que naturalmente las cubrían se empobrecerán rápidamente y serán presa fácil para la erosión, convirtiéndose en pocos años en desierto estéril lo que antaño era frondoso bosque o fértil pradera.

Y de este modo la bonanza de un lustro o una década, se convierte en miseria para el futuro.

Sin embargo no es fácil, en estos complejos asuntos, llegar a conclusiones adecuadas. En primer lugar, porque la índole misma de los problemas es tremendamente intrincada y se necesita una amplia preparación y un estudio detallado para encontrar sus múltiples interconexiones. En segundo lugar, porque las conclusiones a que arribamos son generalmente de resultados a largo plazo, a veces en contra de los beneficios momentáneos de que no queremos desprendernos, manteniendo voluntariamente cerrados los ojos al peligro enorme que representan para el futuro.

Y es que posiblemente toda nuestra actitud frente a las relaciones del hombre con la Naturaleza, deberá cambiar radicalmente antes que logremos establecer un ajuste permanente sobre sólidas bases ecológicas.

Quizá la solución está en lograr establecer lo que Aldo Leopold ha llamado la "Ética de la Tierra". Este gran naturalista norteamericano, que murió como un conservacionista en 1948 como resultado del agotamiento que le produjo, a los 61 años, la heroica tarea de tratar de extinguir el fuego que consumía las praderas vecinas a su granja en Wisconsin, nos ha dejado varios de sus artículos, completados y rearmados, en un libro póstumo de sin igual belleza y profundidad de conceptos, al cual puse por título "A sand county almanac, and sketches here and there" (1949).

El último capítulo es precisamente el dedicado a los aspectos éticos de la conservación, y en sus veinticinco páginas

está plétórico de profundos pensamientos. Desde el punto de vista de un ecólogo evolucionista, analiza la manera como han ido creciendo los conceptos éticos en las relaciones humanas; y piensa que, dentro de esa tendencia, el hombre debe integrarse orgánicamente con su ambiente, y establecer también, en sus relaciones con el mismo, un código de ética.

"Todas las éticas desarrolladas hasta el presente —escribe Leopold— se apoyan en una sola premisa: que el individuo es miembro de una comunidad de partes interdependientes. Sus instintos lo llevan a competir por un sitio en esa comunidad, pero su ética lo obliga también a cooperar (quizá para que pueda haber un sitio por el que competir)".

"La ética de la Tierra, simplemente, amplía las fronteras de la comunidad para incluir los suelos, las aguas, las plantas y los animales o, colectivamente, la Tierra".

"Esto parece sencillo: ¿no cantamos siempre nuestro amor y obligaciones para la tierra de los libros y el hogar de los bravos? Ciertamente, pero ¿a qué y a quiénes amamos realmente? Seguramente no al suelo que estamos dislocando y enviando río abajo. Seguramente no a las aguas, que suponemos no tienen otra función que mover turbinas, mantener barcos a flote, y acarrear desechos. Seguramente no a las plantas, de las que sin parpadear exterminamos comunidades enteras. Seguramente no a los animales, de los que hemos extirpado muchas de las especies más grandes y hermosas. Una ética de la Tierra no puede, claro está, evitar la alteración, manejo y uso de esos 'recursos', pero afirma su derecho a una existencia continuada y, a lo menos en ciertos sitios, su existencia continua en estado natural".

"En resumen, una ética de la Tierra cambia el papel de *Homo sapiens* de conquistador de la comunidad terrestre, a simple miembro y ciudadano de la misma. Y esto implica respeto para los otros miembros, sus compañeros, y también respeto para la comunidad como tal".

"Que el hombre es de hecho sólo un miembro de un equipo biótico nos lo demuestra una interpretación ecológica de la historia. Muchos hechos históricos, explicados antaño sólo en términos de empresas humanas, fueron realmente interacciones bióticas entre la gente y la Tierra. Las características de ésta determinaron los hechos, casi con tanta potencia como las características de los hombres que vivieron en ella".

Para mí, el punto de vista de Leopold no sólo tiene enorme profundidad en sus alcances, sino que sus implicaciones desbordan del campo mismo de la conservación para reflejarse en una nueva actitud humana de respeto global a cuanto rodea a nuestra especie. Y es indudable que el hombre que llegue a comprender claramente sus deberes frente a la Naturaleza toda, será sin duda alguna quien mejor pueda comprender sus deberes frente a otros seres humanos.

Querámoslo o no, cada día estamos más integrados con los elementos de nuestro ambiente. Hoy en día sabemos de sobra que nuestra solidaridad no termina dentro de los estrechos límites de la familia, ni de la ciudad, ni tan siquiera de la patria, sino que se extiende para comprender a la humanidad toda. La vida de los demás pueblos, dentro del complicado mecanismo de la economía internacional, y en un mundo que los modernos medios de comunicación han reducido considerablemente, se encuentra tan íntimamente ligada con nuestra propia existencia, que nada que a ellos concierna puede sernos indiferente.

Y lo que más nos afecta a la larga, es la manera como esos pueblos se comporten frente a su ambiente. El empobrecimiento de las tierras chinas, o la erosión que corroe las áridas colinas de Grecia, no son en la actualidad problemas exclusivos de quienes las habitan, sino que repercuten más allá de sus fronteras. Y la explotación científica y regulada de los bosques de Finlandia, o la tala inmisericorde de nuestros propios bosques, no sólo se reflejará favorablemente en la economía finlandesa y amenazará el porvenir mexicano, sino que repercutirán más o menos directamente en otros países.

Por eso pues la humanidad, cuando menos en sus sectores pensantes, se ha dado cuenta de que los problemas que la afectan son mundiales, y que la solución total y definitiva de los mismos sólo podrá derivarse de su consideración global.

Pero esta manera universal de considerar los problemas humanos todavía tiene un escalón más por recorrer. Aquel que comprenda que la humanidad misma no es independiente de su medio y que, en consecuencia, establezca una serie de normas que ajusten las relaciones del hombre con el ambiente.

Sólo cuando hayamos logrado tal cosa podremos pensar que hemos resuelto, de manera definitiva, los problemas de nuestra supervivencia futura frente a una Naturaleza que puede

suplir ampliamente nuestras necesidades indefinidamente, si la tratamos en forma debida; pero que puede también condenarnos a la miseria y la muerte, si por ignorancia o egoísmo seguimos destruyéndola en la forma salvaje que hoy lo hacemos, sin pensar que cada uno de nuestros actos anticológicos, va creándonos un ambiente cada vez más hostil en el que, al final de cuentas, acabaremos por no poder subsistir.

La ciencia, con los conocimientos ecológicos, ha puesto en nuestra mano la llave de oro que puede asegurarnos un futuro de bienestar y abundancia; pero la misma ciencia, con el enorme adelanto de la tecnología nos ha dado armas de formidable alcance, que si no las manejamos correctamente pueden originar nuestra destrucción total.

En nosotros está usar adecuada o inadecuadamente los instrumentos que la ciencia y la tecnología modernas han puesto a nuestro alcance. Y si logramos integrarnos orgánicamente con nuestro ambiente, aplicando a nuestra especie los mismos principios ecológicos que gobiernan la vida de las demás, estaremos en el camino sólido y seguro del éxito definitivo.

EL INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFIA E HISTORIA

Antecedentes

EN la Sexta Conferencia Panamericana que tuvo lugar en La Habana en 1928, se presentó el proyecto de crear un Instituto Geográfico Panamericano que sirviera de centro de coordinación, distribución y divulgación de los estudios geográficos en los Estados Americanos, y de órgano de cooperación entre los institutos geográficos de América, para facilitar el estudio de las cuestiones de fronteras entre las naciones americanas.

La Delegación de México en dicha Conferencia defendió el proyecto y logró que fuera aprobado, pero con una importante modificación introducida por el Dr. Fernando Ortiz en nombre de la Delegación de Cuba, que consistió en ampliar la índole del Instituto a fin de que comprendiera tanto la Geografía como la Historia.

La Asamblea Preliminar para la instalación del Instituto se reunió en la ciudad de México en 1929. Además de nombrar a las autoridades, recayendo la Presidencia del Comité Ejecutivo en el Dr. Salvador Massip, de Cuba, la Asamblea aprobó las primeras resoluciones que contribuyeron a definir los campos de trabajo de la nueva institución. Por ejemplo, emprender la publicación de una Geografía y una Historia de América, de un Anuario Geográfico e Histórico, de un mapa de América; formar una galería de retratos de los historiadores y geógrafos de América más notables; iniciar estudios comparativos de la América Latina y los Estados Unidos después de la independencia; y procurar en los trabajos el concurso de España, Francia, Portugal, Inglaterra y Canadá, e incluso la celebración de un Congreso de Historia de España y América para establecer las bases fundamentales de la reforma de la enseñanza de la historia, con objeto de formar el acervo de ideas históricas comunes para los pueblos de la Península y del Nuevo Mundo y, en particular, "para borrar los conceptos históricos que exaltan el patriotismo, de hechos que dieron lugar a diferencias entre naciones hermanas o vecinas".

Aunque estas resoluciones no hacían sino esbozar algunas de las finalidades que después serían objeto de examen más detenido, no de-

jaron de señalar ciertas tendencias que influirían decisivamente en la vida del Instituto.

La índole científica de sus trabajos comenzaba a ganar preeminencia sobre cualesquiera otras consideraciones.

El propósito panamericano quedaba expresado no sólo por la resolución de abarcar la América Latina, los Estados Unidos y el Canadá sino también por el deseo de iniciar los estudios comparativos entre esas zonas diversas.

Que el panamericanismo no se entendía como un movimiento regionalista excluyente de las aportaciones de los pueblos europeos que contribuyeron a configurar la historia de América, se desprende de ese llamamiento a la colaboración de España, Portugal, Francia e Inglaterra. Y el primero de los países mencionados era objeto de otra resolución más concreta y precisa que indicaba el lugar que se le reservaba dentro de la obra del Instituto.

Era claro, asimismo, que el Instituto aspiraba a borrar las exaltaciones que pudieran ahondar las discrepancias históricas entre las naciones comprendidas dentro de su campo de trabajo. Al propósito científico se aunaba el de la amistad internacional, pero sin que éste pretendiera desvirtuar aquél.

En el orden técnico, el programa preveía grandes obras geográficas e históricas, revistas, mapas, monografías, reuniones y la reforma de la enseñanza. Pronto se añadirían investigaciones y exploraciones de campo y se convendría en que los trabajos no se destinarían únicamente a los especialistas sino también al público en general, con objeto de "dar a conocer América a sí misma".

Cuando se aprobaron los primeros estatutos, pudo el artículo 10 de los mismos indicar que el Instituto abarcaría las materias siguientes: *Primera Sección*, Topografía, Cartografía y Geodesia, Geomorfología. *Segunda Sección*, Prehistoria, Historia Precolombina y Arqueología, Historia de la época colonial e investigaciones en bibliotecas y archivos, especialmente en los españoles. *Tercera Sección*, Historia de la emancipación de las naciones americanas, Historia de la época independiente. Además, organización de la biblioteca, hemeroteca, mapoteca y museo del Instituto.

Desde el año de 1928 se estableció la sede del Instituto en la ciudad de México. La Unión Panamericana lo decidió así en virtud de haber sido la Delegación de este país la que inició la idea ante la Sexta Conferencia Americana. El gobierno de México aceptó el encargo y dotó al Instituto del amplio y moderno edificio que ocupa desde el 5 de mayo de 1930. Fué nombrado Director del Instituto el Ing. Pedro C.

Sánchez y Sub-Director el Ing. Octavio Bustamante, ambos mexicanos. En el acto inaugural expresó el primero los ideales del establecimiento de la manera siguiente: "Estos trabajos, que juntos vamos a emprender, nos permitirán entrar de lleno en la cooperación intelectual del mundo científico, con la energía característica americana, para ayudar a resolver los problemas que la poderosa inteligencia del hombre ha sido capaz de abordar".

Asambleas del Instituto

EL Instituto ha celebrado hasta ahora cinco Asambleas. Tuvo lugar la primera en Río de Janeiro en diciembre de 1932. En ella se modificaron los estatutos que habían regido al Instituto desde 1929 y se fijaron las cuotas de las 21 repúblicas americanas. Se adoptaron algunas resoluciones técnicas que correspondieron a la etapa incipiente de la vida de la organización. Fué designado Presidente del Comité Ejecutivo del Instituto, el profesor Wallace W. Atwood, de los Estados Unidos, y Vicepresidente el Conde de Affonso Celso, del Brasil.

La Segunda Asamblea se verificó en Washington en octubre de 1935. Fueron presentados trabajos de orden científico y se adoptaron resoluciones sobre parques y lugares históricos, estudio de las poblaciones indígenas, cartas geográficas, documentación legal, revisión de los textos de enseñanza y movimientos de población en América. La presidencia del Comité Ejecutivo recayó en el Dr. John C. Merriam, de los Estados Unidos, y la vicepresidencia continuó en el Conde de Affonso Celso.

La Tercera Asamblea se reunió en Lima en abril de 1941. Los trabajos científicos fueron examinados en cuatro secciones, correspondiendo la primera a Topografía, Cartografía, Geodesia, Geodinámica, Geomorfología, Meteorología e Hidrología; la segunda, a Geografía Humana y Etnografía, Geografía Biológica, Geografía Económica y Geografía Histórica; la tercera, a Prehistoria, Arqueología e Historia Precolombina; y la cuarta, a Historia del Descubrimiento, de la Conquista, de la Colonia, de la Emancipación y de la Epoca Republicana. Entre las resoluciones principales figuraron las siguientes: reafirmar la índole científica de los estudios del Instituto; recomendar el enlace geodésico entre los diferentes países de América y la creación de una Comisión Cartográfica; publicar una cartografía histórica americana de los siglos XVI al XIX; formar un mapa etnográfico del continente; coadyuvar a la instalación de un observatorio astronómico en el hemisferio sur, recopilar observaciones climatológicas, fomentar las investiga-

ciones hidrológicas, establecer limnógrafos registradores en el Lago Titicaca; contribuir a la preservación de la flora, la fauna y las bellezas escénicas naturales; estimular los estudios etnográficos de las tribus amazónicas, de la influencia biológica de la altitud, de la arqueología andina; fomentar las publicaciones de obras inéditas de carácter geográfico o histórico; procurar la conservación de las toponimias aborígenes, el estudio del folklore, de la geografía e historia económica, de los elementos característicos de una cultura propia de América y de las características de la civilización occidental en América. Por fallecimiento del Vicepresidente Conde de Affonso Celso, fué designado en su lugar el Dr. Oswaldo Aranha, también del Brasil. Las demás autoridades continuaron en el desempeño de sus cargos.

La Cuarta Asamblea se celebró en Caracas, en agosto-septiembre de 1946. Las secciones dedicadas a los trabajos científicos fueron las mismas que funcionaron en la asamblea de Lima, pero la primera sección correspondió ya a la tercera reunión de consulta de la Comisión de Cartografía cuya creación se recomendó en Lima. Se aprobaron nuevos estatutos del Instituto que tomaron en cuenta el funcionamiento por medio de Comisiones de Cartografía, Geografía e Historia. Fué designado presidente del Instituto el Dr. José Carlos de Macedo Soares, del Brasil, y presidente del Comité Ejecutivo, el Ing. Robert H. Randall, de los Estados Unidos. El Ing. Sánchez continuó como Director perpetuo.

La Quinta Asamblea se reunió en Santiago de Chile en octubre de 1950. Fué la primera en que las tres secciones dedicadas a los trabajos científicos funcionaron como reuniones de consulta de las correspondientes comisiones de Cartografía, Geografía e Historia. Se introdujeron algunas reformas en los estatutos aprobados en Caracas, siendo una de las más importantes la que refundió las presidencias del Instituto y del Comité Ejecutivo, recayendo la designación en el Ing. Robert H. Randall. Las vicepresidencias correspondieron al Gral. Ramón Cañas Montalva, de Chile, y al Dr. Emeterio Santovenia, de Cuba. Como Secretario General fué nombrado el Dr. André Simonpietri, de los Estados Unidos.

Estudios y trabajos de campo

EN la primera época de la vida del Instituto (1929-1941), se llevaron a cabo trabajos en diversas ramas sin que tuvieran una conexión orgánica entre sí ni una continuidad establecida previamente. Sin embargo, ellos dieron a conocer las posibilidades de acción del Insti-

tuto, confirmaron la índole científica del mismo y difundieron su nombre mediante boletines, monografías e investigaciones. La serie de las publicaciones llegó al número de 75, abarcando volcanismo, cartografía, climatología, recursos naturales, magnetismo, hidrología, arqueología, antropología física, etnografía, lingüística, historia, bibliografía y estadística. Desde junio de 1937 comenzó a publicarse el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, fundado y dirigido por el Dr. Alfonso Caso, actualmente a cargo del Dr. Juan Comas. Desde marzo de 1938 la *Revista de Historia de América*, fundada y dirigida por el Dr. Silvio Zavala. Y desde enero de 1941 la *Revista Geográfica*, fundada y dirigida por el Dr. Pedro Carrasco, actualmente a cargo del Instituto Geográfico del Brasil. El crecimiento y la organización de la biblioteca y mapoteca se dieron a conocer en dos publicaciones del Instituto preparadas respectivamente por el Dr. Jorge A. Vivó y por el Sr. Fernando Jordán (nos. 47 y 79).

Administración y finanzas

EL Instituto contó para su vida económica con la asignación de cuotas a cargo de los Estados Americanos. No ha vivido prósperamente en la primera época, ya sea por la irregularidad o falta de los pagos o por no contar con un sistema eficaz de recaudación internacional. Esa pobreza ha creado ciertas virtudes dentro de la administración y las finanzas del Instituto. No ha surgido una burocracia amplia y costosa. Y en las relaciones con los investigadores se han adoptado sistemas de contratos y publicaciones que permiten extender considerablemente el radio de acción sin desplazar a los estudiosos de sus ambientes científicos para convertirlos en empleados. Es claro que el fortalecimiento económico del Instituto haría posible la contratación de otros valiosos colaboradores, la concesión de becas y la obtención de mayor tiempo científico para la ejecución de los programas de trabajo, pero quizás la experiencia ya ganada sobre la base de una administración sencilla y económica, y de una amplia red de trabajos técnicos contratados deba estimarse como permanente. Es, además, un ensayo digno de tomarse en cuenta dentro del cuadro de las organizaciones internacionales contemporáneas.

No obstante ser el Instituto una organización internacional sostenida por gobiernos, sus diversos organismos técnicos han gozado de libertad técnica y administrativa, respondiendo de sus actos solamente ante las Asambleas. Además, ese carácter gubernativo no ha impedido el que las fundaciones privadas o los particulares hayan ayudado econó-

micamente a los trabajos científicos del Instituto que les han parecido merecedores de ello.

Reorganización del Instituto

EN la Asamblea del Instituto que se reunió en Lima en 1941, se estimó que debía procederse a una reorganización del mismo a fin de que pudiera desarrollar sus trabajos en forma más sistemática. El presidente del Comité Ejecutivo, Dr. John C. Merriam, dijo: "Se cree que, en general, el trabajo del Instituto será más efectivo si éste es organizado de tal manera que cubra algunas de las más grandes cuestiones fundamentales relacionadas con las Américas, las que requieren una investigación intensa y la cooperación de investigadores e instituciones de varios países. Tal método contribuiría al progreso de la ciencia y buen entendimiento aún más que un número considerable de estudios aislados".

Para llevar a la práctica esta idea, la Asamblea de Lima pensó en que bajo la autoridad del Director General del Instituto funcionarán tres direcciones de Sección (Historia, Antropología Americana, Geografía). Se incluiría además un Secretario General Intérprete. Por otra parte, se recomendó al Instituto el establecimiento de una Comisión Cartográfica con el propósito de facilitar y activar los adelantos en los levantamientos de mapas en los países del Hemisferio Occidental, de conformidad con sus propias necesidades cartográficas.

La primera reunión de consulta de dicha Comisión de Cartografía se efectuó en la ciudad de Washington en septiembre y octubre de 1943, la segunda en Río de Janeiro en agosto y septiembre de 1944, la tercera en Caracas en agosto y septiembre de 1946, la cuarta en Buenos Aires en octubre y noviembre de 1948, y la quinta en Santiago de Chile en octubre de 1950. La sede de la Comisión quedó establecida en la ciudad de Washington, siendo su presidente el Ing. Robert H. Randall, su vicepresidente el Gral. Eduardo Zubía, del Uruguay, y su secretario el Dr. André Simonpietri. En la Asamblea de Santiago se acordó que la presidencia de la Comisión de Cartografía pasara a la Argentina, a cargo del Coronel Carlos A. Levene.

El buen resultado obtenido por este sistema de trabajo más especializado sirvió de inspiración para que en la Reunión Extraordinaria del Comité Ejecutivo que tuvo lugar en México en abril de 1946, se resolviera crear una segunda Comisión de Geografía, cuyo patrocinio se encomendó al Gobierno del Brasil a través de su Instituto Geográfico, siendo designado presidente de esa Comisión el Ing. Christovam

Leite de Castro, del Brasil, vicepresidente el Prof. Federico A. Daus, de Argentina, y secretario el Dr. Jorge Zarur de Brasil. Ha celebrado Reuniones de Consulta en Río de Janeiro, septiembre de 1949, y en Santiago de Chile, octubre de 1950.

Desde la propia Reunión de México comenzó a estudiarse la creación de una tercera Comisión de Historia, a cuyo efecto ofreció su apoyo el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, dirigido por el Arq. Ignacio Marquina. Se aprobó su establecimiento en la Asamblea de Caracas, recayendo la presidencia en el Dr. Silvio Zavala, de México, la Secretaría, en el Dr. Daniel F. Rubín de la Borbolla, del mismo país, y como Secretario Asistente fué designado el Dr. Javier Malagón Barceló, de nacionalidad mexicana.

Otro paso importante en la vida del Instituto consistió en haber firmado en 12 de enero de 1949 un acuerdo con la Organización de Estados Americanos en virtud del cual fué reconocido como organismo especializado de ella. Este convenio conservó la autonomía del Instituto y la índole científica y técnica del mismo, coordinó su acción con la de la O.E.A., especialmente a través del Departamento Cultural de ésta, y ofreció al Instituto eficaz ayuda para la reorganización y el funcionamiento de su sistema financiero.

En la imposibilidad de presentar en este breve artículo un informe que abarque la obra de las tres Comisiones del Instituto, habiendo especialistas en las de Cartografía y Geografía que podrán hacerlo convenientemente llegado el caso, y conociendo más de cerca la obra de la Comisión de Historia, séame permitido tratar de esta última en particular.

La Comisión de Historia

COMO ya hemos visto, en la IV Asamblea del Instituto reunida en Caracas en 1946, se creó la Comisión de Historia, especificándose que sus finalidades serían las de planear y ejecutar los trabajos históricos de la competencia del Instituto, contribuir a la conservación y estudio de los restos arqueológicos y monumentos históricos del Continente Americano, fomentar la organización de los museos históricos y el intercambio entre ellos, ayudar a la conservación, arreglo y conocimiento de los archivos históricos de América, contribuir al estudio y la divulgación de los objetos y documentos relativos a la historia del Continente que se conserven en otras partes del mundo, patrocinar investigaciones y publicaciones, ejercer la supervisión científica de las publicaciones periódicas de carácter histórico que patrocine el Instituto, promover el acer-

camiento entre las academias de Historia, instituciones y personas que cultiven las disciplinas propias de la Comisión, preparar y editar una "Historia de América" con la cooperación de los países americanos, cooperar en la revisión de los programas y textos de Historia de América a fin de fomentar, dentro del respeto a la verdad histórica, la amistad, el conocimiento mutuo y la colaboración entre los pueblos del Continente, y formar una guía de instituciones y personas que se dedican a los estudios propios de la Comisión.

En 1947 se celebró en la ciudad de México la Primera Reunión de Consulta de la Comisión, y ésta quedó organizada y reglamentada, y se estableció su programa de trabajos. Cada país designó un Miembro Nacional ante la Comisión, el cual cuenta con asesores. Existe una Mesa Ejecutiva compuesta por el Presidente y el Secretario, la cual se encarga de llevar a ejecución los proyectos, contando con los auxilios del secretariado al frente del cual se encuentra el Secretario Asistente. Un buen número de colaboradores técnicos realiza los trabajos mediante los contratos correspondientes.

De conformidad con la resolución de Caracas que creó la Comisión, y con los acuerdos tomados en la Reunión de Consulta de México, quedaron organizados también cuatro Comités de la Comisión confiados a los siguientes países: Argentina, Comité del Programa de Historia de América y Revisión de Textos, presidido por el Dr. Ricardo Piccirilli; Cuba, Comité de Archivos, presidido por el Dr. Emeterio Santovenia; Perú, Comité de Folklore, presidido por el Dr. Luis E. Valcárcel; Venezuela, Comité del Movimiento Emancipador, presidido por el Dr. Cristóbal L. Mendoza.

Estos Comités quedaron encargados de la realización de proyectos específicos que también se determinaron en la Reunión de México, correspondiendo, por lo tanto, al organismo central de la Comisión, la ejecución de todos los acuerdos que no fueron encomendados particularmente a los Comités.

Propósitos

LA Comisión de Historia no es una academia más o un instituto de investigación igual a los que ya existen en las Américas, sino una agencia estimuladora, coordinadora y difusora de los estudios de historia de América, que tiene la misión de trabajar en cooperación con los estudiosos y con las instituciones que se dedican a esta materia.

Su propósito fundamental es el cultivo de la historia de América en su sentido más amplio, por lo cual acepta las cuatro lenguas oficiales

del Nuevo Mundo, o sea, el español, el portugués, el francés y el inglés, y se ocupa indistintamente de la historia de cualquiera de las grandes áreas culturales de las Américas, procurando lograr por encima de sus fronteras un mayor conocimiento mutuo entre los hombres del Nuevo Mundo.

En los diversos actos y momentos de la vida de la Comisión, los historiadores que la integran o que colaboran con ella han proclamado su propósito de apegarse a la verdad histórica y de reconocer las diferencias que existen entre las varias entidades históricas que se han formado en nuestro Continente. No existe, pues, el deseo de crear una historia oficial, de conveniencias o a base de simulaciones. Pero quienes contribuyen con su esfuerzo científico a la obra de la Comisión de Historia saben también que, dentro de las exigencias rigurosas de su disciplina, y sin perjuicio de esa variedad que caracteriza y enriquece a los pueblos del Nuevo Mundo, es posible y conveniente la tarea de alentar el conocimiento recíproco de nuestras respectivas historias; y que mediante la realización de empresas científicas comunes se puede avivar el espíritu de colaboración y de comprensión entre los historiadores americanos, contribuyendo así a promover la amistad entre los pueblos de este Continente a los que se destinan los resultados de dichas investigaciones.

Cada historiador americano conoce la historia de su propio país y suele tener en cuenta los orígenes europeos que han influido en el desarrollo de ella. Pero no puede decirse que exista en cada uno la costumbre de considerar las experiencias paralelas de los demás pueblos del Nuevo Mundo. Por eso la Historia de América, en su sentido más amplio, se encuentra apenas en estado de formación.

Sobre la inmensa extensión geográfica de este Continente, tan diverso en sus paisajes como en sus recursos naturales, los hombres pertenecientes a varios pueblos europeos han ensayado el traslado de sus respectivas culturas. Lo han hecho en épocas diversas, bajo formas religiosas y sociales distintas, encontrando y tratando de modo muy diferente a las civilizaciones indígenas que, a su vez, ofrecían características desiguales en cada área del Nuevo Mundo; asociando a la empresa coactivamente a los hombres originarios del continente africano en cantidades variables y con resultados no siempre semejantes; librando luchas entre sí a lo largo de fronteras políticas o culturales, y expresando las ideas y los sentimientos que acompañan a esos procesos históricos por medio de la obra de sus grandes historiadores.

Esa vasta tarea histórica que crea y singulariza a los pueblos del Nuevo Mundo no ha sido estudiada comúnmente por mentes históricas

capaces de abarcar las distintas áreas y épocas que pueden servir de punto de apoyo a los paralelos más significativos.

Ahora bien, el estudio persistente de la historia paralela de los pueblos americanos no ha de abordarse con el solo objeto de establecer semejanzas o diferencias. Importa asimismo crear el hábito de la contemplación y la meditación de los fenómenos históricos del Nuevo Mundo dentro de un marco más amplio y a la vez más preciso, pues la historia de cada nación aparecerá enriquecida por la luz derivada de las experiencias contiguas.

De suerte que la Historia de América en general, y la de cada parte, pueden ganar simultáneamente por ese ejercicio de conocimiento recíproco o transversal, a cuyo fomento se dedica de preferencia la labor de la Comisión de Historia.

Consecuencia de lo anterior es que su programa abarque toda la extensión geográfica de las Américas, cualquiera que sea la situación política de una región dada, v.g., Jamaica, Guayanas, Puerto Rico, Antillas Francesas, etc.

El programa

LA primera reunión de consulta, de 1947, dejó a la Comisión de Historia un programa con un número excesivo de encargos, por lo cual hubo que escoger los de más inmediata y práctica realización. Fueron los siguientes: 1. Una guía de las instituciones que se dedican al estudio de la historia de América. 2. Una guía de los historiadores que cultivan la misma historia. 3. Una galería de retratos de historiadores destacados de América, complementada por publicaciones destinadas a divulgar la vida y la obra de ellos. 4. Una biblioteca de historiografía, cuya finalidad es recoger la historia del pensamiento histórico de los países americanos. 5. Estudios coordinados acerca de temas que tengan significación en diversas partes de América, por ejemplo, la abolición de la esclavitud o la historia de ciertas ideas. 6. La enseñanza de la historia, procurando alentar en cada país la que se refiere a los demás países americanos. 7. La difusión de las técnicas de la historia y sus ciencias afines por medio de la publicación de manuales. 8. Informes sobre la conservación de los monumentos históricos y arqueológicos. 9. Reseña de las misiones americanas enviadas a los archivos europeos para estudiar las fuentes de interés para la historia del Continente. 10. Publicaciones periódicas con amplia información bibliográfica: Boletín Bibliográfico de Antropología Americana y Revista de Historia de América.

De suerte que el programa iniciado a raíz de la reunión de México comprendía aspectos instrumentales, informativos y de creación historiográfica. Los primeros, de obvia utilidad y de índole previa. Los segundos, llamados a fijar la atención sobre aspectos importantes del trabajo histórico y a ofrecer bases para ulteriores recomendaciones. Y los últimos, encaminados, en el caso de lograr la calidad apropiada, a resolver grandes problemas del conocimiento histórico del Continente que no podrían ser abordados por medio de la obra de investigadores aislados.

En lo que respecta a los trabajos encomendados a los Comités, el del Movimiento Emancipador logró publicar nueve volúmenes de fuentes venezolanas e inició la preparación de otros sobre distintos países. El Comité de Archivos celebró una reunión técnica en La Habana y tomó acuerdos que ofrecen vastas perspectivas de ejecución.

En el mes de octubre de 1950, con ocasión de la V Asamblea del Instituto, se efectuó en Santiago de Chile la Segunda Reunión de Consultas de la Comisión de Historia.

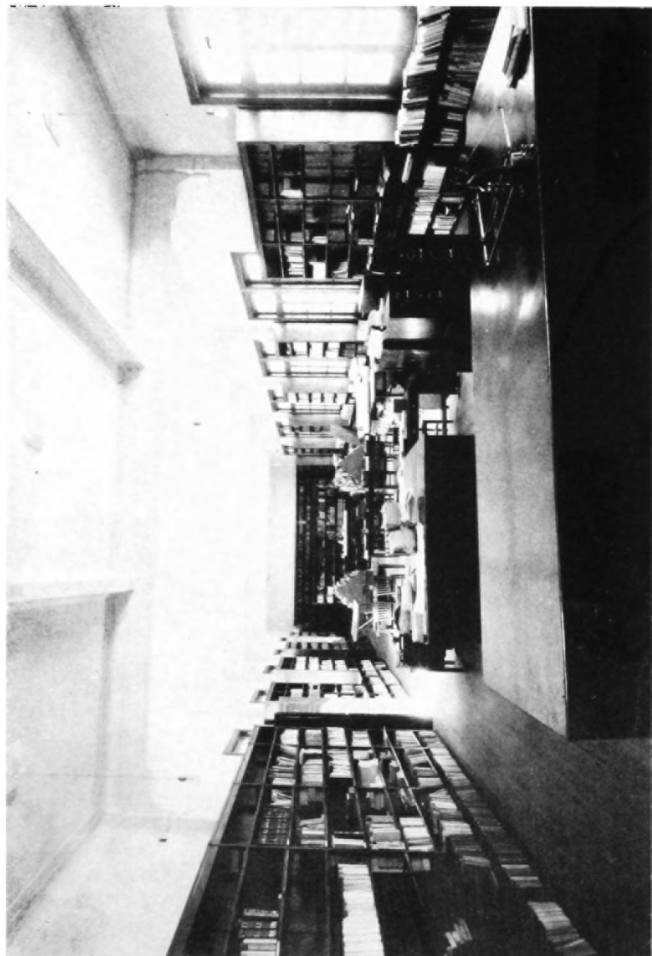
Con anterioridad a este acontecimiento, y gracias a la ayuda proporcionada por la Fundación Rockefeller, se pudo llevar a efecto un estudio crítico del programa de la Comisión, habiendo sido recogidos sus resultados en un informe preparado por los señores Ricardo Donoso, de Chile, Arthur P. Whitaker, de los Estados Unidos de América, y el autor de estas líneas.

Dos resultados principales se desprendieron de ese estudio. En primer lugar, una serie de recomendaciones acerca del programa de trabajo de la Comisión. Y en segundo término, un temario para la Segunda Reunión que iba a tener lugar en Santiago de Chile. En ésta se organizaron tres sesiones académicas sobre los temas de cooperación internacional entre historiadores, la historia de las Américas desde el punto de vista del área cultural, y proyectos científicos de la Comisión de Historia. Luego se estudió la obra de los Comités. Y finalmente los trabajos ejecutados por la Comisión de acuerdo con el programa de la Primera Reunión de Consulta, incluyendo las publicaciones periódicas.

Entre los resultados más importantes de la Asamblea de Santiago pueden anotarse las recomendaciones relativas a cooperar con la O. E. A. y la Unesco y a que se designen consultores de la Comisión en los países no americanos que tengan interés por la Historia de América; que se active la ejecución de los proyectos de orden científico, incluyendo la historiografía de los países americanos y la general del Continente, el programa y el atlas de Historias de América, la revisión de textos



Edificio del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

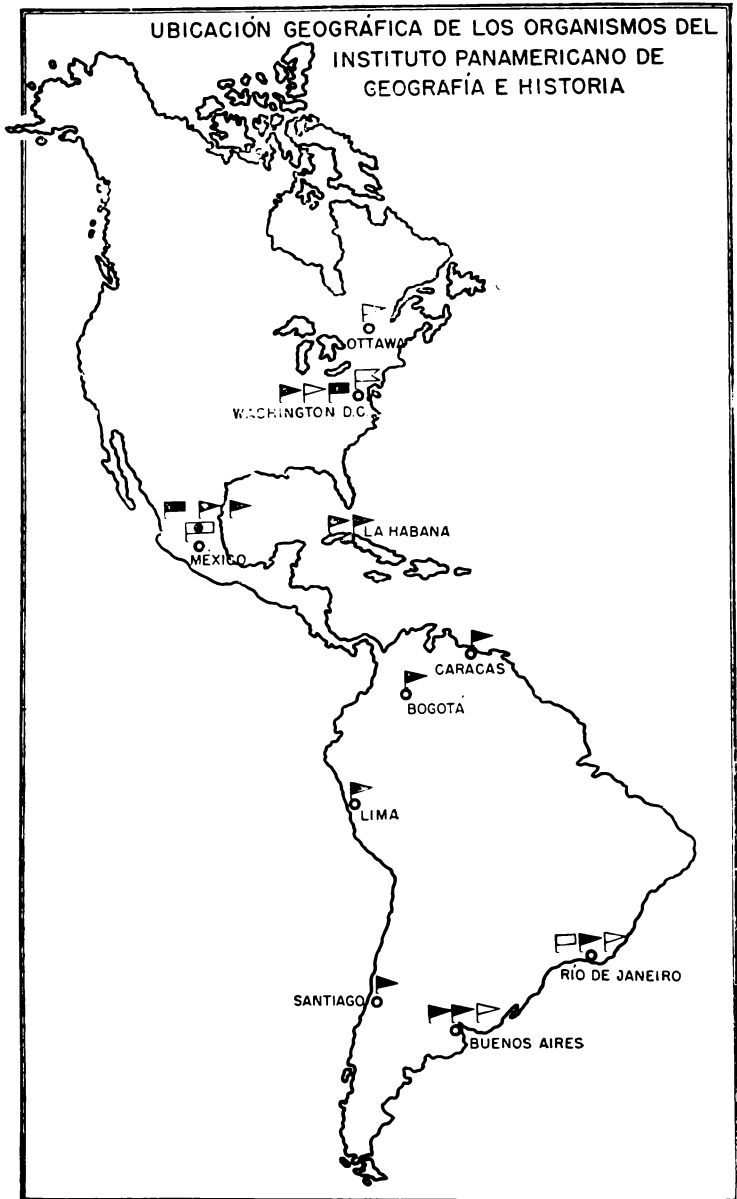


Biblioteca del Instituto.



Galería de historiadores del Instituto.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE LOS ORGANISMOS DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE
GEOGRAFÍA E HISTORIA



que ha de hacerse en un campo profesional y no oficial y teniendo en cuenta las particularidades de los diversos sistemas educativos de los países americanos, el planteamiento de temas monográficos de interés continental, la historia de las universidades y la historia de las ideas.

Al mismo tiempo se consideró que la Comisión debía continuar los trabajos inconclusos del programa de la Primera Reunión de Consulta.

Después de la reunión de Santiago de Chile, la Mesa Ejecutiva de la Comisión ha comenzado a desarrollar las nuevas tareas, y de ellas deberá dar cuenta en la Tercera Reunión de Consulta que habrá de celebrarse en México en 1954.

Resultados

HASTA ahora, los trabajos publicados por la Comisión de Historia llegan al número de 24, sin contar las publicaciones periódicas. Agrupando algunos de estos trabajos dentro de los rubros generales a que corresponden, se obtiene el cuadro siguiente:

Serie Administrativa

Resoluciones relativas a Historia y ciencias afines tomadas por las diversas Asambleas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1929-1946). México, 1947. 42 p.

Primera Reunión de Consulta de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1947). México, 1947. 90 p.

Informe de la Comisión de Historia del I. P. G. H., correspondiente al año de 1947, por Javier Malagón Barceló. México, 1948. 26 p.

Segunda Reunión de Consulta de la Comisión de Historia (1950), por Javier Malagón. México, 1951. 38 p.

Serie de Instrumentos

Guía de Instituciones que cultivan la Historia de América, al cuidado de Carlos Bosch García. México, 1949. 232 p.

Manual de Investigación de Historia del Derecho Indiano, por Rafael Altamira y Crevea. México, 1948. XVIII-154 p.

Manual de reparación y conservación de libros, estampas y manuscritos, por Juan Almela Meliá. México, 1949. 124 p. y 12 láminas.

Proyecto de Atlas de Historia de América, por Angel Rubio. México, 1951. 60 p.

Serie de Historiadores de América

José Manuel Restrepo, por José Manuel Marroquín. Bogotá, 1949. 22 p.

José Manuel Groot, por Miguel Antonio Caro. Bogotá, 1950. 56 p.

Frederick Jackson Turner, by Merle E. Curti. México, 1949. 40 p.

Thomas Madiou, par Arthur Lescouflair. Port-au-Prince, 1950, 34 p.

Beaubrun Ardouin, par Henock Trouillot. Port-au-Prince, 1950. 54 p.

Serie de Enseñanza de la Historia

La Enseñanza de la Historia en México, por Rafael Ramírez y otros. México, 1948. XIV-338 p.

The Teaching of History in the United States, by William H. Cartwright and Arthur C. Bining. México, 1950. X-194 p.

L'Enseignement de l'Histoire en Haïti, par Catts Pressoir. México, 1950. XIII-84 p.

Serie de Monumentos Históricos y Arqueológicos

Monumentos históricos de Panamá, por Angel Rubio. México, 1950. 130 p., 20 láminas y 6 mapas.

Serie de Misiones Americanas en Archivos Europeos

Misiones Mexicanas en Archivos Europeos, por Manuel Carrera Stampa. México, 1949. X-120 p.

American Missions in European Archives, by Roscoe R. Hill. México, 1951. II-140 p.

Serie de Estudios Varios de Historia de América

Estudios de Historia de América, por Pedro Manuel Arcaya y otros. México, 1948. XII-370 p.

Contribuciones a la Historia Municipal de América, por Rafael Altamira y otros. México, 1951. 300 p.

Serie de Publicaciones del Comité del Movimiento Emancipador (Venezuela)

Documentos relativos a la insurrección de Juan Francisco de León. Prólogo de Augusto Mijares. Caracas, 1949. 244 p.

Documentos relativos a la revolución de Gual y España. Estudio preliminar por Héctor García Chuecos. Caracas, 1949. 370 p.

Conjuración de 1808 en Caracas, para la formación de una Junta Suprema Gubernativa. Caracas, 1949. 266 p.

Vaticinios de la pérdida de las Indias y Mano de Relox, por Gabriel Fernández de Villalobos, Marqués de Varinas. Introducción de Joaquín Gabaldón Márquez. Caracas, 1949. 196 p.

La independencia de la Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha. Traduc. de Manuel García de Sena. Prólogo de Pedro Grases. Caracas, 1949. 255 p.

La conspiración de Gual y España y el ideario de la independencia, por Pedro Grases. Caracas, 1949. 300 p.

Insurrección de los negros de la Serranía de Coro, por Pedro M. Arcaya. Caracas, 1949. 57 p.

La colonia y la independencia. Juicios de historiadores venezolanos. Caracas, 1949. 175 p.

Documentos mirandinos. (Prolegómenos de la emancipación ibero-americana). Introducción de José Nucete-Sardi. Caracas, 1949. 107 p.

Serie de Publicaciones del Comité de Archivos (Cuba)

Guía del Archivo del Antiguo Ayuntamiento de México, por Manuel Carrera Stampa. La Habana, 1949. 53 p.

El número total de las publicaciones del Instituto se eleva ya a III y continúan apareciendo sus tres órganos periódicos de Antropología, Historia y Geografía.

En vías de publicación se encuentran otros manuscritos de las diversas series. Y en centros de investigación, universidades, bibliotecas y archivos del Continente y de Europa, muchos espíritus selectos y animados por el afán de la cooperación, laboran actualmente en los proyectos del Instituto.

Silvio ZAVALA.

ACOTACIONES AL IV CONGRESO INTERNACIONAL DE HIGIENE MENTAL

DEL 11 al 19 de diciembre de 1951 se celebró en México el IV Congreso Internacional de Salud Mental. Del mundo entero —América del Norte y del Sur, Europa (Rusia inclusive), India, Australia e Israel— llegaron hombres y mujeres de ciencia a esta tierra de antiguas culturas y nuevos horizontes. Denominador común de todos los asistentes era la práctica de una profesión en cuyo ejercicio se alcanza a conocer profundamente —a avistar en su reflexión en lo más íntimo de los seres—, y deben resolverse, problemas de educación, salud y desarrollo mental, relaciones humanas, organización de la vida.

La psiquiatría y la higiene mental no son hoy disciplinas de laboratorio, hospital o consultorio médico. Sus hallazgos señalan rumbos a la educación, al cuidado de la salud, a la organización social. Comprender al hombre. Buscar los medios para asegurarle un desarrollo armonioso. Establecer un sistema de relaciones humanas que le permita la plena realización de su destino individual, en goce de libertad y en convivencia justa y gozosa con sus semejantes. Más allá del tratamiento y la curación de los enfermos, más allá de la prevención de las enfermedades, tienden aquellas actividades a estos fines distantes.

Desde la primera sesión del Congreso se perfiló netamente la clara conciencia de los congresales a este respecto, y se trasuntó una honda y genuina preocupación por la incertidumbre y angustia de la hora presente. Tras las ceremonias oficiales, la sesión plenaria inicial fué dedicada a la lectura de una serie de comunicaciones, aclaratorias o expositivas de las "Contribuciones de las diversas profesiones y de las Naciones Unidas a la Salud Mental". De entre ellas, la de Erich Fromm, que puso de manifiesto agudamente esa conciencia, abrió hondo surco en el auditorio y dejó tras sí, en la sala colmada, aquella vibración que sólo engendran las palabras cuando ellas expresan o revelan el propio pensamiento o recóndito sentir. Incidió la exposición de Fromm, en definitiva, sobre la apremiante necesidad de buscar una vía y una forma de vida en que el hombre encuentre satisfacción y cauce, en convivencia constructiva, a las más auténticas necesidades de su ser, y logre afianzar su singular individualidad, que no puede alcanzar ni mediante las joyas del progreso técnico ni dentro de organizaciones automatizadas

o autoritariamente dirigidas. La libertad y la conformidad interiores del hombre, emergentes de tal situación, son condiciones de salud y desarrollo mental y de paz y bienestar colectivos.

En ninguna de las sesiones posteriores pudo observarse reacción anímica comparable a ésta. Y aunque quedó al desnudo, en aquel momento, la angustia de todos y la vivencia de la busca de un camino, este tema central no volvió a tocarse. Múltiples aspectos de la salud mental fueron analizados, con competencia siempre, con brillo y agudeza a veces. Mas este problema fundamental del hombre en nuestro mundo de hoy, que, por ser fundamental, es problema, no tan sólo de vida, sino, asimismo, de salud y equilibrio mental, quedó en suspenso.

La experiencia del Congreso mismo fué, en cierto sentido, clara muestra de la necesidad de llegar a un entendimiento verdadero entre las gentes dedicadas a tareas semejantes. Como seres humanos, y a pesar de su mayor conocimiento de sí mismos, los congresales llevaron a la reunión, sin advertirlo, las cargas adventicias que acumula el fárrago del diario vivir. Estas cargas —prejuicios no conscientes, absorbente dedicación a la labor inmediata y consecutiva falta de perspectiva para juzgar situaciones diferentes, sobreestimación del propio punto de vista, y tantas otras más— obstaculizan siempre la comprensión y el entendimiento recíprocos genuinos, que, para el caso, son elementos primordiales.

Por una parte, fué visible en el Congreso cierto acuerdo y uniformidad de puntos de vista. En la psiquiatría occidental del presente —en especial en sus aspectos relacionados con la higiene mental— domina, en última instancia, la corriente emanada de Freud, en particular, y de las escuelas de base analítica, en términos más amplios. Este hecho dió unidad y coherencia a las conclusiones del Congreso, en conjunto.

Por otra parte, junto a este concierto teórico general, se hizo perceptible, también, la dificultad para desasirse de la experiencia individual limitada, ubicar los problemas ajenos, no cotidianos ni locales, en su propio y justo ámbito, y contemplarlos desde el ángulo de la realidad de otros países y culturas. (De ahí la observación relativa a la necesidad de un entendimiento más completo). Así, por ejemplo, Estados Unidos, país con ciencia y práctica higiénica y sanitaria muy evolucionada y diferenciada e instituciones múltiples, puede abocarse a la consideración de sus problemas de salud con criterio distinto a las naciones latinoamericanas. Lo que el técnico norteamericano juzga solución elemental y única justa posible —y lo es en su medio— puede constituir materia de discusión para el público latinoamericano. La multiplicidad y gravedad de los problemas generales higiénicos (de nu-

trición, vivienda, etc.) y patológicos no resueltos, ligados a estructuras culturales, económicas y sociales diferentes obliga al latinoamericano a buscar soluciones globales. Donde el norteamericano discrimina y realiza una obra de higiene mental pura, como entidad por completo deslindada de la profilaxis y el tratamiento de las enfermedades, el latinoamericano, con enfoque más sintético, aunque conozca y valore aquella acción, debe atender conjuntamente los varios aspectos de la cuestión. La abundancia y alta especialización de los técnicos, unida a la cuantiosidad de los recursos, conduce en Estados Unidos a la creación de esferas de trabajo netamente separadas y, a la vez, correlacionadas, mientras en América Latina la escasez de recursos materiales y de técnicos especializados y la falta de preparación de la opinión pública hace necesaria, por lo contrario, la multiplicación y diversificación del trabajo individual. Tal situación y tal necesidad no son siempre comprendidas por el especialista norteamericano —o por el de otra nacionalidad cualquiera, de cultura técnica muy evolucionada— que ve como soluciones buenas tan sólo las que tiene en uso, juzga compatibles con una preparación sólida únicamente los métodos de enseñanza y aprendizaje que han acreditado eficacia en su país, y, sin advertirlo en forma consciente, se inclina a minusvalorar la experiencia no obtenida de manera igual a la propia. Tal actitud dista por supuesto de ser universal y premeditada. A la par de esta indiferencia, desinterés o desconfianza marchó el auténtico deseo de compenetración recíproca e intercambio de experiencias y puntos de vista. Mas el sólo hecho de que tal actitud hiciera su aparición entre personas reunidas con la finalidad que persigue un congreso de salud mental —para quienes, por ende, la comprensión de individuos y culturas es condición "sine qua non" de trabajo— llama la atención sobre la necesidad de trasponer los mundos individuales para alcanzar el logro de esas finalidades. Y los mundos individuales que es preciso trasponer no son exclusivamente los de cada persona: son los de las pequeñas localidades, los de las naciones, los de círculos científicos adheridos a determinada doctrina y ciegos a toda otra, los de grupos sociales, los de tradiciones culturales, los de regímenes políticos. . .

La impenetrabilidad de los mundos individuales tuvo, sin duda, su máxima y más típica expresión en la oposición teórica entre Rusia y Occidente. (Si cabe llamar Occidente al conjunto de representantes de Europa, América, Australia, India e Israel).

Llevaron los rusos al Congreso —fuera de programa— una exposición de la teoría de los reflejos condicionados de Pavlov, con sus niveles de función nerviosa, que es base y fundamento de la psiquiatría

soviética. El profesor Oseretzky, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS leyó en ruso la comunicación, que fué transmitida simultáneamente en sus versiones inglesa y castellana. A su término, el profesor Meduna, que presidía la sesión, declaró que los comunicantes no deseaban responder a preguntas ni someter a discusión su ponencia. Excepción única fué el uso de un idioma no oficial para la lectura de un trabajo, y excepción única fué su intangibilidad, su exclusión del debate, su sólo carácter de noticia no discutible.

Constituían la delegación rusa dos psiquiatras y un intérprete. Los psiquiatras no hablaban los idiomas oficiales del Congreso, y tampoco parecían poder entenderse con sus colegas en otras lenguas, familiares a europeos y americanos. El intérprete fué, pues, mediador obligado en las conversaciones entre sus compatriotas y los demás congresales. La actitud de los tres rusos fué constantemente cordial, su fisonomía afable, su gesto acogedor. Curiosos por conocer algo más sobre la técnica psiquiátrica soviética, hubo congresales que establecieron diálogo con sus colegas del este de Europa. A través del intérprete iban las preguntas y volvían las respuestas. La curiosidad no era recíproca. Los rusos no parecían interesados por indagar detalles de la experiencia y la técnica de los otros. Diríase que creen conocerla por completo y la juzgaban por anticipado como ineficaz, en vista de su distinto fundamento teórico. Quien escribe estas líneas contó entre los curiosos, y sostuvo con el profesor Oseretzky la siguiente conversación, literalmente transcripta:

P.—¿Cuáles son los problemas que presentan con más frecuencia los niños en Rusia?

R.—La proporción de oligofrénicos ha disminuído.

P.—No me refiero a eso. ¿Qué frecuencia, intensidad y caracteres tienen los problemas de conducta, cuadros psicossomáticos, enuresis. . .

(La palabra "enuresis", designación universal, fué comprendida por los psiquiatras de inmediato, y provocó su hilaridad).

R.—¿Enuresis? *No tenemos. . . La curamos* (sic) por el procedimiento de los reflejos condicionados de Pavlov.

P.—También nosotros tenemos enuresis, y la curamos, pero lo hacemos por procedimientos psicoterápicos basados en los conceptos psicoanalíticos.

(Nuevo acceso de hilaridad, que no permitió insistir en la pregunta relativa a la forma concreta del método soviético).

R.—¿Psicoanálisis? No... No... No sirve. Sólo produce hiperestimulación sexual en los niños.

P.—Puedo asegurar a Ud. que no, y mostrarle nuestros procedimientos y los resultados de nuestro trabajo. Tengo una experiencia de 15 años.

R.—Y yo de 35. El psicoanálisis no sirve.

Alguien interrumpió el diálogo antes de que fuera posible llegar al conocimiento de lo que interesaba establecer: en qué consiste, exactamente, la técnica de trabajo. (A veces ocurre que sustentamos la misma doctrina, y nuestros procedimientos reales distan de coincidir, y otras que declaramos honestamente adhesión a teorías distintas, y actuamos de modo parecido).

Pero ya no es cuestión de conocer exactamente el procedimiento. Está sobre el tapete una actitud: la negación del valor y el rechazo sin examen de una experiencia, sólo en virtud de ser inspirada en principios teóricos distintos; la afirmación de la única y universal validez de otra, sin aceptación de crítica. (Dejo de lado la aseveración de observación controlada? de "que ha disminuído la cifra de oligofrénicos". ¿Desde qué época? ¿A lo largo de cuántos años? ¿Comprobada por qué métodos diagnósticos y estadísticos?... Paso al problema más amplio y fundamental: la concepción del psiquismo humano, involucrada en una y otra de las escuelas en pugna).

¿Qué significa esta contraposición Pavlov-Freud y su exclusión recíproca? La exclusión absoluta parte de los rusos). Su condena de Freud, en este caso, del supuesto de que su sistema terapéutico es ineficaz y desemboca en la creación de una hiperconciencia sexual. Un creciente cuerpo de experiencia positiva rebate la primera razón. En cuanto a la segunda, ¿es éste sólo Freud? ¿Pueden los soviéticos ignorar que no lo es? Probablemente una charla más prolongada y abierta habría conducido a precisar otros puntos. En rigor, que el sistema freudiano asienta sobre el escrutinio del mundo interior del hombre, de sus íntimas necesidades y desazones, de sus móviles no conscientes. Que el objeto del tratamiento psicoanalítico es darle conciencia y comprensión de este mundo interior, y, simultáneamente, liberarle de la sumisión a oscuras fuerzas irracionales y darle señorío sobre ellas. El eterno "Conócete a ti mismo", en definitiva. Ciertamente es que determinados sectores psicoanalíticos prestan atención dominante al elemento sexual, y que algunos pacientes psicoanalizados adquirieran la hiperconciencia sexual de que hablan los soviéticos. ¿Son todos? Muy lejos de ello. La psiquiatría occidental de hoy, declárelo o no explícitamente, está im-

pregnada de conceptos analíticos. Su vigor creciente es índice de la fecundidad de éstos. Freud ha dejado como legado un descubrimiento grande en sí mismo, y mayor aún por las corrientes de investigación que ha engendrado. Al paso por el prisma de la personalidad y el genio individual de sus discípulos, sus concepciones han adquirido formas distintas. Del gran manantial de Freud han nacido Carl Jung, Alfred Adler, Otto Rank, Karen Horney, Erich Fromm, Franz Alexander, para mencionar unos pocos. Cada uno de ellos abre nuevas fronteras, pero en todos se advierte una herencia común: el reconocimiento de la presencia de una actividad psíquica inconsciente; de la motivación de la conducta, que tiende al cumplimiento de las necesidades de todo orden del individuo; del carácter simbólico de muchos aspectos de las manifestaciones humanas; de la existencia de una dinámica mental, con formas típicas de transformación de los contenidos psíquicos (proyección, represión, racionalización, etc.); la concepción de la neurosis como un conflicto.

Pavlov y sus seguidores describen en términos neurofisiológicos de excitación, inhibición e inducción de reflejos condicionados e incondicionados, los procesos que acontecen en lo íntimo del tejido y el sistema nervioso, y hablan de varios niveles jerárquicos de función. ¿Invalidan sus experimentos la realidad de la experiencia clínica de tantos y tantos psicólogos y psiquiatras? Son acaso incompatibles con el hecho de que el hombre en su vida diaria —y el animal objeto de experimento— sienten hambre, temor, seguridad, amor? . . . Y, además, ¿que estos estados orgánicos o anímicos le llevan a comportarse y reaccionar de diferente manera? No sólo no es así, sino que la misma técnica de los reflejos condicionados, en manos de un investigador alerta a la presencia de tales estados —Massermann— conduce a la comprobación de la modificación de las reacciones, al compás de los cambios de éstos.

¿Es científica una actitud que responde simplemente con una negación, sin entrar al examen de los hechos aducidos, o que oscurece sencillas observaciones con malabarismos dialécticos, tendientes a encuadrar su interpretación en determinado marco doctrinario? ¿Es este encerramiento una fuerza? O esta huida de la consideración del mundo interior del hombre, con sus angustias, sus anhelos, sus frustraciones y su afirmación de sí mismo es una confirmación más de la irracionalidad de los motivos que a menudo informan la conducta humana? ¿De la falta de coincidencia entre lo abiertamente expresado y conscientemente creído y lo muy íntimamente sentido y secretamente soterrado y olvidado? . . .

En todo caso, y como postulado de higiene mental, muy dentro de los propósitos de la reunión comentada, queda vigente, más que nunca, la exigencia de que las ciencias del hombre, para ser realmente tales, se desarrollen al margen de toda inclusión y subordinación a un orden político dado.

Telma RECA.

EL PSICOANALISIS¹

MAs de 60 años han transcurrido desde que Freud inició sus trabajos en colaboración con Breuer y la labor realizada por él y sus colaboradores es gigantesca. Millares de volúmenes se han escrito criticando, alabando, negando, ensalzando la doctrina psicoanalítica; y una cosa es indudable: en cualquier posición que hoy se tome, por negativa e intransigente que sea, no puede ignorarse el psicoanálisis, dejar de usar sus términos, apoyarse en alguna de sus afirmaciones, que son consecuencia de los aportes dados por cantidad de investigadores que en las más diversas partes del mundo se lanzaron por la senda trazada por Freud.

Es indudable que el psicoanálisis no sigue una línea recta y perfectamente definida; el camino recorrido está lleno de sinuosidades, de ondulaciones y vueltas, consecuencia natural de la investigación en un terreno completamente virgen, y en el que se internaron personas de muy diferentes ideologías y en medios muy diversos; sin contar con que las necesidades prácticas del uso de la técnica, en manos de sensibilidades muy diferentes, habría de desviar forzosamente muchos caminos de la senda original.

En el momento actual, no es tarea nada fácil mostrar en forma clara y al alcance general, el desarrollo de la doctrina psicoanalítica; y mucho menos si el espacio con que se cuenta es reducido, pues no sólo existen escuelas nacidas en el núcleo psicoanalista que se han separado fundamentalmente de la línea marcada por su fundador, sino que muchos de los adeptos de Freud difieren de éste en diferentes aspectos de la doctrina, ampliándola y modificándola, aunque sigan sus lineamientos principales; y el mismo Freud, en sus 50 años de investigación, humo de modificar muchos de sus primitivos conceptos, rehacer hipótesis y crear nuevas, obligado por los hechos que no siempre se adaptaban a su pensamiento.

El libro de Clara Thompson "El Psicoanálisis", que ha publicado el Fondo de Cultura Económica, en sus Breviarios, no pudo haber sido mejor elegido para llenar las aspiraciones que la creación de esa biblioteca tuvo por fin. Es difícil, si no imposible, en tan escaso espacio

¹ El Psicoanálisis, por Clara Thompson, editorial Fondo de Cultura Económica (Breviario No. 47). México, 1951.

hacer una síntesis tan completa, clara y fiel como lo ha conseguido la autora. Con un pensamiento rector la línea del psicoanálisis cultural, hace historia crítica del desenvolvimiento de las ideas freudianas y de las de sus colaboradores, continuadores y principales disidentes. Muchos años de práctica y enseñanza, unida a una extraordinaria capacidad de síntesis, han permitido a la Dra. Thompson seguir los lineamientos generales del psicoanálisis, desde su comienzo hasta nuestros días, en forma sencilla pero profunda, que permite al lector darse una idea clara del desarrollo de la teoría y la técnica psicoanalíticas, a través de más de 60 años de investigación.

El pensamiento orientador de Freud es seguido paso a paso, mostrando las distintas fases de su pensamiento, y las diferentes modificaciones que hubo de hacer a su doctrina cuando nuevos datos no podían ser encasillados en las hipótesis formuladas; con una objetividad y comprensión que sólo alcanza el pensamiento desapasionado, coloca la autora el acento sobre los puntos criticables, y con singular acierto muestra las fallas del pensamiento freudiano que no pudo salir, pese a su genialidad, de ciertas fronteras que le marcaba la ideología del siglo XIX, en el que estaba fuertemente arraigado.

Las ideas fundamentales en la historia, aquellas que están destinadas a transformar la orientación y dirección del pensamiento general, no nacen al acaso; son el producto de un cúmulo de circunstancias, de pensamientos y de hechos que se concretizan a través de una personalidad excepcional; tal pasó con el psicoanálisis. Toca puntos tan neurálgicos de la sociedad en que aparece, que su expansión se hace en forma rápida y sus ideas dan origen a violentas disputas y polémicas apasionadas. En la época actual ya ha desaparecido en gran parte el tono pasional de la disputa; y si bien todavía son numerosos los ataques dirigidos al psicoanálisis, en todos ellos se reconoce el valor que significó Freud, para una comprensión e interpretación del desarrollo psíquico del ser humano, infinitamente más amplio que el del siglo anterior.

Claramente enfoca la Dra. Thompson el valor de Freud, y sin temor a la crítica, desarrolla, aunque esquemáticamente, las direcciones actuales del psicoanálisis, poniendo el acento en la escuela cultural, que intenta ver el problema del hombre injertado en la cultura, es decir en el plano de convivencia con otros seres. Ya no puede ignorarse el psicoanálisis, pero tampoco debe tenerse una idea falsa de él. Es demasiado frecuente todavía la aparición de críticas, en las que el desconocimiento de la realidad psicoanalítica es tan patente, que movería a risa, si no fuera doloroso ver la ignorancia con que se manejan las

ideas prevalentes de nuestro tiempo, y más aún, si no fuera por el temor a la influencia nociva que pueden tener sobre el lector desprevenido. El libro que se ha publicado en la colección "Breviarios", llena una laguna que se hacía sentir en nuestro idioma: la historia y desarrollo claramente expuestos del psicoanálisis, con objetividad, sin prejuicios ni dogmatismos y que pueda orientar al profano en ese intrincado laberinto que forma la doctrina psicoanalítica, en el que, muchas veces, se pierde el mismo iniciado.

El libro se divide en 11 capítulos; en los 7 primeros se examina la labor del propio Freud y las distintas fases porque atravesó su pensamiento, a la luz de los aportes de distintos investigadores, sobre todo Rank, Ferenczi, W. Reich, Fromm, Horney y Sullivan. Con detalle se examinan los puntos principales de la doctrina, la teoría de la libido, la estructura de la personalidad, *Yo, Ello y Super-Yo*, lo inconsciente, la represión, la resistencia, la transferencia, teorías sobre la angustia. El capítulo 8º lo dedica al estudio de las dos escisiones más importantes por su significado y por el valor de los disidentes: Adler y Jung, creadores de sendas escuelas, una en abierta oposición con Freud, la otra intentando una síntesis entre ambas.

El capítulo 9º muestra las divergencias no tan conocidas por los profanos, ocurridas hacia 1920 y que se refieren sobre todo a la técnica del análisis: Rank, Ferenczi y W. Reich. El 10º, el desarrollo en los últimos años, centrado en el pensamiento de Fromm, Horney y Sullivan; para terminar con un capítulo sobre la terapia, en el que se estudian detalladamente los cambios de técnica: asociación libre, análisis del carácter, análisis activo, el trauma actual, etc.

A través de las 250 páginas que componen el libro, hay un pensamiento rector: encontrar los hechos positivos que unen a las diversas escuelas, como la autora lo manifiesta en el prefacio, en el párrafo que transcribimos: "Considerando que el psicoanálisis es una teoría y un método de terapia que sirve al hombre para vencer las dificultades de la vida, hemos de aceptar que el material de observación y de trabajo debe ser el mismo para todas las escuelas psicoanalíticas. Este material no puede ser otro que la personalidad humana, en especial lo que respecta a sus relaciones con otras personalidades. Si se trabaja con los mismos hechos, debe existir un hilo conductor que atraviese la concepción entera. Cada escuela, cualquiera que sea su divergencia, debe hacer observaciones e interpretaciones sobre algún aspecto de los mismos datos de que se ocupa cualquier otra escuela. Se nos ocurre que, dejando de acusar las diferencias y tratando, mejor, de destacar el curso general de su desarrollo, es posible que lleguemos a encontrarnos con

que esta ciencia en pañales o arte si se prefiere tiene un movimiento en sentido progresivo al que han contribuido todas las escuelas". Y es de hacer notar que la Dra. Thompson consigue el objeto propuesto, al mostrar la unidad que existe entre todas las escuelas analistas, pese a sus divergencias, y cómo todas contribuyen en alguna medida a la construcción de ese gigantesco edificio que intenta darnos una nueva visión del hombre y ayudar a la solución de los diversos problemas que lo carcomen.

El sexo femenino debe no poco de su emancipación actual a la lucha que el psicoanálisis libró contra prejuicios y tabúes existentes sobre la sexualidad y a la importancia que asignó a la represión, en la gestación de la neurosis. Numerosas mujeres en el mundo contemporáneo han ingresado en el templo científico y pese a las ideas corrientes sobre su inferioridad fundamentalmente en el terreno de la especulación abstracta, han dado muestras de una capacidad de abstracción, de síntesis y de creación extraordinarias. La autora, junto con nombres como los de A. Freud, K. Horney, K. Friedlander, M. Kleine, forma honrosamente entre las filas que siguen el camino abierto por S. Freud, y su libro es una contribución efectiva para el pensamiento psicoanalítico.

Pedro RAPELA.

Presencia del Pasado

CIEN AÑOS DE ARQUEOLOGIA MEXICANA. 1780 - 1880

Por *Ignacio BERNAL*

CUANDO en 1615 se termina la impresión de la Historia de Herrera y se publica la Monarquía Indiana de Torquemada, los dos últimos grandes libros sobre culturas indígenas, se cierra el ciclo de estudios tan brillantemente iniciado en el siglo XVI. Desde esa fecha y salvo raras excepciones, parece que la Colonia se encierra en sí misma y olvida, cuando menos desde nuestro punto de vista, a los pueblos vencidos sobre cuyos restos fué fundada.

No es sino cuando en el siglo XVIII se abre paso en Europa el nuevo movimiento filosófico de la Ilustración, que las cosas cambian rápidamente. La Ilustración, entre otras ideas, postula que el hombre ha sido corrompido por la civilización y que por lo tanto hay que ir a los pueblos primitivos para encontrar al hombre puro, al "Buen Salvaje". La conclusión evidente de esto es un resurgimiento en el interés por los mundos exóticos y un estímulo profundo hacia los viajes, las descripciones de costumbres y los objetos "raros". Empiezan a inquietarse los espíritus por ese misterioso pasado, por esos pueblos olvidados, vivos o muertos, que yacen sumergidos o fuera de la órbita de la cultura occidental.

Con Carlos III llega la ilustración al trono español y muy particularmente el interés arqueológico. Como rey de Nápoles había sido el gran animador de las búsquedas en Pompeya y ya nunca olvida su pasión anticuaria. Su influencia se hace sentir muy claramente en los estudios americanos y se inician dos corrientes: la primera que podríamos llamar de tipo libresco y la segunda de viaje y aventura.

Los estudiosos se dan cuenta que siguiendo la tradición de Boturini es indispensable reunir, salvar y publicar todo lo que quede perdido en los archivos, en las casas curales, o en donde

sea, de los documentos que relatan la historia antigua. El primer exponente notable de estas ideas es Juan Bautista Muñoz que forma su fantástica colección de documentos en la que trabaja durante treinta años; cuando decide ya empezar a escribir muere de una apoplejía por lo que sólo nos queda el primer volumen de su "Historia del Nuevo Mundo".

En su prólogo advierte cuál es su concepto de la historia, típico de un ilustrado español, de un historiógrafo documentalista. Dice: "Determiné hacer en mi historia lo que han practicado en distintas ciencias naturales los filósofos a quienes justamente denominan restauradores. Púseme en el estado de una duda universal sobre cuanto se había publicado en la materia, con firme resolución de apurar la verdad de los hechos y sus circunstancias hasta donde fuese posible en fuerza de documentos ciertos e incontestables: resolución que he llevado siempre adelante sin desmayar por lo arduo del trabajo, lo prolijo y difícil de las investigaciones".

Dentro de la misma formación intelectual, aunque con resultados más concretos, se destacan principalmente algunos miembros de la expulsada Compañía de Jesús. Sólo nos ocuparemos de dos de ellos.

El más importante, Francisco Javier Clavijero, recoge las nuevas ideas y la tradición que se había roto. Con los volúmenes de su "Historia Antigua de México" aparecidos en 1880-1881, tenemos el primer gran libro que sobre esos temas se había escrito desde 1615. Dice Pollock al compararlo con Robertson: "Clavijero conocía su material mejor que Robertson y mostraba un ávido interés en todo lo perteneciente a la tierra, la gente y su historia. Desgraciadamente no poseía una habilidad crítica segura en relación a sus fuentes, con el resultado que mucho de lo que escribe es altamente subjetivo y sin base en los hechos". Sin embargo de ser esto cierto, Clavijero aprovecha maravillosamente las fuentes antiguas y hasta da una bibliografía de ellas, lo que es una innovación sensacional. Es curioso que siendo Clavijero un apasionado y un historiador de tesis "Su cabeza" como dice Le Riverend, "estaba tan bien organizada que al concluir la lectura de la Historia Antigua nos deja una impresión de gran belleza, de contenida pasión".

El otro jesuita, de menor importancia en general, pero interesante para nosotros por sus aficiones altamente arqueológicas, es Pedro José Márquez, que traduce al italiano una des-

cripción del Tajín y otra de Xochicalco que había ilustrado Alzate en su Gaceta Literaria. Se imprimió en Roma en 1804. El mismo año apareció otra traducción del mismo Márquez con notas y apéndice propios: la primera parte de la "Descripción histórica y Cronológica de las dos piedras. . ." de don Antonio de León y Gama.

Esta obra que podríamos llamar con justicia la primera sobre arqueología mexicana, con el habitual interminable título tan de moda en el siglo XVIII, se publica en México en 1792, pero sólo llega a completarse cuarenta años más tarde con la edición que de ella hace Bustamante. Su autor, célebre astrónomo mexicano, era también un matemático que sólo por una coincidencia fortuita logró estudiar dos monumentos de la antigua escultura azteca. En efecto, en 1790, al nivelarse el zócalo de la ciudad de México se encontraron dos enormes piedras, una de ellas la de la diosa Coatlicue y la otra la célebre Piedra del Sol conocida generalmente con el nombre de Calendario Azteca.

Es de interés ya que se trata de obra tan importante, averiguar un poco los motivos que León y Gama tuvo para estudiar esas esculturas. Como él mismo dice el "Calendario" le proporcionó un extraordinario placer pues encontró allí el fiel testimonio de cuanto a costa de mucho estudio y gran fatiga había compilado en torno al sistema del calendario mexicano. Gama quería demostrar la falsedad de los estudios anteriores y aunque había logrado elaborar un sistema a base de documentos sólo el encuentro de este monumento podía comprobar su teoría. Es decir que Gama, tal vez inconscientemente, realiza uno de los aspectos de la labor del arqueólogo o sea el utilizar objetos materiales para la comprobación de los documentos o de las teorías.

No es esta la única idea de Gama: como las piedras están expuestas a que el pueblo las destruya decide que es indispensable salvarlas. La mejor manera es dibujarlas lo más exactamente posible y publicar estos dibujos. Con típica mentalidad de ilustrado nos dice que además deben guardarse en un museo "tal como Carlos III mandó hacer con los objetos descubiertos en Pompeya y en Herculano".

Finalmente Gama otra vez "Ilustrado" quiere demostrar al público los conocimientos que en arte y en ciencia alcanzaron los indios americanos en los tiempos de su gentilidad como por ejemplo su amplio conocimiento de las ciencias matemáticas que

les permitió tanto labrar las esculturas como transportarlas a su destino final. La reconstrucción que hace Gama del Calendario mexicano es en parte incorrecta aunque en otra exacta. Su obra ha sido una de las fuentes principales de estudios posteriores y no sólo abrió nuevos horizontes sino que marcó durante todo un siglo el curso de cierto tipo de investigaciones sobre el México antiguo. Así como la historia de Clavijero fué la base de tantos futuros estudios y sólo superada hasta la magna obra de Orozco y Berra, del mismo modo el calendario de Gama no fué perfeccionado sino hasta los estudios modernos culminados por el de Caso. Otro síntoma del cambio habido fué la orden del Virrey Bucareli mandando que todos los documentos mexicanos antiguos se reuniesen y conservasen en la Universidad para ser consultados por los estudiosos.

Aparte de estos trabajos que he llamado de gabinete, es también en las postrimerías del siglo XVIII y los principios del XIX cuando se emprenden las primeras investigaciones en el campo que tienen visos arqueológicos. Muy modestas al principio, la mayor parte se concretan a simples visitas o libros de viajes aunque hay quien explore. Así vemos por ejemplo que a consecuencia de algunos trabajos anteriores, por cierto en general inéditos hasta hoy, Antonio del Río en 1786 es comisionado por el Rey de España para explorar la ciudad de Palenque, una de las víctimas más constantes de todos los primeros investigadores. Temblamos hoy en día al leer la relación de Antonio del Río cuando nos dice que no dejó piso sin levantar ni cuarto sin remover y al imaginarnos por tanto los destrozos sin cuento que habrán causado sus investigaciones en la espléndida ciudad. Felizmente exageraba mucho Del Río ya que dejó bastantes sitios sin tocar, en su "exploración de tres semanas" que tanto critica Dupaix.

Algunos años más tarde Carlos IV ordena otra comisión que ha de visitar todos los sitios antiguos. Se envía a un austríaco, el capitán Dupaix, que realiza tres viajes entre 1805 y 1808. Su recorrido incluye los valles de México, Puebla, Tlaxcala y Morelos, partes de Veracruz y de Oaxaca y naturalmente Palenque. El bagaje teórico Dupaix es bastante sencillo: México es igual a Egipto; lo que trata de probar, desde un punto de vista exclusivamente artístico y con el poco éxito que es de esperarse. Su libro es típicamente un relato de viaje, aunque pretende haber hecho exploraciones que sólo menciona inciden-

talmente y que no pueden tomarse en serio. Sin embargo, indirectamente cuando menos, debemos a Dupaix un favor señalado: se hizo acompañar por un gran dibujante mexicano, Castañeda, que nos ha dejado una serie de láminas ilustrando los objetos encontrados. Aunque estos dibujos están hechos muy a la europea son sin embargo un material valioso. Todavía tenemos que esperar más de treinta años para que una obra de viajes de exploración resulte útil, independientemente de sus ilustraciones. Apenas estamos en la era de los precursores.

No es posible mencionar aquí otros pequeños viajeros y exploradores del fin de la Época Colonial y por lo tanto sólo me ocuparé del que he dejado para el fin, aunque anterior a Dupaix, por ser el más ilustre de todos los de su tiempo: Alejandro de Humboldt. Su recorrido en la Nueva España es desgraciadamente muy breve ya que sólo dura menos de un año, del 22 de marzo de 1803 al 7 de marzo de 1804. Aunque los intereses principales del célebre Barón no son los monumentos antiguos sin embargo su formación típicamente enciclopédica y dieciochesca le hicieron interesarse también en la arqueología. Así vemos que estudia las ruinas de Cholula, Xochicalco, Mitla, además del calendario azteca y varias esculturas. Se lleva a Berlín una colección de objetos y entre ellos un códice, muchos años después publicado por Eduardo Selser. A Humboldt debemos el desentierro y salvamento final de la Coatlicue, que logró gracias a la influencia de su amigo don Primo Feliciano Marín de Porras, Obispo de Linares. Si la obra de Humboldt arqueológicamente hablando no fué de importancia tuvo sin embargo tal resonancia en Europa y particularmente en Francia y Alemania que probablemente de ahí arranca el interés que años más tarde hemos de ver en esos países en relación con la arqueología mexicana.

Las guerras de Independencia y los disturbios políticos y militares de la época impidieron la continuación de toda exploración y no es en realidad sino de 1830 en adelante cuando vuelve a haber gente interesada en hacer esas expediciones que tan fructíferas habrán de resultar. De México sólo mencionaremos a Juan Galindo, que entre 1831 y 1836 visita Palenque, Utatlán, Copán y algunos otros sitios. Pero de donde había de salir el estímulo más importante es de Francia, alentado principalmente por los "Sites des Cordilleres et monuments des peuples indigènes de l'Amérique" y por el "Essai Politique sur

le Royaume de la Nouvelle Espagne" de Humboldt publicado primero en francés, así como por la Sociedad Geográfica de Francia que desde 1825 propone en su programa la visita de las ruinas americanas. En el año de 1834 se publica en París la obra de Dupaix con una serie de apéndices importantes que describen objetos o edificios antiguos y que incluyen capítulos de Antonio del Río, Humboldt y Lorenzo de Zavala. Una nota corta pero importante de Baradère, que se encuentra en el mismo volumen, es de mucho interés por resultar tal vez el primer intento estratigráfico que tenemos, pues indica cómo a veces se encuentran vasijas bajo varias capas de tierra lo que demuestra la antigüedad de algunos de estos restos.

Entre 1834 y 1836 se publica otra obra interesante "Voyages dans le Yucatan" de Federico Waldeck, un inglés que pretende "el examen y la reproducción rigurosa de las ruinas de la América Central". De hecho en la parte publicada sólo estudia Uxmal y Palenque. Otro viajero es Nebel, un arquitecto mexicano que recorre gran parte de la República entre 1829 y 1834; su brevísimo texto sólo es una aplicación de las láminas, que al igual que en los casos anteriores, de ninguna manera cumplen la promesa que hace Waldeck de ser reproducciones exactas y verdaderas de los originales. Por lo contrario los dibujos vuelven europeos los monumentos o las estatuas de tal manera que el arte indígena resulta un híbrido extraño. Particularmente en las figuras humanas se notan los rasgos que pudieran hallarse en una cara romana y las proporciones clásicas del cuerpo. Podemos afirmar que hasta ese momento ninguno ha entendido nada, pero siquiera ha visto realmente el arte mexicano antiguo.

Sólo nos ocuparemos de un viajero más, el más importante, John Lloyd Stephens un diplomático norteamericano enviado a Centroamérica, que ante la imposibilidad de encontrar el gobierno ante quien está acreditado, se dedica a estudiar las ruinas mayas. Se hace acompañar de un arquitecto inglés, Frederick Catherwood que nos ha dejado unas láminas de una precisión que parece fotográfica. Publican dos libros: "Incidents of travel in Central America Chiapas and Yucatan" en 1841 e "Incidents of travel in Yucatan" en 1843. Los simples títulos nos indican que se trata fundamentalmente de libros de viajes y en efecto una gran parte del contenido de los cuatro volúmenes relata con gran sabor los episodios y aventuras que

pasaron los viajeros y son una lectura extraordinariamente amena. Sólo una parte está dedicada a la descripción de las ruinas de las ciudades que visitan entre muchas peripecias. En el primer viaje describe Copan que lo deja maravillado y donde Catherwood reproduce muchas de las estelas. Desde que ve la primera de esas extraordinarias figuras de piedra queda definitivamente en el campo de Prescott y en contra de Robertson, que años antes había publicado una historia que tuvo gran fama en la que considera al indio americano como un simple salvaje. Dice Stephens: "La vista de este inesperado monumento quitó de nuestras mentes, una vez por todas, toda vacilación respecto al carácter de las antigüedades americanas, y nos dió la seguridad de que los objetos que estábamos buscando eran interesantes, no sólo como restos de un pueblo desconocido, sino como obras de arte, probando, como documentos históricos nuevamente descubiertos que las gentes que una vez habitaron el continente de América no eran salvajes". El viaje prosigue después rápidamente por Quirigua, Sta. Cruz Quiché, Huehuetenango, Ocosingo. Se detienen más en Palenque donde reproduce Catherwood varias de las más célebres inscripciones, pero la visita más importante desde el punto de vista de las conclusiones a que llega es la que hace a Uxmal, al fin de su primer viaje. En unas páginas que por su sentido racional, lógico y apegado a los datos concretos se destacan de la serie de fantásticas elucubraciones de sus contemporáneos, llega Stephens a la conclusión que las ruinas de Uxmal son el producto de los antepasados de los actuales habitantes de la península y descarta todas esas fechas fabulosas "antediluvianas" que sostiene Dupaix. De acuerdo con esto quedan eliminados una vez por todos los griegos, fenicios, indúes, chinos y especialmente egipcios de la lista de los antepasados americanos. Son muy notables los argumentos que da para descartar a los egipcios que por el hecho de tener también pirámides eran los mejores candidatos. Hace notar que la pirámide es simplemente la forma más sencilla y segura de construir sobre bases firmes y que se sugiere sola a cualquier pueblo; la forma exterior, no es igual en Egipto y México y sobre todo las egipcias son un edificio mientras que las mexicanas sólo son un basamento para un templo o palacio; asimismo las egipcias tienen galerías y cuartos interiores mientras las mexicanas son un bloque sólido; las egipcias además no tienen escaleras. Es lás-

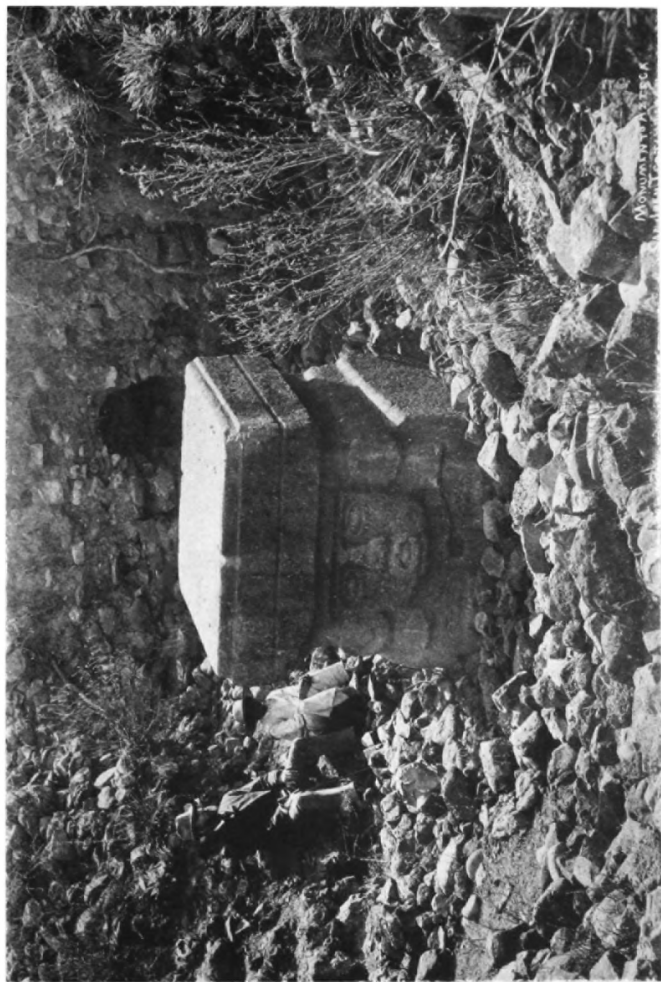
tima que muchos investigadores futuros no hayan tomado en cuenta estas sensatas reflexiones.

El segundo viaje de Stephens y Catherwood es ya con el único objeto de visitar ruinas y logran catalogar cuarenta y cuatro entre las cuales están Labna, Sayil, Kabah, Chichén, Coba, Tulum. Con las múltiples exploraciones realizadas en este viaje confirma sus conclusiones anteriores y trata de correlacionarlas con datos históricos y calendáricos que le proporciona D. Juan Pío Pérez con quien habla en Peto en 1842. Este ilustre yucateco había preparado una cronología antigua de Yucatán que Stephens traduce y publica como apéndice a su libro y era probablemente la persona viva más versada en esas cosas. Todavía se destaca su Diccionario de la Lengua Maya. Merece mencionarse otro apéndice de Stephens en que trata del sistema de construir arcos en la región visitada y lo compara a los del Viejo Mundo. Creo que es el primer estudio de este tipo que tenemos y por incipiente que sea está ya dentro de la futura tradición arqueológica.

En resumen, éste es seguramente, desde nuestro punto de interés, el viajero más importante y el que verdaderamente abre el camino. Muchos años han de pasar aún para que se siga su trazo, pero la brecha está limpia. Stephens ya no es un ilustrado, con todo y su gran admiración por Humboldt, y tampoco es un romántico. Es un hombre que no se deja llevar por cuentos. El único dogma histórico notable en él es la "leyenda Negra" de la que, como buen norteamericano de su época, no ha podido desprenderse.

Si, como se ha dicho, Stephens, fué el Herodoto del Mundo Maya y son ya muchas las ediciones de sus libros, en cambio la suerte de las piezas que pensó salvar fué verdaderamente trágica. Se llevó consigo, para exhibir en Nueva York, en una curiosa combinación de feria y museo, esos "panoramas" tan a la moda entonces, objetos que había recogido en el curso de sus viajes. Entre ellos, los dinteles fechados del Palacio del Gobernador de Uxmal "piezas inestimables", como dice Morley. En un incendio del "panorama" se perdieron todos y sólo quedó lo que aún no llegaba a Nueva York y fué redescubierto muchos años después por Spinden.

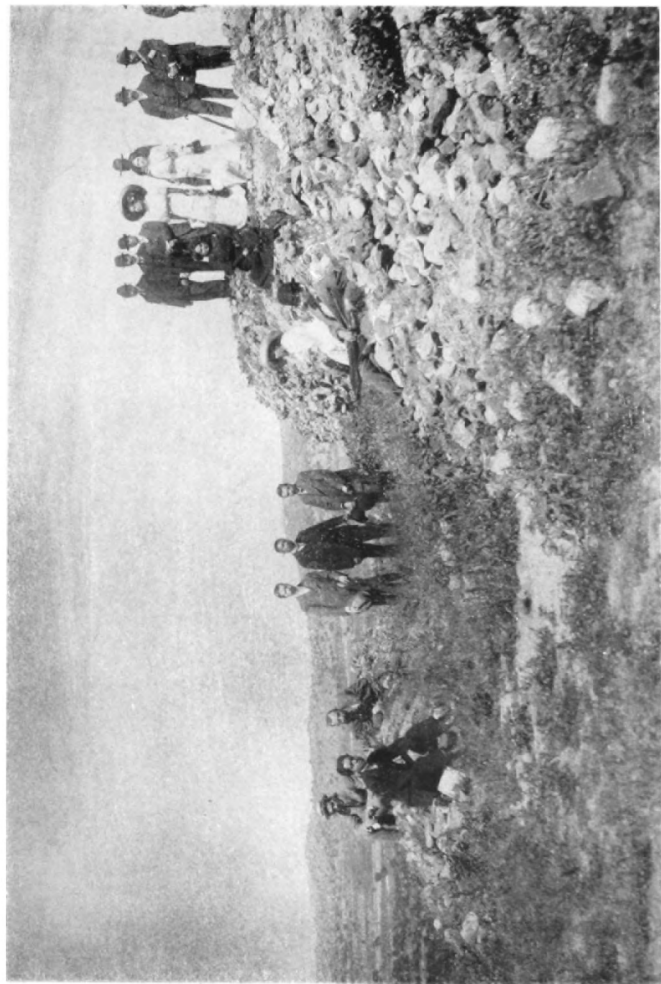
Mientras que estos viajeros y pre-arqueólogos llevaban a cabo sus exploraciones, los estudiosos de gabinete tampoco estaban perdiendo el tiempo.



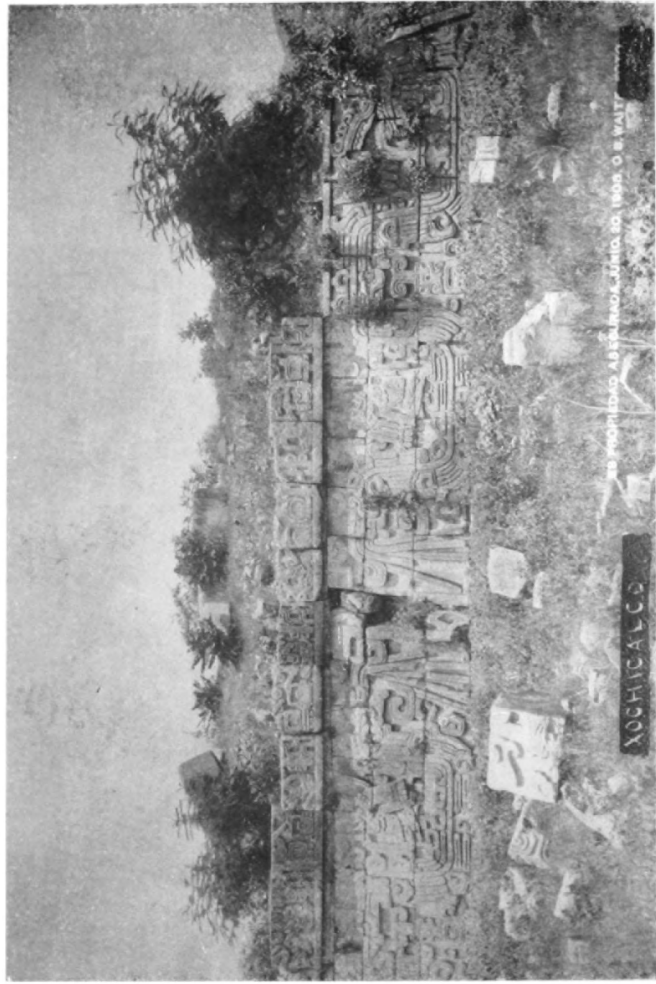
La diosa del agua tal como se encontró en Teotihuacán.



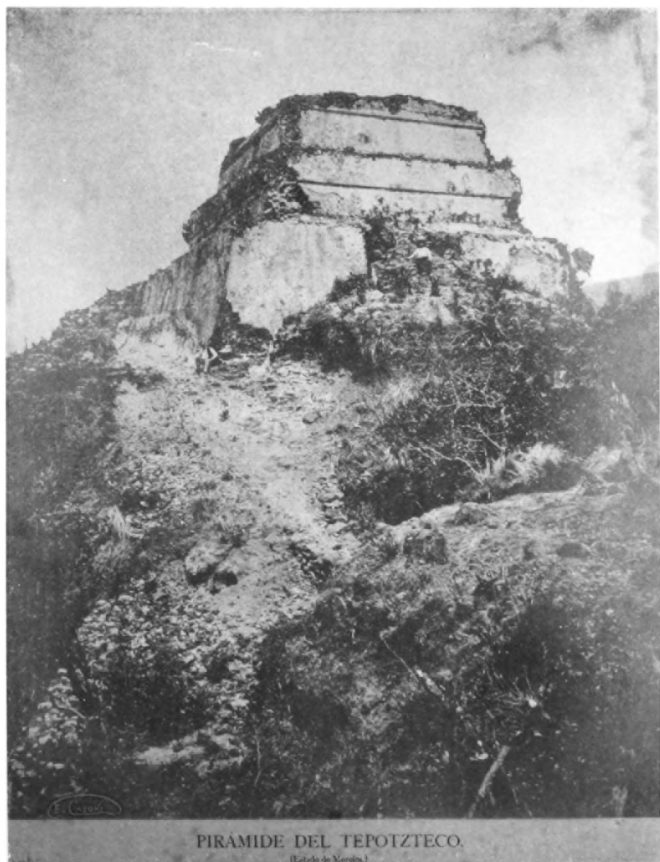
Templo del Sol en Palenque hacia 1900.



El templo superior de la pirámide del sol en Teotihuacán antes de los trabajos de reconstrucción. Grupo de arqueólogos.



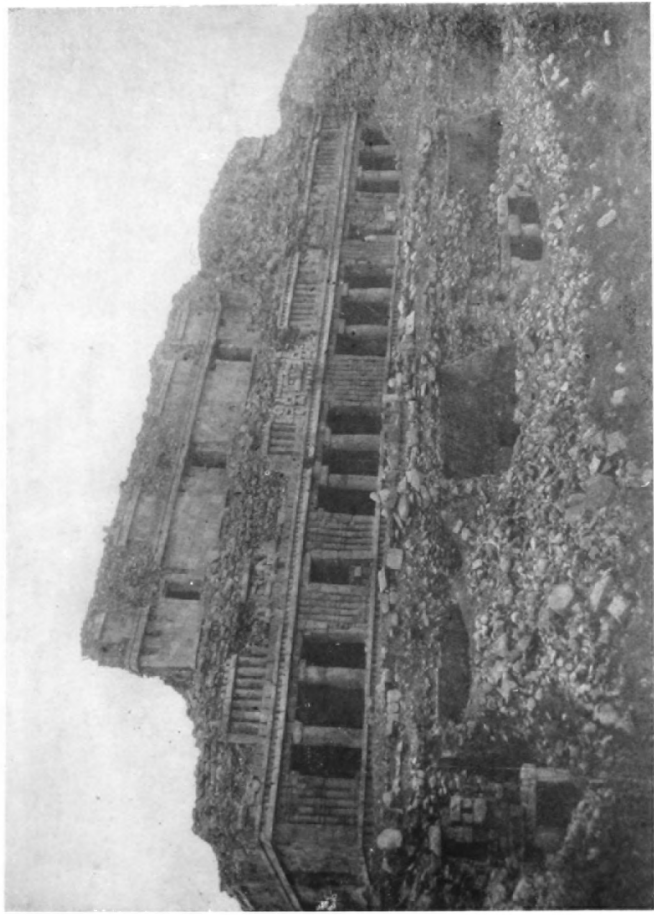
El templo de la serpiente en Xochicalco antes de los trabajos de reconstrucción. Así lo vieron Alzate, Humboldt y todos los visitantes del siglo XIX.



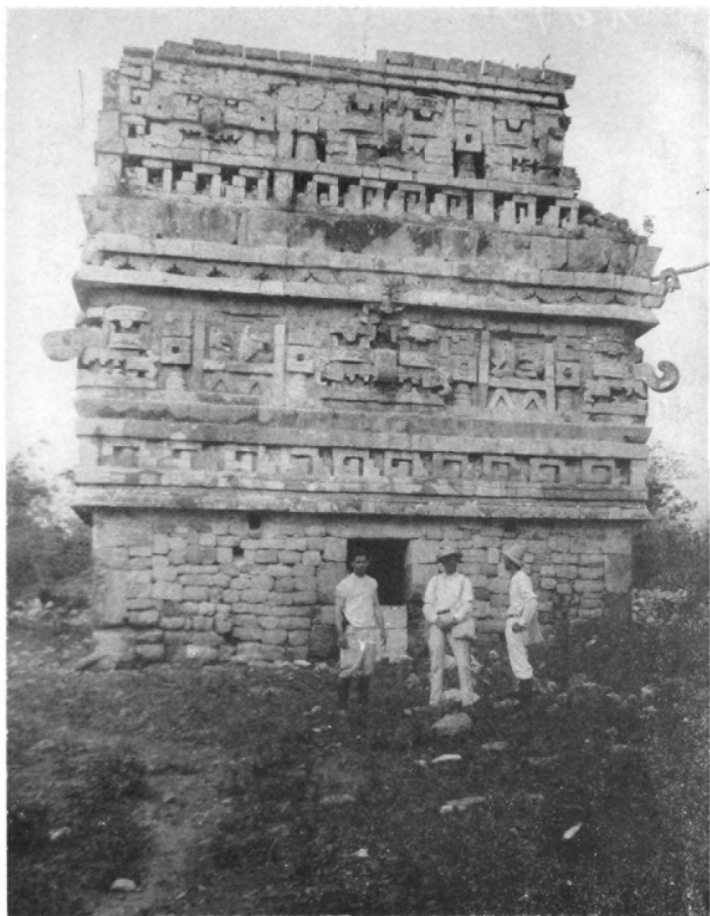
PIRAMIDE DEL TEPOTZTECO.

(Estado de Morelos.)

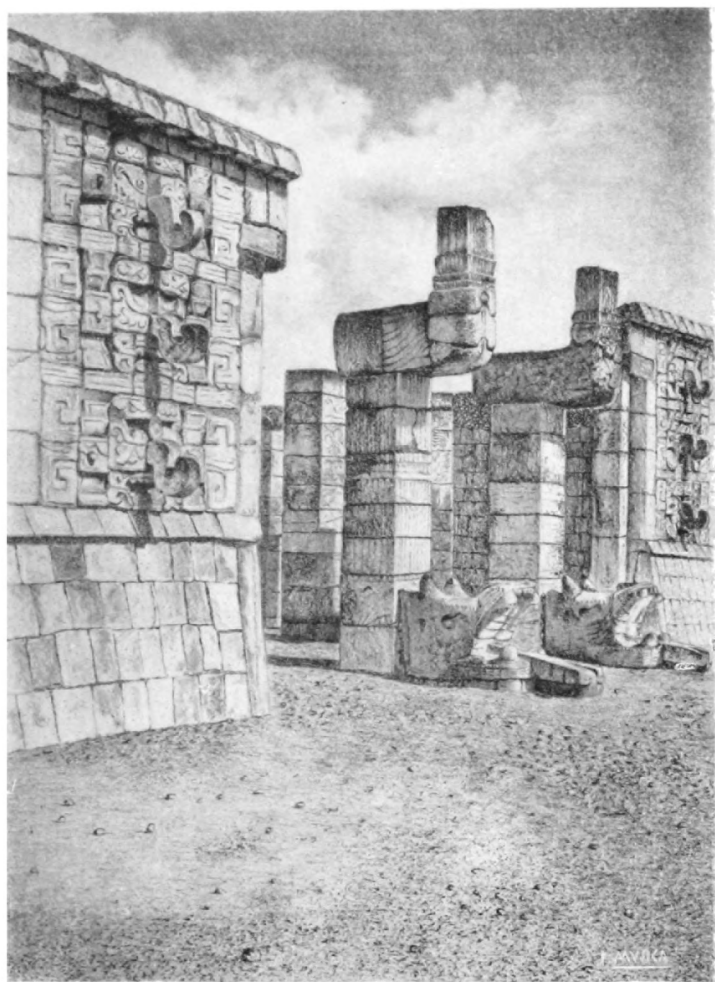
La pirámide del Tepozteco, Morelos en la época de Selser.



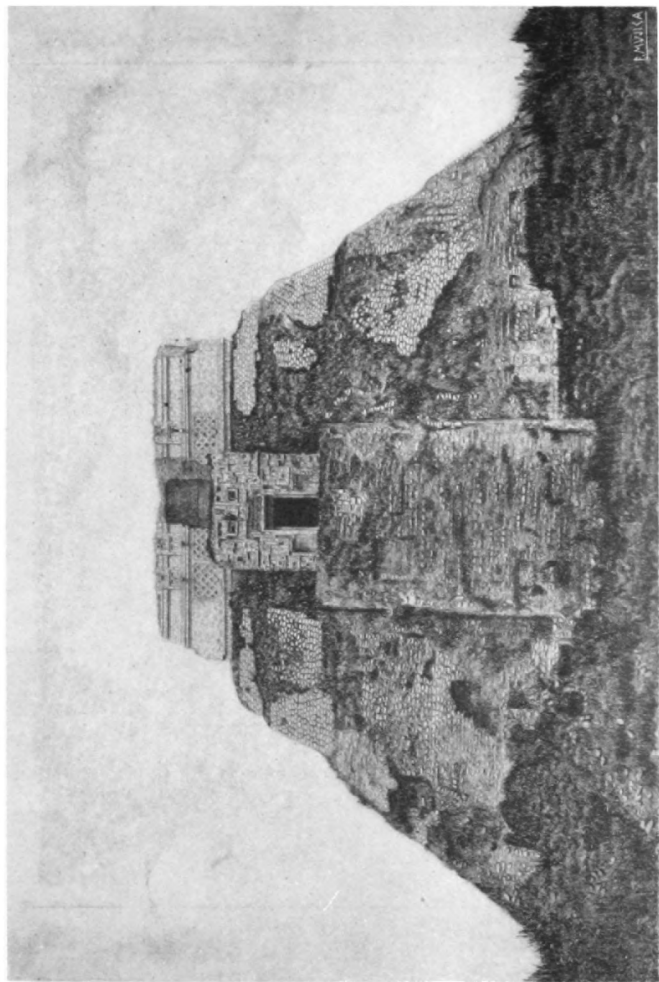
El palacio de Sayil, Yucatán. Esta fotografía vieja muestra el edificio probablemente igual que cuando lo vio Stephens.



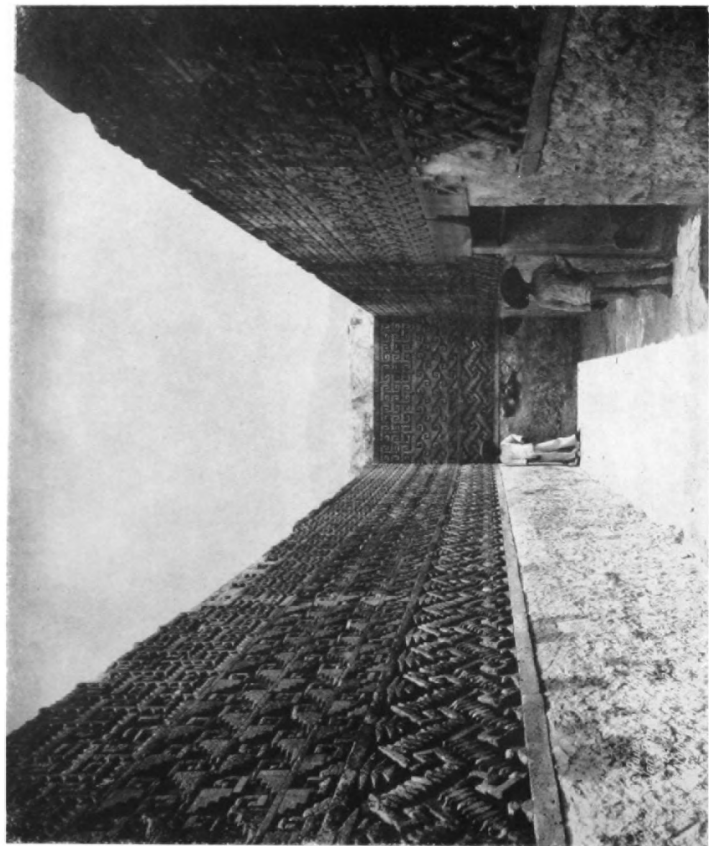
La "Iglesia" de Chichén-Itzá a principios del siglo.



El templo de los guerreros de Chichén-Itzá según un dibujo de Mújica.



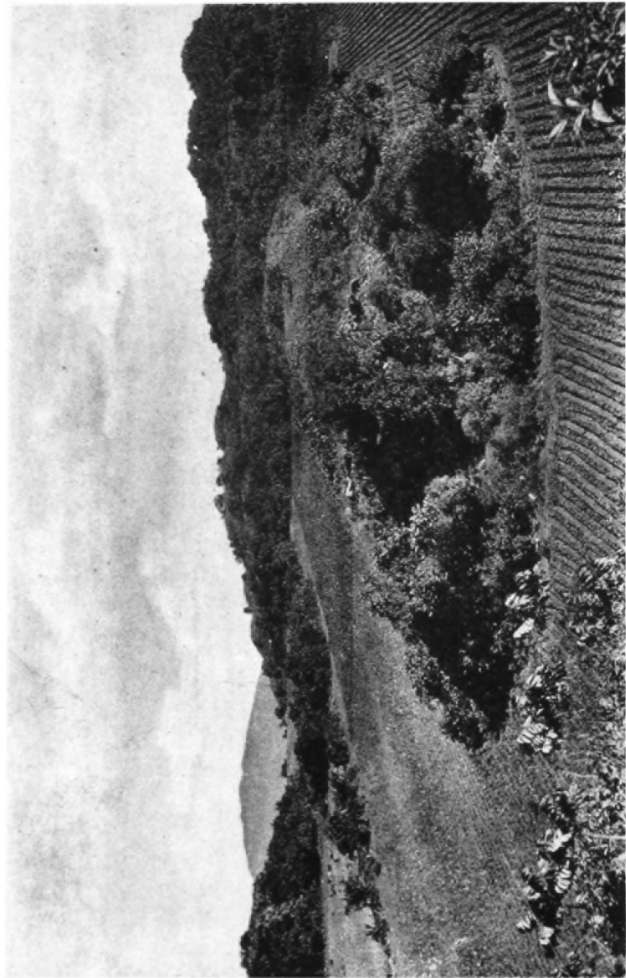
La pirámide del Adivino de Uxmal según Mújica.



Uno de los aposentos de los palacios de Mitla. Foto de la época de Holmes.



Otra foto contemporánea de la anterior, de la fachada interior del palacio Norte de Mitla.



Monte Albán antes de las exploraciones. De tal manera se había perdido la tradición de la existencia de la gran ciudad, que ni su nombre indígena conocemos.

Son durante esta época de una importancia fundamental no tanto por lo que se refiere a sus propios estudios que sólo en casos aislados son todavía útiles, sino en el sentido de que por primera vez se empiezan a publicar en forma abundante y exacta los documentos y las crónicas que son la base de nuestra historia antigua.

Tenemos que pensar, para darnos cuenta de la posibilidad de hacer algún trabajo que tenían los historiadores antes de 1850, que salvo las pésimas ediciones de Bustamante y la casi inaccesible colección de Kingsborough, no tenían sino las crónicas editadas en la época en que se escribieron. Sahagún, Landa, Motolinia, Mendieta, las Relaciones de Nueva España, todos los autores indígenas y todos los anónimos, una gran cantidad de códices, etc., etc., nunca se habían publicado y muchos yacían ignorados en diversas bibliotecas. Vemos en la correspondencia de los estudiosos que vamos a tratar a continuación cómo gran parte de su tiempo se iba en descubrir documentos y en hacerlos copiar a mano. Por tanto, era inútil ponerse a hacer estudios originales que sin el auxilio de los documentos aún inéditos nunca podrían ser de mayor valer. Lo urgente era editar. "Si ha de escribirse algún día la historia de nuestro país, es necesario que nos apresuremos a sacar a luz los materiales dispersos que aún puedan recogerse, antes que la injuria del tiempo venga a privarnos de lo poco que ha respetado todavía" escribió García Izcalbalteta en 1858 en el prólogo del primer volumen de su Colección de Documentos para la Historia de México.

El primer gran editor mexicano es D. Carlos María de Bustamante más que nada un político, pero que dedicó una gran parte de su vida y de su trabajo a publicar una larga serie de manuscritos algunos de ellos de primera importancia, como Sahagún, un fragmento de Ixtlilxóchitl, Beaumont a quien él llama Vega y otros. Desgraciadamente, y como ya dije, Bustamante era un político y por lo tanto su interés fundamental al publicar estas obras era probar sus tesis, lo que causó que resultara el editor menos fiel y menos apegado a sus originales que pueda uno imaginarse, ya que continuamente los mutilaba y "arreglaba". Las ediciones de Bustamante son prácticamente inútiles, pero cuando menos despertaron interés. No debemos olvidar además que, entre otras cosas valiosas, fué el primero en dar a conocer la segunda parte del libro de Gama. Ya men-

cionamos a Don Juan Pío Pérez; Alamán, el célebre historiador, no sólo estudia algunos temas indígenas en sus apéndices sino que en 1831 funda el Museo Nacional, este mismo museo que hoy existe y que desde 1865 Maximiliano instala en el palacio que aún ocupa.

Mientras tanto, entre 1830 y 1848 se publica en Londres una obra verdaderamente monumental: los nueve enormes tomos de "Antiquities of Mexico" editados por Lord Kingsborough. Incluyen esos volúmenes magníficas y costosísimas reproducciones de códices indígenas y de escritos del siglo XVI, así como comentarios contemporáneos bastante lamentables. Tan costosa fué la reproducción, que el Mecenaz acabó en la cárcel para deudores. Los códices editados son: Mendocino, Telleriano-Remensis, Boturini, Bodley, los dos Selden, los dos Vaticanos, Laud, Boloña, Vindobonensis, Humboldt, Borgia, Dresden y Fejervary-Mayer. Esta es seguramente la colección más importante de códices mexicanos que se haya reproducido jamás, no igualada siquiera por las más perfectas, pero menos abundantes, ediciones del Duque de Loubat. Es lástima que el fin principal perseguido por Kingsborough en su trabajo haya sido el de demostrar que los judíos son los antepasados de los indígenas americanos.

Por esa misma época florece el ilustre don José Fernando Ramírez que también, desgraciadamente para nosotros, perdió la mayor parte de su vida en asuntos de tipo político, sumido en esa vorágine de los gobiernos mexicanos del siglo XIX. Seguramente son estas fantásticas condiciones de incertidumbre las que han hecho que la obra propia de Ramírez quede todavía hoy día en gran parte inédita, y no haya sido debidamente apreciada. Tenía talento extraordinario y una rara habilidad para moverse en el laberinto de los escritos pictográficos. Quedan hoy en día felizmente custodiados ya en la Biblioteca del Museo Nacional, más de 20 volúmenes de manuscritos total o parcialmente inéditos que han sido una mina para investigadores posteriores.

Con todo y estas circunstancias, publica Ramírez el "Cuadro Histórico-Jeroglífico de la Peregrinación de las Tribus Aztecas" que a más de la Tira de la Peregrinación contiene el mapa Sigüenza, una serie de códices de la colección Aubin como el Tonalamatl, el mapa Tlotzin que intitula Historia del

Reyno de Aculhuacan y México, el mapa Quinatzin, el mapa de Tepexpan, el Códice Aubin 1576, la Vida y Escritos de Fray Toribio de Motolinia y su edición tal vez más importante, la Historia de Fray Diego Durán, cuyo primer volumen aparece en 1867. Ya muerto Ramírez, Alfredo Chavero publica el segundo en 1880.

En parte contemporáneo y en parte posterior vive en México otro gran publicador de obras importantes, don Joaquín García Icazbalceta. En contraste absoluto con los dos anteriores, García Icazbalceta jamás interviene en política y dedica todo el tiempo que le deja el cuidado de sus bienes y su familia a estudiar y editar parte de la valiosísima colección de manuscritos que había reunido. Su obra comprende a Motolinia, Mendieta, el Conquistador anónimo, la IVa. carta de Cortés, la Relación de Texcoco de Juan Bautista Pomar, Zurita, la Historia de los Mexicanos por sus Pinturas, etc. Sus ediciones son impecables no sólo en lo que se refiere a la transcripción del texto, sino también en cuanto a la impresión generalmente dirigida y a veces hecha por él mismo. Su obra bibliográfica y filológica, aunque tan importante, no cae directamente dentro del campo de lo que aquí nos interesa.

También desde mediados del siglo XIX florece otro hombre cuya aportación fundamental no consiste en publicar obras inéditas cuanto en recopilar tanto dato disperso para escribir los cuatro volúmenes de su "Historia Antigua de México". Este hombre, don Manuel Orozco y Berra, logra la primera gran historia que se había escrito desde la muerte de Clavijero y supera al ilustre jesuita. Aunque haya sido rectificado en innumerables asertos, todavía hoy es valiosa y digna de consultarse la Historia de Orozco y Berra. No deseando caer en excesos partidaristas, en simpatías u odios injustificados tanto hacia indios como hacia españoles, Orozco y Berra es un clásico historiador documentalista y objetivista que procuraba "buscar la verdad y la justicia" como afirma en su prólogo.

Largo tiempo anduvo inédita su obra, hasta 1880. Como una curiosidad conservo una copia manuscrita personalmente por García Icazbalceta, copia necesaria, ya que no se imprimía el libro, pero que nos indica la importancia que a su autor se daba. Es además un lingüista de calidad que hizo una de las clasificaciones más serias de las múltiples lenguas de México.

Quiero mencionar finalmente a Antonio García Cubas que aun cuando es principalmente un geógrafo, no pierde oportunidad de publicar un estudio o un mapa antiguo.

El interés sobre el México Antiguo tiene también un gran auge en los Estados Unidos durante el siglo XIX. Entre los autores de obras de tipo general ya he mencionado a Prescott, pero en realidad la aportación magna es la que en innumerables volúmenes hace Bancroft cuyos tomos sobre México se publican entre 1874 y 1890. Bancroft, como García Icazbalceta, acumuló una gran cantidad de materiales y tanto sus publicaciones como la todavía hoy floreciente Biblioteca Bancroft son una fuente que parece inagotable de datos valiosísimos.

A mediados del siglo pasado el único país europeo donde se hacía una gran labor y donde por cierto la Antropología había de nacer, era Francia. Merece mención Ternaux-Compans que entre 1837 y 1840 publica 20 volúmenes de documentos importantes. Otro francés, Aubin, había coleccionado desde 1830 un caudal maravilloso de documentos, entre otros algunos que fueron de Ixtlilxóchitl, de Sigüenza, de Boturini, de Veytia y de Gama. A partir de 1849 publica su magnífico "Memoires sur l'écriture figurative et la peinture didactique des Mexicains", que, junto con el trabajo de Ramírez, mucho había de adelantar el desciframiento de los glifos aztecas. Su carácter bastante extraño hizo que Aubin no permitiera el acceso a sus papeles que permanecían inéditos, salvo aquellos que lograra arrancarle Ramírez y que ya se mencionaron. Para terminar con la historia de la colección Aubin, en 1889 la compra Eugene Goupil, que con un espíritu enteramente distinto hace publicar por Boban los "Documents pour servir a l'histoire du Mexique" en 1891 y a su muerte la lega a la Biblioteca Nacional de París. En 27 de febrero de 1864, con motivo de la intervención francesa en México, Napoleón III, a imitación de Napoleón I en Egipto, crea la Comisión Scientifique du Mexique. De los muchos trabajos de esta Comisión sólo nos interesan naturalmente los que se refieren al México antiguo. El alma de ella fué un curioso abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg que ya había venido visitando y explorando en México y Guatemala, y que desde 1859 publicó el cuarto y último tomo de su "Histoire des Nations Civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale". Su trabajo, sin embargo, sólo termina hacia 1866. Toda la obra de Brasseur es un extraor-

dinario pot-pourri de teorías absurdas, de fantasías sin base y de pruebas que no lo son, demostrando el espíritu menos científico imaginable. Desde ese punto de vista poco útil nos dejó el curioso cura de Rabinal, gran viajero y escudriñador de papeles viejos. Pero con un olfato realmente notable descubre y publica el libro más importante que nos queda del mundo maya: "La Historia General de las Cosas de Yucatán" de Fray Diego de Landa hasta entonces inédita. Traduce al francés, basado en Ximénez, el libro sagrado de los quiché generalmente conocido como Popol Vuh, que en los mismos años era impreso en alemán. Bastan estas dos ediciones para hacer a Brasseur acreedor de nuestra eterna gratitud.

Otros miembros menos vistosos de la Comisión Científica de México, son sin embargo de importancia como César Daly, que ya tiene una idea científica de lo que va a ser la arqueología como lo demuestra en el párrafo siguiente: "Para aclarar la historia del antiguo México y generalmente la de América Central, por el estudio de los monumentos, no basta a mi entender, explorar solamente los edificios más satisfactorios desde el punto de vista del arte; es necesario, al contrario, comenzar por levantar el cuadro general de todos los monumentos de esas regiones, a reserva de compararlos después entre ellos de acuerdo con sus relaciones geográficas, políticas, religiosas y artísticas así como según la manera de su construcción, los materiales empleados, el genio de las poblaciones, etc."

Aunque forzosamente he tenido que dejar en el tintero a un gran número de estudiosos, algunos de los cuales seguramente merecían mejor tratamiento, vamos a ver qué se hacía mientras en lo que se refiere a exploraciones. Solamente por la importancia tan grande de sus autores en otros campos menciono la descripción de Xochicalco que hace Taylor en su libro "Anáhuac" escrito como resultado de un viaje a México, así como "Archaeological Tours in Mexico" de Adolph Bandelier publicado en 1884. Bandelier había resucitado las viejas teorías de Richardson sobre la situación tan primitiva de la organización política y social del antiguo México basando su trabajo en una gran cantidad de documentos que, si a veces nos parecen mal interpretados, hacen que la obra de Bandelier siga siendo fundamental. En 1863 se publica en Francia "Cités et Ruines Americaines" de Charnay y del célebre arquitecto de Napoleón III, Viollet-le-Duc. Es una de las más típicas mues-

tras de las obras que pretenden llegar a vastas síntesis sin haber antes analizado material alguno. Todos sus datos básicos son falsos lo que naturalmente hace que sus conclusiones resulten absurdas.

Charnay sin embargo hace muchas más exploraciones y en 1885 publica su libro más importante "Les Anciens Villes du Nouveau Monde". Aunque su técnica no puede ser más cruda, su fundamento teórico ya es arqueológico puesto que propone con fotografías, que es de los primeros en usar, y con datos exactos o que cuando menos él considera exactos, comparar unos monumentos con otros situados en regiones distintas, para ver así si resultan iguales. Esta comparación incluye Tula, Teotihuacán, cerámica de los Volcanes, Comalcalco, Chichén Itzá, Uxmal, Kabah, Palenque y varias otras ciudades de Yucatán y del Petén. Llega a la conclusión, de que se trata de diversas ramas de una misma civilización cuyo origen está en Tula.

Toda su tesis está ya hecha desde que viene a México y el único objeto de su trabajo es demostrarla, lo que en estas condiciones no es de extrañarnos que crea haber logrado. Consiste su hipótesis en tres puntos únicos: 1.—Las culturas mexicanas tienen un solo y mismo origen; 2.—Eran relativamente modernas; y 3.—Eran todas toltecas o sea que cuando los toltecas llegaron trajeron toda la civilización con rasgos tomados de varios lados como Polinesia, Asia o las Antillas.

Toma sus datos de edificios, culturas o vasijas (sólo enteras) y nos ha dejado planos de edificios que explora, como en Tula, así como vistas de fachadas, tanto de frente como de perfil, todo ello bastante exacto y por lo tanto formando un cuerpo de datos todavía valioso. Es realmente el primer libro arqueológico, aunque desde luego pre-estratigráfico, más o menos moderno que queda. Su obra, siguiendo la tradición de Humboldt o de Stephens, está escrita como un recorrido de viaje y naturalmente no faltan en ella los románticos y ridículos episodios en que Charnay nota como una bella nativa pretende atrapar a sus hombres y sólo logra salvar "la virtud de mes hombres" y escapar de las redes femeninas saliendo a las cinco de la mañana.

Recapitulando lo ya dicho creo que el siglo que va de Gama a 1880 poco tiene propiamente de estudio arqueológico pero durante él se hacen posibles los estudios posteriores mediante, por un lado, la publicación de una infinidad de manus-

critos de primera importancia, actividad que se continuará y que aún no termina, y a través de viajes que dan a conocer, aunque sea superficialmente, las grandes ciudades enterradas y perdidas y algunos de los innumerables restos materiales de las culturas muertas. Es un siglo principalmente de descubrimiento de objetos aunque no de análisis de ellos. Este sólo empezará mucho más tarde, en realidad estamos plenamente en esa época ahora. Aunque el valor de los trabajos de esos pre-arqueólogos sea frecuentemente dudoso, sin embargo nuestra deuda es inmensa hacia estos primeros exploradores de ciudades y hurgadores de archivos.

LA MUJER EN EL PERU

Por *Mario A. PUGA*

Como rosa de sangre floreces en la vida.
Por ti el dolor del tiempo se doblega,
la alegría del ser rinde su fruto.

CANTADA por los poetas, imagen del dolor y la esperanza, espejo de la vida y acicate del ensueño, veo a la mujer peruana como personaje central del drama humano en el escenario de la historia. Mujer india, mujer negra, mujer blanca, mujer mestiza, todas desempeñaron y desempeñan papel fundamental en el desarrollo de la cultura. El hombre, sin embargo, la disminuye y posterga, regateándole merecimientos y calidades.

En el teatro de la vida peruana ha sido el personaje a quien se negó tradicionalmente el lugar que en el hogar, en el campo o en la ciudad, al lado del hermano, del padre, del marido, se conquistó y ganó para los suyos con dolor y sacrificio. Da ella todo, poco recibe, mucho se le niega. Y el atraso de nuestra cultura radica no poco en esta actitud de orgullo sexual, de sexo varonil, que se empeña en retener para sí todos los derechos, dejando para la compañera de su vida, para aquélla sin quien no es posible la vida plena, sólo cargas, aunque disfrazadas con la hipocresía del decoro y el ornamento, del culto a su belleza y a su gracia.

Procurar esclarecer la situación real de la mujer dentro del esquema social del Perú, es intentar medir su grado de desarrollo en la cultura, su avance integrador hacia la realización de valores sociales, porque ahí donde la mujer es menospreciada e incomprendida —es decir, donde la mujer como receptáculo del culto del hogar y como meta del amor viril; donde la mujer como estímulo de empresas del espíritu y como com-

pañera de la aventura vital— es desoída y negada, no puede pretenderse que la cultura haya arribado a una alta cima, ni que hacia ella avance con seguro paso.

Esta actitud viril negativa hacia el rol social de la mujer se identifica a través de los episodios de la historia, con el reaccionarismo obcecado de una casta que defiende sus privilegios contra el embatir de una nueva sociedad, de un tipo humano integrado por la resultante de las fuerzas telúricas y de los factores biogenéticos; que defiende sus fueros y privilegios contra el reclamo secular del pueblo que exige un orden de justicia y de libertad. Por esto, tanto como el indio, la mujer exige su reivindicación. Reivindicación ante la historia y ante el hombre, reivindicación en el hogar y en la calle; en el taller, la escuela y el laboratorio; reivindicación en las artes y los oficios, reivindicación en fin, en el recóndito templo de amor y esperanza del corazón del hombre, para realizar en mancomún la tarea que la vida les depara.

La reivindicación de la mujer es la lucha contra los prejuicios de sexo y de casta, de inteligencia y de sensibilidad, de fortaleza y debilidad. Es la ruptura total de una estructura añeja que heredamos de conquistadores y conquistados, para dar paso en el futuro a nuevas formas de organización, dedicada no sólo al esfuerzo económicamente productivo sino —y esto es tanto o más importante que aquello— al esfuerzo creador de cultura, de auténtico sentido y finalidad vitales.

Si la jerarquización y la estratificación de una sociedad llevan consigo la cristalización de formas dadas de vida, en las que la mujer juega el importante papel de "fijador" de los procesos biológicos y sociales; todo cambio, toda revolución auténtica debe entrañar la incorporación al proceso, de ese elemento fijador, estabilizador, para modificarlo por igual dentro del ritmo y compás del movimiento de transformación. Su función se cumplirá, entonces, en el nuevo plano de la realidad creada, en nueva relación entre los sexos, en otro nivel de vigencia de sus calidades intrínsecas. No puede pretenderse transformar una estructura, si este elemento fundamental permanece idéntico e invariable. La obra sería efímera. Quien se diga revolucionario en política y sea reaccionario en cuanto a la mujer se refiere, no hace sino engañarse a sí mismo.

Tales son las razones que nos llevan a revelar la verdadera posición de la mujer en el pasado y el presente de la sociedad

peruana. Porque la mujer está en el centro mismo de la vida y, por ella tanto como para ella, se crearon las culturas. Porque no solamente es la necesidad económica el leit motiv de la acción social. También lo es, en igual grado, la necesidad biológica que, en su más alta manifestación, es la necesidad de crear valores del espíritu.

En el Tawantinsuyo

EL Imperio de los Cuatro Horizontes se erigió sobre un orden colectivista en el trabajo, comunitario en la propiedad, socialista en los fines. La individualización de la persona no fué problema sino en las postrimerías del desarrollo de esta alta cultura americana. La persona era más bien un ente colectivo, pues toda su significación radicaba en su utilidad social. Por esto el centro y cimiento de la estructura social está en el *ayllu*, la gran familia.

Este orden social de fuertes caracteres señoriales, donde una clase dominante —precisamente, una nación con sentimiento del destino imperial y de culto heliolátrico como la quechua— se instala en la cima del edificio político, es patriarcal. Afirmado en el poder viril de Wirakocha, el sistema de los inkas no da un lugar especial a la mujer. Su posición política es nula, es secundaria su situación social, aunque en los orígenes es tan destacada como la del hombre. Pareciera que el mito de la pareja real fundadora, simbolizara el encuentro de dos círculos de cultura, el matriarcal y el patriarcal, el agrícola y el pastor-ganadero, que alcanzan cada una, independientemente, la domesticación del maíz para la alimentación humana y la domesticación de los equinidos para el vestido, en las agrestes regiones andinas.

El choque de dos círculos culturales de esta clase produce siempre una fuerza expansiva en el pueblo pastor-ganadero que, al contacto del matriarcal sedentario y agrícola, se erige en constructor de ciudades y señor de la sociedad en la que, si bien existen jerarquías, no hay castas ni cristalizaciones inertes, sino la dinámica de un organismo vivo que crece en extensión y profundidad. La jerarquización en el Tawantinsuyo es elemental en un principio. Como viera *Herman Trimbora*, comienza siendo un orden trigradual: en la base, el pueblo; al

medio, la nobleza local o regional, sometida o confederada al poder central; y, en la cúspide, la nobleza imperial quechua. Pero, agregamos, desde que se afirma el Estado Señorial aparece un sector móvil, de gran facilidad de desplazamiento en lo económico, social y geográfico; es la gente *destrribalizada*, la mujer y el hombre extraídos de sus ámbitos ancestrales y liberados de los lazos clánicos y tribales para servir al Imperio.

Dentro de esta estructura la mujer ocupa posiciones correspondientes a las del hombre a quien está sometida. El hombre es "su señor", como aún lo sigue siendo para casi toda la sociedad peruana hoy día. Ni la mujer noble de los reinos federados, ni la mujer noble del Cusco, tienen función ni intervención alguna en la vida social, como no sea su concurrencia a las grandes festividades mágico-religiosas. En realidad ésta es la función principal de la mujer noble: servidora de los dioses y servidora de su señor en la tierra. En el pueblo, la mujer es no solamente la servidora de su marido y la encargada del hogar y de la crianza de los hijos sino que, también, su colaboradora necesaria en el trabajo productivo. Los cronistas españoles de la conquista están de acuerdo al respecto, pues aunque sólo los hombres eran tributarios "no por eso les dejaban de cobrar (a las mujeres) buena parte de los trabajos de los tributarios, porque en todos ellos les ayudaban a sus padres y maridos mientras andaban ocupados en sus mitas y tareas, excepto en la guerra".¹

Mas no se crea que esta cooperación de la mujer era resultado de una "tiranía" inkaica. La necesidad social fué la creadora de esta cooperación, como lo fué de la cooperación de todo el agregado humano en su lucha con el ambiente para subsistir. La pobreza de las tierras, las difíciles comunicaciones, la eventualidad de las aguas y otros factores de la Ecología peruana, determinaron el modo de relación colectiva frente a la propiedad, fuente de producción de los bienes económicos. De modo que la riqueza de un ayllu se podía contar tanto por el número de brazos hábiles para producir, de que disponía, como de la calidad y magnitud de las obras de defensa de la tierra, de las de hidráulica, etc., que había logrado realizar para la consecución de sus fines. Por esto mismo, la mujer tiene una importancia económica esencial.

¹ BERNABÉ COBO: *Historia del Nuevo Mundo*, 4 tomos. Ed. Sevilla, 1890-93.

Las bellas canciones colectivas que entonaban los indios en sus tareas de riego, labranza y cosecha eran dichas por graves voces varoniles y finas y agudas gargantas femeninas. Hombre y mujer estaban unidos en el culto a la *Pachamama*. Porque el culto a la diosa y madre tierra era, al mismo tiempo, el culto a la necesidad vital de sobrevivir en el futuro a través de los hijos. Como madre era fuente de la riqueza demográfica, capital tanto o más importante que la riqueza natural, pues ésta sin aquélla no podía transformarse en bienes económicos. Esta significación surge con toda evidencia de las plegarias que el inka, acompañado de la nobleza y el pueblo, elevaba a Wirakocha y en las que pide "que multiplique las gentes, que los pueblos y tierras estén sin peligro. . . que los hombres vivan sanos con sus hijos y descendientes, andando por caminos derechos y sin pensar en malas cosas. . . se les acrecienten las comidas y frutos de la tierra para que no padezcan hambre ni trabajo, para que todos se críen".² Es la oración de un pueblo que labra su grandeza en penosa lucha diaria y que no puede recluir a la mujer en el santuario del hogar, segregándola del esfuerzo económico.

Hay, por esto, un deber colectivo por encima de todo. Deber que es natural y divino al mismo tiempo, ya que de él depende la vida con su imagen de miseria o bonanza. Y así, la mujer, como el hombre, es objeto de la actividad del Estado y su vida es seguida en todas sus edades, cada una de las cuales tiene un deber útil para el agregado humano. Dentro del esquema decimal de organización, la vida femenina está dividida en diez calles o edades.³

1	1 mes a 1 año	Llullo wana warmi
2	1 año a 5 años	Llurac warmi wana
3	5 años a 10 años	Pullalloc warmi wamra
4	10 años a 12 años	Pawau pallac
5	12 años a 18 años	Korotasque Ccori

² CRISTÓBAL DE MOLINA: *Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas*. Colección Urteaga-Romero. Lima, 1916.

³ La base de esta agrupación decimal está en "El Nueva Crónica y Buen Gobierno", por FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA. (Ed. del Instituto de Etnología de París, 1936), pero se la ha concordado con las informaciones de FERNANDO DE SANTILLÁN, DIEGO CASTRO y ORTEGA MOREJÓN y la Relación de los Señores que Sirvieron a Inca Yupanqui.

6	18 años a 24 años	Allim Zumac Cipascuna
7	24 años a 50 años	Pawarmin
8	50 años a 80 años	Pallacuna
9	80 años a 100 años	Puñoc Pallac
10		Enfermas y lisiadas

El imperio de la necesidad hizo del matrimonio una necesidad social imperiosa. Estaba aquí la productividad biológica de la mujer, ya que los hijos aumentarían las fuerzas productivas. A los 18 años la *cipascuna*, mujer en edad matrimonial, era casada por el jefe regnícola del ayllu o de la tribu o por el representante del inka. Este matrimonio, realizado por un número de parejas hábiles en día determinado del año, era ocasión de grandes fiestas. Desde ese momento la mujer se incorporaba a la sociedad en su dignidad de madre.

Este matrimonio, con intervención del inka, es por *donación*. A su lado funciona el matrimonio tradicional del ayllu, el por *compra*, que en todo caso es ratificado por la autoridad imperial. En cualquiera de las dos formas funcionaba como precedente el *matrimonio de prueba*, que sobrevive en las aldeas y comunidades indígenas de la actualidad con el nombre de *serviñacuy*. Así se podía establecer la idoneidad de la pareja, su aptitud doméstica y sus calidades personales. Era importante y muy útil porque, después, sólo podía disolverse el lazo por el repudio en caso de adulterio o de esterilidad.

En el Perú prehispánico la mujer no era un ser desamparado. Desde su nacimiento recibía en propiedad medio *topo* de tierra de labranza, mientras que el hombre tenía un topo. Aunque hay desventaja material, la mujer no era una carga para el padre ni la sociedad. Era una compañera en el trabajo productivo y ejercía oficios que requerían de artesanía y especialización, como los tejidos de algodón y lana, la plumería, la cerámica y aun la agricultura. Participaba en las ceremonias religiosas y a su cargo estaba la educación de los hijos, con excepción de los nobles que eran asistidos por los amautas del Cusco.

Mas el matrimonio por donación no alcanzaba a todas las mujeres. Las había en edad de casarse que no eran escogidas por el cacique para ser donadas. Estas mujeres, las *guaspas*, se convertían en especie de asalariadas de su comunidad, realizando tareas domésticas y agrícolas para los vecinos de su ayllu. Recha-

zadas como vírgenes para las casas de *acllas*, no escogidas para el matrimonio por donación, debían esperar a que fuesen compradas por un *aucapuric*, y en último caso, acudir al expediente de comprarse un esposo. "La paga era como la posibilidad de la persona: al curaca daba ovejas (euquénidos), cocos de plata; si hombre pobre, daba un cántaro de *chicha*. Y estas dádivas se llaman entre ellos *toma*, que quiere decir arras; de manera que el que tomaba mujer dando estas arras la tenía más por propia que a las demás y, así, muerto el marido, siempre ésta quedaba en la parcialidad del marido y no volvía a su ayllu por haber sido comprada. Y esta ceremonia se guarda el día de hoy en todos los más valles".⁴

Al margen de los lazos clánicos y tribales existen en el Estado de los inkas, hombres y mujeres adscritos al poder imperial, gentes destrribalizadas⁵ que realizarán una función económica y selectiva importante. Se originan en el desarraigamiento por el inka de los ejemplares humanos que destacan por sus condiciones físicas, su habilidad artesanal o sus cualidades morales. Hombres y mujeres destrribalizados forman las clases extraordinariamente móviles de los *yanacuna* y las *mamacuna*. Maestros de obras, jefes de campo, intendentes de graneros los unos; guardianes de las casas de *acllas*, maestras tejedoras y de cocina, servidoras de templos y palacios las otras; ascienden rápidamente en la estimación social y adquieren en pocos años —menos de un siglo— posiciones destacadas en la administración civil y militar.

Las *mamacuna* proceden en su mayoría de las *acllawasi* o casa de vírgenes. Esta institución que atrajo vivamente la atención del cronista-soldado Francisco de Xerez, estaba destinada a la educación y cuidado de las muchachas núbiles escogidas por el inka o sus representantes, el *tukrikoc* o el *micbuk*. En celibato rígido y bajo el adiestramiento impartido por las *mamacuna*, aprendían las artes domésticas, el cuidado y preparación de las viandas destinadas a los sacerdotes y los nobles; se convertían en extraordinarias tejedoras de obra fina, el

⁴ DIEGO CASTRO y ORTEGA MOREJÓN: *Relación del modo que este valle de Chincha y sus Comarcas se Gobernaban antes que hubiese Incas*. Edición Herman Trimborn. Stuttgart, 1936.

⁵ RICHARD THURNWALD, en 'L'Economie Primitive', París, 1937, empleó por primera vez el término *destrribalizado*, aplicándolo a los escribas y la clientela de los nobles en la alta cultura egipcia.

cumpi, de lana de vicuña, y en tejidos de plumería vistosa para el real tocado. Este acto de segregación no era, como pudiera creerse, una pérdida de calidades sino más bien una ascensión, por lo que todo el pueblo veía con regocijo que de entre los suyos hubiesen jóvenes que el inka tendría más cerca de su esplendor. Polo de Ondegardo dijo que esta costumbre "era de los más pesados tributos que estos (indios) tuvieron en el tiempo del Inga y fuéralo mucho más si no estuvieran satisfechos".⁶

No todas las acllas eran de la misma clase. Según el relato del primer cronista indio, *Juan Santacruz Pachakuti Yamqui*,⁷ escrito en 1620, se distribuían en cuatro jerarquías: las *yuracaclla* o vírgenes blancas, las *wayruaclla* o vírgenes rojas, las *pacoaclla* o vírgenes amarillas y las *yanaaclla* o vírgenes negras. A cada categoría correspondía un destino particular: "al uno primero para el Hazedor... a las wayruaclla para sus doncellas, a las pacoaclla para mujeres de los apocuracas, a las yanaaclla para los indios comunes". Las dos clases altas eran de la nación quechua; las dos inferiores, de los pueblos sometidos o confederados y asimilados al Imperio. De modo que "de las hijas de otros capitanes y de otros curacas, el Inca tomaba para darlas por mujeres a los que le habían servido y no se tenía por menos favorecido y menos gratificado aquel a quién pedían la hija que al que se la daban".⁸ De este modo el poder señorial se manifestaba plenamente en el dominio sobre la mujer. Sin embargo, su importancia económica le dió más de un deber y de un derecho. Fué, en realidad, una compañera que asumía buena parte de responsabilidad en la lucha por la vida.

En el primer cuarto del siglo XVI D. C., Tawantinsuyo era todavía una sociedad en pleno proceso de integración. Por debajo y por encima de la estructura que hemos descrito, el océano siempre móvil de la pasión y el ensueño que une a los seres, tramó dramas y tragedias, romances tiernos y desgarradas quejas de anhelos frustrados. De esto es símbolo translúcido

⁶ POLO DE ONDEGARDO: *Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas*. Colección Urteaga-Romero. Lima, 1917.

⁷ JUAN SANTACRUZ PACHACUTI YAMQUI: *Relación de Antigüedades deste Reino del Perú*. Lima, 1927.

⁸ GARCILASO INCA DE LA VEGA: *Los Comentarios Reales*. Primera Parte. Edic. Lima, 1918.

la pareja formada por *Cusi-Collor* y *Ollantay*, la princesa cusqueña y el valeroso capitán que desafían jerarquías, tabús y anatemas para unirse, superando distancias, en el amor. Porque el amor iguala al ser humano en su pequeñez o en su grandeza.

En la Colonia

EL 31 de mayo de 1532 cayó militarmente vencido el Imperio de los Inkas. Una civilización que tenía como meta satisfacer las necesidades sociales, atrasada en las artes de la guerra y muy adelantada en las artes de la paz —como hiciera hincapié el arqueólogo indio *Julio C. Tello*— sucumbió a manos de un puñado de intrépidos soldados de fortuna, representantes de una civilización que estaba saliendo del Medioevo para entrar a la luz del Renacimiento; de una civilización atrasada en las artes de la paz y diestra en las de la guerra, dueña de una economía que se asentaba en la propiedad territorial y que por meta tenía el lucro y no la satisfacción de las necesidades sociales. El choque fué mucho más grave que la destrucción material de vidas, instituciones y obras del genio americano. Hasta ahora el pueblo no se cura del impacto de una cultura extraña que cortó sus líneas de desarrollo y destruyó sus bases vitales. El conflicto está vivo, con la vida de un drama torturante, frecuentemente teñido con la sangre de los insurgentes y del común indígena.

Se produjo la colisión de un mundo racionalista y de un mundo sincretista, místico, emotivo. "Mientras el indio trataba de absorber y, por eso, terminaba sus conquistas favoreciendo translaciones íntegras de pueblos con sus inevitables mestizajes, el blanco se mantuvo al margen, mezclándose sólo por concupiscencia. Con arrogancia, sin entregar el alma, aunque prestara el cuerpo".⁹ Pero esta actitud que *Luis Alberto Sánchez* denuncia, apenas si se mantuvo en los soldados de la conquista y casi se borra en los que detrás de aquéllos llegaron. Porque la conquista no fué sólo del hombre o de la tierra con sus tesoros acumulados en el transcurso de los siglos. Fué, sobre todo, la conquista del español por la tierra americana y por la mujer indígena y, aun en casos no raros, de la mujer española

⁹ LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *¿Existe América Latina?* FCE. México, 1945.

por el varón indio. El anónimo pechero hispano encontró en el matrimonio el medio de elevarse en la jerarquía de la nueva sociedad y de hacerse de un nombre. Pero también los descendientes de españoles, el criollo, sufrieron la vigorosa embestida de los factores telúricos, haciéndolos adquirir prontamente características distintas a las de sus progenitores orgullosos de su pureza racial; olvidados de que ellos mismos no eran más que milenario trasunto de innúmeros mestizajes.

Cualquiera haya sido la fuerza motivante de la conquista es lo cierto que el conquistador sentó sus reales definitivamente en tierra americana y comenzó a transformarse él mismo en el regazo de bronce de las indias. Esposas, barraganas o amasias las indias rápidamente devienen madres de la sociedad nueva. Conviértense los conquistadores en encomenderos, funcionarios de la Corona, mineros y comerciantes y, en breve tiempo, las raídas ropas militares son sustituidas por el jubón de paño y terciopelo y los costosos vestidos de las damas.¹⁰ Fundaron ciudades en costa y sierra, redujeron a pueblos las comunidades rurales de indios, se encomendaron gentes para su cuidado y educación religiosa y la enseñanza del español—según mandaban las ordenanzas reales—pero fueron, en realidad, servidores del conquistador, dueño ahora de extensas tierras, peonías y caballerizas en premio de su esforzada hazaña.

La escisión del edificio social aborigen da paso al nuevo edificio erigido por el peninsular. Pero tiene que hacerlo con los materiales de esta tierra, con las manos de este pueblo, con el corazón y la mente del indio; y tiene que engendrar, criar y vivir con el pueblo que ha dominado y que lo domina. Si, lo domina a través de la mujer indígena, convertida en madre de una nueva raza, la americana, que avanza por entre la pugna interior de lo telúrico indígena y lo exótico paterno. El mestizo indohispano se mueve desconcertado entre el idioma de mágica sonoridad de la madre y el seco y tajante castellano del padre; desconcertado por las severas discriminaciones legales bajo las que nacía. Y cuando éstas fueron vencidas, le quedaron delante todavía las discriminaciones sociales. Por las

¹⁰ En Lima, la estadística más antigua revela que el oficio de sastre es el más favorecido. En 1556, cuando sólo habían ocho mil españoles en todo el Perú, Lima tenía registrados 323 sastres, 129 zapateros y 80 sederos. EMILIO ROMERO: *Historia Económica y Financiera del Perú*. Lima, 1937.

primeras se fijaba el lugar de residencia y las actividades a que se podían dedicar el indio, el negro, el mestizo y el blanco; se les diferenciaba por las ropas y los adornos de hombres y mujeres; se les diferenciaba por el medio de transportarse de un lugar a otro.

En realidad los lazos humanos tendidos entre conquistadores y conquistados, por medio de la india, burlaron a cada paso los mandamientos de una ley inadecuada y seca, ajena a la tierra y sus pobladores. Las prohibiciones que don *Francisco de Toledo* quiso hacer imperar en el vestido de los indios y de las clases de "color",¹¹ no fueron atendidas. Este hecho no fué típico del Virreinato de Lima. Cosa igual había observado don Juan de Solórzano y Pereyra, de los Consejos de India y de Castilla, quien apunta que esa prohibición no tenía más justificación que el temerse alguna rebelión "pero después que cesó este recelo, otras muchas cédulas nos encargan que procuremos atraerlos y enseñarlos a nuestras costumbres". Desde tres lustros antes de la conquista del Perú, en otros asientos españoles, las prohibiciones relativas al matrimonio de españoles con indias habían dejado de tener eficacia. "En cuanto a los españoles se puedan casar con indias o indios con españolas, antiguamente parece haber estado prohibido, pero después lo permitieron algunas cédulas reales de los años de 1514 y 1515".¹² Se estaba produciendo una nueva actitud del conquistador hacia el vencido. El conquistador pasaba a ser colono y las barreras sociales, económicas y políticas se modificarían, sin desaparecer, al convertirse el mestizo indohispano en el fruto característico del encuentro de dos culturas. Empero, el mestizaje no se realiza con la plenitud que para el nacimiento de la nueva sociedad era necesaria. Porque "el mestizaje americano consiste en mucho más que mezclar sangres y razas; es unificar en el *tempo* histórico esas disonancias de condición, de formas y de módulos vitales en que se desenvolvió nuestro antago-

¹¹ El negro llegó al Perú con los conquistadores, fué su auxiliar de conquista. Parte del rescate pagado por el Inca Atawallpa, fué recogido en el Cusco y llevado a Cajamarca por un soldado negro, quien habría llegado a esta ciudad el 28 de abril de 1532, según noticia de FRANCISCO DE XEREZ en Verdadera Relación de la Conquista del Perú. Biblioteca de Cultura Peruana. París, 1938.

¹² JUAN DE SOLÓRZANO PEREYRA: *Política Indiana*. Edic. de la Cía. Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, s/f.

nismo";¹³ y este nuevo tempo, este ritmo social nuevo no se ha producido integralmente en la sociedad colonial, ni siquiera en la república contemporánea. En este sentido profundo de transculturación que apunta *Mariano Picón-Salas*, y no sólo de razas, todavía Perú es un país de mestizaje incompleto, porque sus dos estilos originarios antagonizan en su realidad social y cultural, marchando cada uno con ritmos distintos y aún encontrados. Esta antinomia es más profunda cuanto que tiene una raíz económica esencial.

Pero, tanto por el influjo poderoso del medio físico, cuanto por la jerarquización de la sociedad que se divide en castas y estamentos, dentro de las cuales la más poderosa es la de los blancos descendientes de los conquistadores, surge aguda y sorda lucha entre peninsulares y criollos. Sea que el principal motivo fuese el económico o el social, lo cierto es que entre españoles y criollos la lucha sólo acabará con la independencia. Los españoles dudaban de que los criollos pudieran ser sus iguales y les negaban todas las oportunidades que aquéllos tenían. Llegaba esta lucha al punto que el autor de *Política Indiana* tiene que declarar que "no se puede dudar que sean verdaderos españoles y como tales hayan de gozar sus derechos, honras y privilegios y ser juzgados por ellos"; explicando que los españoles peninsulares "toman por achaque que (los criollos) degeneran tanto con el cielo y temperamento de aquellas provincias, que pierden cuanto bueno les pudo influir la sangre de España y apenas los quieren juzgar dignos del nombre de racionales. . . algo de esto también les imputa el padre *Josef Acosta*, diciendo que maman en la leche los vicios y lascivias de los indios y las indias". Verdaderamente se ve a través de esta enconada rivalidad, una competencia constante por el control de todos los poderes en la nueva sociedad. Por esto es que se impide al criollo, hasta donde era posible, alcanzar los puestos más altos de la administración colonial y aun las altas dignidades eclesiásticas. *Solórzano Pereyra* da noticia de "un pleito del Rev. Padre *Fray Alonso de Agüero*, criollo de Lima, a quien en Nápoles habían hecho prior del Colegio que allí hay del Orden de San Agustín, cuya fundación pide que sea espa-

¹³ MARIANO PICÓN SALAS: *De la Conquista a la Independencia*. FCE. México, 1950.

ñol el prior, y le querían quitar el priorato diciendo que no lo era".¹⁴

Mas cuando en el último cuarto del siglo XVIII la Corona española intenta renovar sus métodos de gobierno y, a la par, apoyarse más directamente en las castas para sofrenar el poder hegemónico alcanzado por los criollos, éstos defenderán la sociedad clasista y aristocrática en contra de las castas, es decir, del pueblo. Por la misma razón por la que en la hora de la independencia defenderán a las castas y al orden democrático. Es decir, por razón de sus privilegios. En aquella época todavía no se vislumbraba el curso de la historia y cuando un mestizo o un pardo pretendía salir de su estamento mediante el desembolso de algunas monedas en beneficio de la Corona, la oposición del criollo se manifestaba con energía. Refiriéndose a Venezuela, dice *Pedro Lira Urquieta* que "los nobles caraqueños elevaron ya en 1796 una respetuosa y enérgica representación ante el rey, acusando a los magistrados españoles 'por abierta protección que escandalosamente prestan a los mulatos o pardos y toda gente vil, para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas'. Van más allá. Se oponen descaradamente al otorgamiento de gracias no sólo a los pardos, sino a 'los blancos de orilla', o sea a los blancos que no habitan en los barrios aristocráticos" y en 1801, "los mismos consideraron 'grave ultraje' franquear a los pardos y facilitarles por medio de la dispensación de su baja calidad, la instrucción de que hasta ahora han carecido y deben carecer en adelante".¹⁵

Y es que los criollos, que se preciaban de sus títulos de nobleza, generalmente revalidados mediante pago a la Corona, tenían conciencia de su papel económico. Creían que eran los dueños legítimos, como siguen creyéndolo, de las tierras y bienes, aunque estas riquezas las hubieran habido ilegítimamente en la guerra o por apropiación en cualquier otra forma violenta. De modo que el título de nobleza, vana nobleza de oropel, era fiel trasunto de la importancia económica del criollo. Los españoles que integraban la alta administración colonial se daban cuenta del peligro que esto entrañaba. Y aun la alta clerecía era consciente de la situación de profunda desigualdad

¹⁴ SOLÓRZANO PEREYRA: *Ob. cit.*

¹⁵ PEDRO LIRA URQUIETA: *Andrés Bello*. FCE, México, 1948.

y privilegio. En México, el *Obispo de Michoacán* en informe al cabildo eclesiástico, en 1793, afirmaba: "Casi todas las propiedades y riquezas del reino están en sus manos. Los indios y las castas cultivan la tierra, sirven a la gente acomodada y sólo viven del trabajo de sus brazos" y agregaba clarividente: "De ello (la diferencia enorme de fortuna) resulta entre los indios y las castas y los blancos esta oposición de intereses, este odio recíproco que tan fácilmente nace entre los que poseen todo y los que nada tienen, entre los dueños y los esclavos".¹⁶

Además, pues, de la contradicción fundamental en la sociedad colonial peruana, entre el colectivismo socialista de los Inkas, subsistente en las comunidades de marca y de aldea en todos los Andes peruanos, y el individualismo utilitario y mercantilista del español; hay la contradicción, o más precisamente, la oposición de intereses entre los que dentro del individualismo mercantilista nada tienen y los que lo tienen todo, poder económico, privilegios sociales, poder político. Estas antinomias con sus consecuencias inevitables de desajuste y desequilibrio subsisten hoy en toda su fuerza. Dentro de esta estructura muy jerarquizada de la colonia, discriminatoria y aristocratizante en lo económico, social y político, la mujer ocupa diversos planos de acuerdo con su raza, situación económica y social.

La mujer india, en el campo y en la ciudad, sigue acompañando al marido o al padre en sus labores diarias. Como él, ella también sufre parte de las cargas que le abruman en los obrajes, las minas y las tierras de cultivo del encomendero. Sometida a las reducciones, debe ayudar al marido o al padre a ganarse lo necesario para poder cubrir el impuesto de capitación, los diezmos a la iglesia, el quinto para el rey y todas las granjerías que el señor de la tierra le impone, más allá de todas las leyes y ordenanzas. Una de éstas es el servicio personal en la casa del amo. Prohibido por numerosas disposiciones del Real Consejo de Indias, sobrevivirá como azote de tremenda injusticia y privilegio hasta nuestros días.

Esta situación mantenía vivo el fermento de rebeldía india. No eran sólo los hombres quienes luchaban por romper ese orden social de brutal crueldad. La mujer actuó con igual empeño. En 1780, el 4 de noviembre, el cacique *José Gabriel*

¹⁶ Citado por LIRA URQUIETA, *ob. cit.*

Tupac Amaru se levantó en armas. Estímulo y aguijón de la empresa fué su esposa, doña *Micaela Bastidas*, intendente y jefe de enlaces de la rebelión que habría de tener eco en toda la extensión de la América hispana. La entereza de esta mujer alcanzó la dimensión heroica de los próceres. Condenada a morir en el garrote, el viernes 28 de mayo de 1781 pereció a manos del verdugo. En aquel trance negóse a sacar la lengua "que hubo de cortarle el verdugo después de muerta". Como tenía el cuello muy delgado, el torno no lograba ahorcarla. Padeció muchísimo sin implorar la piedad de sus verdugos. Para evitar mayor pérdida de tiempo fué necesario echarle lazo al cuello, tirando de ambos extremos. Como si esto fuese todavía insuficiente, los verdugos... remataronla mediante patadas en el estómago y en los senos. La gallardía de su actitud ha quedado en unos versos anónimos:

En la tribuna se planta
tan majestuosa que admira,
y tanto el cuello levanta
que el pulso se le retira
de un apretón de garganta.¹⁷

Como la mujer india, la mestiza no tiene en el cuadro de la sociedad colonial más que un papel secundario. Si pobre, está obligada a trabajar para su propia subsistencia y la de los suyos; si de mediana posición económica, se le niegan los salones de la clase alta, de criollos y peninsulares. En las ciudades, por eso, la mestiza desenvuelve sus dotes femeninas y se venga de esa sociedad que la menosprecia deseándola como hembra. Así llegará a dominarla. De este modo la mujer limeña rompe los estamentos y las discriminaciones sociales y económicas quedan vulneradas por la gracia de su cuerpo, la picardía de sus ojos y la lisura y desenfado de su porte. Lima se ha convertido en ciudad cortesana y la mestiza es su mayor encanto y atractivo. Crece el gusto por la elegancia y es la ropa femenina el pretexto para recatar belleza y seducir a los acaudalados criollos y presuntuosos peninsulares. En 15 de noviembre de 1785, fray *Joseph Antonio de San Alberto*, Arzobispo de La Plata, se quejaba de las costumbres liberales: "Allá

¹⁷ DANIEL VALCÁRCEL: *La Rebelión de Túpac Amaru*. FCE, México, 1947.

todas las mujeres principales y comunes, con el vestido tan corto y escandaloso que no se podía mirar sin horror, pues lo menos era enseñar hasta mitad de pierna y aún mucho más a cualquier movimiento irregular. Las resultas de estas desnudeces han sido siempre lastimosas en este reino, pero sin que ni los edictos ni las excomuniones de mis antecesores hayan podido lograr otro fruto que el irritar los ánimos de las mujeres y no enmendar el traje sino superficialmente".¹⁸

El escándalo provocado en el ánimo del severo prelado fué uno de muchos. La mestiza limeña estaba conquistando a la sociedad de entonces y empleaba sus propias armas. Atendió las admoniciones de la iglesia. Recató más su atavío, pero le agregó más seducción. Vino, entonces, la "tapada", fina manta de seda o pobre saya de algodón que cubría parte del rostro, invitando a la averiguación y al piropro. Era la época de *Micaela Villegas*, quien conquistó al mismo *Virrey Amat y Juniet*, señoreando en los salones de la Quinta La Presa. De su figura que evocaron *Próspero Marimée*, *Thurston Wilder* y *Luis Alberto Sánchez*, muchas imaginaciones siguen enamoradas. La Villegas, en realidad, cumplió el anhelo de la mestiza limeña. A su modo se emancipó de toda tutela, escaló las vallas de las castas y las clases económicas y realizó sus ambiciones de mujer.

Esta es sólo la superficie frívola de la sociedad de fines de la colonia. Habían otros aspectos más serios. La educación estaba negada para la mujer en general. Con excepción de unas cuantas familias —un centenar que ostentaban títulos nobiliarios— que enseñaban a leer y escribir a sus hijas, a fin de que cumplieran con los deberes de la liturgia cristiana, todas permanecían en el oscurantismo. Por eso la monja —mujer que se familiariza con las letras sagradas y a veces con las profanas— es una excepción. En el silencio del claustro, envuelta por el aroma del jardín conventual, ensaya versos, epístolas y autos sacramentales; de ahí que la literatura de convento sea la única que cuente con cultores femeninos. Por esto suponemos que la desconocida *Amarilis*, poetisa que mantuvo correspondencia con *Félix Lope de Vega* en el primer cuarto del siglo XVII, haya sido monja como Sor Juana de Asbaje en México.

Mas en el siglo siguiente, el XVIII, los acontecimientos políticos de las Trece Colonias inglesas y, en seguida, la Revolución

¹⁸ Citado por ENRIQUE DE GANDIA en *Nueva Historia de América*. Buenos Aires, 1946.

francesa, llegan a dar fuerza a las ideas que desde años atrás penetraban a la sociedad. El ideario romántico y naturalista de *Juan Jacobo Rousseau*, las ideas de los enciclopedistas, la nueva concepción del Estado, el derecho y los poderes preconizada por *Montesquieu* en *El Espíritu de las Leyes* y la sátira de *Voltaire*, se suman al deseo de conocer mejor la realidad propia, alimentado por las nuevas ciencias exactas. La introducción subrepticia de libros y gacetas y la llegada del correo de ultramar, son medios de mantener el fuego del interés que ha prendido en el corazón del criollo y del mestizo. Y es en el salón de las familias criollas, donde las mujeres actúan en papel de anfitrionas de los hombres de nuevas ideas. Así el criollo define su vocación de patriota. En ésta van parejas su propio interés —es el propietario, el rico comerciante, el llamado a tomar para sí y por sí el gobierno de estos territorios que habrían de ser naciones independientes— y su sentimiento de ciudadanía, de nacionalidad en germen, su creencia afirmada en la tierra y el solar de sus mayores, de que esto, el Perú, es de él y para él es la patria. Y por este camino de conjunción de intereses de casta, de oligarquía, cae en la paradoja de su independentismo democratizante.

Pero no se crea que el criollo no fué patriota sincero. Su odio al peninsular era auténtico, como también auténtica —y dolorosa— era su supremacía económica y social. Llegada la hora de la libertad para las colonias meridionales, producida la victoria de las armas americanas en el norte, situado el Virreinato de Lima entre dos frentes móviles de fe y sacrificio, el pueblo respondía con apremio a la hora de la liberación. Y los criollos cumplieron su papel rector. Y, así, conservaron poder y mando en sus manos. Porque, realmente, la independencia no fué, no podía ser, la revolución.

En la República

CON la lucha por la independencia la mujer peruana, de criolla para abajo —o para arriba, porque todo depende desde donde se mire— inicia un papel beligerante al lado del hombre. No le satisface haber sido la cordial incitadora de los sentimientos nacionales. Tampoco, haber alojado a conspiradores patriotas en el secreto de sus hogares; ni haber alimentado en su regazo la ardiente llama de la libertad en el corazón de los hijos. Ni haber

guiado sabiamente al esposo hacia el sendero de la acción, en defensa de lo suyo y de los demás, contra la pertinacia de las fuerzas realistas. Trabaja para los patriotas, prepara vituallas y bastimentos, hace de correo, espía y enlace; de enfermera y asistenta. Y, en el plano del común, nace la rabona —como la soldadera mexicana—, la *indita* de pies descalzos, de piel requemada por la seca brisa andina y el brillante sol invernal, que lleva mantas, comida y menaje —pobres cosas que son toda su fortuna— al lado del marido que se bate por una patria que sueña como madre y que, a la postre, es nada más que duro y cruel padrastro. La imagen de la rabona, sufriendo las penurias de las marchas forzadas, pisando la sombra de su indio, cholo, mulato o quién sabe qué otra mezcla catalogada por la presunción del 'blanco', seguirá desfilando por el escenario de la cruenta y agitada historia peruana durante tres cuartos de siglo. La lealtad de la mujer y su capacidad de sacrificio son los dos grandes valores que, las que nada tuvieron sino el amor de su hombre y a su hombre, legaron a sus hijos.

Y así como la mujer peruana estuvo presente en los teatros de la lucha, dispuesta a dar su vida y cuanto tenía por una patria alimentada en el ensueño y el dolor, estuvo también en la hora del triunfo. Cuando la noche del 12 de julio de 1821 el general *José de San Martín* hace su entrada a Lima, es la mujer quien le da la bienvenida. "Al entrar yo al salón —cuenta *Hall*, de la hueste libertaria— una linda mujer de edad mediana se presentaba al general. Cuando él se adelantó para abrazarla, ella cayó a sus pies, le abrazó las rodillas y mirando hacia arriba exclamó que tenía tres hijos que ofrecerle, los que esperaba se convertirían, ahora, en miembros útiles a la sociedad en vez de ser esclavos como hasta entonces..."¹⁰

Pero la lucha recién se iniciaba en el Virreinato del Perú. San Martín se vió obligado a retirarse, abandonando la capital para hacer frente a los ejércitos realistas. En la guerra en los Andes Centrales, una ayacuchana es ejemplo y paradigma del valor de la mujer del común. Es *Andrea Parado de Bellido*. Prisionera de los realistas, prefirió la muerte a la delación de los hombres que luchaban por la libertad. Pueblos y aldeas se conmueven con el entusiasmo de la mujer anónima. Acompaña al marido, al hermano o el padre a través de las agrestes serra-

¹⁰ J. M. VALEGA: *Emancipación y Organización del Perú*. Buenos Aires, 1947.

nías. Sin organización adecuada, las huestes patriotas tienen gran auxilio en la inteligencia y previsión de sus mujeres. Debido a que desde entonces habrían de tomar sobre sí la responsabilidad de preparar los alimentos y cuidar del tren de bastimentos de boca y de los auxilios de sangre, se las conocería como las *cantineras*. Y hay cantineras indias y cantineras negras; las hay mulatas de todos los tonos de pigmentación. Esclavas manumisas por San Martín —como casi treinta años después tendría que reiterar el mariscal *Ramón Castilla*— hacen el primer uso de su libertad en el servicio social más esforzado y generoso: se dan a la causa de la independencia sin pedir nada para ellas. Les basta saber que el hombre por ellas querido, lucha por esta misma noble y singular causa.

Perú era una patria informe. Dentro de sus fronteras aún no definidas, una sociedad plagada de antinomias luchaba por abrirse paso hacia un ideal nacional. Pero su jerarquización colonial, sus flagrantes injusticias económicas, su impreparación para la vida soberana, envolvieron al pueblo y sus estamentos en el torbellino de las pasiones personalistas, a la zaga de ambiciones por nuevos o por viejos privilegios.

La Iglesia había permanecido intocada y respetada. El bajo clero se definió patriota y los sacerdotes también supieron morir por el ideal del pueblo. Pero era otra cosa la institución, la Iglesia. Poderosa señora de haciendas y bienes inmuebles urbanos, depositaria de la educación de la sociedad, rápidamente se convierte en aliada de la alta clase de los terratenientes, los criollos. Al lado de éstos, los soldados de fortuna, los caudillos de la independencia, se transforman en los caudillos de la república. Se ve en el primer medio siglo y en más de una oportunidad, a viejos soldados libertadores convertidos en clientes del señor feudal, a quien sirven y protegen, retribuyendo así su amistad o beneficios o intereses alcanzados con aquél.

Es una agonía de lucha esta vida política peruana. El caudillo militar en muchos casos escucha a la mujer que le acompaña. Pero no deja de inmolar a otras mujeres y sus hijos en el torbellino de la refriega por la conquista del poder. Una mujer consejera de caudillo, caudillo ella misma, es doña *Francisca Zubiaga*, esposa del mariscal don *Agustín Gamarra*, heroico indio que inició su carrera militar en las filas realistas y la culminó en las independentistas de *Bolívar*. Mujer soberbia aquélla, de decisiones terribles, de férrea voluntad y de pasión des-

bordante, es apodada "la Mariscala" por el pueblo que la admira y la teme.

La Mariscala es un episodio lleno de violento colorido en la historia peruana. Mujer capaz de azotar a un Vicepresidente desleal, el general *La Fuente* —quien pretendía traicionar a Gamarra, aprovechando que éste había salido en campaña— ha sido estudiada y biografiada. Su anormalidad estuvo en su energía singular, en su desbordada dimensión de amazona amante de la guerra. Es la representación extremada de la mujer peruana del pueblo que escaló todas las jerarquías al compás de sus pasos firmes al lado de las tropas libertadoras, jugándose la vida a cada instante. Si tuvo una psicología deformada, si fué un carácter patológico, no fué ella misma la culpable. Fué la lucha, con sus azares, la que así la forjó. Y así ha quedado en la historia.

Pero la cantinera no es sólo la mujer doliente o la mujer valerosa y apasionada del soldado y del caudillo militar. Al cambiar el curso de la lucha interna en el país, cuando aparecen las primeras grandes figuras políticas civiles, también la mujer lleva su cuota de esperanza y de fe hacia los nuevos cauces de la acción. El gran jefe demócrata, *Nicolás de Piérola*, cuando adquiere la dimensión de un auténtico jefe de muchedumbres, de caudillo civil, enfrentado a los oligarcas, convertidos en consignatarios del guano y monopolistas del salitre —riquezas ambas que se perdieron para la patria, pero que multiplicaron la fuerza de la oligarquía— tiene a su lado, con sus hombres, nuevas cantineras dispuestas a jugar el papel de compañeras en la magnitud de la vida. El mismo, culminando su carrera de jefe de pueblo, no obstante y tal vez por la aristocracia de su cuna, habría de hacer su entrada a Lima por Cocharcas, el 18 de marzo de 1895, tras de tres días de incesante refriega contra las fuerzas del general *Andrés Avelino Cáceres*, acompañado por la figura ya legendaria de *Marta la Cantinera*. Dicen de ella que se batía con el entusiasmo de los mejores soldados de la Coalición.

La lucha en Cocharcas fué la más violenta por el ensañamiento de los defensores de la usurpación cacerista, contra la protesta de todo el pueblo coaligado tras la bandera de Piérola. El caudillo civil era temido por la reacción militar y los oligarcas que le acompañaban, porque había sabido afrontar las crisis

más agudas del país como ministro de Hacienda primero y, como dictador después, durante la Guerra del Pacífico, tras de la huida cobarde y la traición de que hiciera víctima al Perú el general *Mariano Ignacio Prado*. Fué el patriotismo de Piérola el que hizo rápidamente eco, inflamándolo, en el patriotismo de la mujer de todas las regiones del país. Gracias a esta respuesta fervorosa de la mujer, fué posible que Piérola improvisara ejércitos; uniformara, alimentara y alojara a los varios miles de voluntarios de toda condición social que acudían al llamamiento. En la oportunidad de esta guerra, como en la independencia, se repitieron los casos de heroínas que prefieren la muerte a la delación; la muerte antes que rendirse al enemigo, o servirlo. Desafiantes, altivas, se hacen matar, porque saben que vivirán en el corazón de la patria.

Esta sociedad convulsa de contradicciones entre el mundo de las ideas y el de las realidades, que lleva un barniz de igualitarismo cristiano y una estructura clasista y de privilegios cerrados; mercantilista y feudal, sin que ninguna de las dos formas tengan madurez y altura, sino la baja de los residuos anti-históricos, mal injertados en un terreno de colectivismo social; esta sociedad, decimos, padeció necesariamente de inquietud humana. El futuro de la patria y de la sociedad no eran sólo preocupación de los políticos. Tal vez con pocas excepciones, ni siquiera tuvieron esta preocupación. Fué, en cambio, el dolor desgarrante en el alma del apóstol, don *Manuel González Prado*, que con su verbo duro y transparente como un diamante fustigó a los encomenderos, los latifundistas, los exconsignatarios, y sus lacayos y socios militares. En su palabra encendida por el fuego del apostolado social—que no toleraba ni el colaboracionismo de Piérola, ni el civilismo de *Pardo*, ni el militarismo de *Benavides*; que se hizo anarquista porque realmente quería acortar el camino de la agonía peruana— las juventudes bebieron enseñanzas y definieron actitudes vitales. La mujer, receptiva y apostólica, vibró en la angustia del dolor social, en la protesta contra los privilegiados, en solidaridad con los desposeídos. Recogía, así, en la segunda mitad del siglo pasado, la rebeldía de *Flora Tristán*, hija estigmatizada por la discriminación colonial de la sociedad criolla y que denunció con vigor pero no sin amargura en *Memorias de Una Paria*, mientras en París se convertía en incitadora de las ideas socialistas y en efectiva revolucionaria.

La mujer está en contacto con los problemas humanos, vive inmediatamente de cerca la lucha económica y política. Su emoción y sus impulsos generosos se traducen con más libertad en la novela. La *Carbonell* de encendido acento social; *Clorinda Matos de Thurner*, desgarrada por la miseria y el abandono en que se halla el indio; *Amalia Puga*, inquieta por el amor a una patria que no acaba de salir del baño de sangre del caudillismo. La mujer peruana se define, nuevamente, en su capacidad de comprensión y de dolor. Es siempre la compañera del hombre en la aventura vital por la justicia.

La obra literaria y doctrinaria del apóstol y la lucha política dentro del cuadro establecido del Estado oligarca, no bastaban. La Universidad de San Marcos debía remozarse y a impulsos de la lucha, se liberaliza y se despoja de las rancias materias teológicas y dogmáticas heredadas de la colonia, ventila sus claustros, introduce nuevos estudios y da acceso a sus aulas a grupos cada año más numerosos de mujeres. Por esta época González Prada había experimentado ya con el *Partido Radical*, había entrado al seno de las primeras organizaciones gremiales obreras, la Federación de Panaderos y la de Textiles; y comenzaba el estudio de la doctrina marxista en los primeros años del presente siglo. Hacia 1915, se formaba en Trujillo, un grupo de calidades extraordinarias, alrededor de *Antenor Orrego*, que abriría la senda más recta y constructiva de toda la historia del Perú. Estaban allí *Víctor Raúl Haya de la Torre*, *Alcides Spelucín*, *Oscar Imaña*, *Manuel Vázquez Díaz* y varios más. En Lima, paralelamente se gestaba otro grupo de no menor inquietud, en el que destacaba *José Carlos Mariátegui*, el gran autodidacta del marxismo y *Juan Guerrero Quimper*, el pionero del sindicalismo peruano.

Ha crecido la conciencia social. En el último lustro (1910) se habían librado las primeras batallas en defensa del trabajador de las haciendas azucareras y de las pocas fábricas urbanas. Se ha formado una juventud enérgica en la escuela del apóstol. El agigantamiento de la lucha social en el mundo y la crisis bélica, son la piedra de toque del despertar de las generaciones. De esto saldrá el movimiento de la *Reforma Universitaria*, la organización de la *Federación de Estudiantes del Perú*, la creación de las *Universidades Populares González Prada*. De esta vigorosa obra, fué motor y cerebro Haya de la Torre. Años más tarde y aquí, en México, fundaría la *Alianza Popu-*

lar *Revolucionaria Americana* (APRA), que desde 1930 lucha sin desmayo en Perú por realizar la justicia social y crear una democracia con pan y libertad.

En esta inquieta búsqueda de una solución para el drama peruano está presente la mujer: como compañera de lucha y señuelo de esperanza; como madre, esposa, hermana; como obrera, estudiante, empleada y campesina; la mujer como futura ciudadana. Porque, además que sufre todas las injusticias que el hombre, es a la vez y más odiosamente, la víctima del hombre. Del de la oligarquía y sus clientes, a cuyas manos sufre el atropello sexual en sus latifundios de costa y sierra; el atropello a su derecho de libertad de trabajo y de justa retribución, siendo todavía obligada al servicio personal gratuito en la casa del señor feudal, si india; o a recibir la mitad de la retribución que el hombre percibe por el mismo trabajo, si empleada u obrera. Y, más aún, víctima del atropello a su derecho de madre. Porque la madre india ve cómo se le arranca al hijo para hacerlo peón desde pequeño, soldado cuando joven, y un ser deforme y tarado cuando los años de explotación lo devuelven triturado al seno de la madre o de la tierra —gran madre de todos los desamparados—; y no pocas veces, vélo convertido en hiena o chacal homicida por las armas que una ley de iniquidad le pone en las manos y lo empuja a manejar contra sus propios hermanos en la ciudad y el campo.

Así es como la mujer peruana abraza con todo el ímpetu de su ser la causa de su pueblo. Lucha por su emancipación junto con la de sus hijos, sus hermanos, su esposo. A su lado, ha demostrado su dimensión heroica, ahora como en el pasado. Dentro del APRA miles de mujeres han sufrido y sufren persecución, ultrajes, prisión y destierro. Por encima de la hazaña de crueldad de las dictaduras, está el ánimo limpio y desinteresado de la mujer que no renuncia a su vocación de incitadora de altos ideales. Hoy mismo, en la *Cárcel Hermelinda Carrera* medio millar de madres, esposas, hermanas apristas, sufren vejaciones sin nombre. Todas ellas saben que su valor es ejemplo y es símbolo; que los apristas cada día son más y son mejores; porque en su maternidad de dolor y de esperanza está asegurada la continuidad de la epopeya por la liberación de la sociedad peruana.

LA CONCENTRACION AGRARIA EN MEXICO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

DESDE antes de la conquista existían en México grandes propiedades territoriales: las de los templos, las del rey, las de los nobles y guerreros. Grandes propiedades para aquellos tiempos y aquella organización; medianas o pequeñas si se las compara con las de épocas posteriores en las mismas zonas geográficas.

Al terminar la conquista reciben los conquistadores grandes extensiones territoriales, recompensa a sus crueles y a la par brillantes hazañas. Hernán Cortés obtuvo junto con el título de Marqués del Valle, veintitrés villas con veinticinco mil vasallos. Los españoles que después vinieron a poblar los nuevos dominios, recibieron a su vez vastas porciones de tierra para ser cultivadas con el trabajo del indio. Por su parte el clero fué poco a poco adueñándose de numerosas fincas rústicas y urbanas, gracias a las donaciones piadosas y a otros medios que supo utilizar con indiscutible habilidad.

De manera que al finalizar la época colonial existían en la Nueva España las enormes propiedades del clero, el más poderoso latifundista en tan dilatados territorios. Existían también haciendas productivas de extensión considerable, pertenecientes a españoles y criollos. Los pueblos indígenas tenían el fundo legal, en el que a cada familia se le daba un pequeño solar para construir su vivienda; los propios, tierras municipales para aprovechamiento general de los habitantes; las tierras de repartimiento, divididas en parcelas minúsculas que se entregaban al jefe de familia en usufructo, con la obligación de cultivarlas como en el calpulalli entre los aztecas; y finalmente el ejido, continuación del altepetlalli precolonial, instituido por Felipe II en 1573. El ejido existía en España y se adaptó en México a las necesidades y costumbres de los nuevos vasallos. Consistía y consiste en una porción de terreno situado en las afueras del

poblado, de extensión variable en consonancia con el número de jefes de familia, puesto que su objeto era y es todavía, por lo menos teóricamente, proporcionar medios de vida a la comunidad.

Todas las propiedades de los pueblos estaban sujetos a normas jurídicas especiales. No pertenecían a los individuos sino a las comunidades y no podían ser enajenadas en forma alguna. Había seguramente una relación correcta entre tales normas y el grado evolutivo del indígena.

Las tierras de los pueblos resultaron en todos los casos insuficientes para llenar las más elementales necesidades humanas, en contraste con las inmensas propiedades del clero y también con las de los españoles y criollos. El historiador Riva Palacio, escribió a fines del siglo pasado sobre tal asunto, lo siguiente: "Esas bases de división territorial en la agricultura y esa espantosa desproporción en la propiedad y posesión de las tierras, constituyó la parte débil del cimiento al formarse aquella sociedad, y ha venido causando grandes y trascendentales trastornos económicos y políticos; primero en la marcha de la colonia y después en la de la República. El desequilibrio en la propiedad, la desusada grandeza de muchas posesiones rústicas al lado de multitud de pueblos entre cuyos vecinos se encuentra apenas un solo propietario, ha mantenido, durante más de tres siglos, la sorda agitación que ha hecho tantas manifestaciones con el carácter de movimientos políticos, pero acusando siempre un malestar social, y fué causa sin duda, en el segundo siglo de la dominación española, de algunos tumultos, porque la magnitud y el estancamiento de la propiedad alientan y facilitan el monopolio produciendo la escasez artificial de los efectos de primera necesidad para conseguir por ese medio el alza de precios y la segura y fácil ganancia". De modo que desde ahora puede decirse que muchos de los males que ha sufrido el país, tienen su origen en la desigual e injusta distribución de la tierra desde los comienzos de la dominación española. Hay siempre una relación directa entre la tierra y el hombre. A una mejor distribución de la propiedad agraria corresponde un mayor adelanto social.

Un economista irlandés de origen, Bernardo Ward, que pasó la mayor parte de su vida en España; que fué consejero de Fernando VI y Ministro de la Real Junta de Comercio y Moneda, escribió en su libro titulado "Proyecto Económico"

que la medida más importante para resolver los problemas de América, consistía en dar en propiedad tierras a los indios para que así gozaran de la plena y pacífica posesión de todo el fruto de su trabajo. Pero las opiniones de Ward, del hombre de ciencia desinteresado, no fueron atendidas por los gobernantes y políticos realistas, y la realidad se impuso decenios más tarde al desgajarse de España sus vastos y ricos territorios de América. Claro está que de todos modos no era posible evitar la independencia de los pueblos sojuzgados; mas la lucha hubiera sido distinta y diferente la historia posterior de los países latinoamericanos, si las tierras se hubieran repartido con inteligencia y equidad, creándose así intereses vitales entre un gran número de pobladores. La pequeña propiedad —dice un autor— es la espina dorsal de las naciones.

ENTRE los caudillos de la Independencia no faltaron quienes vieron con claridad la cuestión relativa a la tierra. Morelos pensaba que debían repartirse con moderación, "porque el beneficio de la agricultura consiste en que muchos se dediquen con separación a beneficiar un corto terreno que puedan asistir con su trabajo". Pero como la Independencia la consumaron los que combatieron a Morelos, los criollos acaudalados que llegaron a comprender las ventajas económicas y políticas que obtendrían con la separación de España, nada hicieron para resolver el problema fundamental y de mayor trascendencia para el nuevo Estado. De 1821 a 1855 no se puso en vigor ninguna medida de significación tendiente a encontrarle solución al serio problema de la tenencia de la tierra. Por supuesto que durante esos años no faltaron hombres preocupados y patriotas que se dieron cuenta de la mala organización de la propiedad territorial. El doctor Mora fué siempre adversario de las grandes concentraciones territoriales y siempre se pronunció a favor de la pequeña propiedad. Pensaba que nada adhiere al individuo con más fuerza y tenacidad a su patria, que ser propietario de un pedazo de tierra; y Mariano Otero, el notable pensador cuyo pulso dejó de latir prematuramente, decía en 1842: "Son sin duda muchos y numerosos los elementos que constituyen las sociedades; pero si entre ellos se buscara un principio generador, un hecho que modifique y comprenda a todos los otros y del que salgan como de un origen común todos los fenómenos sociales que parecen aislados, éste no puede ser otro

que la organización de la propiedad". Así, Otero, por estas y otras de sus ideas cabe ser catalogado entre los que se anticiparon a la interpretación materialista o económica de la historia.

El problema más grave de México en cuanto a la propiedad territorial desde principios del siglo XVIII, hasta mediados del XIX, consistía en la acumulación de grandes y numerosas fincas por el clero, en aumento año tras año y sin cabal aprovechamiento. Propiedades amortizadas, de "manos muertas", que sólo en muy raras ocasiones pasaban al dominio de terceras personas. Constituían pues, enormes riquezas estancadas sin ninguna o casi ninguna circulación. El doctor Mora planteó con erudición, valentía y claridad el tremendo problema, en su estudio presentado a la Legislatura de Zacatecas en los comienzos de la cuarta década del siglo. El trabajo de Mora fué visto con profundo disgusto por las autoridades eclesiásticas, puesto que implicaba amenaza de pérdida de tan cuantiosos bienes, seguramente necesarios para dominar en la conciencia de los fieles. Las opiniones del distinguido polígrafo y de otros mexicanos progresistas, se abrieron camino lentamente, se filtraron en el ánimo de los ciudadanos más alerta, hasta transformarse en la firme convicción de que el país no podría avanzar y constituirse definitivamente como nación, si no se desamortizaban las propiedades del clero.

Por fin el 25 de junio de 1856 se promulgó la ley de desamortización. Sus preceptos y tendencias fundamentales pueden resumirse de la manera siguiente:

1°—Prohibición de que las corporaciones religiosas y civiles poseyeran bienes raíces, con excepción de aquellos indispensables al desempeño de sus funciones.

2°—Las propiedades del clero debían adjudicarse a los arrendatarios calculando su valor por la renta al 6% anual.

3°—En el caso de que los arrendatarios se negaran a adquirir tales inmuebles, éstos quedarían sujetos a denuncia, recibiendo el denunciante la octava parte de su valor.

4°—El clero podía emplear el producto de la venta de sus fincas rústicas y urbanas en acciones de empresas industriales y agrícolas.

Como lo habrá advertido el lector, la ley no trataba de despojar al clero de su cuantiosa riqueza sino de ponerla en movimiento con destino a fomentar la economía nacional. Sin

embargo, el clero estuvo inconforme y amenazó con la excomunión a quienes se atrevieron a adquirir sus bienes raíces por cualesquiera de los dos procedimientos que la ley señalaba. Además, tal vez por no confiar demasiado en la eficacia de la excomunión provocó las guerras más sangrientas que registran las páginas de la historia mexicana, y tan largas como las de la Independencia, puesto que duraron también once años, de 1856 a 1867. Dieron fin con la prisión y fusilamiento de Maximiliano y el triunfo de los ejércitos liberales.

Los resultados de la ley de desamortización no coincidieron con los propósitos del legislador. Los arrendatarios, en su mayor parte de escasa cultura y de más escasos recursos, no se adjudicaron las fincas del clero. En cambio, no faltaron denunciantes, propietarios de extensos terrenos que agrandaron sus ya vastos dominios con los bienes de "manos muertas"; y mientras tanto, la Iglesia de Cristo utilizaba el dinero producto de tales ventas para intensificar la lucha en contra del gobierno de la República, para que fuese más enconada y más sangrienta la guerra entre hermanos. Había que defender sobre todas las cosas los bienes temporales.

La Constitución de 1857, de corte liberal, ratificó los principios de la ley de desamortización. Los que participaron en las discusiones y redacción de la carta fundamental de la República, conocían bien el serio problema de la distribución de la tierra, la situación de miseria de los campesinos y la conducta orgullosa y el inmenso poder de los grandes terratenientes. Ponciano Arriaga decía que en el aspecto material la sociedad mexicana no había adelantado, puesto que la tierra continuaba en pocas manos, los capitales acumulados y la circulación estancada. Decía también que en su concepto los miserables sirvientes del campo, especialmente los indios, se hallaban enajenados por toda su vida, porque el amo les regulaba el salario, les daba el alimento y el vestido que quería y al precio que deseaba, so pena de encarcelarlos, atormentarlos e infamarlos si no se sometían a su voluntad; y en otro momento de su disertación en la tribuna del Constituyente, agregaba que el fruto del trabajo no pertenecía al trabajador sino a los señores.

En las mismas sesiones del memorable Congreso, el gran jurista Vallarta opinaba que el propietario cometía abusos al disminuir la tasa del salario; al pagar con signos convencionales que no habían sido creados por la ley; al obligar al jorna-

lero a un trabajo forzado por deudas anteriores y al vejarlo con tareas humillantes. Agregaba que la Constitución democrática que se estaba discutiendo sería una mentira; más todavía, un sarcasmo, si no se garantizaban los derechos de los pobres; si no se les aseguraba protección contra esos numerosos e improvisados señores feudales, dignos de haber vivido bajo un Felipe II o un Carlos IX.

La guerra civil continuó más encarnizada que nunca después de haberse promulgado la nueva Constitución; lucha sin tregua, lucha a muerte entre conservadores y liberales. Aquéllos contaban con la ayuda moral y financiera del clero, de buena parte de los soldados de carrera, de los hacendados, de la inmensa mayoría de los ricos; éstos, los liberales, se apoyaban en una minoría de hombres cultos, progresistas y amantes de su patria, y en muchos grupos representativos de la clase económicamente más débil de la sociedad. Los unos trataban a toda costa de que no hubiera cambios sustanciales en el país; los otros luchaban exactamente por lo contrario; querían que la nación se transformara marchando hacia adelante, querían constituir un México distinto y mejor, un México nuevo cimentado en principios de justicia y de libertad.

El clero utilizaba para fomentar la guerra los recursos que obtenía de la venta de sus bienes raíces en lugar de invertirlos en acciones de empresas agrícolas e industriales como indicaba la ley de 25 de junio. Entonces el gobierno liberal de Benito Juárez, obligado por tales circunstancias expidió la ley de nacionalización de los bienes de la iglesia el 12 de junio de 1859. En consecuencia, desde esa fecha el producto de los inmuebles de "manos muertas" debía ser entregado a las oficinas recaudadoras del gobierno. No era posible ni razonable continuar permitiendo que el adversario, el clero en abierta rebelión, empleara el dinero proveniente de los efectos de una ley para combatir a la autoridad legítima que la había expedido.

Lo peor de todo consistió al fin de cuentas, en que los resultados de las leyes referidas fueron contrarios a los propósitos de sus autores, quienes pensaron que al desamortizar las propiedades eclesiásticas se crearía la pequeña propiedad y se estimularían el desarrollo agrícola e industrial en la República.

Por desgracia no fué así, lo que sucedió puede resumirse en la forma siguiente:

1°—Las propiedades rústicas y urbanas del clero fueron efectivamente nacionalizadas.

2°—Las propiedades no fueron a dar a manos de los arrendatarios sino a las de los denunciante, en su mayor parte ricos propietarios territoriales que de esa manera agrandaron sus ranchos y haciendas.

3°—Miles de campesinos pobres perdieron el usufructo de sus parcelas a causa de que las leyes prohibían también que poseyeran tierras las corporaciones civiles; y al fraccionarse terrenos comunales y crearse minúsculas propiedades privadas, los nuevos propietarios en su mayor parte indígenas, las vendieron a vil precio a los acaudalados vecinos.

4°—Fortalecimiento del latifundismo y una mayor concentración de la propiedad agraria.

EN 1875 se expidió una ley de colonización, la cual fué ampliada en 1883. Se pensaba en aquellos años que nada sería mejor para el progreso de la agricultura que traer colonos extranjeros a trabajar la tierra, con nuevos y más aventajados métodos de cultivo. Se soñaba todavía en las fabulosas riquezas del país descritas por el sabio Alejandro de Humbolt en su "Ensayo Político sobre Nueva España". Se creía en la existencia de dilatados territorios de feraces tierras, que sólo esperaban el esfuerzo del hombre para prodigar sus frutos. Lo que ocurría era que por andar empeñados en guerras intestinas y haber sufrido agresiones de dos potencias extranjeras, no habíamos tenido tiempo de estudiar y conocer nuestra realidad geográfica. En las zonas templadas y salubres, tierras de temporal empobrecidas por un mismo cultivo durante siglos, sujetas a la irregularidad de las lluvias y a las heladas tempranas o tardías; en las zonas cálidas, fértiles terrenos y selvas primitivas y lluviosas donde la fiebre amarilla y el paludismo asechaban al hombre; y sólo aquí y allá, en distintas regiones, manchas de tierra fecunda que daban al agricultor altos rendimientos. Esas eran en términos generales, las condiciones agrícolas de México al expedirse las leyes de colonización.

Por otra parte, no pensaron los legisladores que al venir colonos franceses, españoles, italianos o alemanes con un nivel de vida muy superior al del peón mexicano, se hubieran transformado de trabajadores agrícolas en simples usufructuarios del trabajo barato y en nuevos amos del indio y del mestizo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que como resultado de las leyes de colonización se organizaron en el país varias compañías denominadas deslindadoras. Las Compañías Deslindadoras debían deslindar las tierras baldías y traer colonos extranjeros para que las trabajaran; y como compensación por los gastos que hicieran para conseguir esos propósitos, se les adjudicaría la tercera parte de las tierras deslindadas.

De 1881 a 1889, las Compañías deslindaron 32.200,000 hectáreas. De esta cantidad se les adjudicaron sin pago alguno, 12.700,000 hectáreas; y se les vendieron a vil precio 14.800,000 más. Total: 27.500,000 hectáreas o sea algo más del 13% de la superficie total de la República. Por lo tanto solamente quedaron 4.700,000 hectáreas a favor de la nación. Empero, lo más impresionante estriba en señalar el hecho de que esas Compañías hasta el año de 1889 estaban formadas únicamente por veintinueve personas, todas ellas acaudaladas y de gran valimiento en las altas esferas oficiales.

Todavía de 1890 a 1906, año este último en que fueron disueltas las Compañías, deslindaron 16.800,000 hectáreas, quedándose con la mayor parte de las tierras los socios de tan lucrativo negocio, cuyo número había ascendido a cincuenta en los comienzos de este siglo. Por el camino de los deslindes uno de los socios adquirió en Chihuahua 7.000,000 de hectáreas; otro en Oaxaca, 2.000,000; dos socios en Durango, . . . 2.000,000; y cuatro en Baja California 11.500,000. De manera que ocho individuos se hicieron propietarios de 22.500,000 hectáreas, hecho sin precedente en la historia de la propiedad territorial.

La acción de las Compañías Deslindadoras junto con las leyes sobre baldíos en 1863, 1894 y 1902, agravaron aún más el problema de la distribución de la tierra. José María Vigil reconocía en "México a Través de los Siglos", precisamente en 1889, la gravedad del problema, según él debido a la manera como se había constituido la propiedad territorial en México, a las condiciones en que se hallaban propietarios y jornaleros, a los odios profundos que dividían a unos de otros y a los interminables litigios de terrenos entre los pueblos y los hacendados. Añadía que tales antagonismos tomaban en tiempo de revolución proporciones formidables y explicaban por sí solos la agitación y los crímenes que solían cometerse.

Claro está que no había en México la asombrosa cantidad de terrenos baldíos que deslindaron, para adueñarse de ellos, las Compañías Deslindadoras: 49.000,000 de hectáreas, la cuarta parte de todo el territorio mexicano. Cometieron toda clase de arbitrariedades y despojos, en particular tratándose de pequeños propietarios y pueblos de indígenas que no poseían títulos perfectos, a juicio de los influyentes covachuelistas al servicio de las Compañías; tierras heredadas de padres a hijos desde la época colonial, fecundas con el sudor de varias generaciones. Los Tribunales, por supuesto, fallaban siempre a favor de los poderosos. Tal vez por esto y por muchos otros actos en contra del pobre, Justo Sierra dijo en pleno régimen porfirista que el pueblo mexicano tenía hambre y sed de justicia.

Wistano Luis Orozco, en su obra "Legislación y Jurisprudencia sobre Terrenos Baldíos", publicada en 1895, escribió en relación con las Compañías Deslindadoras y los daños tremendos que causaron en toda la República lo siguiente: "...un hecho ampliamente comprobado es, que siempre que una Compañía Deslindadora ha emprendido trabajos de habilitación de baldíos en un Estado, el valor de la propiedad agraria ha descendido allí rápidamente.

"Tocar este punto, es tocar en su esencia la cuestión que nos hemos propuesto abordar en este Capítulo.

"Esta turbación de los ánimos entre los poseedores de la tierra, este descenso de precios en el valor de ella, no ha causado males graves a los grandes propietarios, que casi siempre ejercen tutelas ignominiosas sobre los encargados del poder público. A ellos les ha sido siempre fácil lograr un avenimiento con el Gobierno; y por los más viles precios reafirmar, no sólo posesiones de buena fe, sino también las crueles usurpaciones que han hecho a sus débiles vecinos.

"Pero todas estas cosas traen grandes aflicciones y grandes pérdidas para los dueños de la pequeña propiedad.

"El pequeño propietario, acostumbrado a conocer al Gobierno por el hacha del Receptor de Rentas y por el garrote del gendarme, se alarma desde el momento en que oye hablar de *cosas oficiales*. Además, su natural instinto le hace temer que mediante el manejo de una composición, le arrebate el opulento hacendado su vecino hasta la última esperanza de recuperar las tierras que dicho hacendado le tiene invadidas. Al mismo tiem-

po concibe esperanzas de recobrar esas tierras, ayudado por las *Compañías deslindadoras*, que él juzga íntimamente ligadas con el Gobierno Supremo. Y trastornado su juicio por estos justos temores y estas vanas esperanzas, acude presuroso a verificar un arreglo con los deslindadores de baldíos.

"Para verificar este arreglo saca dinero a intereses altísimos, malbarata los animales de labranza, cercena el pan de sus hijos. . . se precipita, en fin, en la ruina más desastrosa.

"Esta debilidad es la que han explotado las Compañías Deslindadoras. Y así, cuando se nos ha dicho que el Ministro de Fomento ha deslindado 30.000,000 de hectáreas de tierras nacionales, debemos tener presentes dos cosas importantes: la primera, que esos deslindes no han servido para desmoronar ni en pequeña parte las grandes acumulaciones de propiedad territorial existentes en nuestro país: la hidra infernal de ese feudalismo obscuro y soberbio, permanece en pie con sus siete cabezas incólumes. La segunda cosa que debemos tener presente, es, que tras de esos *treinta millones de hectáreas* han corrido muchos más millones de lágrimas: pues no son los poderosos, no son los grandes hacendados quienes han visto caer de sus manos esos millones de hectáreas, sino los miserables, los ignorantes, los débiles. . . los que no pueden llamar *compadre* a un Juez de Distrito, a un Gobernador ni a un ministro de Estado.

"De aquí un trastorno completo en el propósito de las leyes y en los ideales de la democracia; pues mientras el fin supremo de las leyes de baldíos y de colonización es alargar el beneficio de la propiedad agraria a los que carecen de ella, en nombre de esas mismas leyes se arroja de sus posesiones a los pobres campesinos, o se les obliga a rescatarlas mediante dolorosos sacrificios.

"De esta manera, cosas buenas, honestas y justas en la teoría legal o científica, vienen a ser profundamente malas, odiosas y antisociales en las realidades descarnadas de la vida".

No fué posible resistir la tentación de insertar los párrafos anteriores, porque en ellos se ofrece la opinión de un abogado insigne que conoció mejor que nadie la acción perjudicial de las *Compañías Deslindadoras*. Wistano Luis Orozco defendió a muchos pueblos indígenas de la codicia del terrateniente y de la parcialidad de los Tribunales, luchando siempre con singular valentía y honradez acrisolada. Su libro tiene además del mérito erudito el valor de documento histórico. Orozco fué

el primero que en un estudio amplísimo y profundo señaló la llaga que corroía el organismo de aquella sociedad.

SEGÚN el Censo de Población de 1910 había en el país 840 hacendados, 411,096 personas clasificadas como agricultores y 3.096,827 jornaleros del campo. La población total de México ascendía a 15.160,369 habitantes. La cifra relativa a jornaleros del campo no puede servir para calcular con exactitud matemática el número de familias campesinas, porque en algunas de ellas trabajaban y trabajan el padre y los hijos mayores, clasificados todos como jornaleros; pero sí es útil para estimar el número de individuos que dependían del salario rural y que cabe estimar en 12.000,000, o sea, aproximadamente, el 80% de la población. Este dato que es bueno tener presente se aprovechará más tarde en muy importantes consideraciones.

En cuanto a las personas englobadas bajo el rubro de agricultores, 411,096, es muy difícil saber con precisión quienes fueron así catalogados; mas puede pensarse con apoyo en el conocimiento directo del país al finalizar la primera década del siglo, que quizás comprendió a propietarios de ranchos pequeños y de huertas dentro de las poblaciones o cercanas a ellas; a caporales y monteros de las haciendas, empleados de confianza de las mismas, y sobre todo a medieros o aparceros que cultivaban un pedazo de la tierra del amo poniendo los animales de trabajo, la semilla y su esfuerzo personal. En fin, a todos aquellos que vivían del campo y que formaban parte de una categoría superior o apenas ligeramente superior a la del peón.

Los 840 hacendados, sin dejar lugar a duda, sí estaban clara y perfectamente clasificados por el censo. Eran los dueños de la mayor parte del territorio nacional. Uno de ellos, el General Terrazas, poseía en el Norte 13.500,000 de hectáreas seguramente el propietario de más extensas tierras en cualquier país y en todos los tiempos. Por eso, cuando alguien preguntaba si Terrazas era del Estado de Chihuahua, la respuesta era: no, el Estado de Chihuahua es de Terrazas.

Para que una persona se considerara a sí misma acreedora al título de hacendado, debía poseer una finca de varios kilómetros cuadrados; si no, era apenas un rancho más o menos pobre o más o menos acomodado.

De acuerdo con la costumbre mexicana, una propiedad hasta de 1,000 ó 2,000 hectáreas se llamaba rancho, dejando la designación de hacienda para extensiones mucho mayores. Es obvio que tal apreciación no era rígida e invariable en todo el territorio de la nación; dependía de las condiciones del terreno y de las características climatológicas.

Se puede tener idea de la extensión de las haciendas mexicanas por los datos tomados por González Roa del Registro Público de la Propiedad, datos que consigna en su libro "El Aspecto Agrario de la Revolución Mexicana" y que aquí se presentan en el cuadro siguiente:

<i>Estado</i>	<i>Nombre de la finca</i>	<i>Extensión en hectáreas</i>
Chihuahua	... La Santísima	118,878
"	... Lagunita de Dosal	158,123
"	... San José Babicora	63,201
"	... Bachimba	50,000
Coahuila	... Los Jardines	49,861
"	... Santa Teresa	60,899
"	... San Gregorio	69,346
"	... Santa Margarita	81,185
"	... San Blas	395,767
México	... La Gavia	132,620
Michoacán	... San Antonio de las Huertas	58,487
Sonora	... Cocospera	51,528
Tamaulipas	... El Sacramento	41,825
Zacatecas	... Malpaso	63,786
"	... San José del Maguey	69,086

Quince haciendas arrojaban un total de 14,646 kilómetros cuadrados, o sea un promedio de 1,000 kilómetros cuadrados por hacienda. Además, hay que citar la hacienda de La Angostura en el Estado de San Luis Potosí, dentro de cuyos linderos había dos estaciones del ferrocarril a Tampico: San Bartolo y Las Tablas. Para ir de la finca principal a uno de los ranchos de la misma hacienda, por ejemplo a El Granjenal era menester caminar a caballo alrededor de 30 kilómetros, y había otros ranchos aún más lejanos los unos de los otros dentro del perímetro de aquella enorme propiedad. Y no hay que olvidar las adjudicaciones a los socios de las Compañías Deslindadoras.

Muchas haciendas pertenecían a dos o tres hermanos o a toda una familia; pero hubo algunos terratenientes dueños

de más de una hacienda, de tres, de cinco y aun de ocho o diez. Hombres que gozaban de un inmenso poder, semejante al de los señores de la alta nobleza en la Inglaterra del siglo xvii.

La gran hacienda nunca fué cultivada con la finalidad de obtener el mayor rendimiento. En ella no hubo, seguramente, muchas oportunidades para observar la ley del rendimiento decreciente en la agricultura; porque en la inmensa mayoría de los casos los métodos de explotación no diferían de los de la época colonial: cultivo extensivo y con la misma semilla año tras año; arados egipcios, lentas yuntas de bueyes y trabajo barato de peones y aparceros. Por supuesto que no faltaron algunos hacendados progresistas que procuraron modernizar la explotación de sus fincas, de conformidad con los adelantos de la técnica agrícola; mas fueron casos aislados, excepciones que confirman la regla.

Pero aun dentro del sistema de cultivo extensivo, nunca pudo el hacendado mexicano aprovechar toda la tierra cultivable en su propiedad, ya fuese con ganado mayor o menor o con siembras de escaso rendimiento como el maíz. Nunca tuvo a la mano el capital necesario ni tampoco la voluntad que nace del amor a la tierra y al oficio. El hacendado mexicano de fines del siglo pasado y de principios del xx, no fué agricultor, no fué hombre de campo sino señorito de ciudad. Lo único que le importaba consistía en que el administrador de la finca le entregara periódicamente, el dinero necesario para vivir con holgura en la capital de la provincia, en la ciudad de México, en Madrid o en París, según gustos personales y medios económicos. A la hacienda sólo iba de tarde en tarde, por una o dos semanas acompañado de amigos y familiares en plan de fiesta.

Por otra parte la construcción de ferrocarriles elevó la renta de la tierra y el valor de las fincas rústicas próximas a las nuevas vías de comunicación. Además, hubo durante los largos años de gobierno del general Díaz, por razones que se explicarán en otra parte, un aumento constante en los precios de los productos agrícolas, sin precedente en la historia económica de México. Todo lo anterior, unido a los bajos impuestos que pagaban los grandes propietarios y al hecho de que los jornales permanecieron sin elevarse, favoreció a los poderosos y rutinarios hacendados en sus ingresos personales, pero no favoreció en manera alguna el progreso agrícola del país. El hacendado absentista, mientras más dinero recibía de su administrador o

de sus administradores, más gastaba en su vida de lujo y de despilfarros sin cuento. No fué siquiera capaz de producir los artículos necesarios a la frugal alimentación del pueblo, puesto que según datos estadísticos oficiales de 1903-04 a 1911-12, importamos maíz por valor de \$27.000,000.00 y \$94.000,000.00 de otros granos alimenticios.

No hay que olvidar que la población de la República en aquellos años significaba un poco más de la mitad de la que puede estimarse para 1952, ni tampoco que el poder de compra del peso mexicano para miz y trigo era aproximadamente diez veces mayor que en la actualidad. El latifundio ha sido siempre y en todas partes negación de progreso, llaga social y explotación de millones de parias por unos cuantos privilegiados.

Los grandes hacendados de México utilizaron su influencia para defraudar al fisco federal y a los fiscos locales, siempre pagaban menores impuestos de los que debían pagar. Andrés Molina Enríquez consigna a manera de ejemplo, datos concretos relativos a tres haciendas del Estado de México: La Gavia, con un valor real de seis millones de pesos estaba valuada para fines fiscales en \$362,695.00; San Nicolás Peralta pagaba por \$417,790.00 y valía dos millones, y por último Arroyo Zarco, con valor efectivo de millón y medio sólo contribuía a los gastos públicos con base en un avalúo de \$378,891.00. En cambio los pequeños propietarios, que no tenían amigos en las esferas gubernamentales, se les aplicaba todo el rigor de las leyes impositivas. Y esta era en los comienzos del siglo la situación en todo el campo mexicano.

Toribio Esquivel Obregón publicó en el año de 1912, un folleto con el título de "El Problema Agrario en México. La Acción del Gobierno y la iniciativa individual". Entonces aún no había cometido el autor de tan interesante trabajo, el grave error de formar parte del gabinete de Victoriano Huerta y se le consideraba en los círculos políticos como un hombre progresista y moderno. En la parte final del folleto, Esquivel Obregón escribió:

"En México pasa todo lo contrario. Los grandes terratenientes siempre han tenido acción decisiva. Todas las revoluciones que hasta hoy ha habido, se han hecho invocando el bien del pueblo, pero la clase privilegiada, merced a su gran facultad de adaptación, ha hecho que no sólo esas revoluciones, sino todas las leyes que en su contra se han dado, se vuelvan

a su favor y hagan que al día siguiente su fuerza sea mayor que la víspera de cada uno de esos movimientos sociales.

"Desde antes de la conquista de México, los individuos que pertenecían a la clase que había de ser dominadora aquí, quisieron sujetar a los indios a esclavitud en las Antillas, que fueron las primeras tierras que ocuparon en el Nuevo Mundo, y como la reina Isabel se opusiera enérgicamente, ellos, aparentando acatar el religioso mandato de su soberana, invocaron la necesidad que tenía el indio de conocer las verdades evangélicas, para lograr que se les ENCOMENDARA enseñar esa doctrina y con el carácter de ENCOMENDEROS lograron tener esclavos con más la ventaja de ni tener que alimentarlos. Vino la revolución de Independencia y combatieron contra ella; pero a poco comprendieron que les convenía hacerla para no tener ni patronato ni responsabilidad ante el rey, y ayudaron a la independencia, y al consumarla quedaron en la tierra como moros sin señor, mejor todavía que antes, y en lugar del monopolio que reduce el comercio, implantaron la protección a título patriótico aumentando sus utilidades. Después combatieron la revolución de Ayutla y la Reforma; pero se adjudicaron las fincas nacionalizadas y mediante una pequeña composición quedaron más ricos que antes y sin perder nada ante Dios. La intervención francesa pudo haberlos perjudicado muy seriamente, y mientras Juárez y Lerdo estuvieron en el poder, las facultades de adaptación de poco les sirvieron: pero el general Díaz realizó todos sus ideales cimentando su prosperidad en dos puntos de apoyo; la ley de baldíos y la POLITICA DE CONCILIACION: una hacía crecer las propiedades; la otra daba la irresponsabilidad. Aquello pareció ser la época más feliz; las grandes haciendas del tiempo de la Reforma nada fueron en comparación de las nuevas; pero el pueblo despojado y hambriento se levantó siguiendo al primero que le habló de reivindicaciones, y cuando triunfó la revolución hecha al grito de "abajo los latifundios" el terrateniente, que ve muy lejano el porvenir de aquellas tierras que adquirió durante la administración pasada, que ve cada día más difícil que en México prospere el antiguo sistema de explotación de esas fincas, se hace también revolucionario grita también "abajo los latifundios" y dice al gobierno: aquí tengo una de esas grandes fincas, cómpramela: me costó, si acaso, a cien pesos el sitio: te la vendo a doscientos pesos hectárea. Jugué a la encomienda católica contra la esclavitud pagana y gané un

poco; jugué a la independencia y al proteccionismo patriótico contra la sujeción a la metrópoli española y al antieconómico monopolio y gané algo más; jugué después a la adjudicación de bienes de manos muertas en forma ajustada a los preceptos de la Iglesia y aumenté más mi fortuna; jugué luego a introducir la civilización agraria arrojando a los indios rutineros y testarudos en todo el país y aproveché tan bien la fuerza gubernamental que aquí me tienes encomendero de la tierra y dueño de ella; pero como los trabajadores han emigrado en busca de alimento a causa de mi labor civilizadora y como los otros que quedaban se han levantado clamando contra mí, me decidí a ganar el ciento por uno en bien de la patria, para, en lugar de ser un hacendado en situación dudosa, convertirme en multimillonario e ir a codearme con mis congéneres en Wall Street".

Los párrafos transcritos pintan admirablemente al personaje negativo que fué en nuestra historia el gran hacendado. Formó con el soldado y el cura algo así como un triunvirato diabólico, causa principal de las desgracias del pueblo mexicano. Hay tres palabras trágicas en la historia de México: hacienda, sacristía y cuartel.

LA IDEA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

EL Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad de México, publicó el año pasado un excelente libro del Dr. Edmundo O'Gorman, sobre "La idea del descubrimiento de América".¹ Se trata de un libro de historia, —las ideas también tienen historia, si se las sabe ver no como ideas puras sino contaminadas de humanidad, como expresiones de hombres concretos en situaciones igualmente concretas— en que se cuenta la historia de una idea: la del descubrimiento de América.

La historiografía contemporánea, al ocuparse del suceso por ella conceptualizado como descubrimiento de América, asegura casi sin excepción que: "América fué descubierta casualmente por Cristóbal Colón". Pero ¿por qué se dice que Colón descubrió América por casualidad? Sin duda —responde O'Gorman— porque el concepto de descubrimiento entraña un elemento de intención por parte del sujeto a quien tal acto se imputa. Y como en verdad, no se puede hablar de un descubrimiento en que no intervenga la intencionalidad, resulta que, la proposición que afirma el descubrimiento casual encierra una contradicción irreductible. Esta contradicción indica claramente que la historiografía tradicional sostiene que el hecho es un descubrimiento a pesar de que la realidad del suceso histórico impide concebirlo de esa manera. Lo que sucede es que, concebir cierto suceso como el descubrimiento de América no es el resultado, aunque así se pretende, de una investigación científica atenta a las exigencias de la realidad investigada, sino que dicha investigación toma como punto de partida un supuesto postulado a priori. Dicha investigación parte, pues, de suponer que esa realidad es en sí un descubrimiento.

¿Qué razón han tenido los historiadores para sostener esa interpretación contradictoria? Esta pregunta —sigue diciendo O'Gorman— va dirigida al plano de la interpretación que se ha hecho de la realidad histórica, al plano de la historiografía y no al de la realidad histórica misma. Lo que procede ante tal cuestión, no es el estudio del hecho histórico llamado descubrimiento de América, sino el examen de una

¹ "La Idea del Descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos". Centro de Estudios Filosóficos. México, 1951.

serie de hechos interpretativos de aquel suceso, o dicho de otra manera, lo que se postula es una historia de la historia del descubrimiento de América.

El proceso historiográfico del descubrimiento, el desarrollo de la interpretación de un suceso como el descubrimiento de América, no se inicia sino hasta el momento en que se tiene conciencia de que las regiones visitadas por Colón no son parte de Asia, es decir, desde que surge la evidencia de que se trata de una entidad geográfica distinta del continente asiático. Tal evidencia es nuestro punto de partida, y antes de ella no se puede hablar de descubrimiento de América. El hallazgo de tierras "antes no vistas" pero que en definitiva se sabía que eran regiones extremas de Asia, plantea una serie de problemas distintos al caso de "descubrimiento de tierras desconocidas en el sentido más radical de que se trataba de algo que no tenía lugar previsto dentro de la realidad cósmica, según se conocía por el sistema tradicional de la estructura de la tierra".

Colón creyó que había arribado a las regiones extremas orientales de Asia, y las exploraciones que siguieron se efectuaron dentro de la misma creencia, hasta que Américo Vespucio reveló su idea de que las regiones exploradas no eran asiáticas, sino constituían un continente distinto. Este es un primer proceso preamericano, que cae fuera de los límites del libro de O'Gorman. La revelación de Vespucio inicia, sin embargo, la segunda etapa del proceso, ahora ya plenamente americano, y plantea un tremendo problema, el problema de la intencionalidad del acto descubridor, que se convierte en clave para comprender el suceso como descubrimiento y sirve de eje a toda la historiografía colombina. Esta segunda etapa del proceso comprende la divulgación de la idea de Vespucio y el reconocimiento de este navegante como el descubridor del nuevo continente. Pero de pronto, aparece en España una tercera etapa favorable a Colón, que acaba por acallar completamente y relegar a un plano secundario la anterior. El libro de Oviedo es el primer texto en que se proclama a Colón como descubridor, pero tal proclamación "se hace como la cosa más obvia del mundo". ¿Dónde está el origen de esto? El origen está en la opinión ya vulgarmente reconocida que así lo sostiene. Cuando se divulga la idea de que las tierras visitadas por Colón no eran asiáticas, sino regiones desconocidas, no se divulgan en cambio las condiciones como se alcanzó tal conocimiento, y para el vulgo esto no tiene más que una explicación: Colón tenía ya conocimiento de las nuevas tierras, lo cual sólo pudo haber sido por habérselo comunicado alguien, un "piloto anónimo". La creación popular es ya una interpretación en que se funda la posibilidad

de atribuir a Colón el descubrimiento de las tierras desconocidas, y representa el primer intento de "substitución de los propósitos de Colón". Todo el proceso historiográfico descansará sobre la base de la "leyenda del piloto anónimo", y se presentará como su prolongación o rectificación, o también como el intento de sustituirla por hipótesis científicas, sujetas en el fondo a exigencias políticas, religiosas y filosóficas del momento.

El examen de las tesis de la "etapa antigua de la historiografía del descubrimiento", que O'Gorman realiza en su libro, se puede resumir en el esquema siguiente: la tesis popular o consagración historiográfica de la leyenda; la tesis imperialista o solución política del problema; la tesis de la finalidad descubridora o solución científica; y por último, la tesis providencialista o solución religiosa. Cada una de las citadas tesis tiene un representante por excelencia, y a cada uno de éstos se dedica capítulo especial. López de Gómara es quien erige en tesis formal "la leyenda del piloto anónimo". Gonzalo Fernández de Oviedo trata de resolver el problema sin recurrir a un tercero, convierte al hombre Colón en un marino sabio y erudito, y considera el descubrimiento como un acontecimiento de orden político cultural dentro del imperalismo español de su época. Don Fernando Colón, consciente del peligro en que está su padre el Almirante, de perder el título de descubridor frente a Vespucio, escribe un libro biográfico con el "propósito de ocultar que su padre había confundido las tierras nuevas con regiones de Asia", "postula una tesis intencional y no casual como piensa la tradición", y como considera el descubrimiento una "hazaña de ciencia y doctrina", presenta al Almirante como "sabedor de la existencia de las nuevas tierras, saber que alcanzó por virtud de una hipótesis científica fundada en razonamiento de inducción y de autoridades". Por último, la tesis providencialista del padre Las Casas —aunque no ajena a otros tratadistas— en que culmina la historiografía colombina antigua, contiene "una interpretación antropológica del descubrimiento, y no una interpretación meramente geo-histórica". "Mediante su doctrina de la habitabilidad en sí de toda la tierra y su idea de ser el "descubrimiento la revelación de un camino, que es a la vez místico y náutico logra levantar una tesis en verdad providencialista, en cuanto en ella se desplaza la comprensión historiográfica de la esfera de los intereses puramente científicos para radicarse firmemente en la esfera de los intereses divinos de la salvación eterna".

La historiografía colombina moderna es iniciada con Antonio de Herrera, que en el siglo XVII recoge la problemática del proceso y la continúa. Herrera se encuentra con una contradicción nacida del libro

de don Fernando Colón que explica la empresa de su padre como inspirada en el propósito de mostrar la existencia de las Indias Occidentales y el relato de Las Casas que refiere los propósitos asiáticos que animaron a Colón. En tal situación, establece el cronista una tesis ecléctica "que consiste en transitar de la posición adoptada por don Fernando que presenta dicho suceso (el viaje colombino) como un descubrimiento a priori, a la posición menos extremosa de considerar ese mismo suceso como un descubrimiento a posteriori".

Después de Herrera, en casi dos siglos, el tema del descubrimiento, desde el punto de vista del proceso conceptual en estudio, no recibe aportaciones importantes hasta los trabajos de Beaumont y Robertson, en el último tercio del siglo XVIII. Estos dos cronistas, no se pueden quitar de encima el peso de la tradición y acaban por admitir dos posibilidades en el viaje colombino: descubrir tierras nuevas y abrir la ruta a las costas de Asia. Ambos apuntan ya la tesis moderna, hoy vigente, de un descubrimiento como acontecimiento casual, inesperado.

En Juan Bautista Muñoz, el viaje de Colón tiene dos empresas: navegar hacia las tierras asiáticas y descubrir de paso, algunas tierras que estarían situadas en el camino. Más tarde, con Fernández de Navarrete, desaparece el último rastro de intencionalidad del viaje colombino: el Almirante tenía el proyecto de navegar a la India por el rumbo del Poniente y así encontró, inesperadamente, "un nuevo mundo que creyó ser el continente de la India". Pero es necesario esperar hasta Washington Irving para que la idea de que Cristóbal Colón, atento a su objetivo asiático, descubrió América por casualidad, se afirme de modo definitivo y dominante. Con Irving, se consuma la inversión radical de la tesis de don Fernando Colón, se olvida por completo el elemento de intencionalidad, y se considera suficiente la primacía en el puro tropezar con un punto cualquiera del ahora llamado continente americano, para conceder al Almirante el título de descubridor.

Alejandro von Humboldt, es quien se entrega a la enorme tarea de encontrar sitio, dentro de un sistema total de comprensión del mundo, al descubrimiento de América entendido en el sentido del mero topar físico con las riberas del continente, frente al nuevo problema que representan los viajes antiquísimos de los normandos.

O'Gorman presenta el pensamiento de Humboldt "como la contrapartida de la visión trascendentalista y providencial de los antiguos escritores, visión que, como sabemos, alcanzó en el padre Las Casas su más alta expresión". Humboldt "opera la substitución del ambiente providencialista trascendental, por una atmósfera distinta, eminentemente científica".

Este capítulo es, sin duda, el más hermoso e interesante de todo el libro, porque el autor pone en relación la visión del mundo humboldtiana con las corrientes generales de la cultura de la época. Y las corrientes filosóficas que se cruzan en esta obra, son tan ricas que cabe decir que comprenden "el repertorio cultural de las generaciones que van desde Voltaire hasta Augusto Comte, o sea, desde la Ilustración hasta el positivismo". La única manera de no perderse entre la complicada selva de historia cultural que esa época representa es hallar un concepto que sirva de camino y guía de exposición, este concepto en torno al cual se agrupan ilustrados, románticos y positivistas, es "la humanidad".

Dentro del sistema del escritor alemán, el hombre Colón "no es, visto del lado del acontecimiento, sino un instrumento de la teleología inherente y fatal del discurrir histórico", y la palabra descubrimiento es utilizada "para mentar el hallazgo puramente físico, diremos que se trata de la 'apertura', para la Humanidad, del campo científico contenido en el hemisferio occidental de nuestro globo".

Después de Humboldt, la historiografía colombina inicia un proceso de decadencia que en medio de un desorden polémico lleva —en nuestros días— la comprensión del suceso a una esfera puramente mecánica. La diferencia radical que separa aquella concepción de la de los contemporáneos es que la creencia en una teleología del discurrir histórico ha dejado de tener la vigencia que tenía en los días de Irving y de Humboldt. No es otra la causa del tránsito entre la etapa moderna y la contemporánea de la historiografía colombina.

Como representantes de la historiografía contemporánea, O'Gorman estudia las obras de Morison y Enrique de Gandía, y muestra cómo cuando los historiógrafos contemporáneos creen que solamente se adhieren a una verdad establecida, en realidad están postulando como solución lo que sólo es el planteamiento del problema de la historiografía moderna. Se postula como "verdad en sí, el contenido de una proposición cuyo significado de verdad depende de una elaboración interpretativa, equivale a un desarraigo de esa proposición de su suelo histórico", "la proposición se vacía de su significación concreta como verdad relativa a un proceso histórico no menos relativo y concreto, para llenarse, conservando siempre la misma formulación verbal, de un significado distinto y aun opuesto, es decir, del significado de una verdad absoluta y abstraída de todo proceso interpretativo".

El descubrimiento de América "se ha cumplido al agotarse el acto físico del desplazamiento mecánico en que tal descubrimiento va implícito en potencia". He aquí la tesis contemporánea que por pri-

mera vez atribuye el descubrimiento a Colón sin tratar los problemas que tal atribución plantea. Los historiadores contemporáneos no aportan soluciones al problema de la intencionalidad del descubrimiento, porque tal problema no tiene sentido para ellos. La cuestión de la intencionalidad no puede recibir sino un número determinado de soluciones: "la intencionalidad puede legítimamente radicarse en dos lugares, a saber: en el agente que lleva a cabo el acontecimiento, es decir, en Cristóbal Colón, o en el acontecimiento mismo, es decir, en el discurrir histórico. Para la etapa posterior no queda, pues, solución propia posible". "La etapa contemporánea es un desarrollo o desbordamiento que ya no corresponde a ninguna posibilidad auténtica, sino que es una prolongación tradicionalista de la solución moderna". Tal situación es la condición de posibilidad de un estudio historiográfico como el que O'Gorman ha realizado, y que es, además, "la sola manera de hacerle frente al único problema auténtico que ofrece el estado actual de la historiografía del 'descubrimiento de América'; la respuesta obligada, en suma, al agotamiento de ese proceso interpretativo, pues que su misión es precisamente, actualizarlo y hacerlo patente". Con esto, se pone en duda el hecho mismo de que la realidad histórica que la tradición llama descubrimiento sea eso precisamente, un descubrimiento. No quién o cómo se descubrió América, sino el hecho mismo de que América haya sido descubierta, es decir, la manera de concebir el suceso. La historiografía tradicional es, pues, sólo una manera de interpretar la realidad histórica llamada tradicionalmente descubrimiento, y por supuesto no la única, de donde resulta la posibilidad de concebir el ser de esa realidad de distinta manera.

Hasta aquí la parte propiamente histórica de este libro sobre la idea del descubrimiento, ahora conviene decir algo sobre su finalidad, sus antecedentes y sus promesas. Porque este libro de O'Gorman tiene tanto valor por lo que presenta como realizado, como por lo que tiene prometido. Su autor no es hombre de tareas cortas, hace algunos años que está empeñado en una labor tan espinosa como gigantesca: "llegar a saber qué tipo de entidad es ésta (América) que con ese nombre mentamos, cuál su realidad y su estructura, cuál en suma, su ser". Porque "la incógnita acerca del ser de América es, aunque olvidada, la cuestión príncipe de su historia".

Las preocupaciones intelectuales de O'Gorman en torno a estas cuestiones básicas de la historia americana, no son recientes, en 1942 publicó sus "Fundamentos de la Historia de América"—el título es muy ilustrativo—, un pequeño libro dedicado a estudiar la manera como América entró a formar parte constitutiva de la vida y cultura

occidentales, y a trazar las líneas generales de la historia de la idea de América. Pero donde aparece por primera vez planteado en toda su amplitud el problema del ser de América, es en "Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica". En este volumen, el autor se entrega a buscar lo que nos dicen sobre el ser de América los estudios historiográficos, y encuentra que tal problema ni siquiera se ha formulado en tales especulaciones; lo que sobre el asunto nos dice la historiografía, es que: "América fué descubierta", y sin duda, semejante conocimiento apunta hacia la estructura del ser de América; pero ¿qué es el descubrimiento de América? tampoco hay respuesta para esta pregunta. Pero no se trataba de un caso de excepción el que la historiografía diera por supuesta la realidad en sí de América y también la del descubrimiento, porque es rasgo característico de este tipo de estudios la ausencia de preocupación por comprender el ser de la realidad histórica. Fué necesario dejar aplazado el problema ontológico de América y emprender un estudio más urgente: el estudio del conocimiento historiográfico en sí, para mostrar los supuestos en que funda sus métodos y descubrir sus pretensiones, hasta concluir con las bases en que debe fundarse una auténtica ciencia de la historia, preocupada por lo que es el pasado, y no solamente por el cómo pasó.

Resueltos los problemas de la ciencia histórica, el nuevo asedio a la cuestión ontológica de América es la Introducción General a "La Idea del Descubrimiento de América", de que no hablamos al iniciar la nota porque convenía más hacerlo en este sitio. El punto de partida de este nuevo asedio, es la observación de que la vida y la cultura americanas, con ser europeas en su esencia, tienen, sin embargo, un perfil propio que las distingue. De todas maneras, es indiscutible que existe una relación histórica, un vínculo que preside el desarrollo de nuestra cultura como un profundo sentimiento de dependencia. Este sentimiento, que O'Gorman llama "européismo en la consciencia americana", revela en definitiva una grande preocupación por América, por el ser de América. Preocupación, que a pesar de todo, no se ha transformado en ontología; cuantos hablan de América no interrogan por su ser, "sino por las características que definen a ese ente cuyo ser dan por supuesto", preguntan por las contribuciones culturales, la historia, el destino, etc., de un ente. Y se da por supuesto, en esas investigaciones el ser de América, por la sencilla razón de que se cuenta con un modo de comprenderlo, modo que es, al fin, insuficiente, puesto que no detiene la inquietud y la preocupación por el ser de América. Este modo insuficiente de comprender la realidad americana,

en verdad oculta su ser y estorba la comprensión auténtica. Estamos frente a un caso de "encubrimiento del ser de América".

La mejor manera de salvar el escollo es averiguar cuál es ese modo impropio y en qué radica su insuficiencia. Es preciso que se trate de una noción implícita, que se supone, de lo contrario no habría esa ocultación de la realidad americana. Ahora bien, la noción que buscamos está implícita en la idea más general, que al mismo tiempo específica de qué clase de ente se trata: la idea de que América es un ente geográfico. En esta idea está implícita una noción ontológica que ha de salir a la luz como respuesta a esta pregunta: ¿cómo se sabe que América es un continente geográfico? La tradición contestará: se sabe que América es el continente geográfico así llamado, porque así se reveló históricamente su existencia, al ser descubierto por Cristóbal Colón en 1492. Esta es la garantía.

El modo tradicional de comprender América como continente geográfico, que tiene como prueba el descubrimiento colombino, entraña como noción ontológica implícita, la de que se trata de un ser de tal índole que permita el descubrimiento, es decir, se trata de un ente "descubrible". He aquí la noción ontológica que buscábamos, solamente que no es posible decidir todavía sobre su verdad, antes habrá que discutir la prueba histórica que la tradición tiene como garantía de esta idea de América: el descubrimiento. Si el examen muestra que la prueba es insuficiente, cae por tierra la noción ontológica de América como ente descubrible, y pierde su fundamento la idea tradicional de América como continente geográfico. El examen de la prueba, que no puede consistir sino en averiguar si es legítimo concebir cierto suceso histórico como descubrimiento de América, es el que ha quedado resumido en la primera parte de esta nota y que ha tratado de la historia de la idea del descubrimiento y de la crítica de sus fundamentos.

Terminada la tarea de desmonte, realizada la "destrucción" de la historiografía colombina, hemos visto que se ha puesto en duda el hecho de que América haya sido descubierta y ha quedado abierta la posibilidad de concebir el suceso de otra manera. La prueba que la tradición ofrece como garantía de la idea de América como ente geográfico ha perdido su fuerza, por tanto, la noción ontológica de la realidad americana como ente "descubrible" tampoco puede sostenerse. Es posible ahora atacar el problema del ser de América, sin que estorbe el modo tradicional e insuficiente de comprenderlo.

Sin embargo, no se han allanado todos los caminos, el estudio del proceso historiográfico del descubrimiento no es suficiente para intentar el asedio definitivo al problema fundamental ontológico, porque sola-

mente reveló "un aspecto del voluminoso acontecimiento, o sea, el aspecto de América en cuanto entidad geográfica. América, sin embargo, se ofrece también como un 'mundo', o sea como un ente dotado de una naturaleza y a la vez como una entidad antropológica. Estos dos aspectos fundamentales de su ser reclaman un examen paralelo".

El libro de O'Gorman sobre la idea del descubrimiento de América —como su libro anterior de filosofía de la ciencia histórica—, representa, dentro del programa general de trabajo que tiene trazado el autor, un ensayo preparatorio de un estudio ontológico de América; nació —también como el libro anterior—, del propósito de hacer a un lado un estorbo del camino, pero no es allí exclusivamente donde reside su valor, es un libro completo en todos los sentidos, que tiene una significación propia en el proceso historiográfico del descubrimiento; es un libro que el mismo autor ha presentado como "el primer intento de elevar a tema de consideración expresa el proceso historiográfico, en cuanto tal, acerca del acontecimiento príncipe de lo americano". Y este intento —debemos añadir— debiera quedar como modelo y reproche entre nuestra abundante bibliografía "literario-filosófica" sobre temas americanos, tanto por el rigor y exactitud en las ideas que le sirven de fundamento, y por su perfección metodológica, como por la organización original de la obra y la limpieza y gracia del estilo.

Fernando SALMERON.

“LOS CHINEROS” EN LA HISTORIA PERUANA

EXISTE un capítulo importante de la vida social sudamericana, digo, indoamericana, demasiado preterido, pese a su indiscutible importancia: el que se refiere a la servidumbre de los chinos. Dado el volumen de la esclavitud africana, se pospone la asiática, a pesar de que, al producirse ésta con mucha posterioridad a aquélla, y en época de presumible progreso cultural, adquirió caracteres más repudiables aún, ya que no era lícito argumentarse con el antaño plausible pretexto de ignorar si los chinos tenían alma o no.

Entre los países en donde la servidumbre asiática alcanzó vastas proporciones, destácanse Perú y Cuba. En este último país, el asunto asume renovada beligerancia. Aunque los peruanos han dejado de practicar las “chinerías”, teóricamente desde 1909, en que el Tratado Porras-Wu Tin Fang limitó de hecho, aunque no de derecho, la inmigración asiática, en la práctica continuaron hasta casi 1930 y, tal vez, más tarde. Personalmente, en 1923, en una visita a la Estación de Cuarentena de Panamá, recorrí varias “jaulas” de chinos, con destino a mi patria, todos los cuales viajaban con pasaporte de “antiguos residentes en Perú”, a fin de cumplir con los requisitos del Tratado antedicho, pero ninguno de ellos sabía otra expresión castellana que un líquido y cuasi gutural “P’a Pilú” (para el Perú, P’al Perú). Cónsules, diplomáticos y funcionarios de Relaciones Exteriores habían juntado victoriosamente sus esfuerzos con tal resultado. La inmigración asiática seguía afluyendo a las costas del Pacífico.

No es, precisamente, éste el tema del nutrido y acusatorio libro *Chinese Bondage in Peru*, que acaba de publicar el profesor Watt Stewart, de la Escuela de Maestros de Albany, New York. Su campo abraza el período de 1849 a 1874, o sea cuando se inició oficialmente el tráfico de “culíes” y cuando en forma legal tuvo término. Stewart da cima con este nuevo libro a un trabajo cuya primera parte se titula *Henry Meiggs: Yankee Pizarro* (Duke University Press, 1946). El estudio sobre la servidumbre china, editado también por las mismas prensas universitarias, en el presente año, se engarza armoniosa—e indignamente— con el pintoresco relato de cómo un aventurero científico yanqui transformó la vida económica de Chile y Perú, utili-

zando, entre otros elementos, el soborno para los poderosos y la mano de obra barata, "el culé" y el indio, en lo tocante a los desvalidos.

NO deja de llamar la atención que muchos de los libros más iluminantes acerca de la historia social indoamericana, débanse a plumas sajonas. ¿Para qué existen nuestros historiadores criollos? ¿Sólo para aplaudir hazañas guerreras, atacar partidos vencidos, adular a caudillos y clanes pudientes, referir episodios vistosos y sin mayor trascendencia, convertir las severas páginas de la historia en un palenque de vanidades irritadas, rencores insomnes, insaciables codicias, ilimitada adulación, arbitrariedades irrefrenables y equívocos y pilatunos lavados de manos? No sabría decirlo; mas, aunque aplauda la realización de la empresa iluminadora, me duele comprobar la reiterada ausencia de la mayoría de nuestros estudiosos en semejante tarea. Por de pronto, la historia de los ferrocarriles, los primeros empréstitos y la nueva servidumbre humana en Perú, se debe a la pluma de un yanqui. No faltan sino unas cuantas figuras de conquistadores económicos para tener el cuadro completo, uno de ellos W. G. Grace, cuya abrumadora compañía se constituyó en mi país, mediante un acto de fuerza realizado por un régimen militarista, a fines del siglo pasado.

LA época a que se refiere el libro de Stewart—*Chinese Bondage in Peru* (Duke University Press, 1951)—considera a un Perú de poco menos de dos millones y medio de habitantes, de los cuales un 70% era indígena o mestizo de indígena. Durante ese lapso de tiempo se produjo la manumisión y liberación de los esclavos negros, los cuales llegaban a la ya modesta cifra de 17,000. (En 1821 se había producido otra manumisión, llamada "libertad de vientres", porque establecía que nadie *nacería* esclavo en el país, mas no se pronunciaba sobre los que habían nacido ya).

La población indígena, dice Stewart no gustaba de trabajar en la costa; no encuentro tan exacta la otra aseveración sobre que no trabajaba en las minas. De hecho, el único obrero para las minas situadas a considerable altura, fué el nativo de aquellas serranías. De paso, y a título informativo, conviene establecer que algunos de los nombres ahí dados sufren ligeras modificaciones: por ejemplo, Juan Pedro Paz Soldán y Unanue, fué sólo Pedro, y no se le debe confundir con otro del mismo apellido: gran escritor se distingue por sus adulaciones a Henry Meiggs y su apoyo a la servidumbre china. Asimismo "Loas"

es el apellido "Laos", uno de los más prominentes en la vida social peruana de los últimos sesenta años, enriquecido con el tráfico de carne amarilla. *Et sic de coeteris*.

Volvamos al punto capital, al problema.

En aquella época, los terratenientes (gamonales) y la Iglesia eran los más grandes poderes, a quienes servía de protector y ejecutor el ejército. La militarada tenía siempre su Maese Pedro en el hacendado y el cura. (No cambian mucho los tiempos, sobre todo tocante a los primeros. . .).

Para cubrir la deficiencia de "obra de mano" se trató de instalar colonias europeas. Los 300 alemanes, instalados en 1857 en el Pozuzo; los 200 españoles que, en 1860, se contrataron para la hacienda Talambo, fueron dos fracasos, y, en verdad, el último de los grupos fué el causante del conflicto entre España y las Repúblicas del Pacífico, de 1864-66. Finalmente, en noviembre de 1849 se dicta la "Ley China", a instancias de dos influyentes y ricos capitalistas, de mente jliberal! según dicen los historiadores, don Domingo Elías y el doctor Juan Rodríguez, quienes obtuvieron el privilegio de exclusivistas, por cuatro años, como introductores de chinos en el Perú. Se había iniciado la segunda esclavitud.

Aunquc no hay cifras exactas, los cálculos más aproximados permiten aseverar que, durante los treinta años de dicho sistema, llegaron al Perú entre 100,000 y 150,000 chinos, la mayoría proveniente de seis provincias meridionales, en derredor de Cantón. Además, por datos seguros se sabe que, en la travesía entre Macao y Callao, murió más o menos el 10% de los "culíes", es decir, una cifra tan impresionante como 15,000 consumidos por la fiebre, la sed, el hambre, la falta de higiene, como realizaban tan degradantes viajes en pleno siglo XIX, conducidos por "cristianos" capitanes. El saldo de aquella inmigración constituye la actual población china del Perú, y se concentra principalmente en los barrios vecinos al Mercado Central de Lima, en las dos cuadras del Capón.

STEWART es muy preciso en sus datos. La ley de 1849 fué dictada bajo la presión de los agricultores. Ellos fueron los responsables de que, por ejemplo, en 1850, los 740 chinos inmigrantes embarcados en dos buques, se redujesen a 493 durante los 120 días de navegación, o sea que pereció el 33 por ciento. En 114 días, los 323 chinos que navegaban en el "Empresa" de Amoy al Callao, quedaron reducidos a 246, en el año de 1852.

Tales cifras pueden sorprender a muchos, para quienes resulten insólitos los dramáticos y vergonzosos detalles del tráfico de "colíes" (palabra de origen bengalés, dado a los pobladores de ciertas alturas de la India, quienes solían bajar a la llanura en tiempos de cosecha, como trabajadores ocasionales, de donde pasó a designar a todo peón temporero, y, luego, a los chinos que emigraban bajo contratos de tal guisa).

Por cierto, los colíes no se resignaban siempre al mal trato que se les infligía en los barcos chineros. A veces se sublevaron, y no pocas con buen éxito, como ocurrió, en 1852, en el buque peruano "Rosa Elías", a órdenes de un capitán inglés. Los rebeldes colíes desembarcaron en Singapur, después de dar muerte al jefe de la embarcación. Los ingleses expidieron, en 1855, una ley en virtud de la cual Honk Kong quedaba clausurado para el trato de chinos, por lo que creció el puerto portugués de Macao.

Al llegar a Perú, los infelices colíes encontraban tremendos trabajos y además la enemiga de los obreros locales.

Aunque generalmente los contratos no existían o no eran conocidos por los emigrantes, se suponía que los servicios duraban 5 años; que recibirían 4 soles (entonces como 4 dólares norteamericanos) por mes; que el tiempo de enfermedad no significaba ningún salario ni se descontaba del período del contrato; que el adelanto que recibían en China debía ser reembolsado a razón de un peso o sol por mes; que debían pagar sus vestidos, pero no sus medicinas, salvo que hubiesen tenido mala conducta. Entre los consejeros que apoyaron el tráfico de chinos figura cierto Dr. Gallagher (de influyente familia hoy) quien prefirió licenciar a los inmigrantes europeos que traía, para usar a chinos.

Los principales puntos de afluencia de chinos fueron las haciendas de la costa en La Libertad (Trujillo) y los alrededores de Lima (Cañete, Chincha e Ica). Las principales familias peruanas implicadas en este tráfico fueron, según se desprende de los certificados y documentos de la época, los Canevaro, Laos, Unanue, Paz Soldán, Gallagher, Montero, Canaval (Stewart se equivoca y dice, sin malicia, "Carnaval"), Delgado, Elguera, Swayne, Arbretch (¿Aurich?), y desde luego Henry Meiggs, extranjero como John Thorndike, quien apoyó a aquél en la importación de colíes para la obra de los ferrocarriles peruanos. Entre los favorecidos (p. 86) figura también Bernardo O'Higgins, el Libertador de Chile, quien, después de renunciar su cargo de Protector en su patria, se acogió al asilo peruano, cuyo gobierno le obse-

quió la hacienda "Montalbán", hoy en manos de uno de los más acaudalados algodoneros y reaccionarios peruanos, don Pedro G. Beltrán.

Los excesos cometidos por los chineros peruanos fueron tales que el Poder Ejecutivo se vió obligado a derogar la "Ley China" en 1856, aunque, después, se reabría el proceso nefando.

LA Guerra Civil norteamericana provocó, en parte, el ominoso tráfico. Durante su transcurso, el algodón subió mucho de precio, y los agricultores peruanos se lanzaron (como en 1918) a convertir sus cultivos en algodón a fin de aprovechar las altas tasas. Tal cuenta el sabio E. G. Squier en su libro de viajes en "el país de los Incas" (1877), y así aparecen de los documentos oficiales ventilados por Stewart. Al darse la nueva Ley China se argumenta que dicho tráfico chino es conveniente, pues favorece a la agricultura, sin la cual "ninguna sociedad puede existir". La frase es definitiva. Los promotores fueron desde luego, los terratenientes que, de nuevo, ejercían el gobierno, habiendo despejado el Palacio de los liberales castillistas, a quienes reemplazaron entonces, los ricos conservadores. "El Peruano", diario oficial, en su edición del 23 de marzo de 1861, apunta: "La avidez de los especuladores en la introducción de chinos había renovado todos los males del reprochable tráfico de esclavos". Castilla, que había dado libertad a los negros, se opuso a la ley, y la devolvió al Congreso con su veto; pero la mayoría parlamentaria, ultramontana, gamonalasca, esclavista y, aunque católica, anticristiana (lo cual ocurre muy a menudo) derrotó el veto presidencial, y Castilla se vió obligado a promulgar la nueva Ley China.

Como, bajo la nueva ley, se trajeran algunos hawaianos, resultó que éstos murieron "como moscas que hubiesen sido envenenadas". Protestaron los diplomáticos. Felizmente fueron alrededor de sólo 750 polinesios. Hubo que pagar crecidas indemnizaciones.

En Macao, los portugueses coadyuvaron al nuevo régimen esclavista. Se robaban a los chinos para venderlos, bajo la apariencia de un contrato de trabajo, a los agricultores peruanos, cuyos representantes navieros ofrecen elocuentes testimonios. Uno de ellos, el señor García y García (antepasado de varios diplomáticos y ministros de Relaciones Exteriores entre 1874 y 1948) refiere la forma como llevaba a cabo su lamentable negocio. Su testimonio es uno de los más favorables a los chineros. No logra, sin embargo, eludir los crueles perfiles del inhumano comercio. Para ese tiempo, el precio de cada chino en Macao, pagado por el agente peruano, oscilaba entre 60 y 80 dólares. El co-

mandante Guillermo García y García, que anduvo en tales menesteres, y que escribió un informe, a pedido del señor Pedro Gálvez, ministro del Perú ante la Gran Bretaña, certifica que los contratos de trabajo de los chinos no terminaban con la muerte del empresario, sino que eran transmitidos—como un bien— a sus herederos, o podía ser objeto de venta o transferencia. El chino no podía siquiera ausentarse de la casa de su amo, sin previo permiso escrito. Ahora se le proporcionaba gratis, una sábana al año, dos vestidos interiores y una camisa de franela al año. Como se trataba de compromisos voluntarios, los soldados portugueses, con bayoneta calada, acompañaban a los colíes hasta que embarcaban en el barco chinero. Allí se les amontonaba en pequeños puentes. La comida era infame. Se les azotaba. Cuando, en 1870, ocurrió la rebelión del cargamento amarillo de la "Nouvelle Pénélope", la corte de Kwok-a sing, derrotó al comandante García y García, y declaró (a) que el comercio de colíes era un tráfico de esclavos (b) que, en consecuencia, los emigrantes, estaban en su derecho al ejercitar la violencia contra quienes trataban de forzar su voluntad, y para recobrar su libertad. Los gobiernos de China, Estados Unidos e Inglaterra presionaron al de Portugal, por los asuntos de Macao. No tardó en quedar en evidencia que los negociantes peruanos eran los responsables casi exclusivos de aquel renovado oprobio. Como cuestión de hecho, entre abril de 1871 y julio de 1874, viajaban entre Macao y Callao, haciendo el tráfico chinero, VEINTE buques peruanos, CUATRO franceses, DOS portugueses, UNO holandés, UNO ruso, UNO austríaco, o sea que sobre un total de 29 buques, 20 eran peruanos. Las consecuencias son obvias. Al final, quedaban como negociantes contumaces en el tráfico marítimo, Canevaro y Juan Ugarte.

En una lista sobre la distribución de un cargamento de chinos, en El Callao (Perú), aparecen los siguientes nombres:

Canevaro y compañía; Figari e Hijo; Compañía Marítima; Juan Ugarte; Candamo y Compañía; Dimaly Filgeuria; con lo cual hay que añadir los nombres de Figari y Candamo, ambos de figuración política y social, especialmente el segundo, que tiene un presidente de la República en sus anales.

En este punto, el testimonio documental recogido por Stewart es muy explícito: "Esto armoniza con el hecho de que fué el hacendado "(primera y últimamente), quien insistió sobre la inmigración. El era, "desde todo punto de vista, la persona más interesada. El hacendado "fué la clase que más aprovechó del trabajo de los culíes" (p. 90).

A tal punto llega la cuestión que Juan de Arona (es decir, Pedro Paz Soldán) escribe los siguientes versos:

No hay donde al chino no lo halles,
 desde el *ensaque* del guano
 hasta el cultivo en los valles;
 desde el servicio de mano,
 hasta el barrido de calles.
 Aun de la plebe es sirviente,
 y no hay servicio ¿lo oís?
 que él no abarque diligente.
 —¿Y la gente del país?
 —¡Está pensando en ser *gente!*

HENRY Meiggs, hombre zahorí, comprendió que el trabajo del chino era barato, y que, por tanto, convenía prolongarle la vida y aumentar sus fuerzas físicas.

John G. Meiggs, hermano y apoderado de Henry, escribió una nota al jefe de operaciones del Ferrocarril de Chimbote: "Comida para los chinos: "Les da pan con su té en la mañana, antes de que vayan a trabajar?, si no, hay que hacerlo, ya que hemos encontrado en este camino (La Oroya) que ellos necesitan cambio de siesta y más comida, para trabajar mejor. Le recomiendo ser muy generoso con todos los que estén o puedan estar en los Hospitales, y que les dan pan, té y café; de hecho, la liberalidad será la mejor economía". (23 diciembre, 1872).

En cambio, los galpones de los hacendados criollos eran sencillamente antecámaras de la muerte. Al mal trato se agregaba el prejuicio racial que inclusive los negros y zambos y mulatos sentían contra los culíes, haciéndoles la vida doblemente inaguantable. Los negros esclavos miraban a los chinos como sus sucesores, lo que aumentaba su desprecio hacia ellos.

Por otro lado, los hacendados peruanos fueron siempre absentistas, y dejaban gobernar sus propiedades con mayordomos o administradores, mucho más duros, si cabe, que los señores.

El trabajo del culí duraba de 5 a. m. a 5 p. m., o de 6 a. m. a 6 p. m., con sólo una hora de interrupción. La semana de trabajo era de siete días, aunque a veces se concedía la tarde del domingo libre. El suicidio no era raro entre los chinos, y yo he oído hablar en mi niñez de esos suicidios chinos como algo gozoso, porque parece que los asiáticos se alegraban de alejarse de este mundo. También era frecuente la homosexualidad. La causa era la ausencia de mujeres. No se trajeron chinas, sino chinos, y el prejuicio de razas les hacía difícil el comercio sexual.

Como un contrato costaba 500 soles por ocho años, daba como 62 soles al año por persona; más 90 soles para comida; más 52 soles anuales de salario o sea 204 soles por año por chino, sin contar vivienda, gasto insignificante, ropa y medicinas. En total con 250 soles al año se tenía un trabajador que laboraba no menos de 330 días a razón de once horas diarias, o sea un total aproximado de 3,630 horas, lo cual equivale a un gasto de menos de ocho centavos peruanos la hora incluyendo el costo del contrato y posibles enfermedades. Como parte de los gastos de medicina y de ropa los hacía el propio culí, resulta que en esos cuasi ocho centavos peruanos, se comprendían los gastos totales de origen patronal y del peón. Probablemente el patrón pagaba 6 centavos peruanos por cada hora de trabajo de culí, comprendiendo en ello comida y vivienda. Era, pues, un esclavo. Ahora, si consideramos que el culí recibía de esos 6 centavos sólo su salario (52 soles al año), su comida (90 soles al año) y su vivienda (no más de 10 soles por año), tenemos que lo que el culí recibía era alrededor de 4 centavos y medio por hora de trabajo, durante el tiempo de su evidente esclavitud. No todo el producto del contrato, ni mucho menos iba a parar a sus manos.

Al hacerse público el vil comercio chinero, se promovió un vasto movimiento internacional. Un Ministro norteamericano en Lima informaba a su gobierno, en noviembre de 1874: "He llegado a la conclusión de que (los chinos) eran tratados como los esclavos lo fueron en otros tiempos, en los Estados Unidos". El Presidente del Perú, José Balta, cuando Meiggs le propuso llevar chinos a los ferrocarriles, dijo: "Por Dios Santo no haga eso". Los ingleses presionaban para cesar el comercio aquel. Los portugueses concluyeron negándose a contribuir. Sólo quedaban los hacendados peruanos y el negociante norteamericano Henry Meiggs. Los chinos se sublevaron en las haciendas. Algunos, como cierto Manuel de la Cruz (apellidado de su amo, seguramente) había enriquecido. Nuevos incidentes, en que se vieron comprometidos con Clemente Althaus y su agente chinero, el señor Tanco-Armero—dos ricos homes peruvianos—aceleraron el final de la trata de asiáticos. Otro García y García—don Aurelio—entra a tallar antes de que el Perú dicte el decreto que suspendería la trata de chinos.

El episodio entre Aurelio García y García y el mandarín Li Hung Chang es francamente delicioso. Demostraron suma fineza igual que el príncipe Kung. Entre los regalos que se intercambian figuran, de una parte, botellas de *pisco* peruano, una colección de monedas del Perú, telas peruanas, etc. Los chinos retornan con monedas chinas, té especial, telas de seda, etc. Por fin el tratado de Tientsin (1875) pone

remate al comercio amarillo. La trata de culíes termina... nominalmente, porque siempre hay una puerta abierta para la astucia. Por ella seguirán filtrándose asiáticos hasta el tratado Porras - Wu-tin Fang, de 1909. Mas, Stewart termina su libro con el Tratado de Tientsin, y la aparición de otros apellidos, conectados con el chinerismo: Riva Agüero, Elmore, Arrieta, quienes actúan, por uno u otro capítulo en torno de aquel asunto.

Pero, no podemos perder la ocasión de referirnos a Henry Meiggs.

HENRY Meiggs, el "Pizarro yanqui" que dice Stewart, nació en Catskill, Estado de Nueva York, el 7 de julio de 1811, y murió en Lima, con pompa, pero ya sin dinero, el 30 de septiembre de 1877. Durante esta existencia de 66 años, 2 meses y 23 días, Henry Meiggs realizó hazañas y bajezas difíciles de igualar. Por lo que estuvo ligado a la política económica y financiera de Chile y Perú, y por las obras que llevó a cabo, las almas que corrompió, las mujeres que utilizó y le utilizaron, los empréstitos que hizo flotar, las obras públicas coronadas por su ingenio, y por su intervención final en el comercio de chinos, él también un chinero, según se ha visto, Henry Meiggs ha merecido largos estudios; ninguno de ellos tan claro y detenido como el de Watt Stewart.

Meiggs se inició en los negocios cuando residía en California hacia 1850, la época de la locura del oro—el "gold rush" de Chaplin. Mas, vino la depresión, y en 1854 Meiggs, que traficaba en propiedades territoriales, sintió que perdía el piso. Para afrontar la situación, falsificó unos bonos, cuyos altísimos intereses pagaba para evitar investigaciones. Al fin se descubrió la defraudación. Tuvo tiempo para abandonar California en un barco suyo (1854), recaló en Islas del Pacífico y, finalmente, arribó a Chile. Las autoridades californianas quisieron extraditarlo. Cometieron errores de trámite, como el del gobernador de California que se dirigió al Ministro de Santiago, sin acudir al Departamento de Estado. ¡Pedirle formalidades a una autoridad de territorio minero!

Meiggs se dió maña para halagar a las autoridades locales y a las de su país en Chile. Se vinculó a los hombres de gobierno y reconstruyó su fortuna. En 1861, el Ministro don Antonio Varas invitó a su casa a Meiggs. Se trataba de un contrato para el ferrocarril de Valparaíso a Quillota. Meiggs ya había demostrado su eficiencia en una parte de la ferrovía del Sur.

Meiggs se comprometió a hacer la obra en seis millones, pero pidió que si la concluía en tres años, recibiría medio millón de prima;

y además, una bonificación de diez mil pesos por cada mes que adelantara la fecha. El contrato definitivo modificó estas bases: 500,000 pesos si terminaba no después de 4 años; más un bono de otros 500,000 pesos si concluía antes de los 4 años y 10,000 pesos en bonos por cada mes que se adelantara sobre la fecha de 3 años. Meiggs que entendió, como pocos extranjeros, al *roto* chileno, lo halagó, lo dirigió y entregó la obra en 2 años. Con su cuantiosa ganancia se apresuró a construir una mansión de ensueño, la Quinta Meiggs, destruída sólo en 1940 para el ensanche de la ciudad.

Uno de los mejores amigos de Meiggs en Chile, fué Benjamín Vicuña Mackenna. En Lima, lo sería Ricardo Palma. Gustaba —y sabía— rodearse de eminencias literarias, así como políticas. Manuel Antonio Matta, Justo Arteaga Alemparte, Guillermo Matta, Antonio Varas, poetas y políticos, constituían el séquito de Meiggs, en Santiago. En Lima lo formarían Pedro Paz Soldan (Juan de Arna), Luis y Carlos B. Cisneros, y se trataría de tú a tú con Fernando Casós y con Nicolás de Piérola, y hasta con el ciego Pedro Elera.

Casi trece años estuvo en Chile, hasta 1868. Del Perú, en donde se instalaba un nuevo gobierno, lo llamaron entonces. El presidente Diez-Canseco, su ministro en Chile (otro arequipeño!) Juan Manuel Polar, el señor Gibson (otro arequipeño!) invitaron a Meiggs a viajar al Norte. Se trataba de construir un ferrocarril para Arequipa. El Pizarro yanqui comenzaba su nueva conquista. Esta se vió salpicada de sobornos, fraudes, audacia y prostitución. Un capítulo brillante y bochornoso de la historia política, social y fiscal del Perú. Los documentos hablan. . .

Meiggs entendió bien lo que Bolívar dijera del Perú en su famosa "Carta de Jamaica". "El oro y los esclavos" eran los enemigos decisivos de la democracia allí: Meiggs llevó más chinos, corrompió más criollos. . . y criollas, y formó un grupo de sajones con Thorndikes, Backus, Watson, Gibson, todos ellos vinculados luego, de un modo u otro, a la cosa pública. Halagó la afición al lujo de los peruanos con magníficas inauguraciones y soberbias fiestas. El 1º de enero de 1870 inició su política de halagos, ante Balta y el Arzobispo Goyeneche y Barreda. El poeta Juan de Arona, poeta y hacendado, celebró en acuñado soneto la fecha, y Manuel Castillo, otro rimador le siguió en el aplauso. Meiggs ligó la suerte de los ferrocarriles peruanos a la venta del guano y al contrato con los banqueros Dreyfus; se vinculó a los hermanos Grace (remoto origen de la W. R. Grace Co. que se fundó en Perú, más tarde), y sufrió el desaire del prócer puertorriqueño Hostos (detalle olvidado por Stewart) quien nos cuenta en su "Diario" cómo re-

chazó el soborno del yanqui y, por eso, tuvo que abandonar el Perú, y dirigirse a Chile: justamente el opuesto derrotero del "Pizarro yanqui".

El 1º de enero de 1871, Meiggs brinda otra fiesta soberana, en Arequipa, al Presidente, los ministros, los diplomáticos extranjeros, la sociedad de Lima y Arequipa. El baile, del día siguiente, el "buffet froid" hecho por el Café Anglais, de la calle de Mercaderes, de la capital peruana, comprendía dos clases de sopa; dieciocho "hors d'oeuvres" surtidos; ocho clases de piezas montadas; ocho clases de helados; catorce bebidas alcohólicas distintas, incluyendo champaña, pisco e "Italia" criollos, cerveza, kirsh, cognac, Jerez, Burdeos, Sauternes, Rin, Oporto, Curazao, Marrasquino, pero... ¿no se menciona el whiskey! No se había iniciado aún la insípida edad del "scotch", el "rye" y el "bourbon"... Ah tiempos...

Los invitados personales de don Enrique, le ofrecieron una fiesta: figuran allí los apellidos Meiggs, Thorne, Backus, Evans, Tezanos Pinto, Gallagher, Canevaro (el del trato chinero), Cantuarias, Johnston (después socio de Backus en cervecería), Malinowski, Lanfranco, Salinas, Donayre, Benavides y Rivera.

Se averigua también que el costo del famoso ferrocarril central del Perú fué artificialmente alzado por Meiggs, y que no hubo necesidad alguna de pasar la línea por el terrible Túnel de Galera, donde perecieron tantos indios y chinos. Se sabe también que el ferrocarril de Chimbote dió un gran rodeo para pasar por una hacienda del Presidente Balta. Igual ocurre en otros casos.

Para ocultar todo eso, Meiggs se prodiga en aventuras amorosas de estratégica valía y en regalos. El rubro "Donativos y caridad" de su cuenta privada revela entre diciembre de 1870 y agosto de 1871 una salida de 28,746 soles con 72 centavos, y sólo en el mes de abril, 9,584 soles con 82 centavos. Hoy, un presupuesto mensual de 9,000 soles es alto. En 1951, equivale, dado el valor adquisitivo de la moneda, a no menos de 90,000 soles — y más. Esas "caridades" eran sin duda sobornos y pago de placeres eróticos de alto bordo. Los periódicos recibían subvenciones. "El Comercio" fué muy amistoso para con Meiggs, y "El Americano" de París, perteneciente al argentino Hector F. Varela, cayó en deplorables cesiones, aunque después trata de negarlo.

Al fin llega el colapso fiscal; la elección de Manuel Pardo (1872); la sublevación de los Gutiérrez y su asesinato (julio de 1872), previo el fusilamiento inicuo de Balta. La bancarrota nacional arrastra a Meiggs. Se le *acusa* de haber recibido 29 millones de soles de defe-

rentes empréstitos, para sus obras. ¡Veintinueve millones en 4 años, en el Perú de 1870 era mucho, tanto como 300 millones de soles, o más, hoy día! Meiggs estaba vinculado a la bancarrota. Sus últimos años los pasó luchando por levantarse. Un sobrino suyo, Henry Keith Meiggs irá a Costa Rica a establecer lo que sería el primer peldaño de la United Fruit. Una nieta suya, Eucracia Meiggs de Vallerriestra, perpetuaría la fama de la belleza de la estirpe. En su testamento, implícitamente, reconoce un hijo natural. El Maestro Rebagliati dirige la orquesta en sus funerales. Se le sepulta en su casa de campo, en Villegas. Durante la guerra del 79, la casa es destruída. Hay dudas acerca de la autenticidad de los restos que, en desagradable mausoleo, se conservan ahora en el Cementerio de Lima, bajo el nombre de Henry Meiggs.

Todo esto, los chineros, Meiggs, la bancarrota fiscal —constituye la parte diabólica de la historia del Perú en el siglo XIX. Posee el sortilegio de todo lo satánico. Atrae por nauseabunda, como las *Flores del mal*. Política de decadencia, en un país naciente; de jungla, en una civilización refinada. Y todo esto, sí, todo esto ha necesitado que un estudioso norteamericano, con rara penetración y plausible independencia, lo analice, estudie y refiera.

Y no es que lo hagan mal. A menudo, los análisis de estos investigadores se realizan en condiciones de evidente objetividad, y se arman de nutrida documentación. Pero, es que los historiadores locales debieran haber iniciado sus labores, mostrando como credencial de su independencia y buena fe, su capacidad de acometer el estudio de las circunstancias en que se perfeccionaron compromisos de los cuales ha dependido y depende buena parte de la vida presente en nuestras naciones.

A mí me halaga sobremanera cuando un grupo de universitarios, como los de la Universidad de Cochabamba (Bolivia), allá por 1940, acometen la riesgosa tarea de examinar la conducta de la Standard Oil de Nueva Jersey en su país; pero me causa desconcierto cuando los historiadores del Perú huyen, como gatos escaldados, del fuego encendido por los chineros, Henry Meiggs, la Casa Dreyfus, la Casa W. R. Grace and Co., el Guarantee Trust, la Peruvian Corporation, la International Petroleum, la Lobitos Oilfield Co., la Smelter Mining Co., la Northern Mining Co., y escamotean todo examen sobre el monopolio del algodón, las negociaciones del oro, los contratos de teléfonos y alumbrado, todos los cuales, buenos o malos, son factores de nuestro actual progreso material y descenso moral. Habría preferido que, en

vez de Fred T. Rippy, que ha iniciado la historia anecdótica de dichos fenómenos y de Watt Stewart, que la ha emprendido documental y sectoralmente, nuestros historiadores criollos se hallaran dedicados a ello, en vez de distraer tanta energía en la Procesión del virrey Equis, la colocación de grados en la Universidad de Zeta, los polvos de la Condesa de Chinchón, la evolución de las encomiendas (es tema, sí, importante, pero de menos urgencia que los relacionados con nuestra actualidad financiera y social), etc., etc.

Por todo lo cual, debemos hacer votos porque, en lo sucesivo, las reuniones de los historiadores, contemplen mucho de tales asuntos de presente, y de tal suerte equilibremos siquiera el peso que nuestra cobardía e inercia ha puesto sobre los hombros de un grupo de jóvenes investigadores socio-históricos de Estados Unidos, cuya documentación e intuición no podrá, sin embargo, compensar la ausencia de nativismo, el ser nacidos en estos ambientes en donde se dice más callando que expresándose oral o gráficamente, y donde, por tanto, se requiere una Gramática Parda especial para descifrar enigmas cotidianos.

Luis Alberto SANCHEZ.

Dimensión Imaginaria

POETISAS DE ESPAÑA
Y DE
HISPANOAMÉRICA¹

ARGENTINA:

CANCION PROFANA

Por *Alba DEFANT DURAN*

DIOS!
Yo. Insignificante, una entre todas,
me levanto rebelde para decirte ¡Mírame!
Esta es tu obra perfecta. . .
y que no te avergüence.

Obsérvame la curva gloriosa de los senos,
la armonía larga de los músculos tensos,
la palidez del vientre,
la belleza del arco de este cuerpo sin abrazo. . .
y que no me avergüence,
que esta carne empapada de luz,
canta la canción profana de la vida y de la muerte.

Escucha mi canción de venas insaciables,
azules gritos marcando en mis tejidos el destino,

¹ Todos los poemas que en esta Sección se publican, son rigurosamente inéditos y pertenecen a 24 poetisas contemporáneas de 9 diferentes países. La falta de algunos nombres se debe a que no se recibió a tiempo su colaboración.

observa estos poros absortos de sol, de verdes, de caminos;
esta ansiedad animal de sentirme de espalda a la tierra,
desnuda, fragante, con los cabellos revueltos de hierbas;
con fecundidad de pasto entre las piedras,
con fuga de alas campesinas en los ojos,
con ingenuidad de agua que se va por las acequias,
que se va porque es agua y porque es fresca;
incompleta y de hombros vacíos,
soñando en el Dos que es Uno y Uno
y que siempre retorna a la unidad Perfecta;
en el hijo, semilla de sensualidad y de infinito,
como honda raíz de lirio intocado
en la oscura bondad de la tierra.

Yo soy tu obra y siento
el pulso de la vida
rítmico y milenario latiendo en este cuerpo.

Mi regazo está maduro de soles y destinos,
mis manos florecen con las palmas hacia arriba. . .

Soy la Mujer que de pie sobre el mundo,
con la frente espejada en las estrellas,
siente pasar la marea universal
por el arco de triunfo de sus piernas.

Mírame. Amorosa carne,
arcilla translúcida de inextinguible llama.

Mírame y alégrate conmigo.
Yo antes y después. Eterna.

EN LAS LINEAS DE UNA MANO

Por *Silvina OCAMPO*

I

QUIERO morir si de mi vida no hallo
la meta del misterio que me guía,
quiero morir, volverme ciega y fría
como la planta que fulmina el rayo.

Si lo que ansío decir es lo que callo,
y si he de aborrecer lo que quería
sin asco y sin vergüenza hasta este día,
si todo lo que intento es mero ensayo,

será porque he vivido de mentiras.
Por no morir quiero morir. El viento
que suena entre los muros con sus liras,

el ibiscus bermejo o el fragmento
de la luna, siempre algo, hasta mi queja
me deslumbra y me deja más perpleja.

II

SI la verdad se vuelve una mentira,
si se vuelve dolor la dicha aviesa,
si se vuelve alegría la tristeza
con sus falsas promesas cuando expira,

si la virtud a la cual en vano aspira
mi vida frustra la habitual promesa,
si el corazón de odio o de amor me pesa
y al helarse cual mármol, aún suspira;

Si no pude enmendarme al recibir
la ingratiud de los que más he amado
ni pude ensombrecerme al eximir

de mi cariño a los que me han colmado
será porque los dioses me han herido
del inocente horror de haber nacido.

LA CARTOMANCIA

Por *Olga OROZCO*

OYE ladrar los perros que indagan el linaje de las sombras,
óyelos desgarrar la tela del presagio.

Escucha. Alguien avanza
y las maderas crujen debajo de tus pies como si huyeras sin cesar
y sin cesar llegaras.

Tú sellaste las puertas con tu nombre inscripto en las cenizas
de ayer y de mañana.

Pero alguien ha llegado.

Y otros rostros te soplan el rostro en los espejos
donde ya no eres más que una bujía desgarrada,
una luna invadida debajo de las aguas por combates y triunfos,
por helechos.

AQUÍ está lo que fué, lo que es, lo que vendrá, lo que puede
venir.

Siete respuestas tienes para siete preguntas.

Lo atestigua tu carta que es el signo del Mundo:
a tu derecha, el Angel;
a tu izquierda, el Demonio.

¿QUIÉN llama? pero ¿quién llama desde tu nacimiento hasta tu
muerte con una llave rota,
con un anillo que hace años fué enterrado?

¿Quiénes planean sobre sus propios pasos como una bandada
de aves?

Las Estrellas alumbran el cielo del enigma.

Mas lo que quieres ver no puede ser mirado cara a cara
porque su luz no es de este mundo.

Y aún no es hora. Y habrá tiempo.

VALE más descifrar el nombre de quien entra.

Su carta es la del Loco con su paciente red de cazar mariposas.
Es el huésped de siempre. Es el alucinado Emperador del
mundo que te habita.

No preguntes quién es. Tú le conoces
porque tú le has buscado bajo todas las piedras y en todos los
abismos

y habéis velado juntos el puro advenimiento del milagro:

un poema en que todo fuera ese todo y tú,

—algo más que ese todo—.

Pero nada ha llegado.

Nada que fuera más que estos mismos estériles vocablos.

Y acaso sea tarde.

VEAMOS quién se sienta.

La que está envuelta en lienzos y grazna mientras teje deshi-
lando tu sábana

tiene por corazón la mariposa negra.

Pero tu vida es larga y su acorde se quebrará muy lejos.

Lo leo en las arenas de la Luna donde está escrito el viaje,
donde está dibujada la casa en que te hundes como una estría
pálida

en la noche tejida con grandes telarañas por tu Muerte
hilandera.

Mas cuídate del agua, del amor y del fuego.

CÚDATE del amor que es quien se queda.
Para hoy, para mañana, para después de mañana.
Cúdate porque brilla con un brillo de lágrimas y espadas.
Su gloria es la del Sol, tanto como sus furias y su orgullo.
Pero jamás conocerás la paz,
porque tu Fuerza es fuerza de tormentas y la Templanza llora
de cara contra el muro.
No dormirás del lado de la dicha,
porque en todos tus pasos hay un borde de luto que presagia
el crimen o el adiós,
y el Ahorcado me anuncia la pavorosa noche que te fué
destinada.

¿QUIERES saber quién te ama?
El que sale a mi encuentro viene desde tu propio corazón.
Brillan sobre su rostro las máscaras de arcilla y corre bajo su
piel la palidez de todo solitario.
Vino para vivir en una sola vida un cortejo de vidas y de
muertes.
Vino para aprender los caballos, los árboles, las piedras,
y se quedó llorando sobre cada vergüenza.
Tú levantaste el muro que lo ampara, pero fué sin querer la
Torre que lo encierra:
una prisión de seda donde el amor hace sonar sus llaves de
insobornable carcelero.
En tanto el Carro aguarda la señal de partir,
la aparición del día vestido de Ermitaño.
Pero no es tiempo aún de convertir la sangre en piedra de
memoria.
Aún estáis tendidos en la constelación de los Amantes:
ese río de fuego que corre devorando la cintura del tiempo
que os devora,
y me atrevo a decir que ambos pertenecéis a una raza de náu-
fragos que se hunde sin salvación y sin consuelo.

CÚBRETE ahora con la coraza del poder o del perdón, como
 si no temieras,
 porque voy a mostrarte quién te odia.

¿No escuchas ya batir su corazón como una ala sombría?

¿No la miras conmigo llegar con un puñal de escarcha a tu
 costado?

Ella, la Emperatriz de tus moradas rotas.

La que funde tu imagen en la cera para los sacrificios,
 la que sepulta la torcaza en tinieblas para entenebrecer el aire
 de tu casa,

la que traba tus pasos con ramas de árbol muerto, con uñas en
 menguante, con palabras.

No fué siempre la misma, pero quienquiera que sea es ella
 misma,

pues su poder no es otro que el ser otra que tú.

Tal es su sortilegio.

Y aunque el Cubiletero haga rodar los dados sobre la mesa
 del destino

y tu enemiga anude por tres veces tu nombre en el cáñamo
 adverso,

hay por lo menos cinco que sabemos que la partida es vana,
 que su triunfo no es triunfo

sino tan sólo un centro de infortunio que le confiere el Rey
 deshabitado,

un osario de sueños donde vaga el fantasma del amor que
 no muere.

VAS a quedarte a oscuras, vas a quedarte a solas,
 vas a quedarte en la intemperie de tu pecho para que hiera
 quien te mata.

No invoques la Justicia: en su trono desierto se asiló la
 serpiente.

No trates de encontrar tu talismán de huesos de pescado,
 porque es mucha la noche y muchos tus verdugos.

Su púrpura ha enturbiado tus umbrales desde el amanecer,

y han marcado en tu puerta los tres signos aciagos
 con espadas, con oros y con bastos.
 Dentro de un círculo de espadas te encerró la crueldad.
 Con dos discos de oro te aniquiló el engaño de párpado de
 escamas.
 La violencia trazó con su vara de bastos un relámpago azul
 en tu garganta.
 Y entre todos tendieron para ti la estera de las ascuas.
 He aquí que los Reyes han llegado.
 Vienen para cumplir la profecía.
 Vienen para habitar las tres sombras de muerte que escoltarán
 tu muerte
 hasta que cese de girar la Rueda del Destino.

C O S T A R I C A :

ANDANTE

Por *Fresia BRENES DE HILAROV*

JUANA INES DE LA CRUZ

EL sol lanza un anillo luminoso
 a la cumbre nevada de Popocatépetl.
 Franjas de luz se sumergen en las veredas,
 las aves cantoras despiertan felices
 en trinos y gorjeos,
 las mariposas embriagadas con sol y mañana,
 danzan sueños sobre las flores.
 La niña ávida todo lo mira,
 con sus bucles azabache y sus cintas,
 sus ojos grandes, el óvalo perfecto

de su carita tierna,
sus anchas faldas de lino blanco
y sus pequeñitos pies,
es mariposa,
no tiemblan sus alas,
escondida tras azulejas, calladita posa.
Mira inquieta y ansiosa espera.
El vino de los perfumes de las flores,
el aire de claridad y extraña transparencia,
el himno mañanil de los pájaros todos,
el resplandor de la nieve y el sol,
despiertan ansias desconocidas en su alma.
Su corazoncito es liebre, azorado acecha,
su alma es red que sujeta,
su mente voluntad imperecedera
mas que nunca resuelta a seguir a su hermana,
quiere aprender a leer en la escolita de La Amiga.
¿Qué luz arde ya en esa alma temprana?
¿Qué voces de armonía imposible de negar?
¿Qué impulso profundo de aprender, de indagar?
El temor, su pequeñez, no existían,
vivía no más el ansia que como sol se levanta,
brilla, alumbra, da calor, da vida!
A Juana Inés de la Cruz naciste en llamarada de luz!
Su semblante hermoso de ojos profundos
es marco de inteligencia clara.
Querer leer a los tres años, resolver su destino
a los diez y seis!
Decir —prefiero el estudio, la meditación
al matrimonio.
Renunciar el amor y el placer por amor a los libros.
Volar detrás de la idea sin compás.
Qué valor! alzar la espada de la palabra
previando sus dos filos!
En toda su entidad delicada belleza de mujer,

generoso corazón, mente clara, luminosa alma.
 Ancha voz en prisión tan frágil,
 abarca los matices todos, las luces y las armonías.
 Tres siglos de asombrar con su genio,
 genio que los hombres coronaron varonil!
 Es la busca de lo alto en ser humano
 que trasciende edad o sexo
 tres años o mil — mujer — varón
 niño ¡Indio — blanco — negro —
 Es el poeta que mudo muere!
 Es la voz interna que llama,
 es el ansia que nunca calla.
 Es la sombra de Paraíso
 que guía nuestro paso.
 El alma que aspira la montaña,
 el eterno buscar que al encontrar
 pide más —
 pide más — y es mar
 es cielo, es sol,
 es átomo que respira
 en el universo que eterno gira —
 es la armonía del alma-lira.

"EMPTY"

Por Victoria URBANO

“**E**MPTY”... ¡Oh, trágica palabra!
 La idea que recorta,
 solitaria, dolorosa, macabra,
 es igual en todo idioma.
 ¡El sentido es cuanto importa!
 ¡Es una sombra que asoma
 entre pupilas huecas

y oprime al alma!
"Empty" es tormento mudo.
Es vacío lleno de tristezas
y pesada calma.
¡Oh, la angustia del vacío
es negro embudo!
No pronuncies la palabra
pues me inquieta el dolor
de tu desgracia. . .
¡Preferible sentir la rebeldía
de una pena que abra
y destroce las entrañas!
¡Huracanes de pasiones y falacia
carcomiendo noche y día
espesas montañas
de salvajes sentimientos!
¡Todo es preferible
a la horrenda soledad
del alma vacua!
No menciones la palabra. . .
Su eco triste envenena
la música del viento
y torna inconfundible
esa horrenda sensación opaca
de muerte interna.
"Empty" es tétrica voz
perdida entre cavernas
óseas. No la digas. . .
Ríe, llora o grita,
pero no menciones la palabra
que se agita
entre sombras y taladra
penas huecas.
¡Oh, la angustia del vacío
es negro embudo!

Tus ojos están secos
y me inquieta el dolor
de tu desgracia. . .
¡Déjame ayudarte,
desatar el silencioso nudo. . .
Un beso dulce llenará tu boca
y más adentro. . . el invencible amor
destrozará los ecos!

C U B A :

APUNTES DE LA LLUVIA

Por *Rafaela CHACON NARDI*

AY, qué desnuda el agua
enredándose en el cuello del lirio.

Ay, qué tersa va el agua
con sus siete colores por el sol.

Va,
pulida de tanto cristal
por el asombro de los cauces secos
y este clavel sin primavera.

Ha abierto el cielo
y ha cabalgado sobre el pobre viento
con su música fresca.

2

CORAZÓN de las tardes de verano
reposando su amor en las corolas.

Flechas de nácar,
árboles de lluvia,
mariposas del agua como ángeles.

Desvanecida nube en que regresa
la música del cielo hasta las hojas.

Espadas transparentes y palomas,
borran la sed
y apagan llamas verdes.

3

QUÉ voz perdida,
qué aires olvidados,
qué luz ceñida y breve
amanece por tu espuma celeste?

Rendida flor y nube voladora del cielo gris,
hermana del rocío. . . .

Entierra tus cristales, quiebra el viento,
despídete del cielo:
a la piel transparente de la rosa
que inventa junio todas las mañanas
o las manos del niño que suelta mariposas
desde tu amor de nieve desleída.

CHILE:

ACOGED NUESTRA SUPLICA

Por *Olga ACEVEDO*

PASO sobre el viento perdido y veo.
 Oh candil de aguas fuertes en el vértice justo desdoblado.
 Oh resplandor sin tregua, dulce treno cogido.
 Ahí están los cuervos malos,
 clamando a grito herido en las hundidas islas de su duelo.
 Paso sin un rumor a sus orillas
 suspendida en el aire que aún sujeta un ramo fino.
 No quiero ya ese tálamo de fantasmas helados,
 ni la voz de esas ciegas que van sombríamente
 tateando entre los légamos hacia ninguna parte.
 Qué silbidos oh Dios desde ocultos cubiles apretados.
 Entro en su aire y veo. . .
 Ahora soy la que se despide y vuela suspendida
 por un angel furioso.
 Qué nombre tendrá ahora aquella isla sin destino,
 donde la noche camina siempre entre caras moradas
 y ojos vaciados?
 Ahí donde los cuervos graznan aburridamente solos
 y las tinieblas engruesan de gusanos violentos?
 Qué nombre tendrá todo ahora.
 Yo paso sin un rumor y escucho.
 Es la estación de los cadáveres y los hermafroditas.
 ¡No hay consuelo en la tierra!
 Para cada oración hay una bruja enfurecida que aúlla.
 como un perro sarnoso en los desvanes.
 Si ahora son los dioses de mi pasión, los últimos,
 ¿qué aguardarán los signos?
 Oh grande escalinata abierta como una palma para

las rosas frágiles,
adentro de sus piedras azules tiembla una luz
lo mismo que un corazón, oh enamorada.
Yo no quiero pisar esas corolas húmedas
y abro mis alas abismadas sin siquiera tocar desde lejos
su nimbo.

Dejadme, oh víboras sombrías.
Este es el pórtico, y ése, el gran océano de lámparas
donde el sueño se mece como una cinta de sucesos.
Canta una niña sola su despedida entre los mástiles
mientras los toros infernales mugen desde las criptas
de su desdicha,
carcomidos, amargos de alimañas y estiércol y de pústulas
negras.

Es la hora de la muerte.
Oh dioses del silencio y la eternidad celeste,
¡acoged nuestra súplica!

VENTANA CIEGA

Por *Chela REYES*

"Ah! qué soberbia ausencia es mi
alma".—JEAN PAUL SARTRE.

AHI donde agoniza está mi nombre,
en la salvaje soledad despierto,
con una estrella de afiebrada lumbre
alimentada en un fulgor eterno,
y la ebriedad de un ignorado vino,
rendido al borde de un final deshecho.

Con un amor quemando mi espesura,
lampo de luz y arrebatado cielo,
aprimada vivo en la ventura
y en la raíz de su pasión, me muero.
Clavada voy en un temblor divino
como una flecha en su costado abierto.

Pero una voz que la pasión no entona,
pero una luz que el resplandor no inflama,
pero un gemido que el mar no llora,
pero un calor ardiendo sin la llama,
pero esa mano con una paloma
sin el brazo y la curva de las alas.

Pero tu amor gritando sin sonido,
pero mi amor llorando sin tu almohada,
pero el cielo cayendo en mis sentidos
con su ramo de estrellas incendiadas.
Abro llorando mi ventana ciega,
beso tu oído y parto hacia la nada.

PRESENCIA INVERNAL

Por *Gabriela ROEPKE*

No lo sé todavía.
Era su forma tenue
espuma o sal marina.

Dulce y resplandeciente
como humilde rocío
se quedó en mi mejilla.

¿El mar subió a mis ojos
y resbaló por ellos

con su frescura tibia,
o simplemente lágrima
pudiera ser su nombre?

No lo sé todavía.
Es un ensueño tímido
doliente e indefenso,
tan frágil como nieve
disuelta entre los dedos.

Como un jacinto alado
ronda mi corazón
y lo llama en silencio,
lo busca y lo persigue
cual una flor que intenta
multiplicar sus pétalos,
y es tan leve y tan dulce,
tan oscuro y tan diáfano,
tan lejano y pequeño,
que en mi vida será
solamente un perfume
que me llegue en el viento.

TIEMPO

Por *Maria SILVA OSSA*

EL tiempo sobre el dormido día
baila su gigante danza sin sonidos;
inanimado gira sobre el reloj del espacio, fustigando
fustigando la sangre en las arterias del cielo.

Tiempo Sur, dulce en su lengua fría; sin cintura doblegando el
viento;
del océano blanco y dormido, cristal que eleva su torre trans-
parente.

Y el tiempo del Norte, quieto en su ceguera, ardiente y subte-
rráneo,
su garganta pliega y sepulta su sed de siglos, elaborada sed,
salitre y óleo
de bautismos calcinados, en que extraños infantes se despliegan
invadidos de litros y volcanes.

Y el tiempo domesticado del comercio, el medio tiempo del
calendario,
en que el grito no es grito si no acera de amasada tierra en
barro cálido.

Donde aúlla el viento lamiendo rascacielos, pálido y desma-
dejado,
en la cárcel de número, en cerebros sin hojas, sin bosques bajo
el asfalto enterrados.

En que el niño nace con sus venas geométricas,
comiendo la hortaliza con su nombre genérico,
hablando la lengua del horario, al acompasado moverse de
algún péndulo. . .

Y el tiempo libre de los bosques circulares, nacido en la materia
de los astros,
escondido en la pulpa del helecho, verde de sabia intacta;
desnudo en el salto de los ríos, fiero en el gozo del pan,
saltarán en el jeroglífico de las islas, mordiendo la espuma
con sus dientes de codillera blanca.

Y sobre el sol hipnotizado, tenso en el espacio planetario,
separando el astro del planeta, infinito y sin sombra, sin co-
mienzo ni ocaso,
virgen de materia y germinante, dador y contendor, el dulce
tiempo
de Dios, sobre el océano ardiente de los astros eclipsados.

TIEMPO DE INVIERNO

MENGUA su luz la descuidada lámpara.
El fuego ya extinguido de la estrella,
sobre el espejo del aire descompone
su espectro vivo.
En el patio sin raíces
duerme el día
y un ave escribe en la niñez del cielo.

Cerrado el párpado de la peña, espera
que bese el viento su delirio.
Sombra hecha distancia,
la tierra aguarda, caña y martirio,
ardiente azada.
Hijos sin nombre,
innumerable canto,
del hondo tiempo
hacia la vida surgen.
Dios alimenta
en la gris distancia
la llama de los soles.

ENTREGA

EN el verano de tu cintura,
caída y nunca levantada:
en el surco demoledor
y la ojiva de tu medalla.

Puse mi cuerpo, eslabón blanco
que une el cielo con tu sandalia
y quedéme transfigurada
de montañas rojas y bravas.

Bebiendo ríos en tus vertientes,
hube saciado grutas extrañas
y limos tuyos iba bebiendo,
quieta mi carne que te gustaba.

Y en ese recio espasmo verde,
no fué tu rostro el que me hurgaba;
toda la tierra, lisa y sombría
dentro mi entraña, se enmarañaba.

ESPAÑA:

UN DIA

Por Carmen CONDE

TODO resbaló en la noche
como resbalan sus sombras
esos pájaros largos del sueño
que nos llevan tan fuera del mundo.

Comenzaba la frenética
confirmación de la vida,
y en la negra mitad de la angustia
todo quiso nacer con jardines.

En los vuelos de luz, en el aire
se movían los brazos calientes.
Y era música inmensa que rota
por la aurora corría descalza.

Cuerpo denso de voz amorosa,
deslumbrado calor de presencia,
contra todo lo ajeno clamaba dichoso
porque el cielo, su ser, prorrumpía.

¡Qué obstinada marea espumosa
empujando la tierra entregada!
En confuso tropel de violencia sin freno
se salvaban, intactas, las alas.

Una isla de espeso silencio...
Una puerta encerrándolo todo...
Apretando los muros hostiles de ojos,
¡rechazar lo que impida la gloria!

TACITO ESTADO

ESE penacho de llamas,
esa combustión de estrellas;
el vigilante escondido,
la dislocada y oculta...!

Arden rosas en las cimas de los hombros,
jadeantes las hogueras de las manos,
en los pulsos crecen altos ruiсеñores
resonándolos de voz enloquecida.

Ese mar que es playa libre,
ese lucero fundido;
esta multitud de pechos,
la rezumante marea...!

Saltan lumbres de todos los pinares
 que en el bosque sin sol crecen altivos.
 Una flor, una rueda deslumbrada,
 por el agua sin luz gira gritando.

Esta boca gimiente,
 estos temblores gozosos;
 este clamor de silencios,
 tanta claridad de labios. . . !

¡Oh la lumbre de amor que se detiene
 en un ser que se funde fulminado!
 ¡El desierto que estrena la criatura
 cuando tú, que lo vas, llegas amante!

EXHORTACION IMPERTINENTE A MIS HERMANAS POETISAS

Por *Angela FIGUERA AYMERICH*

PORQUE, amigas, os pasa que os halláis en la vida
 como en una visita de cumplido. Sentadas
 cautamente en el borde de silla. Modosas.
 Dibujando sonrisas desvaídas. Lanzando
 suspirillos rimados como pájaros bobos.

Pero ocurre que el mundo se ha cansado de céfiros
 aromados, de suaves rosicleres o lirios,
 y de tantos poemas como platos de nata.

Levantaos, hermanas. Desnudaos la túnica.
Dad al viento el cabello. Requemaos la carne
con el fuego y la escarcha de los días violentos
y las noches hostiles aguzadas de enigmas.
No os quedéis en el margen. Que las aguas os lleven
sobre finas arenas o afilados guijarros.
Que os penetren las sales. Que las zarzas os hieran.
Y, acerando la quilla, remontad la corriente
hacia el puro misterio donde el río se inicia.

Id al húmedo prado. Comulgad con la tierra
que se curva esponjada de infinitas preñeces,
y dejad que la vida poderosa y salvaje
os embista y derribe como toro bravío
al caer sobre el anca de una joven novilla.

No queráis ignorar que el amor es un trance
que disloca los huesos y acelera las sienes,
y que un cuerpo viviente con delicia se ajusta
al contorno preciso donde late otro cuerpo.
No queráis ignorar que el placer es el zumo
de las plantas agrestes que se cortan con prisa
y el pecado una línea que subraya de negro
lo brillante del goce.
No queráis ignorar que es el odio un cuchillo
de agudísimo corte que amenaza las venas
y la envidia una torva dentadura amarilla
que nos muerde rabiosa cada fruta lograda.
No queráis ignorar que el dolor y la muerte
son dos hienas tenaces que nos pisan la sombra
y que el Dios de las candidas estampitas azules
es un alto horizonte constelado de espantos
que en la oculta vertiente de los siglos aguarda.

Eva quiso morder en la fruta. Mordedla.
 Y cantad el destino de su largo linaje
 dolorido y glorioso. Porque, amigas, la vida
 es así: todo eso que os aturde y asusta.

TIERRA

Por *Susana MARDI*

No importa. No eres tú quien me daña. . .
 Soy un puñado de tierra que pisa tu pie ligero,
 algo que te sustenta y que apenas conoces,
 algo que acaso nunca comprenderás del todo.
 ¡No importa! No eres tú quien me daña.
 Me hicieron campo de lucha para tu sangre joven;
 campo para morir y para erguirte
 como un árbol gozoso de ti mismo. . .
 Por todos mis caminos me recorres
 hiriéndome, sangrándome.
 ¡No importa!
 Me alimento en el daño que me haces,
 ¡me alimento en el daño!

"YO"

Yo. Siempre yo.
 Y mi sombra oscura persiguiéndome.
 Yo en todas las esquinas,
 desconectada y múltiple.
 Yo. ¡Siempre yo!
 Y Dios pesándome en la sangre
 como un hijo que se sueña,

y un tremolar de ángeles libres
sobre mis párpados cerrados.
Y luego una gran fatiga,
una huella de algo que no ha sido,
un retornar a mí para morirme. . .

INFANCIA

Por *Montserrat VEYREDA I TRULLOL*

I

NO recuerdo cuál fué mi despertar
puesto que no sabía haber dormido.

2

Es posible que la vida que es mía
empezara algún día a percibirla
a través de mis ojos;
que viera a los mayores
como sombras inmensas,
derramadas
sobre el mantel del sol.
Que me doliera un poco
el silencio continuo de las flores
que saben entregarse
al color que las viste,
a la forma concreta que las ciñe
pero nunca a la voz.

3

Y es posible que jamás comprendiera
que debía dormir
sólo porque una nana me arrullaba,
por qué comer debía
en el mismo momento
que los ojos del gato me atraían
en una pueril fosforescencia.

4

Mis primeros recuerdos atesoran
calcomanías suaves, recortadas
en la hoja sin mancha
de los años primeros.

5

EL piano sonriéndome, enseñándome
sus dientes luminosos
que, pulsados
por la mano sensible de mi madre
reían al azar, sonoramente.

Y aquel desnudo espejo
que, de súbito
se llenaba del todo con mi imagen
y que me devolvía las sonrisas,
la elemental tristeza de mis ojos
en un autorretrato
definido
al pincelar en él mi movimiento.

Unas tijeras grandes
entre mis dedos torpes
con las que recortaba figurines
que, pasados de moda,
me atraían
por su forzada posición de firmes.
Les cortaba las piernas, la cabeza
y enterraba sus restos
bajo un montón de tierra
sin aroma.

Noches
donde todo era cielo
acercándose a mí por la ventana.
Estrellas
abriéndome los ojos,
—menos bellos quizás
que los de mis hermanas
cuando al mirarme a mí
me reflejaban.

Y en la dorada luz
de un verano cualquiera
sobre la arena ardiente de la playa
mis manos construyendo
puentes que sostenían
el equilibrio prodigiosamente

Soledad sin retornos,
serenamente mía
porque con los anteojos de mi abuelo
percibía neblinas
donde flotaban hadas.

¡INFANCIA!

Arbol creciendo
dentro la tierra virgen
de ese cuerpo que es nuestro.
De ese árbol
que vestiste de almendro
queda el tronco
—que es vida y es instinto—
y las ramas —los sueños—
que nunca volverán a ser tan
blancas
por más que el tiempo borde primaveras.

HOMBRE DORMIDO

Por Pura VAZQUEZ

VENTUROSAMENTE dormías, hombre.
Bajo el árbol talado, sin hojas,
como fruto caído del tiempo.
Allí. Sobre la hierba menuda.
Entre los vivos insectos. Como muerto. . .
Párpados endurecidos
cerrados sobre el silencio,
sobre el agua cambiante
de los sueños.

Bajaba el ángel, bajaba,
sobre tu soledad, en ti naciendo.
Pero dormías, y pasó la tierra,

la vigilante cima de los cielos,
junto a tu rostro duro, el derrumbado
yacer inmóvil de tus miembros.

Cruzabas vientos y sombras,
transfiguradas lunas, mares trémulos,
alucinantes, lívidos paisajes,
caminos escondidos, polvorientos.
Cruzabas las ciudades y cruzabas
los montes. (Tú dormido sobre el Tiempo
Allí. Junto a la hierba menuda
derribado, ¡tan pequeño!)

Pasaba el día y la noche
sobre tu sueño y tu silencio.
Estabas solo, abandonado, todo
entregado a la tierra,
contra la luz y el polvo hosco el gesto.

Callado el ángel te miraba
poniéndote en los ojos nuevos sueños.
rozando suave tus contornos
con alas y crepúsculos sangrientos.

Tú, HOMBRE, nada sabías. . .

Eras la triste, rota carne
de los cansancios supremos!

ELEGIA A RAINER MARIA RILKE ,

Por Concha ZARDOYA

I

Si te hubiese encontrado, dulce Rainer,
en San Juan de los Reyes, contemplando
las cristianas cadenas que soñaste,
cadenas del amor quizá serían
entre tu alma y mi alma con el tiempo?

Habría amado yo tus verdes ojos,
dulce y terrible Rainer, en Toledo,
tu mirada de bosques y de estepas,
al posarse en las rocas de mi España,
en el gótico claustro con asombro?

Me habrías explicado sin palabras
por qué lo bello al fin es primer grado
de un mundo de terror, del puro espanto
que estremece o destruye dando vida
al dormido temblor del ser más íntimo?

O me habrías hablado de aquel ángel
que te dictaba en Duino versos, éxtasis?
O quizá del Adriático dirías
los secretos al alba sorprendidos
desde aquella ventana que era tuya?

O, mejor, de Rodin me dibujaras
sobrehumanos escorzos en un álbum
por la piedra ofrecido o por las nubes?

Trazarías el rostro de un cautivo
queriendo rescatar sus viejos hierros?

O Malte entre nosotros, olvidando
sus años de París, renacería?
Iríamos con él a ver al Greco?
Los tuyos y sus ángeles, en duelo,
con sus rayos de luz nos cegarían?

La ciudad, revertida en el espejo
del río fronterizo, no la adviertes?
Y mis labios los nombres, uno a uno,
de atalayas antiguas y de losas
van poniendo sin voz en tus oídos?

En tu lengua francesa, como un premio,
tus historias de Dios allí me cuentas?
Mis sonrisas, mis gestos no te prueban
que sé quién es Ewald, aquel anciano,
el ruso Timofei, Jegor su hijo?

Por Toledo pasaste, dulce amigo.
Mas no nacida aún no pude verte.
Por eso sueño ahora y hoy te busco
con la misma ansiedad que tú buscabas
tus sueños presentidos por un templo.

Más allá del retrato sigues vivo,
porque tus versos hondos te prolongan
hasta un cenit de gloria irrevocable:
en el centro del orbe resplandeces
y en la pequeña esfera de mi espíritu.

II

CON su espina granate, leve dardo homicida,
malhirieron tus manos. Dónde está la cadencia
de aquel gesto tan lírico, al hablar dulcemente?
Acaricias arriba, en Rarogne, suaves pétalos
como antes en vida? O es ahora la nieve,
cual un fruto colmado, savia pura en tus dedos,
alba rosa caliente que desdeña los aires?

Otras flores abajo, el laurel eviterno,
en corona te abrazan, sin rumor que se escuche,
ese cielo tan íntimo de tu mundo arrobado?
O naufragan sin dicha porque yertas tus ansias
no trasmudan veranos, melodiosas no brillan?
O profundas raíces de gigantesco árboles
para ti han creado una fiel primavera?

Te incitaron las rosas a una muerte tan única!
Casi humanas, sabían que anhelabas ser libre.
Se afanaron buscando la salida a tu sangre,
a tus ojos en viaje por trasmundos inéditos.
Algo tuyo sabían, tu verdad innumerable:
una autóctona muerte sólo tuya querías
como germen, semilla, de un nuevo crecimiento.

También, también sabían que tu vida tan frágil
en contacto se hallaba con un orden de cosas
que no eran las nuestras: otras formas, ausentes
de la piel de esta tierra, para ti su presencia
bien visible tenían: su secreto era el éxtasis
que a menudo ganabas. Tu pasión solitaria
era clave elocuente, alrededor de ti mismo.

Presintieron, llorando, que una patria pedías,
silenciosa, tranquila, sin afanes de cambio.
No buscaron cuchillo ni buscaron veneno,
para el logro del tránsito. En un ramo, bellísimas,
resignadas se dieron a tu ansiosa llamada.
Tú, poeta, elegiste el punzón delicado,
el estigma que abricra pleno cauce a la muerte.

Por la red de tus venas, lentamente, invisible,
sin cesar, aire nuevo, nuevo mar fué llenando
tus espacios, tus hojas, tu corteza luciente,
y tomaron tu forma. Tú fluíste cual ellos
hacia el centro del orbe, entre galas excelsas
por capullos donadas, el ardor y la fiebre.
Inefable universo de tal cáliz nació!

Te mataron las rosas, las rosas que tú amabas!
No les guardo rencor. Oh, mi Dios, es posible?
Ser muerto por las flores no es un verso perfecto?
No es un bello epitafio, colofón de la obra?
Cuál final más hermoso para ti, gran poeta?
En la luz más sensible y en todos los rosales
floreces, Rilke amigo, como una rosa trágica.

MEXICO:

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Por *Guadalupe AMOR*

TRES ficciones del ser,
entre el alma y la mente, conversaban.
Querían exponer
lo que adentro llevaban,
y así sus atributos confesaban.

Mi arrebato es veloz.
Cuando llego es inútil resistirme;
alta y limpia es mi voz,
mas no es fácil oírme.
Sólo un milagro puede producirme.

No tengo dimensiones:
en línea vertical alcanzo el cielo;
en mí no hay desazones,
infinito es mi vuelo;
perdí los pies y no caí en el suelo.

Tampoco tengo vista,
y hasta llego a pensar que mi cabeza
como forma no exista.
No me causa extrañeza,
de mis alas depende mi grandeza.

Tal vez soy la locura,
o la locura a mí me ha concebido,
pero asciendo a la altura
y en la altura resido:
por dentro luz y por afuera olvido.

Aunque todo lo ignoro,
mi ciencia es la más alta, nada sé.
Ni investigo ni exploro,
que ya no hay para qué.
Solamente me elevo, soy la fe.

Yo no soy generosa,
ya que mi aliento aguarda recompensa.
Como soy engañosa
en mi ambición inmensa,
mientras llego a la meta estoy suspensa.

Siempre vivo anhelando,
y el deseo es mi cómplice directo;
aunque no voy volando
ni es mi camino recto,
en la espera he encontrado mi trayecto.

Sé bien que no camino,
aunque muevo los pies constantemente.
Por ansiar no adivino,
pero soy insistente,
tenaz, alucinada y absorbente.

Cierto es que casi nunca
consigo realizar lo que ambiciono;
mi ilusión queda trunca,
pues no más me apasiono
por aquello que invento y no aprisiono.

Si provoco ansiedad,
culpable es mi aliada la tardanza.
Nunca soy realidad.
Si mi sombra no avanza
es porque yo soy nada: la esperanza.

QUÉ podré yo decir
si casi la palabra ya he olvidado;
sin contar ni medir
de la angustia me apiado,
y soy un corazón multiplicado.

Olvidé el egoísmo
al reparar en la tortura ajena,
sé arrojarme al abismo,
y la más honda pena
al roce de mi mano se serena.

Mi origen con frecuencia
emerge de mi blando corazón
transformado en clemencia,
mas también la razón
determina mi humana condición.

Mis manos y mis pies
se agitan ayudando y entendiendo.
¿No tendré un interés
al estarme moviendo,
ya que dejo de ser y sigo siendo?

Mi figura es cambiante;
a veces es sencilla, es humildad;
mas mudo de semblante. . .
Soy también vanidad,
egoísmo invertido: caridad.

Después que terminaron,
las tres ficciones de mostrar su esencia,
inmóviles quedaron,
y hundieron su presencia
en el mar de la nada y de la ausencia.

ELEGIA DEL AMOR QUE NO MUERE

Por *Margarita PAZ PAREDES*

TE escribo desde el borde
de mi pequeña muerte
irremediabilmente cierta;
desde un sitio de angustia, atormentado
por el cenit de fuego;
desde mi espera silenciosa.

Me he refugiado en un rincón para mirarte
lejano al tacto, distante al corazón,
pero mis ojos tienen la impotencia
de un morado vendaje;
mis manos han perdido
su afluencia de alborozo
tal vez por su actitud
de rama desgajada.

Mas el amor te encuentra exacto
y por tus huellas va dejando
una indeleble tinta, vital para la muerte.
No puedo precisar, en mi agonía,
esta lucha de fuego y de ceniza.

Ya sé que estoy muriendo,
pero mi pecho alienta
una invencible antorcha;
una palabra nunca dicha,
tan plena de alegría,
que a su influjo, la arena
puede albergar semillas prodigiosas
y habitarlas de frutos y de savia
para el asomo gris de los desiertos.

Así te sigo, por el derrotero
de una pasión lenta y callada,
porque es consciente de su propia fuerza,
de su naturaleza extraordinaria.

Ninguna voz más tenue que la mía
porque se nutre de silencio
y de ternura mínima.

Quizá por eso no la escuchas siempre,
ni descubres su dulce geografía,
ni su altura de césped,
ni su fervor perenne.

Te vigilo en un mundo
de flor y de cristal precedero,
y sigilosamente te protejo
de espadas enemigas.

Porque no has de morir, amor;
no ha de rozarte
ni el ala del arcángel traicionado,
ni los sollozos mínimos
de un clarín en derrota.

Por todos los caminos del olvido,
por la sal, por la arena,
por la noche infinita,
te escudará mi sombra
fiel a su itinerario de luceros,
a su votiva lámpara,
a su destino vertical de espiga,
y te rescatará de todo mal
en el hueco ilusorio de mis manos.

II

TE escribo desde el borde
de mi pequeña muerte
irremediabilmente cierta;
mas no temas, amor;
he acostumbrado al fuego de mi antorcha

a encender pedernales
en grutas submarinas
y a calentar raíces olvidadas
en pétreos socavones.

Mi lumbre aviva bajo tierra,
junto al más verde corazón del mundo.
No tocará la nieve su morada;
ningún viento nocturno
apagará su intacta llamarada,
y tú la sentirás eternamente
arder bajo tus plantas.

De pronto, sin pensarlo,
he ascendido a la vida,
al sol, a la alegría,
y amor es el milagro.

No muero, no; porque tú vives.
No moriré, porque sin mí
te quedarás desierto,
deshabitado el júbilo del pecho.

Te escribo desde un ámbito
de tibios caracoles.
Ya te llega mi voz, porque tu oído
es la repercusión de mi agonía.

Amor es el milagro.
¡Amor!, te estoy sintiendo
desasido del mundo,
venir desde la sombra
en pavorosa rendición de alas,
a dormirte en el nido
de mi vital, pequeña muerte enamorada.

PUERTO RICO:
GRANDEAMOR

Por *Marigloria PALMA*

AMOR, ya no te canto a ti, elemental amor biológico. . .
Amor es para mí una gran palabra
donde cabe la vida
con sus ruidos, sus tierras y sus aguas.

Amor, tu dimensión es la mejilla pálida del cielo
y en tu música y peso y en tu área,
se contienen las voces de una vida
y el dolor infinito de mil razas.

Yo no te canto a ti, no es con un beso
que la vida se agranda.
Ni siquiera crecemos con un beso. . .
No un beso —muchos besos.
No un llanto —muchas lágrimas.
No un hombre —muchos hombres. . .
Amor a humanidades.
No ese diálogo íntimo:
"Me quieres, no me quieres" y etcétera de sala.
No ese pequeño anillo alrededor de un cuerpo.
Para ser grande ¡grande!
hay que extender los brazos
alrededor del mundo.
Multiplicar los ojos
después de muchas aguas. . .
y abrir en cada voz mil voces
y en cada amor, una vida de llamas.

¡Amor, pequeño amor, ya tú no cabes
por cierto, en mi palabra!

MISIONERO DE ESTRELLAS

LEGAS a perdonar.
Yo estoy aquí tendida como surco en temblor.
Propia sed en los brazos levantados
abundancia en canción.

¿Desde dónde has venido...?
De qué tierra y qué lumbré recibes perfección?
Tus pupilas de acero —¿Qué sangre antigua y fuerte las fundió?

Triste estoy y temblando.
Transité cumbre y viento por lograr ascensión.
He dejado perdidas entre olas y espigas
mis riquezas de rosas y mis aves de amor.

Aquí estoy persistente.
Levantada y brillante como un tallo en clamor.
Ya no puedo el camino... ¡Tú me traes el camino!
Yo no puedo el espacio... ¡Tú me traes la ascensión!

Has llegado a mi vida —misionero de estrellas...
Sólo glorias partidas puedo alzar en mi voz.
A tu mano no alcanza la emoción de mi mano...
¡Misionero de estrellas, creceré hasta tu sol!

PESADILLA DE HORAS

Por *Maria Victoria DE SALINAS*

DETENED esa marcha de horas que me aniquilan
con su pasar monótono por la esfera celeste,
detened esas caras que van envejeciendo
al compás de ese péndulo que sigue en su vaivén.

Ya la espiga ha nacido y ha quebrado su tallo
por su fecundidad demasiado apretada,
ya la lluvia ha venido convirtiéndose en espejo
la llanura amarilla, olvidada y tan dura.

Todo va repitiendo su cantar conocido
con su intervalo justo de su tiempo llegado.

Todo se vuelve gritos a mi yo que no quiere
sacudirse las horas como escarcha o rocío.

Mirad, ya todo gira por la luz incansable,
la mañana se ha vuelto hacia atrás, a la aurora,
la flor que estaba seca se ha levantado tierna
y mis ojos rebosan de mi niñez perdida.

DIAMETRAL

¡A^{Y!} no, tu fin ya no es mi fin. . .
Una estrella ha quedado colgando arriba,
Fuera de su sistema oculto a los ojos humanos,
Suspendida en un punto,
Como una trapecista
Que no dejase nunca de caer.

¡Ay! no, tu fin ya no es mi fin. . .
Tú persigues los cisnes y yo las mariposas,
Tú te agarras a un mundo, yo sueño en el vacío,
Tienes luz en los ojos,
Y yo soy una sombra
Que apenas se me ve.

¡Ay! no, tu fin ya no es mi fin. . .
Quédate con tus lirios, tus rosas y amarantos. . .

Pasará mucho tiempo, pero Abril llegará.
Si quieres encontrarme,
Yo andaré por un bosque
Buscando inútilmente, un trébol de cuatro hojas.

EL SALVADOR:

DOLOR

Por *Claribel ALEGRIA*

ENTRE la niebla gris va caminando un niño.
¿Qué busca?
¿Adónde va?
Su andar lento me duele,
y me duele su frío,
y su abdomen hinchado,
y sus hombros caídos,
y sus pies sin zapatos.

Me acerco más a él
y me duelen sus ojos.
Un sollozo azorado le tiembla en las pupilas
y ausente, me mira.

¿Quién es?
¿De dónde vino?
Ya no va por la niebla.
Aquí en mi corazón,
aquí lo siento. . .
hundiéndome con fuerza sus talones,
alargando su mano,
derramando tristeza. . .

Grito de pronto, grito. . .
(y no debo gritar)
Una ternura inmensa gota a gota me envuelve
y el alma despierta unvida por el llanto.

Colgado de mis venas va conmigo ese niño
con los ojos abiertos
y el gesto interrogante.

¡Por fin, Oh Dios, por fin
he podido palpar los surcos de tu rostro,
me ha quemado tu aliento,
he bebido tu voz!

Desde mi nada antigua
una mano infantil
me señala la ruta para escalar tu amor.

CANTO A LA PIEDRA

Ahí está la piedra, indiferente!
Ahí ha estado, inmóvil,
socavándose el alma con su duro silencio.

¿Qué ha visto?
¿Qué ha palpado?
Acaso fué testigo de hondos sacrificios
y bajo el sol caliente se humedeció de sangre.
Acaso un fraile austero queriendo redimirla
la convirtió en presencia de su encendida fe:
La torre de una iglesia es ahora mi piedra,
un alto miradero sobre la angustia humana.

En vano le pregunto,
en vano me conmueve su tenebrosa inercia. . .

Siempre gris,
siempre igual,
cortando en curva el aire.

¿Cómo será tu grito?
Dime si sientes algo,
si es amargo tu insomnio,
si te devora el tiempo.

Oh, criatura estéril,
como el dolor se filtra
en tu arrugada faz.
Como agita fantasmas
tu obstinada mudez.

Ciudades sumergidas te coronan las sienes
y los siglos se asoman por tus anchas fisuras.

¿Qué acusas?
¿Qué pretendes?
¿Por qué me estás doliendo?
Acrecientas mi fiebre
y no se acaba nunca el monólogo absurdo.

Bajo el cielo plumizo agobiado de tedio,
mi delirio y la sombra deletrean tu voz.

CUANDO VUELVO A TU NOMBRE

Por *Claudia LARS*

CUANDO vuelvo a tu nombre
hallo mi rosa solitaria
como llama en desvelo.
También en juventud de mil jardines,
sedienta, de tan joven.

Tu sitio de laurel, tu aislada torre,
—entre verdad y nube para el sueño—
permanecen a orilla de los pájaros
que daban corazón a la hojarasca.

Me pongo a ver mi cuerpo de aquel jueves
y mi pañuelo blanco.
Si del adiós venía, sin camino,
¿qué cruz de azar me señaló tu casa?

Porque tú estabas en tu esbelta sangre
alumbrando secretos en los libros;
midiendo el tiempo con estrellas altas,
huído y buscado dentro del suspiro.

¡Ah, mi pequeña sombra, mi pregunta,
tu voz de caracol, llena de mares!
Ya estoy al pie del aire, en lo terrestre.
Ya por mis piernas suben los manzanos.

Quería descansar en tu silencio,
ir por tus venas hasta el niño de antes;
tal vez medir el río verde-lágrima
que te pone en los ojos ese bosque.

Y miraba lo tuyo como tuyo:
tu alero y tus ventanas;
la compañera de tu noche antigua;
las tres ángeles, siempre en delantales.

Pero dolía todo por gozoso;
por su virtud de vida;
porque era yo como un panal colmado,
como una luna libre.

Demonios pequeñitos instalaron
aquella niebla en medio de nosotros
y fui, desde la nuez de la tormenta,
la siempre agitadora.

Donde apenas tocamos nuestro suelo,
de casi paraíso,
¡qué límite cerrado, qué metales
para mi nueva herida!

Sin embargo, mi cielo inconciliable
te deja una paloma,
y mi sal, tan amarga y tan activa,
un ramito de aljófara.

Para tu puerta esta señal de ola
y este idioma de olvido para el mundo.
¿Hasta dónde mi paso sin deseo?
¿A quién este abandono?

Entre rosales vienen los amantes
con su rosa del día:
Sobre la muerte caen, inmortales,
con sus rojas espinas.

NAUFRAGIO

Por *Juanita SORIANO*

I

SE desgarró mi luna en sangre ajena,
pequeña y ovalada flor que abría
alas humanas dentro en mi agonía.
Ya en el aire perdida su azucena. . .

Murió el ojo azulado en la terrena
casa de anhelos y de cobardía.
Murió la sangre, el agua, la tardía
decisión de salvar alas y pena.

Lirio de mi nostalgia, como hiedra
sobre mi mente enredas turbadores
recuerdos de marfiles y de piedra.

Lo que un momento supe en vida abierto
como desconocidos pobladores. . .
Y era apenas un pétalo desierto.

II

LAS manos bautizadas en la fuente
humeante de la sangre. Alas de rosa.
Adiós por siempre muerta mariposa
entre el rojo rodar de un mar doliente.

Del alma emerge tumultuosa gente,
muchedumbres en tribu que me acosa:
emigrantes. . . , rabíes. . . , turba ansiosa
con mirar verde-azul bajo la frente.

Han mojado de lágrimas el suelo,
sin canciones de cuna en la garganta
—gorro judío, singular abuelo.

No habrá un ángel prendido a mi sonrisa,
en lo que pudo ser sonrío y canta
pero en lo que es solloza y agoniza.

III

Así continuarás, ámbar quebrado,
día a día muriendo en mis neblinas,
repitiendo entre lágrimas y espinas
tu diminuta historia en mi costado.

¡Ay, espejos de azul immaculado!,
y voz como extraída de mis minas.
Sus sonrisas, su amor, sus cristalinas
semejanzas al Otro, el innostrado.

Un vacilante instante de suspiro
pudo impedir el arma cegadora
hiriendo sin clemencia en mi retiro.

Pero el reloj del tiempo que me estalla
marcó la sangre de mi nueva aurora
con su muerte al final de la batalla.

IV

Hoy el eterno recordar su vida,
su correr en la playa entre las olas,
dulces manos untadas de corolas
y la mirada alegre enverdecida.

¡Ah, tal blancura de otro sol traída!
Su sonrisa, sus lágrimas a solas,
algún abrigo rojo. . . , caracolas
y caricias y sangre sumergida.

Mi sombra inútil para el dulce aliento
no lo pudo guardar. Su lejanía
quedará dibujada sobre el viento.

No me consolaré, sol desterrado.
Arrullaré en los brazos luna fría
y lloraré por siempre lo llorado.

U R U G U A Y :

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Por *Clara SILVA*

a Jesús Silva Herzog

A HORA, que por la Calle de los Muertos
entro en el movimiento ritual de las cenizas,
ahora que cada piedra agoniza o fulgura
en historias de sangre y de paciencia,
ahora que de lejos viene
el tambor de Cuauhtémoc
despertando las máscaras superpuestas
descubro
—y me descubren— sombras
en caminos de tierras rojizas y de cactus

o a media noche un niño, en Madero, ofreciéndome
su canasta de lágrimas y polvo amontonado.

Entre la flor y el niño —y la esperanza—
y la mano enguantada de malicia
hurgando los yacimientos del dinero
y los raudos caudillos del escándalo
y la muerte y la vida
y la vida y la muerte
llevadas a la espalda como un cesto vacío,
hay una pausa rota que aspira su sonido.
Apunta un equilibrio entre el ayer y el día.
Serpiente azul, constelación en duelo
clave del ordenado laberinto
vigila los regresos.

ATRAVIESO la noche sideral de la tierra
la hélice regula mi tiempo
en mis nervios
agonizan distancias
que un latido mecánico golpea.
Los nombres aprendidos
en los mapas borrosos del espacio
los nombres fabulosos
en la orilla lejana de mi ser olvidados
recobran su presencia, su verdad, su sonido.
Toco la inmensidad del Amazonas.
En el cristal mojado
el Caribe es un rostro habitado de estrellas.

Y más alto, más alto, en el reino del aire,
suben como vapores de sales, de aromas, de reposos,
América se extiende, se derrama en sus ríos,

arde en el plasma vegetal de su delirio.
A veces es un bosque apretado de sombras
a veces una ola de luz y de silencio
a veces cordilleras de eternidad segura.

Su mapa vertebral
de fermento y latido
cuerpo sonoro, elemental, profundo,
abecedario vivo en que a otro ser despierto,
en la nativa, oscura rosa
descifro las corrientes confusas de los sueños
y el drama del poeta que te nombra.
Ser tuya, de la tierra,
y no serlo, siéndolo.
Cómo sostengo el alba de esta fuente?
Si mi cuerpo transita en tus follajes
ebrio de sol, de libertad, de cielo,
mi cabellera oscura se reclina
a la fábula antigua de otros dioses.

Y otras tierras descubro
con su voraz guerrero.
Tu caballo —Pizarro— es la noche del indio.
Tu momia arde en el oro de las catedrales
como en un fuego solitario y eterno.
Gobierna una tristeza de balcones leprosos
donde cuervos vigilan tu culpa inacabada.

Busco la vena rota
en su desnuda arqueología

su lágrima callada
su indestructible herida
su amor en movimiento
el alma de su quena en las montañas.

Busco en esta tiniebla la claridad de un alba
y la voz de Vallejo desgarrada,
el río subterráneo de la sangre;
en sus orillas
un pueblo mudo y triste se levanta.

Un indio, Tabaré, tuvo mi infancia
errante sombra, agreste,
junto a un río de arpas sensitivo.
Cómo se va de olvido
cómo de olvido vuelve
entre esta afirmación de piedra y hombre
sustancia matutina de la tierra
adherida a los duros cimientos seculares...!

Qué despertar, qué raptó, qué escritura,
qué designios dormidos me descubrió la tierra
que yo cruzaba impávida
extranjera y nacida...?

Cómo decirte, huésped en mi canto sombrío,
cómo decir que palidecen solos
en la vaguedad de sus teorías
mis amados señores de la alquimia y el símbolo,
fantasmas del parnaso
sin molienda ni aurora...?

Inclinada a tu origen
mi sangre empieza a conocer tu sangre
majada que en la niebla se perdía.
Nace como otro canto subiendo por mi canto
Una ventana abierta a tus caminos
donde me asomo
y pienso.

LA GESTACION LITERARIA EN VALLE INCLAN

Por Ramón SENDER

HABLANDO un día con Valle Inclán sobre la manera de concebir sus novelas me dijo que nacían de un deseo casi físico, confuso y brillante y que cuando ese deseo era más vivo comenzaba a darles forma por combinaciones ideales de masas de color. Esas masas eran naturalmente confusas y nebulosas. Más tarde iban tomando contornos y cuando éstos eran ya perceptibles en su imaginación —un tipo, una escena, una pasión o una contradicción fecunda capaz de alumbrar formas líricas inesperadas— la materialidad de escribir no ofrecía grandes problemas. Era una cuestión casi cuantitativa. Tantas páginas escritas a mano correspondían a tantas páginas impresas. Para obtener las doscientas páginas había que quedarse en casa tantos días sacrificando la tertulia o el paseo. Valle Inclán me pedía a veces el libro que yo llevaba en la mano, lo abría por cualquier lado y contaba rápidamente las líneas de la página y los espacios de la línea. Hacía mentalmente sus cálculos de tipografía como un ingeniero que está en todos los detalles. En aquellos días Valle Inclán solía estar absorbido por su serie *El Ruedo Ibérico*. Escribir la novela era una tarea casi mecánica. El lado milagroso o estelar y pelicabra como dice Gómez de la Serna, estaba en la concepción, ordenación y cristalización anteriores.

La concepción era pictórica y plástica y en ella como en los pintores venecianos en el Greco y en los impresionistas modernos era antes el color que la línea. O mejor dicho, la línea era subsidiaria del color y no existía por sí misma como no existe según dice Baudelaire —ensayos sobre Delacroix— en la naturaleza. A nadie que conozca la obra de Valle Inclán le extrañará esa manera de concebir *por colores*. La primera vez que me lo dijo fué en 1925, cuando escribía "Tirano Banderas". Iba dando ese manuscrito en entregas a la revista

juvenil "El Estudiante". Aquellas páginas limpias y sin tachaduras eran la mejor explicación y demostración de su doctrina según la cual cuando las *masas de color* de su primera inspiración tomaban forma en el vacío esa forma quedaba fijada con tonos permanentes en su conciencia y escribir después era lo de menos. Esto hacía posible que publicáramos su original sin que volviera a verlo y que escribiera la continuación sin corregir retocar o modificar lo anterior. El plan preconcebido era seguro e inalterable. Sin embargo ese plan era sólo una combinación de colores vívidos de cuyas proporciones dependía todo.

No es necesario advertir que la imaginación de Valle Inclán era particularmente sensual. Así como la de Unamuno residía en las combinaciones y accidentes de su memoria intelectual la de don Ramón era como la proyección directa y cruda de su sensibilidad en la cual naturalmente los sentidos tenían la primera y la última palabra. La fuerza de sugestión y de fijación del poeta en lo que se refiere a los colores de la nebulosa de origen era asombrosa.

Se ha hablado mucho de esa sensualidad de Valle Inclán. Los profesores la catalogan y clasifican dentro del mundillo de los vicios y virtudes modernistas y la reducen casi exclusivamente al aspecto audible y sonoro. *De la musique avant toute chose*, de Verlaine. Pero aunque la música tiene su importancia en Valle Inclán no era el valor fonético del verbo sino un elemento secundario que intervenía sólo en la elaboración y no en la concepción. Era un utensilio que Valle Inclán tenía siempre a mano y del que disponía a voluntad y en cualquier instante. La musicalidad de Valle Inclán como la de Rubén Darío y su integración en un tipo de expresión retórica eran secundarias. La fuerza y la originalidad de Valle Inclán residía en esa base sensual que le obligaba a ver el mundo de sus sueños —antes de escribirlos— *sub especies pictórica*. Si él mismo no lo hubiera dicho podríamos sospecharlo al ver como se multiplican los substantivos o verbos que colorean no sólo el paisaje o los tipos de sus novelas sino los estados morales y mentales. En un espacio de pocas líneas de "Tirano Banderas" se habla de la *marina esmeralda*, la *boca verdosa*, una *cauda de luces*, la *ciudad ajedrezada de blancas y rosadas azoteas*, las *cornetas rojas*, el *final solanero de la cuesta*, y también la *desolación azul*, la *gris porfía* o la *roja dignidad*. Pero éstos, como decíamos con la musicalidad, son también elementos de

estilo y no de estructura. Verdad es que el color da a lo descrito estabilidad y permanencia. La atribución del color a la cosa o al efecto y hasta al juicio los inmoviliza un poco, igual que para con los objetos de un cuadro. Por eso la descripción toda color—Gabriel Miró— suele ser estática y en cambio la narración unamunesca—en la que el color apenas existe— es en sus tonos blancos y negros más dinámica y activa. Valle Inclán desde la primera a la última de sus obras es un alarde abigarrado de color, pero el problema y el misterio mayor no está en el color expresado sino en el que sólo el poeta conoce, el que rige su orden secreto y que va implícito en tal o cual circunstancia no del estilo sino de la arquitectura interior de la obra. No ha usado el poeta de esas sugerencias de color para entenderse con los lectores sino para entenderse consigo mismo.

Bien es verdad que Valle Inclán no era un pintor sino un poeta y novelista, aunque su *retina interior* orientaba ocasionalmente a pintores como Anselmo Miguel Nieto, Juan Echevarría, Regoyos, Arteta y ha sido heredada al parecer por su hijo menor Jaime. Pero escribir "El resplandor de la hoguera" o "Gerifaltes de antaño" no era una cuestión de colores sino de trasposiciones del color en estados equivalentes de ánimo, o de conciencia o de sensibilidad. La manera de asociar las masas de color con estados sensoriales, afectivos, morales, mentales, espirituales, etc., depende de la naturaleza íntima del poeta y probablemente no coincide casi nunca con la del lector, pero sirve al poeta de norma. Es natural que ese fenómeno de la concepción por masas de color sea anterior al uso de las formas verbales y esté más próximo a la primera inspiración es decir a la nebulosa de origen. En realidad el primer movimiento de la imaginación ante esas masas de color que propone la sensibilidad ordinaria—el sistema usual de percepciones común a todos— es todavía tributario del caos. La delimitación espacial—no por líneas ni confines, sino por áreas— de esas masas es el primer paso para salir del caos original, es decir de lo que Aristóteles llama la *potencialidad* confusa del mundo inconsciente.

Todo esto en la novela podría ser, y era en todas ellas desde "Flor de Santidad" hasta la serie del *Ruedo Ibérico*, de una eficacia fascinadora. Pero es curioso cómo una manera inicial de ver la realidad puede ser veraz en unos casos e inexacta en otros. Certera en la novela—análisis y glosa activa—

y falsa e inadaptable en el teatro, que es síntesis. Esto de que una concepción inicial justa en la narración resulte inadecuada en el teatro es un dato más, revelador de la convencionalidad y arbitrariedad —e irrealidad— del género teatral. No sólo esta concepción por masas de color destruía las calidades plásticas sino que convertía los diálogos más vivaces y las escenas más dinámicas en materia de lectura o en una serie y sucesión de tapices con figuras inmóviles. Trataremos de explicarlo comenzando por decir que yo admiro profundamente —incondicionalmente— esos *tapices* y que el *teatro* de Valle Inclán es una de mis *lecturas* favoritas.

Las confidencias de Valle Inclán sobre la manera de concebir su novela y su teatro surgieron un día que hablábamos de teatro clásico y de Lope de Vega. Por un curioso azar no estábamos de acuerdo. Es raro, porque siendo yo muy joven casi nunca me atrevía a tomar con él una actitud crítica aunque no era sólo una cuestión de juventud. En aquellos mismos días sostenía yo frecuentes y violentas discusiones con Unamuno que acababan a veces en intemperancias por ambas partes. Si mi memoria no miente en solas dos ocasiones discrepé de don Ramón. Esa del teatro fué una. La otra tuvo cierta base humorística. Era hacia 1931 ó 32. En Zaragoza hacía mucho ruido un hecho misterioso. Había una casa *embrujada* en la que hablaban los duendes y la prensa se ocupaba de aquello. Yo reía leyendo el periódico y tomándolo a broma y cuando le dije a Valle Inclán que los duendes acabarían diciendo: "Votad la candidatura de la CEDA" don Ramón se puso muy serio y negó con la cabeza. Yo vi que creía a pies juntillas en aquellos duendes y aquellas brujas y quise bromear. Traté de recordarle discretamente que era una superstición indigna de un hombre como él, pero lo vi lleno de un respeto milenario para las brujas y los duendes y no insistí.

La discrepancia no llegó pues a ser seriamente planteada. En lo que discutimos fué en lo que se refería al teatro. Comenzamos hablando del *arte nuevo de hacer comedias* de Lope. De las obras de Lope de Vega pasó don Ramón a las suyas propias. Yo no creía en la importancia que don Ramón daba a la materialidad de la escena. Es decir, a la complejidad y pertinencia del decorado. "La gran obra de teatro requiere escenario", repetía Valle Inclán. Yo creía que el teatro es sólo palabra y gesto y que todo lo demás sobra. Con el gesto y la pala-

bra y ninguna otra circunstancia un autor podía apasionar al público.

La base de nuestras discrepancias mostraban según creo el fondo del problema teatral de don Ramón. Por eso vale la pena recordarlo. Concebía Valle Inclán su teatro lo mismo que sus novelas. Cuando yo le mostraba a mi manera el esquema de la acción de Lope marcando grados de intensidad y divisiones de la acción en un pentagrama de música—sobre la base de "El villano en su rincón"—Valle Inclán decía que el problema teatral era distinto para él y que no era un problema de intensidades sino de *masas de color*, ni más ni menos que en la novela. Eso me parecía un error. El genio poético de Valle Inclán podía convertir ese error en una fuente de aciertos líricos, es verdad. Sin embargo de eso y de la belleza poética de *Divinas Palabras* ésta no fué nunca una obra para la escena y en Madrid no gustó. Tampoco ha gustado traducida al francés en París donde la confusión del público y de la crítica han formado recientemente alrededor de esa obra una atmósfera en la que naufraga el buen gusto y hasta el respeto. Lo mismo sucedería con "Los Cuernos de don Friolera", con el ciclo de las *Comedias Bárbaras*, con la "Reina Castiza" o con "Cuento de Abril" concebidos del mismo modo que sus novelas. La verdad es que el teatro de don Ramón no es teatro. Le sobra densidad lírica y le falta plasticidad psicológica y ese juego de realidades contrarias entre la escena y la sala sin el cual sólo se ha podido hacer en el teatro una clase de espectáculo: la tragedia griega.

Eso del juego de realidades entre la escena y la sala no es tan gratuito como parece. Para que el monólogo o el diálogo sean teatralmente convincentes deben mostrar al público siempre la realidad dramática o cómica en dos planos simultáneos: la realidad aparente (lo que el personaje dice o hace) y la realidad determinante: lo que piensa y quiere realmente hacer. Cuando un actor dice en la escena: *Nosotros, los hombres honrados...* muestra el plano aparente de su personalidad. Si el personaje que lo dice es de veras honrado y por lo tanto la realidad determinante (secreta) y la aparente son la misma no hay plasticidad dramática ni perspectiva cómica ni relieve teatral. No hay *pathos*. Pero cuando el que lo dice es un sinvergüenza como *Volpone* o *Tartuffe* la frase tiene una espléndida naturaleza teatral. Existen en ella las dos realidades superpuestas.

Sólo gracias a ellas podemos ver los tipos *en relieve* como pasa con las fotos estereoscópicas miradas por la doble lente.

Con la acción sucede lo mismo. Un hombre abraza a otro en la escena. Si es verdad que lo quiere, el abrazo carece de sentido teatral dramático o cómico y sólo podría tener valor en el desarrollo lírico o filosófico —o ambas cosas juntas— de una tragedia. Pero si el que abraza al otro lo odia, o sencillamente espera obtener de él un favor o está preparando un engaño el abrazo muestra al mismo tiempo que la realidad aparente la determinante (el público las ve juntas) y se crea y establece la profundidad y la perspectiva interior. Esa doble realidad debe existir también en el conjunto del carácter de un tipo —a ser posible— y en la mayor parte del sentido total de las grandes escenas. Es decir: un gran malentendido servido por una multitud de dobles sentidos episódicos en la frase y en la acción. Sólo de este modo se puede dar a la acción escénica todas las dimensiones posibles (incluidas la profundidad lineal y la espacial) y lo que los sofistas de la estética llaman todavía la cuarta dimensión. Nada de esto aparece nunca en el teatro de Valle Inclán.

Don Ramón me repetía que para él no había en el origen de la llamada inspiración más que una combinación de colores expresada después poéticamente. Esa expresión poética era de una primorosa complejidad y por vez primera en la historia de nuestra literatura alcanzaba efectos líricos inefables por acumulación de lo grotesco (ley del esperpento), pero no era teatral como no lo es tampoco el esperpento a pesar de su espléndida y engañosa apariencia. La tontería de la crítica al uso clamaba contra el mal gusto del público que prefería el teatro de Benavente o el de Arniches a *Voces de Gesta*, pero el público no se engaña en una cosa que le atañe tan directamente como el teatro y prefiere una comedia mediocre —pero comedia— a un poema espléndido que en la escena no tiene virtualidad.

En la novela —o en cualquiera otra de sus obras— las masas de color pasaban a transformarse a partir del primer renglón escrito en masas de conceptos, de representaciones afectivas, de ideas de valor o de juicios morales. Pero el color seguía viéndolo Valle Inclán en todo eso. La escena de amor si éste es glorioso y triunfal debía ofrecer una tonalidad predominantemente roja. En escenas de perplejidad el color sería

gris o malva tenue. A cada sentimiento correspondía un matiz. Y esta gama era uno de los secretos valleinclanescos. No trataremos de demostrar con ella lo indemostrable, es decir, el misterio de la generación de su obra. Es demasiado simple y demasiado complejo, como la vida misma. Pero quiero tratar de señalar algunos hechos del proceso creador del gran poeta en relación con su *insuficiencia* teatral. (Hay formas de insuficiencia que son resultado de una riqueza y exceso indomeñables, como hay formas de superioridad que no son sino resultado de una serie de mezquinerías puestas en buen orden. Nadie dudará en afirmar que el caso de Valle Inclán era el del exceso).

Naturalmente, el poeta puede hacer lo que quiera, pero hay leyes comunes en la relación entre los sentidos y la imaginación creadora. La primera es que el poeta tiene que partir, para la creación—lo mismo que Dios—del caos inicial. Le gusta una cosa, odia otra porque sí, se siente atraído y repelido al mismo tiempo por una tercera sin saber por qué. Estos no son sino movimientos de la voluntad. Tiene que intervenir el don de selección con una cierta aptitud estética innata. Igual que el niño recién nacido, Valle Inclán veía colores y seleccionaba nebulosas—manchas sin forma—con un criterio elementalmente visual. Igual que en la naturaleza en Valle Inclán era antes la existencia que la esencia. Y la existencia tomaba tonos bien definidos. Las equivalencias abstractas eran casi siempre innatas e inconscientes también, aunque a veces se apoyaban en experiencias. Cualquiera comprenderá que nuestra imaginación sensual atribuye al sentimiento pasión o humor de la envidia un color: el color amarillo. La costumbre—segunda naturaleza o naturaleza ulterior—ha relacionado la envidia con la bilis, la vesícula biliar amarilla y vercosa. Al mismo tiempo recordamos la expresión mil veces repetida en todas las literaturas: *amarillo de envidia*. Tampoco dudará nadie de que la pureza es blanca. Hemos hecho sinónima de inocencia la candidez cuyo calificativo latino—cándido—significa blanco. Y todos coincidirán en que la muerte es negra (túmulo funeral, lutos, etc.). Si aceptamos todo esto ¿por qué no aceptar que el amor es azul, la gloria púrpura, el deseo erótico rojo vivo, la esperanza verde claro, el desengaño malva, el odio gris oscuro o quizá rojo sangre de toro? La fidelidad es rosa, la gratitud rojo granate, la piedad color siena, el resen-

timiento verde oscuro, la amistad gris-azul, el olvido color ópalo, la virginidad color blanco (pureza) o verde (esperanza). No es que estas fueran las identidades del color-afecto en Valle Inclán. No las recuerdo todas ni es necesario, pero algunas son ciertas. A Valle Inclán le servían éstas u otras identidades como normas primeras para comenzar a formar un esquema poético con los elementos inconscientes del caos. Otros valores no afectivos sino intelectuales tenían sus colores también: la tradición, oro viejo; el futuro oro fresco y virgen. Como ya dijimos antes, algunas de estas asociaciones no eran exclusivas de Valle Inclán—ni la muerte negra ni la pureza blanca ni la envidia amarilla ni la esperanza verde—pero lo interesante y lo original comienza en la manera de usarlas en sí mismas o en sus ocasionales afinidades. Es decir que lo de menos es la selección del color y el saber si para Valle Inclán el amor era rojo, violeta o azul. Es probable que las mezclas de algunos colores dieran síntesis diferentes y que la envidia (amarillo) con algunas formas de admiración (azul marino) dieran el resentimiento color verde botella o el odio color gris oscuro. Las combinaciones serían infinitas y se prestan fácilmente a juegos de humor.

En cambio lo importante era que esas leyes del color en la escena destruían las posibilidades teatrales a pesar del realismo sabroso del diálogo y de la grandeza frecuente del tema. De una combinación de colores sólo puede obtenerse una armonía estática. Un color compensa al de al lado, mata al de enfrente, casa con el de encima. La suma total da una masa inmóvil y sin profundidad como el mosaico del cubismo. Si pudiera hacerse la experiencia de cortar la acción de una *comedia bárbara* de Valle Inclán en fragmentos se vería que cada uno—el más pequeño de ellos—tiene un fin en sí mismo y es un poema acabado. Esa es la mejor prueba de su calidad lírica y de su falta de dramaticidad. Leyendo las comedias de Valle Inclán vemos—en nuestra imaginación—el drama, la farsa, el poema, todo junto y simultáneo sin que un matiz ofenda al otro. Damos a los tipos sus dimensiones y a los hechos su relieve, perspectiva y profundidad. La imaginación del poeta y la del lector están en contacto a través de la sucesión mágica de las palabras. Y vemos que rige la armonía de esos tipos y de esos paisajes una norma delicada de acuarelista—o bárbara de aguafortista—con horizontes flúidos y manchas bron-

cas y duras. Obtiene Valle Inclán todo el efecto que busca y pretende cuando lo leemos en la calma y en la soledad de nuestro estudio. Pero en el teatro es diferente. En la escena todo eso se convierte en un tejido de contradicciones. Cuando Valle Inclán habla de la necesidad de un *gran aparato escénico* está pidiendo que el milagro se le dé hecho ya al espectador, que el escenario dé unidad de ser y de movimiento a los *colores* contradictorios de su imaginación. Pero eso es imposible. Los tipos de Valle Inclán son al mismo tiempo de farsa y de tragedia y Valle Inclán los mueve y agita queriendo usar precisamente de esa contradicción como de una lisis poética para obtener una comedia. Las contradicciones son demasiado turbadoras —y perturbadoras— para la lógica y el pudor noble del teatro.

Sobre este error constante de Valle Inclán en el teatro —sólo acertó en las obras en un acto y luego trataremos de decir por qué— hay hechos curiosos. Comenzaba Valle Inclán concibiendo el drama como un cuadro al óleo y acababa a veces con errores de naturaleza más fácilmente discernible como el de ofrecer su obra menos teatral al actor más convencional de nuestro tiempo. La obra —*Los Cuernos de Don Friolera*— está llena de riquezas de todo orden y su poder sugestivo es inmenso fuera de la escena. El actor —Juan Bonafé— era el actor más flexible y dúctil, más fino y rico de recursos de nuestro tiempo. Pero también el más esclavizado al *teatro teatral*. Ni la obra se podía representar ni Bonafé se decidiría a intentarlo. Esto no era obstáculo para que Valle Inclán creyera en 1929 firmemente que era la obra que le iba a Bonafé como anillo al dedo. Bonafé, artista de sabios instintos y de larga experiencia sabía que "La Celestina" era irrepresentable por las mismas razones que los esperpentos de Valle Inclán. No porque fuera demasiado larga o porque acabara demasiado mal o porque su realismo pudiera ser procaz e indecente. Todas éstas son circunstancias menores. Era irrepresentable porque estaba concebida no como una estructura homogénea con sus realidades aparentes y determinantes, sus ruedecillas interdependientes y su compleja exactitud, sino como una acumulación de masas de color estáticas y fijas. (En el caso de "La Celestina" el color es un fin también en sí mismo). Podemos caer en trance leyendo a Valle Inclán o a Rojas, pero no podremos ver sus obras en un escenario y entrar en el mundo secreto de

las realidades determinantes para tener la impresión—es el gran placer del teatro—de que sabemos más de las motivaciones y las consecuencias de lo que pasa en la escena que los mismos personajes de la obra e incluso que el autor mismo. Esa colaboración—que es el gran atractivo del teatro—entre el público y el autor es en Valle Inclán imposible. El autor no quiere nuestra colaboración. Nos pide que nos dejemos hipnotizar. Nada más ni nada menos.

Hay un género en el que se puede pretender esto de los espectadores: la tragedia. Desde Sófocles hasta hoy la tragedia ha usado de los valores emocionales más puros y absolutos: religión, amor físico y metafísico, poesía, misterio del ser, terror del no ser. Por el miedo metafísico, por la piedad, por la incongruencia de naturaleza lírica se nos lleva a esa hipnosis que buscaba Valle Inclán. Para cultivar la tragedia hace falta una sensibilidad orgiástica como la de Valle Inclán o como la de García Lorca. Las tragedias de Valle Inclán "Ligazón" y "La Cabeza del Bautista"—representadas a menudo—con todos sus valores abstractos conducidos hacia un solo fin por un solo camino eran siempre recibidas con entusiasmo. El comediógrafo o el dramaturgo pueden no ser artistas y casi nunca lo son (Muñoz Seca, Linares Rivas, etc.) pero necesitan ser teóricos y expertos, es decir tener técnica y experiencia. El autor de tragedias es esencialmente artista y debe ser de una infantil inocencia y de una sinceridad insistente en la evidencia y en la obviedad. No necesita la tragedia los juegos de las realidades aparente y determinante. No necesita la profundidad psicológica ni la colaboración del espectador. El personaje puede decir y dice lo que siente y lo que piensa. La profundidad se obtiene por el don lírico y la tensión sobrehumana de las circunstancias creadas por el amor, el heroísmo, el dolor moral, la fe, el terror. . .

La tragedia no tolera el humor ni la ironía ni los efectos líricos por la acumulación de lo grotesco, ni otra actitud más que la elemental del hombre en lucha épica con su destino. Lorca en sus intentos de tragedia pura no se separó nunca de esa inocencia elemental. Pero, ¿se quiere algo más absurdo que tratar de interesar al público teatral con el teniente Astete de "Los Cuernos de Don Friolera" en cuyos primores hay humor épico, sangre, farsa, parricidio, poesía ultraísta, mezclados con las cualidades más contradictorias: (honor que no es honor pero

que si fuera honor se encontraría terriblemente dramatizado en su propia caricatura); no hay nada consistente teatralmente hablando. Ni tragedia, ni drama ni comedia ni farsa. Tampoco en "Las galas del difunto" ni en "Aguila de Blasón" o en "Romance de Lobos". Concebidas como combinaciones de color con apelaciones constantes a un plano de armonía estable superior a la vida misma, el público no sabe a qué atender: ¿a la justeza de la palabra? ¿A la fuerza de la insinuación poética? ¿Al aire lleno de reflejos y ecos de un medievalismo culto con todas sus complejidades? ¿A la atmósfera real, poderosa pero inmóvil? ¿O al irrealismo que flota sobre esa realidad? ¿Quizás a las campanas benditas o a las campanas embrujadas o a la picardía procera? ¿Al monstruo en el carretón de *Divinas Palabras*? O al ángel de *Cuento de Abril* que es también un fin en sí mismo e independientemente de la estructura de la obra teatral? Nosotros, una minoría de amigos del poeta, gozábamos en el teatro con todo eso. Pero como si alguien nos leyera una obra que ya conocíamos. El público de buena fe no iba y si iba salía defraudado.

La tragedia no tolera distracciones ni valores divergentes y esa unidad prodigiosa de la tragedia no aparece en Valle Inclán sino —como decimos antes— en las cortas obras en un acto —"Ligazón", "La Cabeza del Bautista"— en las cuales la necesidad de condensar obliga al autor a suprimir lo accesorio y no habiendo más que un acto, las famosas *masas de color* y sus combinaciones se reducen al mínimo. En la tragedia no se puede distraer la atención del público. Ni siquiera con los temas aparentemente más neutros. Ni el canto del ave, ni el rumor del céfiro añadirán nada a la emoción primaria del espectador abrumado por la desgracia del héroe y luchando por superarla o por engrandecerse en ella. En cambio cualquier efecto innecesario, o la menor vacilación en la línea de la inocencia fatal —por el humor, el escepticismo, la ironía del autor— destruyen la tragedia. Valle Inclán pudo haber sido un espléndido poeta trágico como no lo hemos tenido nunca en España, con una aptitud genial para desenvolver y mostrar el mal que existe en las cosas por sí y la justificación fatal del sufrimiento y todavía, por encima de todo esto, la posibilidad de decorar ese sufrimiento con la misma grandeza con que lo hizo Dante en su tiempo. Lo que le sobraba a Valle Inclán para eso era su *dandyismo* bradominesco. Tal vez los españoles hemos perdido ya esa inocencia

procelosa que es necesaria para cultivar la tragedia. Si es que la hemos tenido —esa inocencia— alguna vez. Porque Séneca, que como romano intentó la tragedia, como español no consiguió sino imitar y a veces parodiar malamente a los griegos. La ineptitud española para el cultivo de la tragedia en la literatura plantea un problema interesantísimo. Sea ineptitud o indiferencia o quizás ambas cosas valdría la pena tratar de comprenderlo. La insinuación de que somos demasiado trágicos en la vida para intentar serlo también en la literatura (y de que no queremos escribir tragedias por el pudor de lo patético) es un argumento superficial y sin fuerza. ¿Qué valor puede tener nuestro pudor moral ante los problemas que plantea *Prometeo*, *Edipo* o *Medea*? Tratar de esclarecerlo podría ser interesante y lo intentaré en otro artículo.

LOS PIES DESCALZOS¹

UNA NOVELA DE AYER

CADA día es más difícil leer novelas sin pensar en la nacionalidad del autor. Por más universales que sean la preocupación del artista, el tema o las proyecciones semánticas, la novela actual se enraiza en un medio y se origina en un grupo humano, como no podía ser de otra manera.

Con mucho mayor razón cuando se trata de novelistas hispano-americanos. Si de caracteres comunes puede hablarse, ya hay personajes y circunstancias americanos, y sobre todo un estilo nuestro, opulento y barroco —inclusive observable en los más reticentes escritores argentinos—, propicio a la expresión de nuestra riqueza geográfica y humana, inapreciable por inédita y por desconocida.

En el género novelístico no es fácil lanzarse a la vanguardia; en prosa, el esoterismo es barrera y lastre —dichosos los poetas, que viven de la sugerencia y para ella—. Lo mismo Flaubert que Martin du Gard, Tomás Mann que Faulkner, los novelistas son más bien resultantes, representativos de épocas consolidadas. Es muy raro que surja un creador de auténticas novedades, como Joyce, y aún en este caso se le valora años, décadas después de su aparición. No menos infrecuente es otro tipo de novedad: un libro desencajado de su tiempo —de una manera íntima—, actual y pretérito a la vez, como un vino añejo encontrado en alguna cueva. Un libro de ayer, dentro de la mejor tradición española que siempre ha preferido situar la ficción en el pasado, por real e incuestionable.

No se nos ocurre pensar en la nacionalidad de Luis Enrique Erro al leer su obra, ni otorgar importancia específica a la locación de la trama o a la americanidad de los personajes. No es la realidad mexicana —por cierto vista por intérpretes españoles— durante un período particularmente movido de su historia, lo que da vida a *Los pies descalzos*, sino un realismo vigoroso a lo Pereda, a lo Pérez Galdós, que en nada se parece al de Hemingway o al de los escritores italianos con-

¹ LUIS ENRIQUE ERRO. *Ediapsa*, México, D. F., 1952.

temporáneos. Un realismo familiar, enriquecido por cosas y diálogos totalmente probables.

Erro es un narrador quizá excesivo. No desaprovecha una sola oportunidad para referir la anécdota, para disertar. De pronto nos habla de la Edad Media, de cuestiones agronómicas, de la influencia del hombre de pelo negro en la historia humana, de Carlos V o de la poesía de Núñez de Arce, cuyos consonantes ripiosos "le recordaban [a uno de los personajes] los remates a dos paredes que hacían los buenos jugadores de pelota de su pueblo en el trinquete". Está bien armado para ello. Ha seguido una fabulosa trayectoria de andariego, de panadero, de conferencista, de orador, de político y por último, de astrónomo. Seguramente en todo ha sido apto y notable, como ya lo es y como lo será aún más dentro de la novela, nuevo oficio que emprende ya viejo y enfermo. Para ser un hombre del Renacimiento le ha sobrado espíritu de independencia y le ha faltado arraigo dentro de una cultura cualquiera: la de sus mayores mediterráneos o la de su verdadera patria mexicana. Como autor, Erro necesita hablar; cuando sus personajes se cansan —y esto después de 300 palabras que cada quien pronuncia mientras el interlocutor espera turno, probablemente sin escuchar—, intervienen las cosas y razonan; tal ese piano que recrimina a una atrevida por haberle sacado de su apacible sueño de olvido y de polvo. No obstante que el libro contiene también preceptiva sobre el diálogo —desarrollada, infortunadamente, en el curso de uno de los capítulos más dramáticos de la obra—. Si el autor no fuera tan ameno y sobre todo tan diáfano, esta técnica se nos haría intolerable; además porque en el libro siempre "se cuenta lo que le pasó a Fulano", y a menudo se nos advierte que "volveremos a ocuparnos de Zutano" o que debemos disculpar al autor por insistir sobre este o aquel punto. Lo cual estaba bien para quien seguía el manuscrito de Cide Amete Benengeli; pero no para un novelista contemporáneo, al cual se reclama objetividad y la más remota ausencia.

Diríamos que con éste, Erro tiene otro defecto serio: da la solución y luego plantea el problema, con mengua de la expectación que la trama está llamada a despertar en el lector. Desde la página 190 (y el libro consta de 448) sabemos cómo morirá uno de los personajes determinantes. Casi todo está resuelto antes de su hora y punto; menos la muerte de la nana india, de la cual se ocupa —y con indiscutible maestría y dramatismo— el último capítulo. Procedimiento inexcusable en el periodista y en el impenitente lector de novelas de misterio que, según sabemos, es Erro.

El rico material de *Los pies descalzos* está cuidadosamente dividido en once capítulos de la misma longitud. Es la historia de un campesino vasco que después de trabajar en una hacienda de México regresa a casarse con una frágil e inteligente catalana hija de obreros anarquistas, que lo ha esperado diez años. La pareja cobra altura de señorío sobre mestizos e indios, procrea un hijo que vive y termina como un pisaverde —en poder de la fortuna amasada por sus padres en operaciones de especulación urbana— y permanece inalterable, salvo los malos días en que todo estaba amenazado, mientras el país se estremece al pasar del porfirismo dictatorial de obispos y terratenientes, a la Revolución. Como un contrapunto tenaz, discurre por buena parte del libro la figura de una india, que abandona a su propia hija para amamantar al crío de los españoles, a quienes sirve hasta el fin con perruna devoción. Cuando el criollo deja la modesta casa que fué de sus difuntos padres y se instala en un palacete "propio de su condición y de acuerdo con los nuevos tiempos", la india queda relegada entre la vieja mueblería, y hambrienta y trastornada, vaga hasta morir en un hospital.

Erro fija con recia mano la moral, el pensamiento y los costumbres de los "gachupines" de México. Gente de presa, mas fundamentalmente buena y honesta, entienden el país a su modo, con oscuras reminiscencias de conquistadores. México "daba mucho o no daba nada. Por todas partes había una miseria increíble. Que a él no le impresionaba. Eran otras gentes, le parecía que apenas eran humanos". Este mismo vasco que tal piensa cuando sólo es un depredador al servicio de otros depredadores de más alto coturno, escucha de un compatriota que vivió de cerca las horas de la revolución en el campo: "A esta gente no hay quien la entienda. A juzgar por lo que se ve, se desató allí una furia feroz y, sin embargo, los que hicieron eso le hablan a uno y tienen las mismas voces mansas de siempre y a mi mujer la enterraron piadosamente [la habían violado]. Al que le tiró lo colgaron en mi presencia y con muestras de desprecio. Era un infeliz que no supo lo que hacía. . . Un matar, un quemar y un destruir tremendos. Furia nada más". Entonces el inmigrante alecciona a su hijo en nombre de la justicia; ya está viejo y cansado, y se supone que ha llegado la hora de la contrición para su alma profundamente devota: "Peores cosas les hicimos nosotros a esos indios. Peores cosas, ¿entiendes?"

La figura de la nana india es la de un personaje antológico, común a toda esta vastedad de pueblos todavía miserables. Con una reciedumbre distinta a la del español: una reciedumbre de piedra, de cosa permanente y callada. Cuando el niño blanco le pegaba, la india

sonreía con orgullo porque "todos los hombres muy hombres son así". Por sus amos llega a la traición, a la más baja complacencia, al olvido total de su persona; por egoísmo y por desinencias de piel, ellos "apenas la consideran humana"; apenas llega a víscera útil.

Una sola vez en toda la obra, esta mujer deforma el español a la usanza de sus tribus y dice "inorancia"; mas por debajo de su palabra castiza hay un alma bien atisbada, por la cual Erro no oculta su respeto. Y lo que falta de objetivación psicológica, de automatismo revelador en este personaje, lo suple el autor en boca de los españoles o a través de sus propias disquisiciones. "Sabía fundirse y disolverse en un grupo a la manera asiática", dice Erro. "Que es la manera india y es en lo que el indio mexicano es intrínsecamente diverso del hombre europeo". Es ella y no el niño ni el agradecimiento al país ni la comprensión tardía de sus resortes humanos, la que enseña a esta familia extranjera la sobrecogedora dimensión del Nuevo Mundo. Otra vez doña Marina operando con mansedumbre su milagro.

Refiriéndose a la novelística contemporánea del Ecuador, Carrión apuntaba aquí mismo en CUADERNOS AMERICANOS que nuestros escritores denuncian la injusticia social de una manera simplista y lógica: patronos, ricos y autoridades siempre son monstruos de maldad. No por apuntar hacia los mismos blancos se puede condenar a Erro por el declive de su crítica, pues sitúa su obra en un mundo donde los peones todavía cantaban el "alabado" sombrero en mano cuando llegaba el administrador montado en fina jaca y con toledana al cinto. En rigor, la novela de Erro no es del género llamado social; tampoco es su médula la revolución mexicana, a diferencia de lo que ocurre en los libros de Martín Luis Guzmán. Pero a fuer de auténtica, mal podía desermarse del ambiente que la nutre y en este sentido, es excelente ejemplo del buen uso que puede hacerse del material histórico dentro de la obra de ficción. A Luis Enrique Erro le interesa la vida de los demás y la suya propia —vida de descubridor que se cansa pronto, de americano desordenadamente cultivado—, y por una sensualidad más pícaro que tortuosa —cabal herencia española—, un lenguaje directo y fresco, y extraordinarias facultades de narrador, cuenta con un bagaje que ya quisieran para sí muchos novelistas más jóvenes y más experimentados. Entre la sorpresa y la alegría que produjo la publicación de *Los pies descalzos*, la crítica se desorbitó un tanto y quiso atribuir a un propósito deliberado el visible descuido estilístico de que adolece la obra, sobre todo en sus dos primeros capítulos. Ninguna tolerancia ocultarán sus cacofonías, los 56 diminutivos que aparecen en una sola página, y los defectos de muchos párrafos como éste: "Fermín estaba hecho a la

tranquilidad de su aldea y a la tranquilidad de sus bosques. Estaba convencido de que el mundo estaba bien y estaría así para siempre. Sin saberlo explicar, naturalmente, creía que la paz reinaba en las conciencias de los hombres. Había oído, sí, que había habido guerras, y a su abuelo carlista, que las cosas hubieran podido estar mejor, pero que todo había pasado", etc. Mas en esta obra desigual, se pueden señalar aún más fácilmente pasajes, capítulos admirables, para no hablar de su valor de conjunto, que es de primer orden.

Luis Enrique Erro resume una época. Por eso está colocado en su calidad de creador, en una atalaya a la cual muchos novelistas de América obstinados en inventar su mundo en vez de interpretarlo, deben subir sin atropellarse ni sobreestimar cualquier pequeña altura desde donde se domine parte de esta mitad del planeta, que les exige impostergablemente la belleza y la verdad.

Mario MONTEFORTE TOLEDO.

EL TEATRO DE XAVIER VILLAURRUTIA ¹

SEÑORAS y señores:

Dentro de breves momentos, cuando se levante esta cortina, en las voces de los actores que van a encarnar a los personajes de la ficción, escucharemos las palabras de Xavier Villaurrutia, veremos cómo esas palabras se estructuran en imágenes y en ideas, y sentiremos cómo el pensamiento del autor se nos enfrenta, nos rodea y nos invade hasta amalgamarse y latir rítmicamente al unísono del nuestro. Entonces nos daremos cuenta de que Villaurrutia está aún entre nosotros, lúcido y viviente, como va a estarlo ya para siempre, y comprenderemos que no hemos venido hoy aquí para llorarlo, sino para convivir una vez más con él, para sentir una vez más, en el calor de nuestro aplauso, su mano amiga entre las nuestras.

No importa cuan pocos seamos los que quedemos para recordarlo, para hacerlo vivir en nosotros y en los demás. Mientras el tiempo y los elementos no destruyan las páginas del último de sus libros perdido en el más ignorado de los anaqueles, mientras la barbarie de los hombres no cierre el último resquicio por donde pueda escaparse la llama de la inteligencia, siempre habrá la posibilidad de que unos ojos ávidos y un oído atento revivan, así sea por un instante, la magia de la palabra y del pensamiento de Villaurrutia.

Es verdad que la vida del pensamiento en México ha sido y es aún precaria. Es verdad que nuestros escritores, nuestros artistas y nuestros hombres de ciencia pasan tanto más ignorados, cuando no desdeñados y perseguidos, mientras más auténticos, mientras más puros ideales alientan y mientras más dignamente sobrellevan el menosprecio y la hostilidad de sus conterráneos. Por otra parte, es preciso reconocer que Xavier Villaurrutia no fué nunca un autor popular. ¿Cómo podría haberlo sido, él que no fué ni frívolo ni trascendental? Si no trató nunca de ganar el aplauso fácil ni con piruetas ni con desplantes que su gran ingenio le hubiera permitido hacer aparecer como deslumbrantes, menos se propuso conquistar adeptos mediante fórmulas demagógicas para salvar a México ni al mundo. No, jamás se erigió en profeta. No

¹ En el homenaje a Xavier Villaurrutia, en ocasión del primer aniversario de su muerte, en el Palacio de las Bellas Artes, el día 12 de enero de 1952.

trató de fustigar el crimen, el pecado y el error. De manera más fina, más sutil, más elegante, pero mil veces más dura, los fustigó ignorándolos, colocándose por encima de ellos, encerrándose en una zona de luz, —la de los más puros valores del espíritu— hasta donde las sombras no podían llegar.

Podría censurársele esa actitud como aparentemente egoísta o inhumana, en un mundo desenfrenado que agoniza entre los horrores de la mentira, de la traición, de la histeria exhibicionista, de la ambición sin límites, de la rapiña, la opresión y el odio; pero, señoras y señores, ¿acaso para todos aquéllos que se debaten en ese estercolero sin horizontes, no resulta la mejor y más generosa de las dádivas, el ver surgir de pronto una flor limpia, brillante, —inútil, tal vez, porque no va a salvarlos— pero que va a sembrar en sus corazones la certidumbre de que no todo es asco y horror, y por lo tanto, la esperanza de que no todo se ha perdido?

Como flores son estas pequeñas obras en un acto de Xavier Villaurrutia, tres de las cuales van a presenciar ustedes en seguida. Bellas, casi me atrevería a decir que perfectas en su forma. Inútiles como una flor, en cuanto que si bien proporcionan una agradable impresión a los sentidos —y en este caso, también al pensamiento—, no tratan de resolver ningún problema práctico. No tratan de resolver más problema que el que ellas mismas se plantean. En varias ocasiones, Villaurrutia me confió el infinito placer que experimentaba al escribirlas, planteándose las como la resolución de una charada, es decir, como un juego puro de la inteligencia. Como un juego concebía él el teatro. Y a este respecto, también llamó la atención de sus lectores en algún artículo, sobre el hecho de que en otros idiomas, en el inglés y el francés, por ejemplo, tanto las obras teatrales como la representación misma de los actores, se llaman precisamente "juego". Ahora, que este juego en manos de un cerebro como el de Villaurrutia, resulta a veces, como él mismo intituló una de sus obras, "Un Juego Peligroso". Como que se trata de jugar con las armas secretas de la poesía, cuyo alcance nunca puede verse; con las sutiles fibras de la subconsciencia que mantienen al hombre aprisionado en sus redes invisibles y que duelen, no obstante, más que nervios aflorados dentro de una herida; con el misterio del tiempo que nos miente en los lentos relojes, pero que en un fragmento de segundo es capaz de desplegar dentro de nuestra mente todo el proceso de una y muchas vidas.

Para armar su juego en el escenario, Villaurrutia se proveyó de muchos y muy profundos conocimientos. Alguien ha creído ver en él la influencia de Cocteau y en veces, de Giraudoux. Otros lo identifican

más bien con los dramaturgos italianos, Pirandello a la cabeza. Uno más lo sitúa en la línea tragicómica de Schnitzler. A quien, menos perspicaz, le parece descubrir en su diálogo la influencia de Wilde y hasta de Benavente. Y quien, todavía, no pudiendo situarlo en ningún lugar preciso, se conforma con llamarlo extranjerizante, o, queriendo ser muy concreto, afrancesado. La verdad es que Villaurrutia puede tener todos esos antecedentes y muchos otros más, pero que no se le puede situar exacta ni completamente dentro de ninguno de ellos. Y que, juntando como las piezas de un rompecabezas las múltiples facetas que presenta su obra, sólo encontramos a Villaurrutia, enriquecido con los más altos valores del teatro del mundo, imprimiendo a su obra un carácter y un sello personal únicos, logrando hallazgos técnicos mucho menos simples que los de hacer entrar a los personajes por el patio de luneta o el de alternar los decorados por medio de un escenario giratorio.

El desdoblamiento de los personajes, la alternativa del tiempo real con el tiempo psíquico y otros recursos que años más tarde han contribuido a despertar la admiración del mundo por autores contemporáneos tan admirables como John Boynton Priestley, son juguetes que hace veinte años ya nos prestaba Villaurrutia a Carlos López Moctezuma, a Clementina Otero, a Josefina Escobedo y a tantos otros que en aquel entonces empezábamos a practicar el juego del teatro, cuando él no pensaba aún que sus obras saldrían del pequeño recinto de los amigos y se representarían alguna vez frente al gran público. Nuestra sorpresa ha sido, al desenterrar esos juguetes veinte años después para conmemorar la muerte del amigo, encontrarnos con que, gracias a ellos, Xavier Villaurrutia sigue siendo, si no el más de moda ni el de más éxito, sí el autor más moderno de México.

Nuevas corrientes de un realismo mexicano, o de un mexicanismo realista, a las que no son extrañas las últimas influencias venidas de Norteamérica o a través de ella, han atraído la atención del público y opacado, al menos momentáneamente, la senda luminosa que Villaurrutia se había trazado. El no podía ser realista. Para su poderosa imaginación, para su henchida vena poética, la realidad resultaba demasiado pobre, demasiado deleznable. Y, mexicano en lo más profundo de su ser, nunca entendió que un mexicano tuviera necesidad de esforzarse por parecer mexicano adoptando posturas localistas o mostrando las lacras nacionales que más bien —le parecía a él—, podían interesar a un insidioso observador extranjero que a un auténtico público mexicano.

No obstante, en una de sus pequeñas obras —"El Ausente", que se representa esta noche—, nos dejó una bella muestra de lo que hubiera

podido lograr en el terreno del costumbrismo, de habérselo propuesto; y en un deseo muy natural de hacerse oír por el gran público, en sus obras de tres actos, escritas para los teatros comerciales, abandonó provisionalmente los temas y los procedimientos que hubieran podido resultar demasiado abstrusos para los espectadores, esforzándose por acomodarse al realismo en boga. Finas, pulcras, inteligentes, esas obras no representan, sin embargo, al verdadero Villaurrutia. El verdadero Villaurrutia está, sin contar su poesía y sus obras de crítica, en esas pequeñas obras maestras, verdaderos bocetos de las grandes obras que aún pudo haber escrito, de no haberle impuesto el silencio la muerte, cuando, después de apoderarse de la voluntad del público, y dueño ya de la seguridad y de la soltura que sólo los años y la experiencia proporcionan, hubiera vuelto a encontrarse a sí mismo, a operar el magnífico instrumento que él mismo se forjó para jugar el gran juego del teatro.

Señoras y señores: Xavier Villaurrutia queda con ustedes.

Celestino GOROSTIZA.

LA HISTORIA LITERARIA DE BRENNAN

PODEMOS considerar acontecimiento de primera categoría, dentro del hispanismo británico, la aparición de *The Literature of the Spanish People*, de Gerald Brennan. Se trata de una historia literaria tan directa como bien escrita, tan bien pensada como original y aguda, que abarca las literaturas peninsulares romana y visigoda, árabe y castellana, con inclusión de algunos autores de lengua catalana y de un hispanoamericano, Rubén Darío, a quien el autor no ha dudado en estudiar por considerarlo, como es muy cierto, de importancia capital en la lírica española moderna. No es este libro la obra de un escritor inglés que se acerca por primera vez a los temas hispanos. Gerald Brennan ya publicó en 1941 *The Spanish Labyrinth*, espléndido estudio del desarrollo social y político de la España del siglo XIX y de lo que va del presente, donde por cierto resplandecían tres virtudes que pocas veces van juntas: una visión directa del terreno (España en este caso, donde el autor ha vivido largos años), una documentación excepcional, que sólo pudo lograrla el escritor con largas sentadas de estudio, y una independencia absoluta de juicio combinada con muy sincera simpatía. Últimamente publicó Brennan *The Face of Spain*, libro de un viaje por la España de nuestros días, donde volvíamos a encontrar al escritor penetrante y desembarazado de prejuicios, para quien escribir no es corregir los hechos a la medida de nuestro gusto, sino nada más—nada menos— que expresar esos mismos hechos lo más exactamente posible. Agreguemos que Brennan no pertenece al hispanismo, por así decirlo, oficial (donde, a no dudar, tiene Gran Bretaña tan excelentes estudiosos de nuestra historia, así general como literaria), no es una pluma que haya hecho profesión de sus estudios hispánicos: es un escritor inglés que escribe sobre nuestras cosas porque *long ago* (como él nos dijo en alguna parte) *fell in love with Spain and Spanish literature*.

Desde que Jaime Fitzmaurice-Kelly publicó su historia de la literatura española en 1898, no había aparecido en inglés ninguna otra historia de la misma materia, al menos en Gran Bretaña. Habían aparecido, como siguen apareciendo, estudios meritísimos pero parciales, pues este medio siglo de hispanismo ha sido tan fecundo como brillante. Baste citar los numerosos trabajos de Trend (Universidad de Cambridge) sobre escritores clásicos y modernos (Santillana, Cervantes,

Unamuno, Machado, Alfonso Reyes, Juan Ramón, Lorca, etc.); de Entwistle (Universidad de Oxford), sobre Cervantes y las lenguas peninsulares; Allison Peers (Universidad de Liverpool), sobre el romanticismo y los místicos; Parker (Universidad de Aberdeen), sobre Calderón; Walton (Universidad de Edinburgo), sobre Galdós y Cervantes; Wilson (Universidad de Londres), sobre distintos recodos clásicos, amén de su traducción tan valiosa de las *Soledades* gongorinas; Piarcé (Universidad de Leeds), sobre los poemas épicos del Siglo de Oro; Procter (Universidad de Oxford), sobre Alfonso el Sabio, etcétera, etc. Esto sin contar, pues merece capítulo aparte, que algún día intentaremos, los estudios hispanoamericanistas, cada vez más frecuentes.

Una historia literaria española es, pues, una novedad en lengua inglesa, sólo ya desde el punto de vista del género. Llama Brenan a la suya "del pueblo español", dando a entender con ello que no se limita a la literatura de una sola de las lenguas que se hablan o hablaron en España, sino a la literatura de los españoles, cualquiera fuera la lengua peninsular en que aquélla fué escrita. Del prefacio, que es una exposición de propósitos, deducimos que el autor no ve la literatura de un país como actividad aparte de las demás, despegada del suelo y del ambiente, sino como una secreción de ambas cosas y al mismo tiempo como una manifestación viva, además repetida, de los caracteres y las reacciones de un pueblo. Este criterio, esta visión mejor dicho presta al libro de Brenan tanta complejidad como atractivo, pues a cada paso vemos al historiador extravagar del poema, la comedia o la novela para darnos sus observaciones sobre la historia general de España, o sobre las circunstancias sociales del momento, o sobre el modo de ser de los españoles. Item más: también deducimos del prefacio que Brenan no ha pretendido hacer una obra de texto, con todos los nombres, títulos y fechas, antes bien un libro (y nada breve por cierto: cerca de quinientas páginas en cuarto mayor), donde se estudien las figuras a su juicio fundamentales y se deja en sombra aquellas menores o menos representativas. Este criterio otorga asimismo a la obra de Brenan el simpático y valiente dramatismo de lo personal, puesto que el autor no se ha de avenir a la escala ortodoxa de valores (aunque luego veamos, como era de esperar, que coincide en lo fundamental con ella), sino que ha de afirmar sus gustos y sus apreciaciones según su conocimiento inmediato de nuestras letras.

Pero resumamos lo más brevemente posible algo del contenido (algo; no hay espacio para más) de esta historia. Se abre la obra con la literatura hispanolatina. Del período pagano de ésta Brenan nos

presenta perfectamente en su salsa, esto es, en su medio, a Quintiliano y Marcial (deja, pues, fuera a ambos Séneca, Lucano, etc.); de su período cristiano, se fija preferentemente en Prudencio, a quien vemos aquí de cuerpo entero (deja fuera a Juvencio, San Dámaso, Orosio y a todos los discípulos de Isidoro, menos Eugenio). Con el capítulo siguiente, mejor diríamos ensayo, entramos en la literatura hispanoárabiga, de la cual hallamos un cuadro muy acabado y animado de los poetas, una exposición y apreciación de sus poemas y un estudio de mucho interés sobre la extensión y origen del jézel. (Brenan pasa por alto a los biógrafos y filósofos hispanoárabigos). Estas supresiones ya no se dan en los clásicos castellanos más que con figuras menores, con "clásicos olvidados", de modo que la historia queda articulada después con toda la firmeza que exigen los hechos y la pedagogía. Desfilan, pues, a continuación el *Poema del Cid* (ensayo magnífico en su exposición e interpretación), las poesías medievales galaicoportuguesas y castellanas, el Arcipreste de Hita (otro hermoso estudio), los poetas posteriores (Juan de Mena, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique), los prosistas, la literatura catalana (Llull, Ausias March), y el período de los Reyes Católicos (romance, *La Celestina*, Juan del Enzina, etc.). Un sumario de este orden no da idea del jugo del libro de Brenan ni de su capacidad de acercarnos o actualizar a los autores y a sus obras, ni mucho menos de la variedad de temas que el escritor nos sugiere. En Prudencio ve Brenan un tono popular español a la vez que un estilo muy contenido en su retórica, cuidado y pulcro, de intelectual de gran porte; en el *Poema del Cid* ve Castilla, su fuerza expansiva del momento y su sentido político; en el *Libro del Buen Amor*, "su sequedad, su preocupación por el estilo y su ironía"; en la *Celestina*, su poderoso realismo, que lo hace arrancar el historiador, en contraste con el realismo de Shakespeare, de "la vida del español en la calle, la espada al cinto, sintiéndose rodeado de enemigos, los ojos muy abiertos"... Brenan ve en los catalanes Llull y Ausias March, como después en Boscán, a los españoles europeos.

El Siglo de Oro va por sus pasos contados: los poetas (Garcilaso, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Herrera, etc.), la prosa (*Amadis*, la *Diana*, el *Lazarillo*, *Guzmán de Alfarache*). A continuación encontramos cinco espléndidos ensayos sobre el período: "Cervantes"; "Lope de Vega and the New Comedy"; "Quevedo and Gracián"; "Calderón and the late Drama". Brenan encuentra en Garcilaso "el tono erasmita de la corte de Carlos V y de los círculos españoles de escritores en Nápoles, su culto a la contención y a la medida, su desdén por todas las exageraciones del sentimiento, su amor a la verdad y su

cuidado gramatical por la pureza de la lengua". En el autor del *Lazarillo* Brenan ve un erasmista (opinión contraria a la sustentada recientemente por Bataillon). Pronto nos aclimatamos, dice Brenan con mucha gracia, a este mundo (el del *Lazarillo*) donde *eating [is] an exceptional event*. El hecho es que el *Lazarillo*, no obstante la crudeza de su realismo, "ensancha nuestra imaginación, precisamente porque es, no sabríamos a ciencia cierta el motivo, más verdadero que la vida misma". Es curioso que con respecto al *Guzmán de Alfarache* un escritor como Gerald Brenan, de tan fino olfato literario, haga consistir el valor de la obra en sus sermones y en su (para mí al menos) insoportable pedertería catequista y moralizante. Creemos lo contrario: creemos que Mateo Alemán, más novelista que teólogo y más pícaro que el propio Guzmán, puso allí esos sermones, que tanto estorban al curso de la novela, para pasar en la época de Felipe II el género picaresco, condenado al ostracismo en el ambiente creado por el monarca. (Es verdad que Mateo Alemán publica la primera parte de su *Guzmán* un año después del fallecimiento del rey, pero no cabe duda que la obra estaba pensada y trabajada de mucho antes. En 1597 ya había concluido Alemán esta primera parte; en enero del 98, es decir, ocho meses antes de morir Felipe, autorizaron la publicación). Gran cuadro nos pinta Brenan de Cervantes y su obra, extrayendo del *Quijote* y sobre todo de la figura de Don Quijote —*with his delusions and his wisdom, his violence and his courtesy, his egoism and moral fervour*— rasgos que alcanzan a los españoles de ayer y de hoy. Igual mérito de exactitud y penetración literarias posee el ensayo dedicado a Lope y a los dramaturgos que le siguen. Por cierto que a los mexicanos, a los americanos en general, interesará saber la opinión de Brenan sobre Alarcón. Brenan ve en Alarcón, en su obra, en el cuidado de su estilo, en sus sutilezas que le recuerdan a La Bruyère y a Molière "a un escritor del siglo XVIII que escribiera en el XVII". "A mi juicio (concluye Brenan), el hecho de que Alarcón fuera educado en México le hizo insensible a la atmósfera estuosa hispana de la contrarreforma, y por tal motivo más europeo".

El ensayo más extenso y completo de esta historia está dedicado a Góngora (el hombre, su obra, su estilo popular, su estilo archiculto, su lengua, su visión preciosista de la naturaleza). La interpretación más bella y compleja de un escritor mirado *por dentro* se nos antoja Quededo (prisionero de sí mismo y de sus pasiones, con su limitación, por temperamento y educación, para percibir los motivos del declinar patrio). No es Brenan muy entusiasta de Gracián. Todo lo contrario.

El estilo de Gracián le parece "un mal estilo" y además "aburrido". Brenan dedica a Calderón un muy detenido y agudo ensayo, desmontándonos a veces algunas de las máximas creaciones del gran dramaturgo (*La vida es sueño, El médico de su honra, El mayor monstruo, los celos*) para obviar sobre todo su artificialidad y convencionalismo. (Sólo el examen de estas talentudas desmontaciones merecería un estudio tan extenso como este artículo).

Tras un capítulo sobre el siglo XVIII, donde nada importante falta y todo nos parece dicho y bien dicho, Brenan entra en el siglo XIX, comenzando por los poetas (de Rivas a Galán) y acabando con los prosistas (Larra, Valera, Alarcón, etc.). Los estudios de Valera y Galdós corren parejo con los mejores de la Edad Media y del Siglo de Oro. Lo mismo podemos decir de los ensayos siguientes sobre Unamuno, Ortega, Baroja, Rubén Darío, Machado y Juan Ramón. (Lástima que en una obra de tanto empeño quede incompleto el panorama contemporáneo: falta una importante figura de la generación del 98—Azorín—y tres relevantes de la siguiente—Pérez de Ayala, D'Ors, Miró. Cronológicamente, el libro se detiene en Gómez de la Serna y Moreno Villa).

Brenan ve moldeada nuestra literatura por las mismas fuerzas que moldearon la manera de ser de los españoles: por la historia y por la geografía. La primera influyó en nosotros "a través de la ocupación árabe, del idealismo religioso provocado por la contrarreforma y de los frecuentes períodos de la anarquía y guerras civiles"; la segunda nos moldeó con sus cordilleras separadoras de regiones, con sus tierras soleadas y secas y con sus cambios violentos de flora y clima. He aquí una literatura (viene a decir Brenan) de un país que "casi no ha conocido la estabilidad ni el bienestar". Sorprende en nuestras letras que el hambre como tema literario figure persistentemente en nuestras novelas desde la Edad Media hasta entrado el siglo XVIII; sorprende asimismo que gran número de escritores españoles de todos los tiempos haya pasado parte de su vida en el destierro o en prisión. . . Todo ello contribuye (sigue Brenan) "a la tensión y viveza" que caracteriza a buena parte de nuestras letras y de igual modo "al fondo de melancolía y nostalgia" (*soledad*, subraya el autor) del cual arrancan incluso muchas de nuestras páginas más festivas. Brenan nos considera a los españoles sólo "en parte europeos", califica a nuestra literatura de poco especulativa y de "estrecha" (término éste que ya recusamos una vez, al hablar hace unos días de esta historia, en la B. B. C.) y afirma que "quizá nuestra más grande gloria resida en nuestra fuerza de resistencia a la influencia extranjera y a la civilización moderna y en nuestra

determinación de conservar pura nuestra alma, tan de veras original". "España (concluye Brenan) será el último país europeo que se rinda al cosmopolitismo".

Estas afirmaciones y otras igualmente generales y contundentes (que ya no hay espacio para exponer) exigirían comentario aparte; cuando menos, aclaración. A los literatos ingleses (también a los franceses) les cuesta cierto trabajo dejar de vernos con golilla, quizá a veces con sobrados motivos. . . Mas dejemos el asunto para otro día. A lo que íbamos únicamente hoy era a saludar con tanto respeto como entusiasmo, con tanta admiración como simpatía este nuevo y hermoso libro—*The Literature of the Spanish People*—de Gerald Brenan.

Esteban SALAZAR CHAPELA.

LA LITERATURA PERUANA

LA historia crítica de una literatura requiere, para su feliz realización, la madurez de quien la escribe. No sólo porque debe ser el resultado de pacientes lecturas, rara vez amenas, que permitan conocer directamente las obras estudiadas y reunir los antecedentes de las mismas, para situarlas dentro del ambiente propio, en la época en que aparecieron. Tras esa acumulación de noticias y datos sobre libros y autores, en la cual se detiene el erudito, sigue la tarea de eliminar lo superfluo, para conservar sólo aquello que es útil. Cuidadoso trabajo de prudente decantación, en el cual existe el doble peligro de que algunas partículas de oro se pierdan, mezcladas con la escoria, o de que el limo fecundante ocupe el espacio que se destinaba a la semilla. En uno y otro casos, el producto resulta estéril, y la obra así nacida, pobre en rendimiento.

La cosecha fructuosa, el abundante acopio de noticias constituyen únicamente labor previa a la de análisis. Esta es, sobre todo, la que exige una madurez intelectual lograda, para que la serenidad presida cada opinión acerca de las cualidades o los defectos de la obra que se examine, y el juicio se halle equilibrado. De no ser así, la pasión se impone sobre la crítica y el equilibrio queda roto.

Por esas y otras razones que no es forzoso recordar aquí, la realización de una historia crítica que dé cabal idea de la evolución de un país a través de su literatura, aunque el plan de la obra se haya trazado en la juventud, y su redacción se inicie en la mocedad, sólo podrá llevarla a su término en la edad madura, el escritor que se proponga dar cima a empresa tan difícil.

Por eso, también las historias críticas, extensas, de la literatura, en Hispanoamérica, son aún contadas. Recordamos, en el sur del continente, la argentina de Ricardo Rojas, y la uruguaya de Carlos Roxlo.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ vió aparecer el año próximo pasado, cumplidos los 50 de su edad y los 30 de maestro y publicista, el último

tomo de *La literatura peruana*, en la edición que aquí va a comentarse.¹

El ex Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima—cuyo cuarto centenario se conmemoró en 1951, meses antes de que empezara a celebrarse la fundación de la Universidad mexicana, gemela de la peruana—, se comenzó a preparar para ello hace un cuarto de siglo.

Antes de que iniciara su "derrotero para una historia espiritual del Perú", había estudiado a *Los poetas de la Colonia*—después ampliaría el horizonte, con los de la revolución y los contemporáneos— y seguido las huellas del Libertador y las de Ricardo Palma, en la tierra donde florecieron las tradiciones de éste.

Después trazó las semblanzas de *Don Manuel* y *El señor Segura* y las biografías literarias de la Perricholi, del Inca Garcilaso de la Vega y de otras figuras del pasado y del presente, en su patria.

El que es, por derecho propio, el primer historiador de la literatura peruana, se asomó a la historia y a la literatura de América—a veces, con alguna precipitación en el cotejo de fichas, la compulsión de textos y la transcripción de nombres propios—, y aun se enfrentó al arduo problema de escribir un tratado, breve, de literatura general, seguido de "notas sobre la literatura nueva".

Las literaturas del momento, le dieron oportunidad de ensayar síntesis informadoras, en balances y panoramas. La novela iberoamericana, especialmente, le dió abundante material para una discutida obra: *América, novela sin novelistas*.

Por lo que se refiere, en particular, a su *Literatura peruana*, Luis Alberto Sánchez publicó en Lima, en 1928 y 1929, los dos primeros tomos, bajo los auspicios de la Universidad de San Marcos, donde tenía a su cargo la cátedra correspondiente, en cuyo programa inicial la literatura peruana se unía a la del resto de Iberoamérica.

El primer volumen del tercer tomo apareció en Santiago de Chile, en 1936, prohiado por la Universidad de Concepción. En ese volumen la historia llegaba hasta 1848. Para preparar la segunda parte del mismo tomo, esperó que el retorno al Perú, del cual permaneció largo tiempo ausente, le permitiera volver a consultar documentos que abandonó al partir para el exilio.

Durante esa pausa, que se prolongó por diez años, la Universidad de Buenos Aires le pidió que escribiera un resumen de la obra, que incluyó en su colección el Instituto de Cultura Literaria del Perú, en 1939.

1 LUIS ALBERTO SANCHEZ: *La literatura peruana*. Derrotero para una historia espiritual del Perú. 6 tomos, Editorial Guaranía, Buenos Aires (1950-1951).

Aunque fué invitado, en varias ocasiones, a publicar completo su trabajo, no pudo hacerlo, por vivir —según palabras suyas— "al margen de las fuentes directas" de sus investigaciones: "el Perú mismo". Aplazó ese proyecto, hasta que le "fué posible asentar de nuevo la planta" en su tierra.

Con el propósito de realizar tal deseo, reimprimió en 1946, en Lima, el primer tomo de su obra, dentro de la colección Nuevo Mundo. Desde entonces decía, en la advertencia: "Como no creo ya tener tiempo para revisar íntegramente, esta edición, si llegara la oportunidad de otra, considérese la presente como definitiva, pese a sus deficiencias y errores".

Como esas palabras se repiten, al frente de la edición de *La literatura peruana* que acaba de imprimirse en la Argentina, completa, el lector de una y otra ediciones, podría dudar del texto definitivo, si no fuese tan corta la diferencia entre una y otra ediciones, por lo que hace al tomo inicial de la obra.

Acontece con frecuencia en este tipo de obras, que el texto inicial se amplía y completa, con estudios escritos posteriormente. *La literatura peruana* de Luis Alberto Sánchez lleva ahora, a manera de Introducción, bajo el subtítulo de "Panorama cultural del Perú", la conferencia sustentada por él, "como Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, para inaugurar el ciclo de cultura peruana", el 1º de octubre de 1948.

Fué acertado poner como introducción, al frente de la obra, esta conferencia que da al lector una versión panorámica de la cultura en el Perú, a través de cuatro siglos de su desenvolvimiento.

SEGÚN aparece, a través del recorrido hecho por Luis Alberto Sánchez, la literatura del Perú, autóctona en sus fuentes, se orienta después hacia Europa, con la dominación hispana, como acontece en otros países nuestros. Después de la Independencia, se suceden dos fecundas etapas, dentro del régimen republicano. La primera, que abarca de 1848 a 1885, es aún incierta, irresponsable, hasta 1879, año en que surge una nueva generación. La guerra, en ese "año terrible", 1885, y sus consecuencias, contribuyen a transformar el país; transformación que va acentuándose, a partir del período 1900-1914, con la reforma universitaria, en 1919, y el auge de la tendencia indigenista, desde 1924.

De acuerdo con esa evolución histórica, Luis Alberto Sánchez traza el plan de su *Literatura peruana*. En la reciente edición —la primera

que aparece íntegra—, el abundante material quedó repartido en seis tomos.

El tomo inicial —que reproduce, con adiciones en la advertencia y la introducción, el texto de 1946— contiene "las fuentes; el escenario, los orígenes". Al segundo —con un agregado de tres páginas a la nómina de Padres de la Compañía, de origen extranjero (cap. IV)—, corresponden "el genio popular de la conquista; la justificación de la conquista; los cronistas; catequistas y doctores". Al tercero, el "apogeo y decadencia del barroquismo". Al cuarto, "el iluminismo y la afirmación nacional". El quinto sigue la trayectoria "del costumbrismo al romanticismo". El último abarca "naturalistas", "ideólogos y modernistas".

Los tomos II a V de esta edición equivalen, con las adiciones, a los tomos II y III, (vol. 1º), de 1929 y 1936, respectivamente. El tomo VI —que amplía el material destinado con anterioridad al volumen 2º del último tomo publicado en Santiago de Chile— había permanecido inédito hasta ahora.

Desconocido para los lectores, en su mayor parte, a excepción de aquellos aspectos que había publicado previamente Luis Alberto Sánchez —como lo que se refiere a Palma y González Prada, más algunas notas sobre escritores contemporáneos—, este tomo corresponde a las dos etapas fecundas, dentro del régimen republicano en el Perú, antes mencionadas: de 1848 al presente.

Este tomo final de la obra, el cual abarca un siglo de vida peruana, ya que va fechado en 1949, es también el más extenso de todos. Por su amplitud, casi duplica el número de páginas de los tomos precedentes. Si no se hubiera predeterminado el número de tomos de *La literatura peruana*, aquello que contiene habría quedado mejor distribuido en dos tomos; el último de ellos se iniciaría con el modernismo, para terminar con la sucesión de éste: lo post-modernista.

En la forma en que se halla repartido su material, los siete capítulos que lo integran llevan al lector desde los umbrales del romanticismo poético, lírico y dramático, hasta la prosa —elocuencia, historia, ensayo— de nuestros días.

Cronológicamente, los dos primeros capítulos abarcan de 1848 a 1885; el tercero y el cuarto corresponden al "año terrible"; los tres últimos, a la paz en que pudo florecer el modernismo (1895-1915) y al renacimiento indigenista que se puede relacionar con el período de entre ambas guerras mundiales.

Preside cada una de esas etapas, dentro de la evolución social y literaria, una figura señera: Ricardo Palma, tradicionalista y poeta, se sitúa en el centro de la romántica —al frente del capítulo segundo—;

Manuel González Prada aparece tras el "año terrible": es la voz de protesta civil, que se alza después de la guerra, en 1885, y por eso va al final del capítulo tercero, con resonancias en el siguiente. El capítulo sexto se inicia con el estudio dedicado a José Santos Chocano, paladín del modernismo, revolucionario en la mocedad, conservador en los últimos años de su vida.

Próximas a esas figuras destacadas están aquellas que señalaron otros caminos o descollaron de distinta manera: Pedro Paz Soldán y Unanue, entre los románticos formados dentro de la tradición clasicista —es el fiel traductor de Virgilio y Lucrecio—; Clorinda Matto de Turner, la novelista postromántica en quien alborea el realismo.

En torno de ellos se agrupan los mejor definidos en diferentes géneros: Aréstegui, en la iniciación de la novela; Carlos G. Amézaga, en la poesía; José Gálvez, en distintos campos; Yerovi, Eguren y otros, en la etapa modernista; Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero, en el ensayo.

EL subtítulo de la obra: "Derrotero para una historia espiritual del Perú" explica la manera como Luis Alberto Sánchez dispuso los materiales heterogéneos en ella combinados.

La historia política y la evolución social, como en libros análogos, proporcionan al mismo tiempo la perspectiva y la base necesarias para su estructuración; pero el propósito de trazar ese "derrotero para una historia espiritual", le ha llevado a rebasar los límites habituales.

No es sólo, pues, una historia crítica de la literatura peruana —aunque contenga los elementos indispensables para hacerla—, ya que no se ciñe a lo propiamente literaria. Luis Alberto Sánchez ha querido ofrecer su visión personal de una cultura. Por ello, en cada estadio del desenvolvimiento de su patria, da una ojeada al panorama del tiempo que estudia, y relaciona a veces la historia local con la de otros pueblos que le sirven de puntos de referencia.

Aun dentro de lo propio, no se circunscribe a la producción literaria; ésta le conduce, por los medios de difusión empleados para difundirla, al periodismo. Resume, en otros casos, la vida de las instituciones en que se formaron o actuaron los escritores. El esbozo biográfico, los antecedentes y rasgos humanos, por medio de los cuales queda situado un autor y se le relaciona con el momento en que da sus producciones, se prolonga, sobre todo entre los más cercanos, en anécdotas que pueden servir para integrar semblanzas. En los contemporáneos, el contacto individual se advierte, alguna vez, en ese tono de confidencia en pri-

mera persona, que del texto pasa a las notas complementarias, puestas, a veces con pasión, al pie de las páginas. La literatura le lleva a la pintura, y menciona cuadros y artistas; conecta el teatro con la vida social, y evoca el paso de actrices y cantantes famosas.

EN aquello que constituye el motivo central de su investigación, el examen de las corrientes literarias y de los escritores que han ejercido influjo palpable en el Perú, si en general coincide con opiniones precedentes —como en las inevitables referencias a los juicios de Menéndez y Pelayo—, hace constar, con franqueza, su discrepancia, en otros; ya rechaza analogías aparentes, superficiales, como entre Lavalle y Amézcaga o entre Palma y Villarán, o rectifique opiniones que la rutina ha repetido, como al sobreestimar a Fuentes.

Quien desee conocer la opinión de Luis Alberto Sánchez, sobre esta literatura, la hallará resumida, a propósito de Ventura García Calderón, en la página 376, donde dice de "su evidente prosapia peruana, que da escritores de corto aliento, de brillantéz meteórica, pero no tan a menudo creadores de larga obra; literatura de tradiciones, no de novelas; de crónicas, no de tratados; de zarzuelas, no de tragedias, con las contadas excepciones que siempre ocurren, la primera de todas: el Inca Garcilaso de la Vega".

Apunta, en varios pasajes, teorías: motivos de inquisición que no ha podido ampliar o desarrollar como hubiera deseado, y sintetiza en una frase, con frecuencia afortunada, conclusiones que exigirían la entrega de los antecedentes, como al hablar del "lejanismo" de los románticos hispanoamericanos, donde expone en forma concisa, concreta, algo que requeriría mayor espacio para dilucidarse.

En otros capítulos, el campo visual se acorta. La afición de los románticos a los temas abstractos, debe relacionarse no sólo con el lema de la Revolución francesa, ya que también se encuentra en los neoclásicos; y la "bienquerida soledad" de aquéllos, más que facilitar la multiplicación de sociedades literarias, la habría estorbado.

LAS interrupciones en una tarea que debió ser continua, sostenida; el destierro que el autor sufre aún —el cual no apartó de notas y documentos y, sobre todo, del medio peruano—; la forma en que hubo de iniciar y concluir la *Literatura peruana*: el asedio parcial, las escaramuzas que preceden a la conquista del tema, tras el dominio de varias de las zonas exploradas, tienen consecuencias que aquéllas disculpan:

carencia de unidad —el garbo en la expresión, aislado—; reiteraciones que de otro modo habrían podido evitarse; errores, fáciles de corregir, cuando se tiene a mano el libro del autor a quien hay que citar de memoria. Aquello, en fin, que se ha señalado en otros de los libros de Luis Alberto Sánchez, sin tomar en cuenta las condiciones especiales en que tuvo que realizar casi toda su obra, sin las comodidades de que otros letrados disfrutaban, con biblioteca y hogar fijos.

Hay en esta obra, por ejemplo, un Alarcón mexicano, a quien se menciona como novelista, entre Tovar y Riva Palacio, que quizás ocupa el sitio que correspondería al maestro Altamirano, y otros errores que la difícil gestación puede explicar, si no los justifica dentro de una obra que por hallarse destinada a servir de auxiliar en la docencia, contribuirá a que tales errores se multipliquen desde la cátedra, al darlos como verdades. Si el futuro trae, como deseamos, tranquilidad al autor, podrá corregirlos, cuando la obra se reimprima.

Como ahora la conocemos, reúne información valiosa, acopiada en dura labor —más digna de elogio, por las condiciones adversas en que se llevó a término—, que sin duda aprovechará debidamente, quien se resuelva a emprender la enorme tarea de poner al día, en conjunto, la historia crítica de la literatura en Hispanoamérica.

Francisco MONTERDE.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

1.—Canarás la luz . . . , por LEÓN FELIPE (agotado).	
2.—Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra, por ANTONIO CASTRO LEAL	\$ 5.00
3 y 4.—Rendición de Espíritu, por JUAN LARREA, c/u. . .	5.00
5.—Orígenes del hombre americano, por PAUL RIVET (agotado).	
6.—Viaje por Suramérica, por WALDO FRANK	7.00
7.—El Hombre del buho, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ (agotado).	
8.—Ensayos Interamericanos, por EDUARDO VILLASEÑOR.	5.00
9.—Martí Escritor, por ANDRÉS IDUARTE	7.00
10.—Jardín Cerrado, por EMILIO PRADOS	7.00
11.—Juventud de América, por GREGORIO BERMANN	7.00
12.—Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw, por RODOLFO USIGLI	8.00
13.—Europa-América, por MARIANO PICÓN-SALAS	5.00
14.—Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas, por JESÚS SILVA HERZOG	5.00
15.—De Bolívar a Roosevelt, por PEDRO DE ALBA	7.00
16.—El Laberinto de la Soledad, por OCTAVIO PAZ	7.00
17.—La Apacible Locura, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	10.00
18.—La Prisión, novela, por GUSTAVO VALCÁRCEL	10.00
19.—Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas, Glosas y Semblanzas, por MANUEL PEDRO GONZÁLEZ	12.00
20.—Sigmo, por HONORATO IGNACIO MAGALONI	10.00

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).
- El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, por JUAN LARREA (agotado).
- Sugestiones para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ (un peso).
- Un ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).
- Pastoral, por SARA DE IBÁÑEZ (tres pesos).
- Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo, por JOSÉ GAOS (tres pesos).

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1952:

(6 números)

MEXICO	\$	50.00
OTROS PAISES DE AMERICA	Dls.	6.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	„	8.00

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	\$	10.00
OTROS PAISES DE AMERICA	Dls.	1.25
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	„	1.00

Ejemplares atrasados, precio convencional.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

José Medina Echavarría La vida académica y la sociedad.

Germán Arciniegas América descuadernada.

Jesús de Galíndez Puerto Rico en Nueva York.

Nota, por Margarita Nelken.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Pablo González Casanova El Mirlo Blanco.

Estuardo Núñez Proceso y teoría de la traducción literaria.

Enrique Beltrán El hombre y la naturaleza.

Notas, por Silvio Zavala, Telma Reca y Pedro Rapela.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Ignacio Bernal Cien años de arqueología mexicana.

Mario A. Puga La mujer en el Perú.

Jesús Silva Herzog La concentración agraria en México.

Notas, por Fernando Salmerón y Luis Alberto Sánchez.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Poemas por: Alba Defant Durán, Silvina Ocampo, Olga Orozco, Fresia Brenes de Hilarov, Victoria Urbano, Rafaela Chacón Nardi, Olga Acevedo, Chela Reyes, Gabriela Roepke, María Silva Ossa, Carmen Conde, Angela Figuera Aymerich, Susana Mardi, Montserrat Veyreda I Trullol, Pura Vázquez, Concha Zardoya, Guadalupe Amor, Margarita Paz Paredes, Marigloria Palma, María Victoria de Salinas, Claribel Alegría, Claudia Lars, Juanita Soriano, Clara Silva.

Ramón Sender La gestación literaria en Valle Inclán.

Notas, por Mario Monteforte Toledo, Celestino Gorostiza, Esteban Salazar Chapela y Francisco Monterde.